

LA PROMESA DEL MAGO

TRILOGÍA DEL MALEFICIO III

Cliff McNish



se

Una nueva amenaza se cierne sobre la Tierra: las gridas, una especie salvaje de brujas. El peligro es inminente y el pronóstico cruel. Para derrotarlas no sólo hacen falta poderes mágicos, sino ingenio y perspicacia. Raquel y Eric viajan a su mundo, donde son apresados y obligados a enfrentarse a pruebas que los ponen al límite de sus fuerzas. Pero no están solos, los magos y Yemi, el niño más poderoso de la Tierra, están con ellos y resultarán una ayuda imprescindible para el gran desenlace final.



Cliff McNish

La promesa del mago

El maleficio - 03

ePub r1.0
Rocy1991 24.12.14

Título original: *The Wizard's Promise*

Cliff McNish, 2004

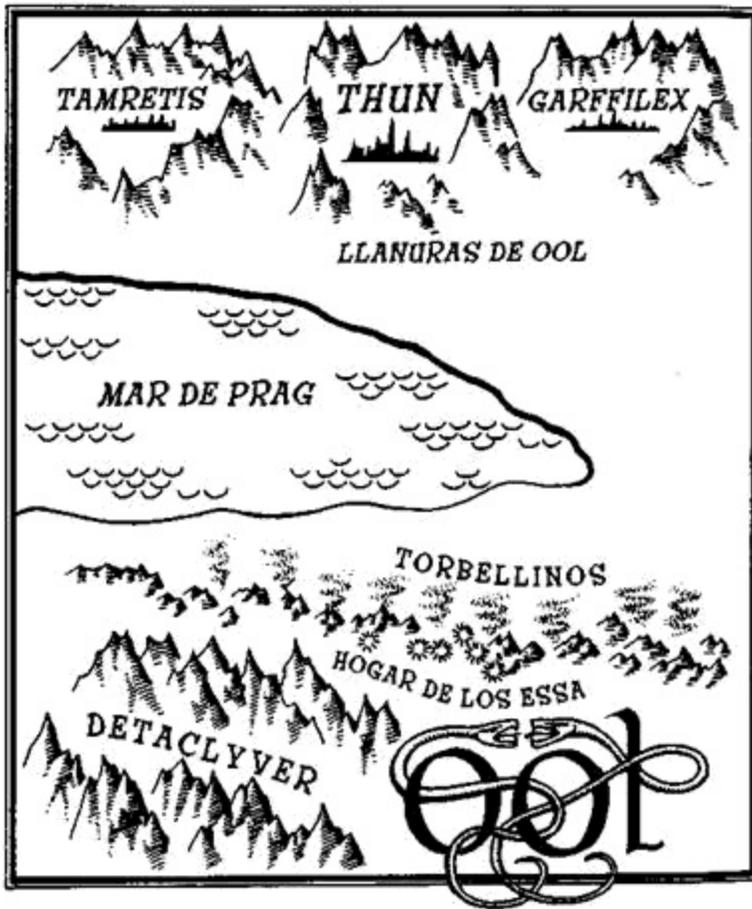
Traducción: Manuel Manzano

Ilustraciones: Geoff Taylor

Editor digital: Rocy1991

ePub base r1.2





1

ESCUELAS SIN NIÑOS



Cuando Raquel despertó, sus hechizos de información barrieron de forma automática la casa en busca de alguna posible amenaza. Escudriñaron cada una de las habitaciones, utilizando para ello un complemento de capacidad sensorial.

Nada fuera de lo normal, le informaron. Mamá tomaba su baño habitual. Papá estaba en el estudio, intentando alcanzarse la punta de los dedos de los pies. Los hechizos de información salieron de la casa a investigar. En el jardín, dos ranas dudaban si aventurarse en el peligroso césped. El perro de la puerta de al lado estaba escondido detrás de un cobertizo, convencido de que nadie más conocía la existencia de su jugoso hueso.

Raquel sonrió mientras se asomaba por la ventana de su habitación. Una bandada de gansos pasó volando y, durante un instante, mientras contemplaba aquellas aves y escuchaba los familiares sonidos de la casa y del jardín, sintió como si nada hubiera cambiado en el mundo.

Entonces, un grupo de niños menores de cinco años cruzó el cielo.

Los pequeños volaban en estrecha formación, comandados por otro niño. Raquel le echó tres años de edad, quizá menos. La escuadrilla viajaba con los brazos pegados a los costados, las cabecitas orgullosas al frente. Sus ojos brillaban con una tonalidad vagamente azulada, el inequívoco color de los hechizos de vuelo.

Los gansos, que volaban más despacio, se apartaron con nerviosismo cuando los niños se interpusieron en su camino.

Raquel se apartó de la ventana y se cepilló su larga y oscura melena, antes de bajar las escaleras de dos en dos hasta la cocina.

Su hermano pequeño, Eric, estaba sentado a la mesa ante un tazón de crujientes copos de maíz. —¿Sabes una cosa? —dijo mientras masticaba a dos carrillos—. Si yo tuviera magia, no andaría por ahí volando. Haría un hechizo para que se me quedara el sabor de los copos de maíz en la boca para siempre.

—No tardarías en hartarte —le contestó Raquel.

—No, no me hartaría —repuso Eric con seriedad. Y después, mientras señalaba con la cuchara a los pequeños que acababan de pasar volando, añadió—: Esos de ahí seguramente serán atletas de fondo. No me extrañaría, con ese entrenamiento... Cuánta seriedad. A su edad, yo aún era feliz haciéndote monerías.

—Humm. —Raquel miró a su alrededor, buscando a los prapsis. Los prapsis eran un par de criaturas de lo más travieso, con el cuerpo emplumado de una corneja rematado con un rostro de

bebé, que habían estado al servicio de una bruja en otro mundo. Eric solía sacarlos por la mañana para que recibieran a Raquel con alguna de sus bromas.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Raquel con desconfianza.

—Hoy los he soltado muy temprano, para variar —respondió Eric—. Les he pedido que me trajeran un regalo, algo que fuera interesante.

—¿Los has enviado muy lejos?

—A China.

—No está mal.

Raquel se puso a contemplar los tejados de la ciudad. Era una mañana normal; los niños llenaban todo el cielo. Algunos se aventuraban solos ascendiendo a gran altura, para practicar paradas mortales en medio de los traicioneros vientos de abril. La mayoría de ellos se conformaban con reunirse con sus grupos de siempre entre las nubes. Los amigos reían y jugaban. Unas cuantas casas más abajo Raquel vio a un niño que emitía una especie de arrullo, como el de una paloma. Una paloma de verdad, atraída desde algún bosquecillo cercano, voló y se posó en su mano. Un poco más lejos, una niña se dejaba caer de vez en cuando desde el cielo, hostigando a los gatos de los jardines. Éstos, maullando sus enérgicas quejas, formaron una larga columna que empezó a seguirla.

—¡Eh! ¡Mira! —exclamó Eric—. ¡Buscadores de relámpagos

Seis adolescentes se dirigían hacia el sur en actitud decidida con los brazos levantados como agujijones.

—Es un nuevo juego que han inventado los buscadores de emociones —siguió Eric—. Se busca un lugar donde haga mal tiempo, se mete uno en una tormenta y se intenta esquivar los relámpagos. La mayor parte de las competiciones se celebran en los trópicos que es donde están las tormentas de verdad, que es allí hacia donde se dirigen.

Miró con ansiedad hacia el lugar del horizonte por el que habían desaparecido los adolescentes.

—¿Qué pasa si algún relámpago los alcanza?

—Alguna cosa mala, supongo —contestó Eric—. Es arriesgado, pero de eso se trata precisamente. Si no, no tendría emoción, ¿no crees?

Raquel se encogió de hombros. Los nuevos juegos mágicos no le interesaban demasiado. Le importaban más los niños estacionados en el aire que vigilaban los cielos por si llegaban las brujas.

Había pasado casi un año desde que el pequeño Yemi liberara la magia de todos los niños de la Tierra. En aquel primer esplendoroso despertar, se había producido una sobreabundancia de magia..., la suficiente para que el líder de los magos, Larpskendya, transportara a todos los niños y adultos desde la Tierra hasta Trin.

Cuando Raquel se acordaba de aquel mundo de cielo púrpura repleto de plantas aún le dolía. Las plantas de Trin poseían un lenguaje de hojas tan rico que incluso los magos sólo eran capaces de conjeturar el significado de sus movimientos llenos de magia. Pero las plantas se estaban muriendo. Las brujas las habían envenenado. Por simple capricho, contaminaron el suelo de Trin. Y lentamente, a medida que su magia se secaba, las plantas perdían sus mentes. Cada año que

pasaba, las grandes hojas eran agitadas por la brisa con mayor frenesí, mientras se debatían por escucharse las unas a las otras.

No era posible permanecer en Trin por mucho tiempo. El florecimiento especial que había seguido al despertar de la magia se desvaneció pronto, y los adultos y los niños regresaron a sus hogares. Pero todos lo habían comprendido: si las brujas habían sido capaces de hacerle tanto daño a Trin, un mundo que no significaba nada para ellas, ¿qué sucedería si volvían a la Tierra? De modo que todos se habían preparado. Los niños practicaban durante meses sus hechizos defensivos. Día y noche patrullaban los cielos, adelantándose a un ataque masivo de las brujas que no había llegado a producirse.

Entretanto, Ool, el mundo en el que las brujas tenían su hogar, estaba envuelto en el más completo silencio. Los magos sabían, sin embargo, que allí tenía lugar una batalla: una guerra por el control entre las Brujas Superiores, a las que Raquel y los demás niños ya se habían enfrentado, y la más feroz estirpe de guerreras, las terroríficas gridas. Durante mucho tiempo Ool había permanecido en silencio.

Larpskendya no tenía la menor duda de que las gridas habían vencido. Eso le preocupaba, porque los magos sabían muy poco acerca de ellas. A las gridas las habían criado las Brujas Superiores, con la intención de convertirlas en salvajes guerreras, y las habían mantenido ocultas en el subsuelo. Pero Heebra, la anterior líder de las Brujas Superiores, cometió el error de soltarlas.

Y, una vez probada la libertad las gridas se habían vuelto contra sus creadoras.

Mientras Raquel contemplaba el cielo, con su estilizado y pecoso rostro posado sobre las manos, se preguntaba hasta qué punto las personas de la Tierra estaban preparadas para enfrentarse a las gridas. También echaba de menos a un amigo.

—Me pregunto —dijo, en parte para sí misma— cómo le iré a Morpet. Lo echo de menos.

—Si apenas hace unos días que se marchó —protestó Eric.

—Pues ya lo añoro.

—La verdad es que yo también, pero era su primera visita a Itrea en mucho tiempo. Larpskendya irá a buscarlo en pocas semanas.

Mientras Raquel pensaba con cariño en Morpet, tres chicas aterrizaron junto al estanque del jardín. Cruzaron el césped, traspasando con ánimo esperanzado las puertas de cristal del patio.

—Oh, no, ahí viene tu club de fans —refunfuñó Eric—. ¿Es que no van a irse nunca?

Siempre había algún que otro grupo de niños curiosos merodeando por los alrededores de la casa, intentando, aunque fuera fugazmente, ver a Raquel. Su fama y la pura cualidad de su magia los atraía. Todos los niños de la Tierra deseaban estar alguna vez cerca de ella.

—A estas tres ya las había visto antes —murmuró Eric—. Hace dos noches. Estaba lloviendo a cántaros, pero ¿crees que les importaba? Vaya unas chifladas. —Les hizo muecas, tratando de asustarlas para que se marchasen—. ¡Largaos! —les gritó. Las niñas le devolvieron una sonrisa dulce—. Nunca me hacen puñetero caso —se quejó Eric—. ¿Por qué no les das una lección, Raquel? Podrías mandarlas al Ártico, o algo así. Mientras van y vuelven nos libraríamos de ellas por lo menos una hora.

Dos de las niñas se empujaban una a la otra por conseguir pasar primero y llamar la atención

de Raquel. La tercera miraba fijo a Eric.

Éste, ligeramente ruborizado, se acomodó su holgado pijama con timidez. Raquel se rió.

—No soy la única que tiene admiradoras.

—¿No puedes hacer que desaparezcan?

—Oh, ¿por qué no dejamos entrar a esa chica tan guapa? —preguntó Raquel—. Puedo asegurar que está deseosa de hablar contigo.

—¡No te atreverás!

Las chicas seguían afuera, esperando que las invitaran a charlar. Sin embargo, Raquel ya había hablado con muchos admiradores últimamente. Se volvió para eludir sus miradas, y de pronto le entraron ganas de salir de la casa.

—Vamos —dijo—. Demos un paseo.

—Estás de broma, ¿no? —replicó Eric—. No tenemos la menor opción de escabullimos. El cielo está repleto de niños.

—Entonces nos transportaremos.

—¿Adónde?

—Hay que encontrar a los prapsis. Nos acercaremos por detrás y les daremos un buen susto.

—Buena idea. Espera que me vista.

—Ya te visto yo.

—Ni hablar —rezongó Eric—. No tengo ganas de que tus hechizos se pongan a jugar con mi pijama.

Salió disparado escaleras arriba, y chocó con mamá.

—¡Cuidado! —gruñó ésta. Echándose hacia atrás el cabello húmedo, sonrió a Raquel—. ¿Vas a salir, cielo?

—Sí...

—Entonces necesitarás un buen disfraz para burlar a tus fans. —Examinó a su hija con aire crítico—. ¿Qué tal un poco más vieja? Ponte tres años encima y quítate las pecas. Rubia, y con quince años, ¿qué te parece?

Raquel sonrió con una mueca.

—Ya no se lleva el cabello rubio, mamá. La moda cambia.

—¿Y qué se lleva ahora?

—Color plata para los chicos, largo y peinado hacia atrás. Y para las chicas, cualquier cosa loca y divertida.

Mamá se encogió de hombros. A los chicos les había dado por utilizar la magia para cambiar de aspecto. Ya nada la sorprendía.

—¿Quieres venir con nosotros? Te llevo adonde quieras.

—No, salid vosotros y divertíos. Yo me quedo a holgazanear por aquí.

Eric reapareció con unos tejanos y su chaqueta de lana.

—¿Listo? —preguntó Raquel.

—Desde que nací. —Mientras se levantaba el cuello de la chaqueta, Eric advirtió que su hermana tenía las mejillas mucho más abultadas—. Buen disfraz —dijo—. Pareces un poco alelada, aunque muy realista. Será mejor que camufles también tu olor mágico.

Así lo hizo. Luego, le dio un ligero beso en la mejilla a mamá... e inmediatamente, sin la menor sensación de que estuvieran volando, ella y Eric se habían desplazado a unos pocos kilómetros de casa. Raquel era uno de los pocos niños del mundo que poseía tal habilidad: la capacidad de transportarse al instante de un lugar a otro.

Se quedaron en los alrededores de la ciudad. Por encima de ellos, un chico volaba de un recado a otro, llevando a su padre a la espalda. Raquel les oyó reír. La magia no sobrevivía al pasar a la edad adulta, pero los mayores que querían volar siempre podían disfrutar de tan especial emoción por medio de sus hijos.

Raquel y Eric paseaban sin prisa por un largo camino en pendiente que les condujo hasta la antigua guardería de Raquel.

—Oh, está cerrada —dijo Eric—. No lo sabía.

Una gruesa cadena en la verja de la escuela impedía el paso al interior. No había ningún tipo de nota explicativa, ni tampoco era necesaria.

—Es lo mismo que en todas partes —explicó Raquel—. Ésta era la última que quedaba. La cerraron la semana pasada. Ya sabes cómo son los niños pequeños..., sólo quieren salir afuera a jugar.

Al principio, a todos les había parecido algo muy malo que los niños dejaran de asistir a la escuela. Pero, si uno puede volar, ¿por qué quedarse sentado en una clase? Los mejores maestros pronto se dieron cuenta de que la escolarización tradicional no ofrecía nada que pudiera rivalizar con la fascinación de la magia. ¿Para qué aburrirse estudiando geografía en un libro de texto cuando tenías el mundo a tu disposición? Ahora los niños recorrían el universo entero para educarse, y aquellos maestros que no tenían miedo de volar en brazos de sus alumnos iban con ellos.

—Es gracioso —dijo Eric mientras se alejaban de la guardería—. Ayer, un par de niños de la escuela a la que yo iba se llevaron a volar al profe de mates. ¿No lo he contado? Querían que les enseñara cosas relacionadas con los vectores y con algo llamado «índices de empuje». Supongo que esperaban que eso pudiera ayudarles a maniobrar mejor con vientos fuertes.

—¿Les sirvió de ayuda?

—Sí. Anoche estuvieron practicando con él —respondió Eric.

—¿Cómo? ¿Lo sacaron a volar de noche?

—Pues claro. ¿Por qué no? Según parece, él se lo tomó como un juego. Por lo visto, le sirvió para poner a prueba sus teorías. Ellos dicen que se lo pasó muy bien, pero que después le costó un buen rato volver a caminar con normalidad.

Un par de velocistas pasaron dando un raudo giro alrededor de Raquel. Se presentaron en vuelo rasante, y el viento que produjeron le alborotó el cabello. Eric se rió..., sabía que lo habían hecho adrede para incitar a Raquel a que les siguiera.

Los juegos de vuelo eran los nuevos deportes más populares... Tremendamente competitivos, rápidos y a la vista de todo el mundo, con reglas por lo general fáciles de dominar. Raquel les habría podido ganar en todos, por lo que los equipos locales trataban siempre de llamar su atención, pero tales demostraciones no le interesaban. Se llevó a Eric del camino de la guardería hasta un terreno cercano, donde encontraron algunos columpios oxidados y un caballito de juguete

roto. Era el clásico parque infantil a la vieja usanza, de los que quedaban muy pocos, y que sólo unos pocos niños seguían utilizando.

—Retrasados —dijo Eric al ver allí a dos niños.

—No los llames así —le espetó Raquel con enojo—. Odio esa palabra.

—Pues así es que como los llaman los demás, te guste o no.

Un niño y una niña, de unos siete u ocho años, estaban sentados sobre el caballito de madera. El niño llevaba pantalones cortos y un anorak, y parecía tener frío. La niña vestía una falda larga de color blanco, que se había subido por encima de las rodillas para poder montar en el caballito. Ambos estaban a horcajadas, meciéndolo atrás y adelante lo mejor que podían.

Eric suspiró mirando a Raquel.

—Ahora te pondrás a jugar con ellos, ¿verdad?

—Sólo un ratito.

—Eso es lo que dices siempre, y luego te pasas horas.

Raquel torció la sonrisa.

—Me gusta estar con ellos. Además, a éstos no los conozco. Voy a presentarme. Y no les llames retrasados.

Aquellos niños eran de los menos dotados. Ni siquiera intercambiaron regalos mágicos. Después de la primera oleada de magia que había sucedido al Despertar, se descubrió que en todos los países había algunos niños con muy poca magia, con tan poca que pasaba prácticamente inadvertida. En un mundo que tantos niños podían volar sin esfuerzo, había otros que sólo podían soñarlo. Ninguno de éstos podía tomar parte en los juegos mágicos, de modo que Raquel había instaurado un programa según el cual los que eran más mágicos pasaran algún rato con ellos.

Por encima de sus cabezas, entre las nubes, cruzó a toda velocidad un niño de la edad de la niña. Ella lo siguió con anhelante mirada hasta que desapareció por detrás de unas colinas.

—¡Eh, vosotros! ¿Quiénes sois? —preguntó Raquel, mientras corría hasta donde estaban los dos hermanos adoptando un tono de voz que los hiciera sentirse cómodos.

La niña levantó los brazos, en señal de dejarse coger. El niño bajó la mirada con timidez.

—Vamos —les dijo Raquel, agachando la espalda para que pudieran subírsele encima.

Entonces, con suavidad, despegó hacia el cielo.

—Yo no tengo miedo —dijo el niño con voz tensa.

Raquel se rió.

—¡Ya lo veo!

—¡Más alto! ¡Más alto! —exclamaba la niña—. ¡Más deprisa— Cuando Raquel ganó velocidad, la niña gritó—: ¡Que me caigo! ¡Que me caigo!

—No, tranquila, que no te caes —le susurró Raquel al oído—. Yo nunca dejaría que te cayeras. La chiquilla se le agarraba al cuello, feliz de que una niña mágica le prestara atención.

Raquel se dejó llevar un buen rato por las instrucciones que le daban los dos hermanitos. Quisieron transformarse, de modo que Raquel los transportó al otro lado del mundo. Muy pronto, la niña y su hermano estaban en Asia, disfrazados, arrastrándose como serpientes por la enmarañada jungla, persiguiendo cachorros de tigre.

Finalmente, después de que Raquel los agotara con todo tipo de magia, los llevó de vuelta a

casa.

—Mañana vendré otra vez, si os apetece —les dijo.

—¿De verdad? —preguntó la niña mientras se chupaba el pulgar.

—Prometido.

Raquel determinó una hora, se despidió de ellos con la mano y volvió a la guardería, donde le esperaba Eric, que estaba de morros.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada —dijo él—. Me has dejado aquí en los columpios de los críos, como un tonto. ¡Dijiste que íbamos a buscar a los prapsis!

—Ya lo sé, ya lo sé. Deja de quejarte y sube.

Mientras Eric se encaramaba a la espalda de Raquel, algunos de sus hechizos favoritos, los de transporte, penetraron con facilidad en su mente. Sintió el cuerpo exultante de vigor mientras liberaban todo su tremendo poder. Eric observó como los ojos de Raquel se iluminaban con resplandecientes tonalidades de azul.

—Prepárate —le dijo ella, balanceándose sobre la punta de los dedos de los pies.

—Oh, oh —exclamó Eric—. Así que vamos de viaje. ¿Adonde me llevas?

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa.

—¿Muy lejos? Va, dímelo.

—¡Al Everest!

—Oh, no, ¡otra vez al condenado Himalaya, no! —Se agarró del cuello de su hermana.

—¿Estás preparado o no?

—Sí, supongo que sí. —Inspiró profundamente y entornó los ojos—. Pero será mejor que me guardes el calor. Te lo advierto, Raquel, la última vez que fuimos allí casi me congelas...

Raquel despegó hacia el frío cielo.

2 GRIDAS



Gultratata, líder de las gridas, entró en la cámara-ojo.

Iba acompañada, como siempre, por sus centinelas. Éstas eran arañas que habitaban dentro de los orificios de su cara. Mientras Gultratata cruzaba la habitación, descendieron de su cuerpo hasta el suelo, en busca de trampas. Algunas se deslizaron a través de la ventana-ojo verde esmeralda, otras merodeaban tras las huellas de Gultratata, o esperaban en la puerta de entrada.

Con más de nueve metros de estatura, Gultratata tenía dos veces el tamaño de una Bruja Superior. Su imponente cabeza naranja era rectangular, y el cráneo un hueso impenetrable que protegía el cerebro de cualquier ataque. Como todas las gridas, no tenía nariz ni labios de los que un enemigo pudiera aprovecharse. Nada destacaba en su cara excepto sus cinco mandíbulas. Cuatro de ellas apuntaban adelante. La quinta estaba sujeta a la parte trasera de su cráneo. Sus ojos inmensos le cubrían la mitad de la cara y eran completamente sólidos, como piedras.

Mientras Gultratata encogía su cuerpo para caber en la habitación, dijo:

—¿A qué estáis esperando? Uníos a mí.

Al ver que no había peligro, sus arañas centinelas pulularon alegremente hacia su cara.

Gultratata abrió la ventana-ojo y miró hacia el horizonte con aire triunfal.

Abajo, Thun, la mayor ciudad que habían construido las Brujas Superiores, permanecía en ruinas. Durante miles de siglos, las Brujas Superiores tuvieron a las gridas encarceladas bajo tierra, mientras ellas construían sus torres-ojo en la libertad de los cielos. La primera acción que las gridas llevaron a cabo, tras haber derrotado a las Brujas Superiores, fue destruir todas sus torres-ojo. Sabiendo lo mucho que significaban para las Brujas Superiores, deshicieron con sus mandíbulas cada piedra de cada edificio hasta reducirlas a polvo.

Sólo una permanecía intacta para dejar constancia de lo que había sido el reino de las Superiores: este lugar, la vieja casa de Heebra, la Gran Torre.

La última guerrera de las Brujas Superiores permanecía en su base. Al final, cuando ya todas las demás torres habían sido tomadas, las brujas supervivientes se habían atrincherado allí para disponer de una fortificación. Sorprendentemente, durante unos cuantos días consiguieron proteger la torre de Heebra del poder y la violencia de las gridas. Sin embargo, su valentía pronto se olvidó. La eterna nieve gris de Ool había cubierto por completo a las Brujas Superiores. Se posó sobre sus elaborados vestidos negros, sofocó sus caras rojas inanimadas, y cubrió a sus queridas serpientes-alma. Cuando ahora Gultratata miró hacia abajo sólo una Bruja Superior permanecía, asomando por encima de sus hermanas. Amontonada sobre ellas, parecía mirar fijo hacia arriba,

desafiante. Lentamente, sus ojos muertos se cubrieron de nieve, ocultando sus tatuajes para siempre.

Gultrataca pensaba destruir la última de las torres. No obstante, primero quiso caminar entre las viejas posesiones de Heebra, entre sus cosas personales, destruyéndolas. Pero existía otra razón.

—Ven aquí, a mi lado —dijo ella—. ¿Tienes miedo?

Jarius, una de las gridas más jóvenes del clan de Gultrataca, se acercó a la ventana-ojo. Acostumbrada a vivir la mayor parte del tiempo en túneles, nunca había estado a semejante altura.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó Jarius temblando.

—Todavía necesitamos alcanzar alturas superiores para poder abandonar este mundo —contestó Gultrataca—. Puedes entrenarte para soportarlo, como hice yo.

Vacilante, Jarius se inclinó hacia delante. Como el de Gultrataca, su cuerpo era salvajemente robusto. Extensiones óseas surgían de su pecho y hombros. Su espesa piel marrón era impenetrable. Bajo ella, los músculos se superponían capa sobre capa. Cada músculo constantemente regado de sangre, listo para el combate, incluso mientras dormía. Semejante exceso de poder era de poca utilidad para la supervivencia en los túneles que discurrían bajo las ciudades, pero existía una razón para ello: las Brujas Superiores habían engendrado a las gridas de aquella manera deliberadamente. En el caso de que hubiera una invasión en Ool, las Superiores tenían planeado retirarse al subsuelo donde las gridas las protegerían. Desde su nacimiento, la vida de las gridas estaba diseñada para ese único fin. No podían recordar un tiempo en el que no hubiesen vivido, crecido y muerto dentro de túneles, esperando la llamada de socorro.

Jarius se obligó a dar un paso más en dirección a la ventana. Afuera estaba oscuro, prácticamente negro, pero para ella había incluso demasiada luz. Protegida por los escudos de sus ojos, miró hacia el cielo. No hacia abajo; no mientras sus arañas centinelas no le indicaran que podía hacerlo.

—Este lugar es antinatural —jadeó agarrándose a Gultrataca—. Es-estoy asustada.

—Lo sé. Acércate más.

—No me obligues a hacer esto.

—Es mi deber —dijo Gultrataca—. No podemos permanecer en nuestros túneles si queremos enfrentarnos a Larpskendya.

Jarius se arrastró hasta el borde de la ventana-ojo. Durante algunos minutos miró al exterior. Podría soportarlo, pero sólo porque sabía que Gultrataca no le permitiría huir.

—Ahora asoma la cabeza fuera —ordenó Gultrataca.

—¡No! —Jarius intentó retroceder, pero Gultrataca le agarró la cara para obligarla a mirar el vacío. Cuando Jarius intentó cerrar los escudos de sus ojos, Gultrataca la forzó a mantenerlos abiertos. El pánico de Jarius hizo que una nueva clase de arañas emergieran de sus bocas: soldados. Los soldados corrieron hacia las garras de Gultrataca, intentando soltarla. Para oponerse a ellas, Gultrataca llamó a sus propios soldados; soldados contra soldados, el mismo número, una pelea en tablas.

Gultrataca la obligó a mirar torre abajo durante un largo rato. Cuando finalmente la liberó, Jarius retrocedió al fondo de la cámara-ojo. Se quedó encogida en una esquina oscura. Necesitaba

sentirse a salvo. Los soldados se retiraron. Cada grupo de arañas estudió al otro con cautela, como profesionales. Después volvieron a las mandíbulas de sus respectivas dueñas.

—Era necesario —dijo Gultrataca.

—¿Por qué?

—Para enseñarte lo que puede conseguirse. Mira hacia abajo. Ahora es posible.

Con toda la calma de la que era capaz, Jarius se acercó de nuevo a la ventana. Echó una mirada al suelo, allá a lo lejos, una mirada muy breve, pero esta vez sin que nadie la obligara.

—¿Es esto lo que nos espera? —preguntó.

—Deberemos soportar cosas mucho peores —contestó Gultrataca—. Sabiendo lo peligrosas que somos, ¿crees que los Magos nos dejarán vivir tranquilas en nuestros túneles? No. Ahora somos vulnerables, y ellos lo saben. Se esforzarán en destruirnos inmediatamente, mientras estamos en Ool, agrupadas en un solo lugar. Por eso debemos partir lo antes posible.

—¿Y adónde iremos?

—Adonde sea. A cualquier lugar. He visto criaturas de otros mundos que se alimentan del sol, Jarius. No tienes ni idea de lo fuertes que somos en comparación.

Jarius permanecía al lado de la ventana-ojo. Sabía lo importante que era para ella impresionar a Gultrataca. Ya había perdido demasiados puntos por ser la última del clan en abandonar los túneles. Peor incluso, había hecho innumerables esfuerzos antes de atreverse a salir a la superficie durante las horas diurnas. La nieve la aterrorizaba. Cuando cayó sobre sus cuerpos por primera vez, las demás miembros del clan no habían gritado. Jarius sí.

«He sido traída aquí para superar una prueba —reflexionó—. Si esta vez no tengo éxito, el clan entero me dará la espalda».

Envalentonada por sus soldados, Jarius asomó la cabeza fuera de la ventana. Se obligó a mirar hacia abajo.

—Así —dijo Gultrataca—. No es algo imposible, después de todo.

—No, ya me he acostumbrado.

—¿De verdad?

—Sí —respondió Jarius con convicción. Para manifestar su firmeza, asomó aún más la cabeza. Sus arañas adoptaron deliberadamente posturas relajadas, intentando mostrar a Gultrataca que les era completamente indiferente.

Gultrataca no se dejó engañar por las arañas. Captó exactamente lo que sentía Jarius, a quien sólo un año antes una Bruja Superior había intentado sacar de su propio túnel. ¡Cómo imploró clemencia! En lugar de enfrentarse al horror de la luz, había suplicado como el más cobarde de los niños.

Hasta que Gultrataca, con gran rapidez, consiguió que se adaptase. En un día estaba ayudando a las otras líderes del clan a desenvolverse en la nieve. Y una semana después podía volar, no muy bien, no con la elegancia de una Bruja Superior, pero podía volar. Y finalmente, el momento llegó cuando ya no hizo falta castigarla para conseguir que se elevara del suelo. Ese momento fue cuando Gultrataca la obligó a abrir los ojos, y entonces pudo disfrutarlo realmente. Esa mañana en especial la propia Heebra había viajado a su lado. Como dos hermanas del grupo de excursión, habían recorrido la ciudad.

De todas maneras, Jarius, no había entendido nada. Ella presionaba su cara contra el aire, haciendo muecas de dolor cuando los copos de nieve la rozaban.

Gultrataca no le brindó facilidad alguna. El resto de las hermanas del clan se habían sometido a la misma prueba. Si Jarius no pudiera superarla, no formaría parte del clan nunca más. No podía haber compasión para las gridas demasiado asustadas por abandonar la seguridad de los túneles, ni siquiera para las parientes de sangre.

Jarius intentó no estremecerse. Sus arañas-soldado la persuadieron finalmente para que abriese los escudos de sus ojos un poco más.

Mientras miraba fijamente al exterior, dijo:

—¿Qué ocurrió realmente? ¿Qué ocurrió cuando las primeras gridas abandonaron Ool y lucharon contra los Magos?

—Fue excitante —se rió Gultrataca—. Y aterrador.

Recordó el episodio. Más allá de las nubes, ella y unas cuantas gridas escogidas habían esperado la orden de Heebra para lanzarse al vacío y cruzar el espacio. Se llevaba a cabo una última y decisiva ofensiva contra los Magos. Como apoyo, las gridas habían sido sacadas por primera vez de los túneles de Ool con el objeto de que provocaran la mayor confusión posible.

—No estamos hechas para sitios así —dijo Jarius, mirando al cielo con expresión de disgusto—. Nos hicieron para vivir con suelos de piedra y techos, no de ese modo.

—Eso es lo que tú crees ahora —replicó Gultrataca—. Lo que las Brujas Superiores querían que creyeses. Pero tú eres mucho más poderosa de lo que ellas jamás imaginaron.

—Nunca podré volar. No de buena gana.

—Es obvio —afirmó Gultrataca.

Unas pocas arañas sanadoras se ocuparon de ciertas menudencias sobre los escudos de los ojos de Jarius. Comprobaban cualquier daño que Gultrataca hubiera podido causarle. Al no encontrar daño alguno, se limitaron a limpiar la superficie de los ojos.

—He oído que Calen, la nueva líder de las Brujas Superiores, no ha sido encontrada todavía —dijo Jarius.

—Déjamela a mí —replicó Gultrataca—. Ella no es la amenaza que su madre, Heebra, representó una vez.

—Pero mientras Calen viva, las Superiores encarceladas serán siempre una amenaza. No entiendo por qué no las has matado a todas, en vez de mantenerlas en celdas.

—Eso sería demasiado fácil —dijo Gultrataca.

—¿Demasiado fácil?

—No tienes ni idea de todo lo que nos negaron las Brujas Superiores.

Jarius la miró, inexpresiva.

—Dime, ¿cuál es el aspecto más repulsivo de una Bruja Superior? —preguntó Gultrataca.

—Su serpiente-alma.

—¿Tú crees? Una vez nosotras poseímos nuestras propias serpientes-alma. Conocimos su fidelidad. Nuestros ancestros eran Brujas Superiores.

Jarius la miró con cierto escepticismo.

—Cuando abandoné los túneles aprendí algo muy interesante —dijo Gultrataca—. Las gridas

somos un experimento. Las Brujas Superiores querían algo mucho mejor adaptado a los túneles. Así que eligieron a unas cuantas entre ellas y las metieron en la oscuridad para ver qué ocurría. Nuestras serpientes-alma nos mostraron el subsuelo. Pero tras centenares de generaciones, la oscuridad alteró tanto nuestros cuerpos que las serpientes ya no distinguían el sabor de nuestra piel. Nos abandonaron. Tampoco teníamos esta musculatura —levantó unos brazos extremadamente fornidos—, ni el deseo constante de usarla, de luchar. Las Superiores nos diseñaron así.

Jarius meneó la cabeza, incapaz de creer lo que oía. Las miembros mayores del clan no se molestaban en compartir este tipo de información con ella, dada su baja categoría.

—También maduramos más rápido —prosiguió Gultrataca—. Las Superiores lo querían así; superreproductoras, capaces de fertilizar nuestros propios huevos. De este modo, podían producir un ejército de gridas en el momento en que lo desearan. Y por supuesto, nunca nos permitirían crecer en número suficiente como para poder amenazar a las Brujas Superiores. ¡Imagínate si hubiésemos querido compartir su comida o sus preciosos cielos! Pero ellas encontraron una solución para eso. Nos seleccionaron.

—¿Seleccionaron?

—Matándonos —dijo Gultrataca—. Nunca nos cuestionábamos por qué nuestras compañeras de clan jamás volvían de las guerras. ¿Qué deberíamos haber hecho? ¿Acaso no morían en gloriosas batallas? La verdad es que las Brujas Superiores no querían utilizarnos en sus guerras. Simplemente, asesinaban a unas cuantas de nosotras cada cierto tiempo. Lo que mantenía nuestro número controlado. Para las Superiores ésa era la solución más fácil.

Jarius dio un paso al otro lado de la ventana. Que alguien pudiera morir de ese modo la llenaba de tanta vergüenza que era incapaz de hablar.

—¿Comprendes ahora por qué aún mantengo a algunas Brujas Superiores en el peor de los túneles? —preguntó Gultrataca—. Dejemos que se pudran. Nunca las soltaré.

Jarius bajó la cabeza, preocupada por lo que acababa de aprender.

—Las Brujas Superiores siempre despreciaron nuestra naturaleza —continuó Gultrataca—, pero su reino ha terminado. No habrá más selección. De ahora en adelante las gridas se reproducirán en un número que las Superiores nunca imaginaron.

—¿No llenaremos demasiado los túneles? —preguntó Jarius—. Ya están atestados.

—No importa. Pronto aprenderás a pensar más allá de los límites del túnel. Tendrás que hacerlo, si queremos abandonar este mundo

—¿Hasta dónde podemos llegar si los Magos están al acecho de nuestros movimientos? —preguntó Jarius.

—Quizá no muy lejos. Simplemente necesitamos encontrar Orin Fen, el mundo de los Magos, y matarlos a todos. Si no lo hacemos, Larpskendya y su especie estarán a salvo, y nosotros no.

—Las Brujas Superiores nunca consiguieron encontrar su mundo.

—Quizá buscaron en la dirección equivocada —dijo Gultrataca—. Tal vez necesitaban la ayuda de un niño.

—¿Un niño?

—Heebra no murió a manos de un Mago, Jarius. Un niño humano fue el responsable. Las

Superiores que volvieron hablaban de un muchacho llamado Yemi que poseía un talento nunca visto. Creo que él tiene la habilidad suficiente para dar con Orin Fen. O quizá posea otros dones que podamos utilizar. —Gultrataca se unió a Jarius en la ventana-ojo—. Has estado mirando fijamente hacia abajo durante bastante rato sin necesidad de levantar la vista —dijo—, ¿te has dado cuenta?

—No —admitió Jarius—. ¿Eso es todo? —Se apercibió de que muchas de sus centinelas se habían olvidado de sus recientes miedos. Ahora sentían simple curiosidad por ver como la nieve golpeaba contra las piedras y el cristal. Saltando de un lado a otro de la ventana, Jarius descubrió que podía mantenerse en la parte externa del dintel sin retroceder. Todavía tenía miedo, pero ahora podía dominarlo.

«Jarius está preparada —pensó Gultrataca—. O tan preparada como nunca pueda estarlo».

—Nuestras compañeras más jóvenes se adaptarán mejor que nosotras —dijo—. Apenas conocerán los túneles, Jarius. Será mucho más fácil para ellas. —Olfateó el aire, reconociendo el olor distintivo de las crías de grida. Tal como había ordenado, un grupo de ellas había subido a la superficie—. Quiero que estés aquí para esto. Por primera vez, un clan de gridas es traído directamente desde las cámaras de nacimiento a la superficie para ver el mundo. Veamos cómo se comportan.

Un grupo de gridas recién incubadas apareció en la entrada del túnel cercano a la base de la torre-ojo. La primera en emerger dio un alarido cuando la luz del sol le impactó en los ojos. Se habría quedado allí mismo si sus hermanas no la hubieran empujado fuera. Finalmente, las veinticuatro hermanas de sangre emergieron a la superficie. Se agruparon con rapidez en guardia contra la nieve que caía, como si ésta intentara golpearlas. Un viento punzante azotó sus rostros. La sensación fue tan extraña y amenazadora para las jóvenes gridas que todas sus arañas actuaron al unísono como si estuvieran siendo atacadas. Desesperadas, formaron escudos sobre los rostros de sus dueñas, intentando usar sus cuerpos para rechazar el viento.

Cuando Jarius observó a las jóvenes gridas, le pareció que podrían haberse quedado allí para siempre, en su posición defensiva, si se les hubiera permitido. Sin embargo, una grida adulta las aguijoneó hacia el exterior. Con torpeza, mientras intentaban defenderse del ataque de la adulta, las jóvenes gridas se apresuraron hacia la entrada de la torre de Heebra. Sus arañas corrieron tras ellas para no quedarse atrás. Dando grandes saltos, las pequeñas gridas encorvaron sus cuerpos como si aún estuvieran dentro del túnel. No se les ocurrió comprobar lo alta que era la torre-ojo. Dentro de los túneles raramente existía una razón para mirar hacia arriba.

La última de las jóvenes gridas fue empujada dentro de la torre. El martilleo de sus cuerpos contra la piedra marcaba su paso por las enormes escaleras.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó Jarius.

—Voy a ponerlas a prueba, por supuesto —respondió Gultrataca.

Jarius la miró.

—¿Ponerlas a prueba? ¿Cómo?

—Quiero comprobar lo rápido que se puede adiestrar a las recién nacidas. Voy a traerlas hasta la ventana-ojo y a lanzarlas.

—¿Qué? Pero no pueden volar. ¡Aún no saben cómo!

Las jóvenes gridas estaban cerca. Jarius podía oír su parloteo asustado y confuso. Unas cuantas arañas centinelas, de pequeño tamaño, como las jóvenes gridas a las que pertenecían, precedieron su llegada y advirtieron a sus dueñas de la existencia de una extraña luz verde en la ventana.

—Es injusto ponerlas a prueba tan pronto —protestó Jarius.

Gultrataca hizo pedazos la ventana-ojo. Fragmentos de cristal y hielo llenaron la cámara arrastrados por el viento.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Para eso te preparé, Jarius. Quiero que les enseñes cómo se hace. Así que primero saltarás tú.

PAÍSES SIN FRONTERAS



—Raquel, sáltate la visita turística y haz un vuelo apropiado —se quejó Eric.

—¿Por qué no te relajas? Disfruta de las vistas.

—Ya he visto el paisaje.

—Velocidad —se quejó ella—. ¿No te excita nada más?

—¿Es que hay algo más?

Con Eric torpemente agarrado a sus hombros, Raquel cruzó por encima del Himalaya. Bajo ellos, algunas de las montañas más altas de la Tierra ofrecían las fascinantes vistas de sus puntas heladas: el K2, el Nanga Parabat, los majestuosos abismos del Anapurna. Raquel respiró el intenso frío mientras los vientos racheados le acariciaban el cabello.

Encima del Makalu, el pico más alto de la Tierra, Raquel encontró a un grupo de chicos volando en picado. Cuando sus cuerpos impactaron contra la cara norte, una gran masa de nieve se desprendió. El grupo se montó alegremente sobre el alud mientras éste bajaba veloz hacia la sima de la montaña.

—Creo que podemos igualarlo —propuso Raquel—. ¿Preparado para el desafío?

—¡Claro! ¿Por qué no?

Raquel se lanzó de inmediato hacia la cresta de la montaña más cercana. Mientras sus hechizos de trayectoria los transportaban, Eric intentó parecer impasible.

—Vale, dime cuándo —dijo Raquel—. Ahora no lo echemos todo a perder.

Eric intentó calcular cuánto faltaba para alcanzar la cresta, pero viajaban demasiado rápido.

—No puedo..., afloja un poco, ¿quieres? —vociferó apretando los párpados.

Raquel esperó deliberadamente. En el último segundo sus hechizos de maniobra dieron un brusco giro y frenó con sus pies sobre la pendiente provocando una lluvia de partículas de hielo sobre Eric.

—Muy divertido —refunfuñó él.

—Demasiado rápido para ti, ¿eh?

—Ni siquiera he tenido una pizca de miedo —dijo Eric orgullosamente mientras se limpiaba el hielo y la nieve de la capucha de su abrigo—. Hazlo de nuevo si quieres y verás si me afecta lo más mínimo.

—Quizá más tarde. Comprobemos primero qué está pasando en los otros picos.

Raquel volvió hacia el este, bajando en picado sobre la región del Everest. Los adultos más preparados habían fallado a la hora de coronar un buen puñado de aquellas montañas; sin

embargo, los niños las habían conquistado todas. Mientras Raquel sobrevolaba el Everest, centenares de niños volaban en círculos a su alrededor. Algunos cargaban con familiares adultos o ayudaban a amigos cuya magia no era lo suficientemente fuerte para alcanzar aquella altitud por sí solos. Algunos de los mejores voladores estaban allí, aprovechando un día de visibilidad perfecta. Uno de ellos era una adolescente. Se zambulló y se elevó a voluntad aprovechando las suaves corrientes de aire. Después, volvió a un orfanato de niños pequeños para enseñarles la montaña, volando más despacio.

—¿Qué pasa con los prapsis? —preguntó Eric sin reconocer a nadie—. Creía que íbamos a ver a los chicos.

—Primero hagamos una parada para broncearnos un poco.

Eric se encogió de hombros.

—Dónde, ¿en el Caribe?

—Quizá.

Raquel cambió de dirección y cedió el mando a los hechizos de movimiento, que los encaminaron hacia el oeste.

—La bahía de Florida —anunció ella justo al llegar.

Estaban un poco alejados de la orilla, quizá a unas cuatro millas. Unos cuantos adultos formaban estelas en el agua, agitando la superficie con sus botes de recreo, pero eran superados en número. En aquellas cálidas latitudes las aguas estaban atestadas de niños. Y no necesitaban botes. Su magia los capacitaba para nadar directamente con la vida del mar. Mientras Raquel contemplaba la escena, vio algunos chicos persiguiendo delfines entre el oleaje. Dos niñas seguían de cerca a un grupo de barracudas cazadoras.

—Eh, ¿qué está haciendo ése? —preguntó Eric.

Un muchacho delgado asomaba entre las olas. Con un suave balanceo submarino seguía un sedal. El sedal acababa en una aguja rematada por un anzuelo. El muchacho cogió el sedal, lo sostuvo en el aire y rompió el anzuelo. Eric lo saludó. Al verlo, el muchacho le devolvió el saludo, emergió de las aguas y salió del mar.

Raquel lo siguió durante un rato. Tan lejos de la costa había menos niños, pero los que había estaban muy especializados en los hechizos submarinos. Eran capaces de bucear hasta las simas y abismos más profundos del fondo del océano.

—¡Buceadores de las profundidades! —dijo Raquel estirando el cuello—. ¡Están descendiendo! ¡Justo debajo de nosotros!

Más de una milla por debajo de ellos, los buceadores de las profundidades se acompañaban de los bancos de cachalotes a la espera de un encuentro con algún calamar gigante. Los hechizos de información de Raquel le comunicaron que entre los niños buceadores había un rastro de magia que ella conocía. Perteneecía a un muchachito francés cuyo arco iris ella había estropeado durante un caluroso día de verano.

Raquel sonrió; después volvió a encaminarse hacia tierra.

Entre los húmedos pantanos de Florida sobrevolaron a un bebé que estaba acariciando la piel costrosa de un caimán. Cerca de él sus hermanos daban caza a unos mapaches que habían trepado a un árbol tras haberles dado una cierta ventaja.

Escenas típicas.

Allí había jóvenes de todas partes del mundo. Las fronteras nacionales entre países nunca habían significado demasiado para los niños, pero ahora ya no significaban nada en absoluto.

Eric se rió mientras observaba a una niña pequeña.

—¿Cómo intentarías hacer tú eso, Raquel?

La niña estaba agachada en el barro junto a una serpiente de cascabel. La serpiente andaba metida en sus asuntos, pero la niña quería jugar. Plantando los codos en el suelo, daba empujoncitos con la nariz a la boca de la serpiente, atreviéndose incluso a golpearla.

—Demasiado fácil —replicó Raquel.

—¡Bromeas!

—Sólo es una serpiente, y no especialmente venenosa —dijo al tiempo que buscaba una nueva dirección que tomar.

—Sigamos —propuso Eric. Y cuando la guió hacia los alrededores de Florida, Raquel supo pronto por qué.

Un muchacho escuálido, vestido con unos pantalones cortos y una camisa sucia, permanecía de pie en las aguas poco profundas del río Okeechobee.

—Un espectro —susurró Eric sobrecogido.

Raquel aterrizó sobre las aguas turbias y caminó hacia el muchacho. Mientras se acercaban, ella se dio cuenta de que éste ni siquiera los veía. Seguía inmóvil, absolutamente en silencio. Alrededor de sus tobillos el agua permanecía quieta.

—Es muy extraño —dijo Raquel—. Nunca había visto a un espectro desde tan cerca.

—Es su líder —remarcó Eric—. Es Albertus Robertson en persona.

—¿Es él? ¿Estás seguro?

—Los conozco a todos.

—¿Ah, sí? A mí todos me parecen iguales.

Eric meneó la cabeza.

—No, Raquel, ni mucho menos.

Albertus Robertson era un muchacho de aspecto sensible, de unos diez años de edad, con unos ojos de color castaño claro. Llevaba el cabello largo y muy enredado. Era evidente que no se lo había cepillado desde hacía semanas. Como todos los espectros, era ligeramente pequeño para su edad y tenía la habitual mirada abstraída. En todos los demás aspectos Albertus se parecía a cualquier otro niño, salvo por un rasgo extraordinario: sus orejas. Eran antinaturalmente anchas y delgadas, demasiado grandes, casi cómicas. Y podía moverlas en todas direcciones, cualidad que ningún niño había poseído antes. Cuando Raquel miró a Albertus Robertson percibió una diminuta rotación; su cabeza se había movido. El gesto había sido tan leve que sólo sus hechizos de movimiento pudieron captarlo, no sus ojos. Fue un movimiento preciso, un simple grado de arco, que examinó un segmento preseleccionado de cielo.

Raquel murmuró:

—Parece como si últimamente Albertus no se molestara mucho en lavarse o cuidarse.

—Probablemente tiene cosas mejores que hacer.

—¿Como qué? —Raquel esperaba que Albertus no pudiera oírla—. ¿Qué está esperando ahí

afuera?

—No lo sé, Raquel. Y creo que Albertus tampoco. Eso es lo interesante de los espectros. Ninguno tiene la más ligera pista de lo que están haciendo. Hay docenas de ellos por todo el mundo, simplemente miran el cielo durante todo el tiempo.

Durante el rato en el que Raquel miró a Albertus Robertson no hubo ningún cambio en su enervante quietud. Incluso en un mundo lleno de niños extraños, los espectros eran diferentes. Los únicos que habían cambiado físicamente. Antes del Amanecer de la Magia ellos eran como cualquier otro niño. Sin embargo, durante los días que siguieron sus orejas se desarrollaron, del mismo modo que su silencio y su ausencia de movimiento.

—No pueden ni volar ni usar los hechizos más sencillos —le dijo Eric a Raquel.

—He oído que tampoco hablan nunca.

—Creo que te equivocas. No pueden hablar con nosotros pero sí entre ellos, o lo harán algún día.

Raquel le echó a Eric una mirada repentina.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No estoy seguro, es un presentimiento. —Eric apenas podía apartar la vista de Albertus Robertson.

—¿Un presentimiento? No, hay algo más entre tú y los espectros —sugirió Raquel—. Tú siempre sabes cosas de ellos que nadie más sabe. Albertus nunca ha sido identificado como su líder. ¿Cómo lo sabes tú?

Eric se encogió de hombros.

—Los espectros ni siquiera se reúnen —dijo Raquel—. Me parece que ni siquiera tienen un líder. Les gusta estar solos.

—Ellos no se reúnen aún, Raquel. Pero creo que eso cambiará pronto.

Mientras Eric hablaba Albertus Robertson ladeó la cabeza. Miró fijamente a Eric, intrigado. No se sabía que un espectro hubiera hecho eso antes. Nunca reaccionaban ante otra presencia humana. Por un momento, los ojos castaño claro de Albertus se demoraron en Eric, después su cabeza volvió a su antiguo estado, a su posición anterior.

Profundamente afectado por lo que acababa de ocurrir, Eric prosiguió:

—Hay algo más sobre los espectros. A los buscadores de emociones les gusta merodear cerca de ellos.

—¡Buscadores de emociones! ¿Lo dices en serio? —Buscadores de emociones era el término general dado a la mayoría de los niños insensatos, siempre utilizando su magia hasta extremos peligrosos. Para Raquel, el contraste entre los niños temerarios y los pasivos espectros era absurdo.

—Sorprendida, ¿eh? No podría imaginar qué tiene en común, pero hay algo. Apostaría a que algún buscador de emociones ronda por aquí. De hecho, estoy totalmente seguro.

En el mismo momento en que Eric decía eso, Raquel pudo Detectar otra presencia mágica en los alrededores, aunque se mantenía escondida.

—De todos modos, dejemos a Albertus en paz —propuso Eric, desviando lejos la mirada—. El viejo Albertus está disfrutando de su paz y sosiego.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Raquel exasperada.

—Ni idea, sencillamente lo sé. —Y le dio un codazo a su hermana—. ¿Qué pasa con los prapsis? ¡Lo prometiste! ¿Lo has olvidado de nuevo?

—No, sólo lo he estado aplazando. Tanto como fuese posible.

—Cómo quieres a esos chicos, ¿eh, Raquel?

—Humm. —Con una mirada final a Albertus Robertson, se transportaron.

Reaparecieron sobre el sur de Italia. Un grupo de niños de la zona estaban entrando y saliendo del volcán Vesubio, pero el destino de Raquel era diferente. Ella aterrizó en la bulliciosa Nápoles. Eric se sentía contento de estar en tierra y, durante un rato, ambos simplemente exploraron caminando las estrechas y tortuosas calles de la ciudad. Pasaron por una joyería muy elegante, extremadamente cara.

—Mira eso —dijo Eric.

Las pesadas puertas de acero de la tienda habían sido destruidas. Sólo un amasijo de hierros retorcidos permanecía donde una vez habían estado las puertas. Tres niños custodiaban la entrada de la tienda. Estaban allí de pie, controlando cualquier amenaza.

—Debe de haber muchos ladrones —sugirió Eric—. Nunca lo hubiera esperado de este lugar. No durante el día, por lo menos.

Raquel asintió sombría. Vallas, muros, cerraduras, cemento armado, alambradas de púas, defensas tradicionales que ahora ya no servían de nada contra los niños muy dotados.

—He visto cosas peores —dijo ella—. Especialmente en África. En El Cairo, en Nairobi, en Lagos. Están sucediendo cosas terribles.

La aparición de la magia había traído tantas alegrías como nuevos problemas. En los países más pobres surgieron grupos de ladrones. Tras el Amanecer, millones de niños que nunca habían tenido suficientes medios para alimentarse no pudieron esperar más. Simplemente se apoderaron de lo que necesitaban. En el mundo de Itrea, en una habitación especial, Raquel había creado alimentos en apariencia sólo con la ayuda de la magia, pero eso no era más que un truco de bruja. Ni los niños mejor dotados de magia podían crear comida de la nada.

Habitualmente, los ladrones llegaban de noche, hacían incursiones en las cosechas o robaban ganado. Una banda bien experimentada podía tomar lo que quisiera, incluso ante el adulto que acabara de sorprenderlos con las manos en la masa. Niños robustos eran contratados como guardianes antiladrones para ayudar a proteger alguna valiosa propiedad o para dar caza a los asaltantes, pero casi ninguno quería molestar con un trabajo tan aburrido a menos que fueran sus posesiones familiares lo que tuvieran que proteger. Y suponiendo que un ladrón fuera capturado, ¿quién se atrevería a castigarle? Los adultos ya no eran físicamente ninguna amenaza para la mayoría de los niños. En algunos países, desesperados por mantener algún control sobre los ladrones, grupos de niños habían sido reclutados por las fuerzas de seguridad, obteniendo poderes especiales del poder judicial. Pero había una pequeña diferencia. Los niños se escapaban; se evadían de las prisiones. Aunque se pudiera encerrar a los menos dotados bajo siete llaves, pronto sus amigos usarían su magia para liberarlos.

Un repentino batir de alas, sin embargo, hizo que Eric y Raquel se olvidaran por completo de los ladrones.

—¡Uau! ¡Ahí vienen! —exclamó él—. ¡Aquí llegan los chicos!

Apresurándose por un callejón bien visible vieron a los prapsis revoloteando risueños hacia ellos. Se dirigieron directos hacia Eric, en línea recta e increíblemente rápidos. Ni el niño más ágil podría alcanzar nunca a un prapsi, aunque muchos lo hubieran intentado ya.

Incondicionales de Eric, los niños-pájaro habían recorrido el mundo a lo largo y ancho en busca de regalos, cada uno intentando mejorar al otro. Eric chascó los dedos y los prapsis aterrizaron, exactamente a la vez, sobre su cabeza. Sus mejillas rosadas transpiraban en la brisa primaveral mientras el sudor les goteaba del cuero cabelludo. A Eric no le importó.

—Eh, chicos, ¿qué habéis conseguido?

Uno de los prapsis llevaba un peine roto entre las mandíbulas desdentadas. Sin esperar la opinión de Eric, el niño-pájaro intentó peinarle los rubios y ensortijados cabellos.

—Oh, esto te dejará bien guapo —prometió el prapsi, pasándole el peine por la cabeza de manera totalmente ineficaz.

—¿Dónde habrán encontrado ese peine? —preguntó Raquel—. Está mugriento.

Eric se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Ya me lavaré el cabello más tarde. Te preocupas demasiado, Raquel —dijo volviéndose hacia el otro prapsi. Y continuó—: Y tú qué tienes para mí, ¿eh?

El segundo prapsi sujetaba una bola de goma de mascar en una de sus zarpas. Se la ofreció a Eric.

—Ejem... —dijo Eric—. ¿Dónde has encontrado eso? ¿La has robado de la boca de alguien?

—¡Oh, no! ¡No, Eric! —gimoteó el prapsi—. Yo nunca te traería material de segunda mano. Es totalmente fresco. Para ti, sólo mis mejores chicles.

—Vale, entonces está bien. —Eric abrió la boca y el prapsi le lanzó el chicle certeramente dentro.

—Vamos —dijo expectante el prapsi—. Mastícalo.

Eric empezó a mascar.

—No sabe a nada. Supongo que ha estado en tu boca un buen rato, ¿eh?

Raquel intervino:

—Creo que la pregunta que deberías hacerle es más bien dónde encontró el chicle.

—En un charco —contestó el prapsi alegremente—. Estaba sucio, tenía una mosca encima y no olía demasiado bien, pero lo chupé a conciencia hasta dejarlo bien limpio.

Eric escupió el chicle de inmediato.

—Caray, chicos —resopló—. ¿Qué intentáis hacer, matarme?

—¿No está bueno? ¿No quieres mi regalo? —El prapsi empezó a sollozar. Su rostro se congestionaba por momentos como si estuviese intentando contener las lágrimas—. Lo siento, Eric. ¿Te hubiera gustado que te trajera también la mosca? No pensé en ello. —Se volvió enfadado contra su compañero—. ¡Es por tu culpa! Tú me dijiste que me tragara la mosca, tú, paloma estúpida.

El otro prapsi sonrió de oreja a oreja, absolutamente en silencio.

—¡Largaos! —les gritó Eric—. Encentradme un regalo apropiado. ¡Algo bueno de verdad!

Inmediatamente, ambos prapsis se elevaron en el aire y permanecieron aleteando quietos,

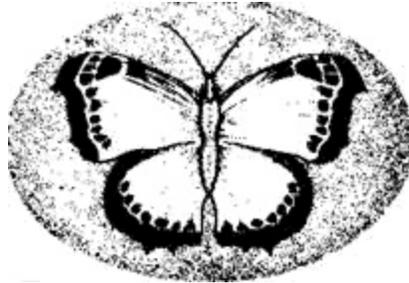
temblando de excitación.

—¿Q-q-q-q-qué quieres? ¿Eh? ¿Q-q-q-q-qué quieres, Eric? —chillaron.

—Algo bueno y sabroso. ¡Y que no apeste!

Los prapsis salieron volando a gran velocidad, escupiéndose el uno al otro. Raquel todavía podía oírlos cuando ya estaban bastante lejos del alcance de la vista, discutiendo y maldiciendo.

4 TOKIO



Raquel cogió el peine que aún sobresalía del cabello de Eric.

—Vamos —dijo ella—. Todavía quiero hacer algunas compras.

—¿Nos vamos de compras?

—Sí.

—¿Adonde, a Nueva York?

—¡A Japón!

Se transportaron al Lejano Oriente. Siguiendo al sol, descendieron los cielos hasta llegar justo a tiempo para el crepúsculo en Tokio. Durante un rato, Raquel voló por encima de los rascacielos de acero y cristal del distrito de Shinjuko, en la parte occidental de la ciudad. Raquel amaba ese barrio, sobre todo las enormes torres gemelas de cuarenta y ocho pisos de altura del Edificio Gubernamental Metropolitano. Durante el día, trece mil burócratas trabajaban en sus oficinas, pero por la noche la estructura entera pertenecía a los niños.

—Comprueba que no estén las bandas —dijo Eric—. La última vez que vinimos estaban acechando por aquí.

Algunas bandas de niños rivales se desafiaban en los tejados de los rascacielos. Cada grupo iba vestido de manera distinta, así no podía haber confusión alguna acerca del grupo al que pertenecía cada uno.

—¿Vamos a la zona prohibida? —Eric señaló el espacio entre los edificios, los lugares invisibles por donde ningún niño volaba.

La atmósfera estaba intranquila, con algunos adultos rondando. Cuando Eric miró, un bebé —que volaba sólo— acortó a través de los territorios invisibles. Las bandas se burlaron cuando pasó, riéndose del accidentado progreso del bebé por el cielo.

Mientras sonreía ligeramente, Eric apuntó a los niños de la banda con su dedo índice y después sopló, como si estuviera disipando el humo de un arma.

—Zap, zap —dijo susurrando—. ¿Puedo darles a esos chicos de las bandas una buena lección, Raquel? ¿Los expulsamos del cielo a patadas?

Raquel lo miró mientras él bajaba el dedo con resignación.

—¿Tienes ganas de hacerlo?

—Siempre tengo ganas. Sobre todo con niños como éstos.

El don particular de Eric consistía en destruir hechizos. El líder de los magos, Larpskendya, lo admiraba especialmente por dicha habilidad. En su amplia experiencia a través de varios mundos,

ningún mago había visto jamás un don semejante. Tras el Amanecer de la Magia, Larpskendya había esperado que otros niños de la Tierra adquirieran el mismo don que Eric. Pero nunca llegó a ocurrir.

Eric era único.

Raquel entendía lo mucho que el chico necesitaba practicar su antimagia, pero ¿qué podía hacer ella? Cada vez que Eric enfocaba su capacidad en el hechizo de algún niño, éste destruía ese hechizo en particular para siempre. Nunca más podía utilizarse de nuevo. Los hechizos eran muy valiosos; incluso el más modesto era apreciado. Ningún niño perdería uno de buena gana.

—No importa —dijo Eric. Y añadió en tono grave—: Aun con todo, estoy mejorando. Incluso sin practicar. Soy cada vez mejor.

—¿Mejor en qué?

—Ahora ya puedo detectar hechizos muy ocultos. Me refiero a esos hechizos tan débiles, tan lejanos.

—¿Como cuánto?

—¿Sabes dónde están ahora los prapsis?

El rastro mágico de los prapsis era siempre muy difícil de seguir porque volaban con mucha rapidez. Finalmente, a más de mil quinientos kilómetros al noroeste, los hechizos de información de Raquel dieron con ellos.

—Están cerca del desierto de Gobi —dijo ella—. Volando hacia el sur.

—¿A qué distancia se encuentran el uno del otro?

Raquel miró fija e inexpresivamente a Eric.

—No puedo captar eso a esta distancia. Apenas puedo rastrearlos.

—¿No? —Eric levantó las cejas—. Entonces yo te lo diré. Están muy cerca el uno del otro, a no más de medio metro. Y uno está volando ligeramente por encima. También tienen un poco de frío. Debe de ser porque vuelan a una velocidad un seis por ciento por debajo de la usual. Y vuelan a tres mil quinientos metros de altura —añadió con desenfado—. Les gusta volar a esa altitud. Les recuerda todos esos siglos pasados en los cielos de Itrea.

Raquel lo miró un poco asustada.

—Eric, ¿cuánto tiempo hace que eres capaz de detectar con tanta precisión? Nunca lo habías mencionado antes.

Él se encogió de hombros.

—Ocurre gradualmente.

—Necesitamos decírselo en seguida a Larpskendya.

—Claro..., supongo.

—Eric, no puedes guardarte algo tan importante para ti solo, y lo sabes. Si...

—Vale, vale, ya está bien, ¿quieres? Se lo iba a decir mañana mismo a Larpskendya, cuando nos llevase a visitar a Yemi. Y..., ejem..., hablando de Yemi, aquí vienen sus maripositas.

Una sombra se extendía sobre la línea del horizonte de Tokio. Estaba compuesta enteramente por una miríada de mariposas amarillas de una variedad llamada Belleza de Camberwell. Llegaban a billones, la bandada era tan grande que durante varios minutos escondió por completo en el cielo de la ciudad las primeras estrellas de la noche. El fenómeno era tan familiar, que la

mayoría de los niños ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Todavía no entiendo por qué Yemi las envía por todas partes —dijo Eric.

—Yo creo que sí. —Raquel se imaginó a Yemi, un niño nigeriano de dos años de edad, y sonrió. Incluso sus hechizos más notables estaban en desventaja con la magia de éste. Como ella, podía cambiar su propia forma, pero él podía hacer mucho más. Y su magia iba madurando continuamente. Nadie tenía ni la más mínima idea de hasta dónde llegaban sus límites.

Mientras Raquel contemplaba el fenómeno, prosiguió:

—Esas mariposas encantadoras... Son un don. Yemi intenta dar al mundo una ración extra de felicidad. Pero hay más que eso. Los animales... ¿Has visto cómo se interesan cuando aparecen las mariposas? No tengo ni idea de lo que está pasando, pero su conducta ha cambiado definitivamente.

—Es por su magia —aseguró Eric.

—¿Qué? ¿Los animales tienen magia?

—Sí. Ellos no son como nosotros, pero tienen un rastro de magia, que se comunica con Yemi y sus mariposas de alguna manera.

—¿Estás seguro?

—Apostaría mi vida.

Las Bellezas de Camberwell surcaron suavemente los cielos de la ciudad. Había cientos de esas bandadas, trasladándose en enormes migraciones sin fin. Volaban día y noche. Sus alas trazaban caminos que las llevarían por todo el mundo.

—Vámonos lejos de las bandas —dijo Raquel cuando la última de las mariposas se perdió en la luz del ocaso—. Todavía quiero ir de compras. ¿Algún sitio en particular?

—No especialmente, pero tengo hambre.

—Yo también.

Se transportaron a uno de los principales distritos de tiendas del mundo: las travesías Ginza de Tokio. Durante un rato, después de que Raquel enmascarara a ambos como típicos niños japoneses, se pasearon por los bares de neón y por los tenderetes de sushi. Había una mezcla homogénea de niños y adultos disfrutando del entretenimiento y de los puestos de comida. Raquel y Eric compraron un poco de pollo yakitori y helado y pasearon por las anchas avenidas. Cuando llegaron a la calle Chou-dori, Eric susurró:

—Detente.

—Un hechizo de bloqueo —dijo Raquel.

—Sí. Y quienquiera que lo esté sufriendo no ha luchado antes.

—Entonces debe de ser un adulto.

—¿Quieres que destruya ese hechizo?

—No. Comprobémoslo primero. —Recogió a Eric y voló a lo largo de una red de calles laterales hasta que llegaron a un callejón oscuro. Medio disimulada por algunas cajas, una muchacha de unos siete años estaba de pie sobre un hombre viejo. Sin tocar siquiera el cuerpo bloqueado del hombre, la niña usaba un hechizo de búsqueda para registrar sus bolsillos en busca de dinero, o lo que quiera que fuese.

—¡Detente! —gritó Raquel en japonés, y entonces comprendió que la muchacha no era

japonesa. Así que cambió al inglés—: ¡Déjalo en paz! Cuando se dio cuenta de que la muchacha parecía no mostrar tampoco ninguna comprensión, los hechizos lingüísticos de Raquel dijeron el mismo mensaje en varios idiomas.

Por fin la niña entendió sus palabras, y escupió a los pies de Raquel, desafiante.

—Si pudiese te atacaría —dijo Eric—. Está preparándose.

—No creo —respondió Raquel—. Ella sabe que la supero. Es inteligente.

—¿Quién él? —preguntó la muchacha en un inglés dificultoso. Apretó su dedo del pie contra el pecho del hombre—. ¿Tu papá? ¿Tu papi?

—No —dijo Raquel—. Por supuesto que no.

—Entonces..., ¿por qué quieres ayudarlo? —La muchacha parecía realmente confundida.

—Yo... —Raquel se detuvo. Si la niña no podía entender que aterrorizar a un adulto era malo, ¿qué podía decirle para persuadirla de que se detuviese?

La muchacha se dio media vuelta, llamando a un gato sarnoso que apareció de las sombras. Lo acunó en sus brazos y se fue fanfarroneando hacia el fondo del callejón, con la cabeza erguida.

El viejo se levantó temblando y se dirigió en dirección opuesta.

—Espere —le dijo Raquel—. ¿Está usted bien? ¿Está herido?

El hombre quería huir claramente de ella. Raquel era una niña, y él estaba solo, y aunque lo había ayudado tenía miedo de ella. Se apretó contra el muro, dejando paso a Raquel y a Eric, haciendo reverencias continuas pero sin levantar los ojos del suelo.

—Habitualmente, durante estos días ya no encuentras adultos solos por la noche en las grandes ciudades —dijo Eric—. No puedo creer que no haya traído con él a sus hijos en un lugar tan atestado de niños.

—No todos tienen hijos propios —repuso Raquel—. ¿Significa eso que tienen que quedarse en sus casas? ¿Sin salir nunca?

—Eso o aceptar el riesgo. Ya conoces las reglas en las ciudades: los adultos deben estar en sus casas después de las diez, o habrán de atenerse a las consecuencias.

—Eso es una regla impuesta por las bandas —dijo Raquel tristemente—. Hablas como uno de ellos.

Eric se encogió de hombros.

—Los padres impusieron bastantes más reglas antes, Raquel.

—Entonces es el momento de cambiar las cosas, ¿no es eso lo que estás insinuando?

—No, no estoy diciendo eso. No me gusta más que a ti, pero los adultos deben tener cuidado, ¿no crees? Permanecer en sus casas a menos que dispongan de una escolta de niños, y...

—Ese hombre podría haber sido nuestro padre —dijo Raquel.

Eric la miró alarmado.

—¿Has protegido nuestra casa?

—Por supuesto. La cosa está en que algunos adultos no tienen una protección especial. No deben de necesitarla.

Raquel miró hacia arriba. El trozo de cielo que se vislumbraba entre las paredes del callejón estaba repleto de niños. De repente, le parecieron ligeramente siniestros. El viejo todavía corría hacia el fondo del callejón, intentando ponerse a salvo. Parecía pertenecer a un mundo diferente.

Ella mantuvo un ojo puesto en él hasta que alcanzó una puerta lateral. Sus manos temblaron cuando trasteó con la cerradura. Quizá estaría seguro dentro, pero quizá no. Raquel sabía que mientras la mayor parte del mundo era segura para los adultos, los menores estaban tomando el mando en las ciudades más grandes. Las bandas callejeras siempre habían existido, pero ahora iban armadas con magia. Generalmente, los adultos podrían hacer sus cosas con libertad, pero en ciertas áreas después de caer la noche los niños caminaban con paso arrogante por las calles, comportándose de manera imprevisible. Algunos se habían especializado en escarnecer a los adultos sólo para convertir sus vidas en un infierno.

Las manos del hombre temblaban tanto que era incapaz de abrir la cerradura. Seguía mirando a Raquel como si ella pudiera estar a punto de hacerle cosas horribles. Raquel podía utilizar un hechizo para abrir la cerradura, pero sabía que eso sólo asustaría aún más al pobre anciano. Para que se sintiera menos amenazado, se alejó hacia el otro lado del callejón, pero se quedó lo suficientemente cerca para asegurarse de que entraba en su casa sano y salvo.

El mundo entero se había vuelto del revés, pensó.

Aunque casi todos los cambios habían sido para mejor. Los padres ya raramente tenían que ir a trabajar, a menos que lo desearan. Sus hijos, usando la magia, podían realizar los quehaceres rutinarios, librando por primera vez en la vida a la mayoría de los adultos del trabajo pesado. Pero todavía había dificultades para éstos, y no sólo debido a las bandas de niños. Muchos padres habían juzgado su propio valor por haber sabido criar bien a sus hijos, o por cuánto los necesitaban. Ahora los niños ya no necesitaban el cuidado de la misma manera. Por lo general, todavía compartían las mismas relaciones de afecto, pero muchos niños pasaban ahora más tiempo explorando su propia magia que con sus padres. Y también había, claro, celos. Algunos padres sentían envidia de sus hijos. ¿Por qué sólo los niños podían poseer el don de la magia? Los adultos querían ser los dueños de sus propias trayectorias. También querían ser capaces de volar...

El anciano pudo finalmente abrir la cerradura. Se deslizó dentro. Raquel se preguntó qué clase de vida tendría aquel pobre hombre. Parecía tan débil. «Espero que no esté solo —pensó—. Sólo en una ciudad de bandas callejeras. ¿Qué puede ser peor?». Sobre sus cabezas, un bebé se rió entre dientes mientras seguía a un pájaro nocturno por el cielo. «¿Dónde está tu madre? —se preguntó Raquel en silencio—. ¿Dónde estará? ¿Cómo se sentirá ahora que estás tan lejos de ella?».

De repente, Raquel quiso volver a casa para comprobar que mamá y papá estaban sanos y salvos.

«Las gridas están por ahí en alguna parte —pensó—. Desde que las Brujas Superiores saben dónde está nuestro mundo, ellas deben de saberlo también. Y apuesto a que no pierden el tiempo en juegos, o uniéndose a las estúpidas bandas, o burlándose de los adultos. Cuando finalmente las gridas decidan venir, ¿cómo vamos a estar preparados?».

—Volvamos, Eric —dijo—. Vamos a casa.

FUEGO SIN CALOR



—Se retrasa —dijo Raquel.

Mamá le apretó la mano.

—Ya no tardará mucho, estoy segura.

Raquel asintió tensamente y se abrazó las rodillas, balanceándose sobre una silla de la cocina. Había varios sandwiches intactos sobre un plato frente a ella. Nunca podía comer antes de ver a Larpskendya. Los nervios le oprimían la boca del estómago.

Eric estaba más relajado. Rondaba por allí cerca, hojeando una historieta. Los prapsis se habían posado en un árbol, unos cuantos jardines más abajo, y discutían con una familia de cuervos.

—¿Qué están haciendo los chicos? —preguntó mamá sin demasiado interés.

—Están intentando convencer a los cuervos para que se dejen crecer nuevas caras más apropiadas.

Mientras mamá entornaba lo ojos. Raquel le susurró:

—¿Estás nerviosa? Sabes, cuando viene Larpskendya, ¿no sientes como si dentro de ti te pesara mucho el aire? —preguntó apretándose el pecho.

—Sí, cada vez —contestó mamá—. Oh, pero es una clase buena de nervios, ¿no crees?

Se sonrieron abiertamente.

Pasaron unos cuantos minutos. Raquel se alisó la falda. Mamá hizo algo de té pero nadie se lo bebió excepto Eric. Aburridos de los cuervos, los prapsis aplastaban sus narices contra la ventana, suplicando que los dejaran entrar. Inmediatamente, mamá comprobó que no trajesen nada asqueroso antes de dejar que volaran directos a Eric.

—¿Cómo estáis, chicos? —les preguntó cuando aterrizaron en sus hombros.

—No quieren escucharnos —dijo uno de los prapsis con tristeza—. No quieren dejarse crecer caras nuevas.

—¿Eso les dijisteis?

—Sí, eso les dijimos, Eric. Pero se fueron volando lejos. Siempre lo hacen.

Los prapsis se posaron sobre la mesa y Eric se inclinó frente a ellos.

—Os voy a decir por qué hacen eso, chicos. Porque están avergonzados. Después de todo, ellos son sólo cuervos. Vosotros dos podéis volar como genios, podéis hablar, hacer cualquier cosa. Cuando estáis cerca de ellos, los cuervos se sienten incómodos. Saben que nunca serán tan buenos como vosotros.

Ambos prapsis sonrieron felices. A ellos nunca se les hubiera ocurrido una explicación como aquella.

Se abrió la puerta del patio y llegó papá del garaje limpiándose las manos de grasa. Era un hombre alto, delgado y con el cabello gris.

—Casi lo he terminado —dijo con satisfacción mientras se lavaba en el fregadero—. Casi he arreglado ese artefacto. Un par de horas de trabajo más y listo.

Raquel podía haber reparado el coche, pero sabía que a papá le gustaba mucho hacerlo.

Papá se quedó de pie con las manos bajo el grifo de agua, lavándose metódicamente los rastros de aceite. Después, fue a sentarse junto al resto en una de las sillas de la cocina y dijo con voz ronca:

—Se está retrasando, ¿no?

Mamá asintió. Nadie necesitaba decir lo que pensaba. Papá iba a levantarse para servirse una taza de té, y entonces se detuvo. Y se olvidó del té. En la habitación todos mostraron la misma sonrisa amplia cuando se dieron cuenta de que el cielo se estremecía por momentos. Las nubes parecían saberlo; las águilas detuvieron su vuelo.

Raquel susurró:

—Ya llega. Ya llega.

Papá se puso de pie. Los prapsis saltaron arriba y abajo sobre el radiador. Eric, olvidándose de su calma habitual, corrió a la sala, esperando vislumbrar al Mago haciendo su espectacular entrada a través de las nubes.

Pero llegó demasiado tarde: Larpskendya ya estaba en el vestíbulo.

Los prapsis fueron los primeros. Buscando un regalo para ofrecerle, encontraron un poco de suciedad en la alfombra. Después de que Larpskendya aceptara el regalo cortésmente se volvió hacia la muchacha, que corría a lo largo del pasillo, y ella no necesitó pedir su permiso. Él abrió los brazos y Raquel se lanzó entre ellos. Apretó la cara contra su pecho y lo abrazó con fuerza.

—¡Oh, Larpskendya! —sollozó.

Sus hechizos brillaban locamente dentro de sus ojos, deseosos de ser los primeros en ver al mago. Larpskendya echó la cabeza hacia atrás y estalló en risas, besándolos a todos de manera completamente informal.

Papá, como siempre, era incapaz de apartar la mirada del mago. ¿Qué lo provocaba? No sus gestos, pues era del todo inexpresivo, sino sus ojos: tenían forma humana, pero eran mucho más vivos y apasionados que los de ningún otro hombre.

Raquel se aferró a la túnica de Larpskendya mientras le explicaba los recientes acontecimientos mágicos. Como de costumbre, él parecía saberlo todo, aunque no interrumpió a la niña. Finalmente, tras hablar con mamá y papá en privado, Larpskendya cogió de la mano a Raquel y a Eric. Los prapsis zumbaban alrededor de su cabeza como moscas, sabiendo que algo estaba a punto de ocurrir. Con un movimiento demasiado veloz para poder ser visto, Larpskendya los cogió al vuelo y los metió bajo la camiseta de Eric.

—Hoy debes mantenerlos cerca de ti —le advirtió Larpskendya.

—¿Por qué?

—En el lugar que vamos a visitar podrían perder sus corazones por otro. Yemi ha cambiado

desde la última vez que lo viste. —Eric compartió una mirada excéntrica con Raquel—. ¿Estáis preparados? —preguntó Larpskendya.

Eric se abrochó los botones de la chaqueta, apretando de paso las cabezas de los prapsis contra su pecho.

—¿Dónde nos lleva Larpy? —preguntó un prapsi.

—Chiiist. No lo llares así —dijo Eric.

—¿Por qué no, Eric?

—Simplemente, no es una buena idea; eso es todo.

—Oh, me han llamado cosas peores —remarcó Larpskendya riéndose mientras se ponía en marcha.

No hubo sensación de vuelo o de movimiento. Los hechizos de Raquel nunca podrían alcanzar la facilidad y suavidad del movimiento de Larpskendya. Al siguiente instante —y a miles de kilómetros de distancia—, Raquel y Eric se encontraron soltándose de las manos del mago en medio de la penumbra.

Estaban en el subsuelo, en una caverna. En algún momento del pasado fue una cueva normal y corriente, pero la magia de Yemi la había transformado. No había ninguna ventana, pero las vistas eran interminables. A la derecha de Raquel un fuego ardía vigorosamente, pero no emitía calor alguno. Sobre la cabeza de Eric una cascada de agua caía con fuerza, pero sin mojarlo. Monos aulladores aparecían, chillaban, se desvanecían y reaparecían de nuevo. Y alrededor de ellos, las vistas, los sonidos y los olores que Yemi había escogido evocaban su viejo hogar africano, Fiditi. Y eso significaba calor; significaba humedad; aroma de buena cocina casera, de combustible ardiendo, y significaba también el canto de las solitarias aves nocturnas. Sin embargo, un sonido dominaba todos los demás: el murmullo de las hojas de la selva tropical.

Ese sonido, de una belleza indescriptible, estaba por todas partes.

—Ésta es sólo una de las residencias de Yemi —dijo Larpskendya llevándolos más allá—. Él crea un número infinito de ellas allá por donde pasa.

Doblaron una esquina, en la parte principal de la cueva, y allí, pletórico de vida, había un niño pequeño.

—¡Yemi! —exclamó Raquel apresurándose hacia él.

Tan pronto como la oyó, Yemi se transportó hasta los brazos de Raquel. Durante unos instantes simplemente permaneció así, mirándola en silencio. Hacía tres meses desde la última vez que Raquel lo había visitado, y en su apariencia exterior Yemi no había cambiado apenas; todavía era un niño pequeño, con el corto y ensortijado cabello, la piel de ébano y los ojos castaño claro. Como era habitual, iba vestido con ropas chillonas, un par de pantalones azules arrugados y una camiseta lisa de color naranja. Pero Raquel ni siquiera se fijó en ello. Lo que sí notó fue que había animales. Docenas de ellos rondaban por los alrededores, toda clase de criaturas: ratones, perros, un tití, y gacelas, y gatos, grandes gatos, tigres siberianos adultos.

—No estamos seguros de cómo los trae Yemi, o por qué —dijo Larpskendya—. Parece que ningún animal puede resistírsele.

Eric echó un vistazo a los prapsis, que aún permanecían bajo su camiseta. Ellos le devolvieron la mirada tranquilizadamente.

Raquel meció a Yemi contra su pecho. Mientras lo acunaba, un mono gibón saltó sobre su hombro y empezó a hurgarle suavemente el pelo. Ella se rió por la sensación de cosquillas que le producía y se inclinó para besar a Yemi en la boca.

Él se retiró. Y soltó un grito. Empujó a Raquel, y voló a otra parte de la cueva.

—Lo siento —dijo una voz desde las sombras—. Debería haberte avisado.

La hermana de Yemi, Fola, dio un paso adelante. Tenía la misma edad que Raquel, pero era más alta, con el cabello trenzado y unos labios gruesos y llenos que siempre sonreían. Después de saludar a Raquel y a Eric, se arrodilló y jugueteó con los rizos de Yemi.

—No deja que nadie se acerque a su boca. Nunca.

Yemi se tumbó sobre sus grandes gatos en busca de consuelo. Los tigres siberianos estaban sentados uno a cada lado del niño; sus cabezas servían de apoyo para sus manos. Cuando acabó su pequeña rabieta, Yemi volvió al lado de Raquel, buscando claramente su perdón. Mientras se acurrucaba a su lado, ella dijo:

—Creo que sé por qué no acepta besos de nadie. Es por culpa de Heebra. Ella metió su hechizo de muerte dentro de su boca de esa manera. Está asustado, eso es todo.

Yemi se revolvió para soltarse; entonces aplaudió ruidosamente para llamar la atención de todo el mundo.

—¡Demonios! —soltó Eric.

Los animales que habían visto no eran todos. El resto llegaba ahora de las zonas apartadas de la caverna. Los ratones brincaban junto a los gatos; una cobra se aferraba al cuello de un cisne; un halcón caminaba al lado de un polluelo, sin pensar un solo instante en abalanzarse sobre él.

Con un chapoteo, otro animal emergió de una pequeña piscina. Era sólo una cría. Gordezuelo, intentó arrastrarse hacia adelante. Se abrió paso hasta Eric sobre sus aletas y lo miró fijamente.

—Una foca de Weddell —dijo Larpskendya—. Del Antártico. Los animales llegan desde todos los lugares, y siguen a Yemi vaya donde vaya. —Cogió a la cría de foca—. Ésta estaba casi congelada de frío cuando llegó. Debió de viajar durante días y noches cruzando el océano sólo para estar con Yemi. ¿Puedes imaginarlo?

Eric lo miró sobrecogido.

—¿Cuántos hacen eso?

—No muchos. Yemi es un chico inquieto, cambia de un lado a otro continuamente. Sólo los animales más decididos tienen la oportunidad de alcanzarlo antes de que se marche a otro lugar.

Eric se inclinó para ver a uno de los halcones. Los prapsis aprovecharon la oportunidad y escaparon del interior de su camiseta.

—¡Eh, volved! —les gritó, pero ya estaban fuera, trepando a sus hombros.

Al verlos, Yemi saltó de excitación y les ofreció sus brazos. Cuando los prapsis no volaron hacia él de inmediato, Yemi se sorprendió.

—Venid. Venid —dijo con voz cantarina—. Quiero.

—Ya veo —repuso Eric fríamente.

—Quiero.

—No me importa lo que quieras. No puedes tenerlos.

—Por favor. —Yemi intentó sonreír.

Dejando a ambos prapsis en el suelo, Eric dijo:

—A vuestra elección, chicos. Id con Yemi si lo deseáis. No quiero impedirlo.

Los prapsis volaron de nuevo a los hombros de Eric.

—Nosotros sabemos dónde queremos estar —dijo uno de ellos.

Eric miró a Yemi.

—Creo que los chicos han hecho ya su elección, ¿no crees?

Yemi no tenía ni idea de cómo reaccionar. Nunca le había ocurrido eso antes. Lo intentó todo para hacer cambiar de opinión a los prapsis. Frunció el entrecejo, pataleó, agitó los puños. Les imploró. Como seguían rechazando su petición, finalmente se puso a llorar. Uno de los tigres siberianos se le acercó y le acarició con el hocico.

—Eric, quiero que me digas exactamente cómo haces eso. —dijo Larpskendya—. Nunca he visto a ninguna criatura rechazar a Yemi.

—Yo no he hecho nada —protestó Eric—. Nada de nada.

—No es cierto. Yemi nunca había sido rechazado así antes, estoy seguro.

—Bien —dijo Eric con calma—. No estoy seguro de que sea bueno para unos chiquillos como ellos conseguir siempre todo lo que quieran. Eso no es bueno, ¿no crees?

Las miradas de Eric y Yemi se cruzaron. Durante un instante Raquel supo que los dos muchachos estaban midiéndose de una manera que ella no podía entender.

—Vamos, vamos —dijo Fola abrazando a Yemi—. ¡Escúchame! ¡No puedes tenerlo todo!

Yemi permaneció triste hasta que uno de los tigres siberianos le lamió la cara, haciéndole reír. Su habitual alegría volvió de inmediato. Saltó sobre el lomo del tigre, palmeteándole los flancos para que le diese un paseo.

—Yemi ya no es un chico como los demás, ¿verdad? —preguntó Raquel—. Es algo más que eso.

—El es muchas cosas —le respondió Larpskendya—. Pero la mayor parte del tiempo se comporta como un niño de su edad. Le gustan los dulces y los juguetes, y la clase de juegos habituales, especialmente el escondite.

—¡Oh sí! —añadió Fola—. No le gusta que los animales estén escondidos durante demasiado tiempo. Pero ¡los animales nunca lo encuentran a él cuando se esconde, no! Sólo es un bebé aún, un *pikin*. Le gusta esto. —Fola cogió a Yemi de encima del tigre y lo columpió sobre sus rodillas, provocándole carcajadas—. ¡Y tiene rabietas, y desea siempre hacer lo que quiere! ¡Y llora por todo!

Raquel miró a los tigres siberianos. La conducta de uno de ellos empezaba a llamar su atención. No era un tigre común, de eso estaba segura. Sus movimientos eran demasiado precisos, demasiado calculados, también demasiado afectuosos. Cada vez que lo observaba, el tigre detenía su actividad y la miraba pensativamente con una expresión casi humana.

En un momento dado, Yemi le habló al tigre. En respuesta, el animal acercó su húmedo hocico a su oreja y le susurró algo. Raquel distinguió claramente las palabras.

—¡Eso no es un animal! —gritó.

SERPANTA



—No te alarmes —dijo el tigre mientras se transformaba.

Raquel esperaba que fuese una bruja, pero fue un mago el que apareció a su lado. Vestido con una simple túnica de color aguamarina, medía aproximadamente dos metros de altura, tan alto como Larpskendya y con los mismos ojos salvajes, impenetrables. Raquel se dio cuenta de que sólo podía mirarlo durante un corto momento. Miró a Eric y vio que a él le sucedía lo mismo.

—Yo soy Serpanta —dijo el mago. Su voz era rica y ligera y parecía venir de un cuerpo de edad notablemente más joven que la de Larpskendya. ¿Era él más joven? No por primera vez, Raquel se preguntó qué edad tendría el mago. Inclinandose ante Raquel y Eric, Serpanta añadió—: Es un honor encontrarme por fin con vosotros, aunque siento que ya os conozco muy bien. Larpskendya tiene razón. Hay una fuerza en vosotros que no puede ser fácilmente desafiada en este mundo, o más allá de él.

Yemi tiró de la manga de Serpanta, pues quería jugar.

—Tú y Larpskendya sois hermanos —dijo Raquel—. No me equivoco, ¿verdad?

Larpskendya replicó:

—Te dije que lo adivinaría. Es muy difícil guardar un secreto si Raquel está cerca.

—Pero tú eres... más viejo que Larpskendya —replicó Eric—. Tu voz parece más joven, pero eres mucho más viejo. Puedo sentir eso en tu magia.

Serpanta le echó a Eric una mirada casi temerosa.

—¿Cómo haces eso? No debería ser posible.

—Tus hechizos están muy cansados. Así es como lo sé —dijo Eric. Sus ojos se humedecieron cuando sintió los hechizos de Serpanta intentando desesperadamente salir de él—. Están cansados de luchar durante tanto tiempo. Continuar es algo muy duro para ellos. Oh, y no quieren hacerlo, no quieren hacerlo.

Serpanta extendió la mano. Tembloroso, sujetó a Eric.

—Sí —reconoció—. Les he pedido demasiado en estos últimos años, y ahora tengo que pedirles más y más otra vez. La guerra no nos ha dejado un momento de descanso, ni a Larpskendya ni a mí. —Bajó la mirada y añadió, con una sonrisa torcida—: Quizá tú puedas decirme cómo puedo fortalecer mis hechizos, Eric. Es difícil para mí saber la verdad. Ellos me mienten, ya sabes.

—No van a abandonarte aún —dijo Eric.

—Es bueno escuchar eso —dijo Serpanta de nuevo con voz clara. Aupó a Yemi, poniéndolo

sobre sus hombros—. Tengo que estar aún un tiempo con este pequeño.

—¿Estás aquí para protegerlo de las gridas? —preguntó Raquel.

—En parte. Una grida normal podría intentar destruirlo, a menos que creyera que podía utilizarlo para sus propios fines, pero realmente, Yemi necesita vigilancia también por otras razones. No es que sea malo, claro que no, lo que ocurre es que un pensamiento suyo equivocado podría destruir accidentalmente muchas cosas de valor en este mundo. —Serpanta besó a Yemi y le susurró—: Incluso tus pensamientos más felices son peligrosos, niño prodigioso...

Raquel recordó el incidente con los osos. En su segundo cumpleaños Fola le regaló a Yemi un osezo pardo. Yemi no podía contener la alegría que le produjo esa sorpresa. Quería enseñárselo a todo el mundo. A la mañana siguiente, todo el planeta —cada niño y cada adulto— se despertó con un precioso cachorro de oso acurrucado a su lado.

—Los mismos problemas —dijo Serpanta— asedian a los jovencitos tan dotados como él. —Miró con complicidad a Larpskendya, que se rió—. Pero las habilidades de Yemi exceden todo lo que yo he visto antes, incluso en un mago. He intentado enseñarle las cosas más duras, para que comprenda que no siempre puede tener todo lo que quiere. Y con gran dificultad está empezando a aceptarlo. Y tiene una bella y hábil hermana para ayudarlo. —Serpanta extendió la mano y abrazó a Fola. Ella sonrió tímidamente, mirando al mago—. Fola no puede ser el compañero de juegos incansable que he sido yo —le dijo a Raquel—, pero con tu ayuda estoy seguro de que no me echará de menos. Y es simplemente así como debe ser, porque yo he de partir.

—¿Partir? —Raquel quería llorar, pero no sabía por qué.

—Ha surgido una oportunidad —respondió Serpanta—. Una que nunca hubiéramos esperado. Las Brujas Superiores han pedido reunirse con nosotros.

—Yo... creía que las gridas habían acabado con ellas.

—No, algunas fueron encarceladas y otras consiguieron sobrevivir en el interior de los túneles. Una de ellas logró escapar de Ool y entregar un mensaje, aunque murió después a causa de unas heridas que ni siquiera Larpskendya pudo sanar. El mensaje era de Calen.

—¿De Calen? ¡Es la hija de Heebra! —exclamó Raquel—. Su madre murió aquí. ¿Cómo puedes confiar en Calen? Ella debe de odiarnos.

—Sí, nos odia —dijo Serpanta—, y normalmente yo nunca confiaría en ella. ¿Y quién puede decir que ahora sí puedo? He pasado unas cuantas vidas destruyendo Brujas Superiores. También para mí es difícil cambiar, aunque ahora debo hacerlo. —Se puso a hacerle cosquillas a Yemi, provocándole la risa; entonces miró a Raquel con solemnidad—. No puedes hacerte idea de en qué penoso estado han quedado las Brujas Superiores. Están absolutamente desesperadas, no tengo ninguna duda. Me reuniré con ellas.

—¿Solo? —preguntó Raquel.

—Sí, y si se trata de una trampa, diez magos probablemente no serán mejores que uno. Yo...

—No vayas —suplicó Eric—. Por favor, no vayas.

—¿Por qué, Eric?

—No lo sé. Simplemente no vayas. No quiero que vayas.

Se hizo el silencio en la caverna.

—Debo ir, Eric —dijo Serpanta—. Nuestra guerra con las brujas ha sido interminable. Yo no

lo haría, siento lo mismo que tú. Pero quizá ésta sea la única oportunidad de acabar. Las gridas son de una especie diferente. No creo que su líder, Gultrataca, esté tan dispuesta a negociar. Y hay algo más que debes saber: las gridas casi han encontrado Itrea. Nosotros hemos intentado ocultarlo, pero nuestros hechizos no aguantarán mucho más.

«Morpet», pensó Raquel mientras su corazón brincaba.

—Así que, ya ves —prosiguió Serpanta—. Hay algo más que el bienestar de tu mundo mezclado en estos asuntos. Sé el riesgo al que me enfrento, y estoy prevenido contra él, pero viajaré solo. —Se volvió hacia Larpskendya con tristeza—. Bueno, hermano, es hora de que me vaya. Yemi no está contento, aunque es muy valiente, como también tú deberás serlo.

Larpskendya no dijo nada. No podía cruzar la mirada con la de su hermano, ni su hermano con la de él.

—Espero tener la oportunidad de pasar más tiempo con vosotros —les dijo Serpanta a Eric y a Raquel—. De todos modos estoy seguro de que ésta no será la última vez que nos reunimos.

Tomó a Yemi de la mano mientras se alejaba en silencio en dirección al exterior de la cueva. El aire era caliente. El sol brillaba sobre un campo manchado de amapolas y acianos. Raquel no se fijó. Apenas vio el campo. Algo en su interior deseaba mantener a Serpanta cerca de ella.

—No puedes irte —dijo—. ¿Quién protegerá a Yemi si tú te vas?

—Fola, y hay alguien más a quien he estado adiestrando para ello —contestó Serpanta—. Creo que la conoces bien.

Hizo señas al cielo. Una niña descendió de él. Tenía el cabello de un rubio puro y los ojos de un azul tan claro, que en cuanto la veías no podías mirar nada más.

—¡Heiki! —exclamó Raquel.

Heiki aterrizó al lado de Raquel, y se besaron como verdaderas amigas que se reencuentran.

Serpanta observó su conducta, vio la confianza que había entre ellas.

—Una vez, vosotras dos luchasteis como si sólo la batalla tuviera significado —les recordó—. Pero eso ha cambiado. Y ahora todos nosotros debemos prepararnos para otro cambio.

Heiki intercambió unas palabras con Eric y Raquel, y después ocupó su lugar al lado de Yemi. En seguida sus ojos escudriñaron el cielo en busca de alguna amenaza para el niño.

—Hermano, ¿estás preparado? —preguntó Serpanta—. Ahora necesito tu fuerza.

Los magos juntaron sus cabezas. Raquel sintió el principio de un cambio tan potente que ni siquiera podía comprenderlo.

Yemi miró a Serpanta con adoración. Por una vez sus animales se habían quedado atrás, pues sabían que él quería estar sólo con Serpanta tanto como fuera posible. Viendo que estaba a punto de irse, Yemi olvidó su promesa de ser valiente. Se agarró a la pierna de Serpanta y aguantó con determinación.

Con infinito cuidado, Serpanta soltó los dedos del niño. Echó una mirada final al campo y a las verdes colinas que había más allá.

—Amo este mundo —les dijo a Eric y a Raquel—. Y amo vuestra especie; los más mágicos de vosotros sois muy generosos. Aunque no siempre sea así. —Los abrazó y ellos no pudieron resistirse. Era como si estuvieran perdiendo algo que habían anhelado durante toda su vida. Emocionada, Fola acarició con torpeza el rostro de Serpanta.

Eric dio un paso adelante.

—Me hubiera gustado conocerte mejor —le dijo—. Me hubiera gustado.

—Lo harás —le dijo Serpanta con decisión.

Y se fue.

7 PASIÓN



Con cautela, Serpanta siguió su camino a lo largo de los túneles.

Durante algún tiempo había viajado siguiendo el rastro del olor mágico de las Brujas Superiores. Ese olor era ahora abrumadoramente fuerte, las brujas estaban tan cerca que podía oír sus susurros ahogados. Los túneles de Ool estaban cubiertos por diminutas y luminosas formas de vida que emitían un mortecino resplandor beige. Eso significaba que Serpanta podía ver, pero sus uñas no estaban diseñadas para agarrarse a la piedra. Incapaz de encontrar un solo saliente en las paredes lisas, voló hasta donde los túneles eran practicables a pie. Por fin, los túneles se allanaban hasta llegar a la entrada de una gran caverna.

Serpanta entró con audacia. Las brujas lo estaban esperando. Había diez de ellas, diez Brujas Superiores adultas. Al ver a Serpanta, cada una respondió de manera distinta. La mayoría se retiró con miedo al fondo de la cueva, con sus serpientes-alma siseando. Unas cuantas brujas se mantuvieron quietas, desafiantes, abriendo sus mandíbulas en actitud amenazante.

Serpanta había esperado estas reacciones. Intentando no provocar un ataque, guardó deliberadamente una discreta distancia, y esperó.

Al principio las brujas no se atrevieron a acercarse. Entonces, en una repentina y veloz agitación, saltaron sobre Serpanta y lo sacaron de la cueva.

Serpanta no se sorprendió de la brusquedad del trato. No hizo nada para defenderse, aunque la piedra hirió su piel. Las brujas lo arrastraron a lo largo de varios corredores antes de lanzarlo a los pies de otra bruja. Si esta bruja se asustó por la aparición de Serpanta tanto como las otras, supo disimularlo muy bien. Su serpiente-alma lo examinó con franca curiosidad.

—Bienvenido, Serpanta —dijo.

—Bienvenida, Calen.

Durante un tiempo considerable Calen y Serpanta simplemente se miraron. Era la primera ocasión en más de doscientos mil años que una Bruja Superior y un mago se reunían en lo que no era una batalla. Finalmente, Serpanta se inclinó. En una costumbre ya casi olvidada, él le tendió los brazos, ofreciendo unirse a ella en un abrazo según el protocolo formal.

Nylo, la serpiente-alma de Calen, no quería ningún contacto con el mago, pero lo tuvo, efímeramente entrelazada en las muñecas de Serpanta. Ni Serpanta ni Calen lo esperaban, pero el roce envió profundas ondas de pérdida a través de él. Los sentimientos fueron tantos que tuvieron dificultad para hablar y, por un momento, olvidaron el propósito original de su reunión. Levantando los ojos, se miraron intensamente en silencio, sin saber qué decir.

Durante toda su vida Calen se había preguntado cómo sería enfrentarse contra el legendario

Serpanta. Ahora que estaba de pie frente a ella, supo que había sido tonta sólo por pensarlo. Una simple mirada mostraba la plenitud de su poder. Ni siquiera su madre, Heebra, había poseído nunca tan ardiente y lúcida inteligencia. Sus ojos siguieron mirándola: eran solemnes, francos, bellos. ¿Bellos? Calen detuvo sus pensamientos. ¿Cómo podían ser bellos sus ojos? Nylo miró a Calen y luego al mago, mientras desatendía la orden silenciosa de detenerse. Turbada, Calen dio un paso atrás. Nunca había sentido lo que sentía ahora, cautivada por la mirada tranquila y firme de un mago.

Serpanta sentía las mismas emociones desconcertantes. Intentó controlarse. Quitándose de su hombro la suciedad de la cueva, dijo repentinamente:

—Esperaba un saludo más caluroso.

—¡No dudo de que lo esperabas! —replicó Calen—. Comprobad el resto de los túneles —les ordenó a sus brujas—. Aseguraos de que no hay más magos.

—He venido solo —le aseguró Serpanta.

—¿No esperarás que acepte tu palabra? —Calen hizo señas a las exploradoras para que rastrearan bien los túneles. Mientras esperaban, intentó contener sus emociones. ¿Qué había sentido? ¡Era ridículo! Hacía mucho que había empezado a prepararse para esta negociación. ¡La vida de todas sus brujas dependía del resultado! Cuando volvieron las exploradoras, Calen, recomponiéndose, se enfrentó de nuevo a Serpanta.

—Estar aquí no me proporciona placer alguno —añadió—. ¿Puedes hablar en nombre de toda tu especie?

—Cada mago habla por todos los demás. Siempre.

—Si esto es una especie de treta de magos...

—Tú pediste reunirte conmigo, no yo.

Calen medio sonrió.

—Heebra me advirtió de que hablar con los magos es un esfuerzo inútil.

—¿De veras lo hizo? —dijo Serpanta—. ¿Cómo podía saberlo? Heebra nunca pidió un encuentro, aunque la invitamos a ello. ¿Qué era lo que temía tu madre?

Calen intentó pensar con claridad. Estaba perdiendo la atención por culpa de los ojos de Serpanta. Eran menores que los suyos, pero sólo ligeramente más grandes que los ojos humanos. Absurdamente, tuvo la fuerte tentación de explorar las delicadas cejas que los coronaban. Se resistió.

Serpanta se preguntó: «¿Lo sabe?». ¿O había pasado tanto tiempo que toda la memoria de las brujas se había perdido?

—¿Sabes que los magos y brujas vinieron originalmente del mismo mundo? —le preguntó él. Y esperó una reacción—. Nosotros fuimos una vez una sola raza que lo compartía todo.

La mente de Calen se puso en funcionamiento.

—¡No puedo creerlo! —Se apartó de él, mirando su cuerpo con furia. ¿Podía ser eso cierto? Las mandíbulas de Serpanta eran diminutas comparadas con las suyas, y tenían unos dientes delicados—. Nosotras nunca hemos tenido unas mandíbulas como las vuestras.

—No —replicó Serpanta—. Vuestras mandíbulas originales eran más pequeñas que las nuestras. Vosotras las alterasteis.

—¡Estás mintiendo!

—¿Eso crees? ¿Qué ventaja obtendría con ello?

Mientras Calen absorbía eso, Serpanta valoró a las otras brujas. Normalmente, las Superiores se enorgullecían de su apariencia. Incluso las Superiores heridas en la batalla usaban la magia para esconder sus lesiones mientras pudieran. Estas Brujas estaban sucias y delgadas, sus vestidos negros hechos trizas; algunas mostraban mandíbulas cuyos músculos ya no tenían la fuerza suficiente para sostener sus pesados dientes.

Significaba que estaban al borde de la muerte.

O quizá era que las brujas fingían estar desprotegidas.

Sus hechizos de información realizaron automáticamente otro barrido por las mentes de las brujas. Sus lesiones eran ciertas. Serpanta confió en el juicio de sus hechizos. Nunca en su larga vida se habían equivocado en algo de semejante importancia. Él acarició el brazo herido de la bruja; una caricia que ella sólo evitó levemente.

—Has sufrido mucho —murmuró él—. Veo cuánto.

—¡Nosotras todavía seremos temidas! —soltó Calen.

—No lo dudo.

Manteniendo cerca a Nylo, Calen intentó determinar cuál sería su siguiente paso. Instintivamente, supo que Serpanta no mentía acerca de sus orígenes comunes. Saber eso los disgustaba y excitaba a ambos por igual, pero ¿qué cambiaba entre ellos? Ella no podía permitirse el lujo de cometer un error. Algunas de sus brujas ya estaban en guardia, acercándose a Serpanta, teniendo menos miedo que antes. Una extendió la garra hacia él, y Calen se sorprendió interceptando el zarpazo. Fuertes sentimientos luchaban de nuevo en su interior.

Serpanta contó las brujas que había en la cueva.

—¿Esto..., esto es todo lo que queda de las Superiores? —preguntó.

—No. Hay más escondidas en otros túneles. Algunas están en lugares que desconozco, por si soy apresada. Dirijo a unas cuantas, las que puedo.

Serpanta asintió.

—Como hija de Heebra, las gridas deben de tener un considerable interés en conseguir tu cabeza.

Calen se rió tristemente.

—Eso espero: ¡me defraudarían si no fuese así!

—¿Cómo has conseguido evitarlas?

—No las evitamos —dijo Calen—. Si podemos oler las gridas a tiempo, huimos. Si no es posible, luchamos. Como ves, hemos luchado... unas cuantas veces. En cualquier caso, habiendo ganado la batalla principal, la líder de las gridas tiene menos interés en nosotras de lo que crees. Ellas están mucho más intrigadas por algo distinto: el niño humano, Yemi.

Serpanta intentó disimular su sorpresa.

—¿Les hablasteis del niño?

—Bajo tortura incluso una Bruja Superior puede ser obligada a hablar, mago. Las gridas sentían curiosidad por saber por qué más de quinientas de las mejores luchadoras de Heebra volvieron derrotadas de la Tierra y hablando de los hechizos que soltaba Yemi.

—¿Qué saben de él las gridas?

—Tanto como nosotras. Su olor, sus habilidades. Su inocencia. —Ella lo observó—. Debes de estar bajando la guardia, Serpanta. Las exploradoras de las gridas han estudiado todos los movimientos de los magos hacia y desde la Tierra. Me sorprende que no hayas destinado más magos para proteger al niño.

—Dos son suficientes —replicó Serpanta—. Más habrían llamado mucho la atención.

—¿Sólo dos? Gracias —intervino una nueva voz.

De repente, de entre las sombras aparecieron un grupo de arañas centinelas y guerreras. Como una marea, pulularon en todas las direcciones por el suelo de la cueva. Las gridas las seguían.

Serpanta reaccionó en seguida. Nunca había sido tan sorprendido en una emboscada, pero ahora no podía perder el tiempo en razonamientos. Un grupo de hechizos, algunos de los más mortales que ninguna criatura hubiese convocado nunca, aparecieron para defenderlo. El primer grupo fue enviado para sellar cualquier entrada o salida de la caverna. El segundo, para desviar los ataques, alterando la forma de su cuerpo, su olor y su estructura química. El tercero fue una batería de hechizos de asalto destinados a distraer a sus oponentes mientras él escapaba.

Pero ninguno de los hechizos de Serpanta funcionó.

Permanecían inútiles en su mente, gritando de miedo por él.

Las gridas, dos clanes completos, se alinearon frente al mago. Cuando estuvieron en posición, una grida se dejó caer desde el techo.

Aterrizó en el suelo y se levantó en toda su altura.

—Soy Gultrataca —dijo.

—Ya sé quién eres.

—¿Y sabes también qué te voy a hacer?

Serpanta lo sabía. Intentó transportarse, pero sus hechizos no podían fijar las coordenadas.

—Un hechizo de inhibición —explicó Gultrataca—. Efectivo sólo en contacto con la piel. En este caso, con la piel de Nylo. Claro, ¿cómo podías imaginarlo? Ninguna Bruja Superior utilizó nunca un hechizo así. Cuando nosotras los utilizamos en ellas, ¡también se sorprendieron como tú!

—Haz lo que quieras —replicó Serpanta enfrentándose a ella—. No te diré nada.

—Eso ya lo veremos.

Unas cuantas gridas sujetaron sus brazos y piernas con hechizos de bloqueo.

Serpanta se volvió hacia Calen.

—¿Qué has hecho? —preguntó con una voz que demostraba a un tiempo arrepentimiento y tristeza—. Oh, Calen, ¿crees que las gridas tienen algún sentido del honor como para mantener un trato?

Calen lo ignoró con dificultad. Enfrentándose a Gultrataca, dijo:

—Hice lo que me pediste. Ahora cumple tu promesa. Pon en libertad a mis Brujas Superiores.

Gultrataca alzó un brazo y golpeó a Calen en el rostro. Dos de sus mandíbulas estallaron en trozos. Desde el suelo, Calen gritó:

—Pero... ¡tú lo prometiste! ¡Todas unidas, serpientes y arañas! ¡El acuerdo no puede romperse!

—¿Crees que vuestras sutilezas y vuestras promesas significan algo para mí? —dijo

Gultrataca. Miró a Calen con desprecio—. Has traicionado a todas tus brujas.

Calen se esforzó en levantarse.

—Pero ¡nosotras permitimos que nos mutilaras! Lo aceptamos. Para convencer al mago te permitimos... —Su rostro se endureció—. No podrás encontrarnos a todas —gritó—. ¡Somos muchas más de lo que crees!

—¡Estúpida! —exclamó Gultrataca—. Sabemos dónde están todas las Brujas Superiores. Tu especie es tan ruidosa que hasta una cría de grida sería capaz de oír cómo os aproximáis.

Mientras se dejaba caer, Calen miró a Serpanta. Un cambio fundamental había ocurrido en él. Su cara estaba pálida; sus ojos, vidriosos. Todo el calor había empezado a emanar de su piel.

—¿Qué está pasando? —preguntó una grida, pinchando con su garra la mejilla de Serpanta.

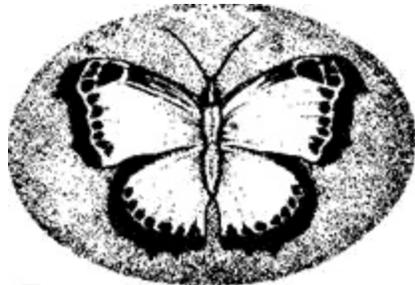
—No hemos sido nosotras —dijo Gultrataca—. El mago está retirándose al interior de algún reino privado. Cree que no podremos localizarlo allí, pero está equivocado. En el futuro, él nos dirá todo lo que nosotros necesitamos saber sobre Yemi. Quizá nos lleve incluso hasta el mismo Larpskendya.

Serpanta permanecía quieto en los brazos de las gridas. Ya no se movió más. Una expresión serena se había extendido por su semblante. Sus ojos estaban cerrados, en paz. Forzando los párpados, Gultrataca miró bajo ellos. El color, tan luminoso una vez, había empezado a marchitarse.

El clan de gridas arrastró el cuerpo de Serpanta desde la cueva hasta los niveles donde se llevaban a cabo los interrogatorios.

—¡Rápido! —ordenó Gultrataca.

KOALAS FLOTANTES Y OTRAS LINDEZAS



Eric andaba con determinación por un largo camino tortuoso.

Estaba en un bosque aislado, a cientos de kilómetros de su hogar. Los prapsis lo acompañaban, haciendo vuelos cortos para observar. Hasta ahora habían conseguido no molestar demasiado a los animales del bosque, y normalmente Eric incluso jugaba con ellos. Hoy no. Tenía una razón especial para pedirle a Raquel que lo trajera aquí.

Eric quería una explicación de Albertus Robertson.

Desde que Larpskendya dejó la Tierra para investigar el fracaso de Serpanta en Ool, la conducta de todos los espectros se alteró. Hasta entonces se habían conformado con quedarse totalmente quietos durante días enteros. De repente, todos los espectros del mundo empezaron a moverse. Y no estaban solos. Los buscadores de emociones se unieron a ellos. Ya no se ocultaban. Volaban junto a los espectros abiertamente.

Eric dejó el camino y se metió entre las hayas del bosque.

—¿Falta mucho, chicos? —preguntó uno de los prapsis.

—Chiiist —replicó Eric—. No queremos asustarlo, ¿verdad que no? —Y se puso a andar de puntillas para bordear un arbusto.

Y allí, en un pequeño claro, estaba Albertus Robertson.

Se balanceaba sobre una pierna flexionada mientras la otra permanecía en tierra, como si algo a medio paso hubiera llamado la atención de Albertus. Ningún niño en el mundo, excepto un espectro, podría mantener semejante posición más de unos segundos. Durante unos minutos, Eric esperó, intentando desenredar sus sentimientos. ¿Qué le atraía de los espectros? Las cosas que otros niños encontraban escalofrantes, a él le fascinaban...

Albertus no se fijó en Eric. Aquellos hombros estrechos y su cuello delgado no parecían suficientes para sostener su enorme cabeza; parecía como si —pensó Eric—, en un día de viento, una ráfaga inesperada pudiese arrancársela de cuajo.

Quería empezar una conversación con Albertus, pero aguardó debido a la inesperada presencia de los buscadores de emociones. Había dos de ellos, dos niñas adolescentes. Eso ya era inusual; Eric no sabía de ningún espectro que tuviese a más de un buscador de emociones. Ambas muchachas se hallaban a sólo unos pocos centímetros de Albertus. Lo estaban rodeando con sus brazos, preparadas para alzarlo de inmediato al menor aviso. A una de ellas no le hizo gracia en absoluto la llegada de Eric. Miró brevemente en su dirección con una expresión que demostraba ira.

—Hola —saludó Eric, sintiéndose torpe.

Al no recibir respuesta alguna, uno de los prapsis chilló:

—¡Eh, espabila cuando Eric te hable!

—Está bien, chicos —dijo Eric—. Dejadlo estar.

Una de las chicas se volvió levemente hacia ellos.

—Por favor, no interferáis —pidió—. Marchaos. Dejadnos solos.

—Yo no voy a molestarle. Sólo quiero hacerle unas preguntas.

—No queremos responderte.

—¿Por qué?

—Si hablamos contigo, parte de nuestra conciencia deambulará sin rumbo.

—¿Nuestra? —Eric dudó—. ¿Quieres decir... la de Albertus?

—Por supuesto. Por favor, déjanos. Lo distraes y existe peligro.

—¿Qué peligro? —Eric se acercó más, forzando a la niña que estaba más cerca a que se fijara en él. Ella adoptó una postura defensiva de inmediato. Eric sintió que sus hechizos de ataque se preparaban. Al mismo tiempo, la otra buscadora de emociones cogió a Albertus Robertson por la cintura, preparada para ponerlo a salvo.

—¡Yo no soy un peligro para vosotros! —exclamó Eric—. Seguramente ya lo sabéis.

—¡Vete! —le exigió la chica.

Los prapsis volaban alrededor de su cabeza, soltándole insultos que ella ignoró.

Frustrado, Eric miró directamente a Albertus Robertson. Una hoja de un árbol cayó aterrizando sobre una de sus desmesuradas orejas. Con extraordinaria velocidad, la buscadora de emociones más cercana se la quitó de encima.

—Escucha, habla conmigo —le dijo Eric a Albertus—. Estoy al lado de Raquel y de otros que tenemos nuestra seguridad en mente. Siento que eres parte de algo pero debes expresarte por ti mismo. ¿Qué buscáis? ¿Por qué estáis ahora todos en movimiento? ¿Qué...?

Albertus Robertson se estremeció. Al principio, Eric creyó que iba responderle, pero pronto estuvo claro que la conducta del espectro no tenía nada que ver con Eric. Su cabeza se ladeó hacia el cielo. Con una expresión de pánico en los ojos, Albertus abrió y cerró la boca, desesperado por decir algo. Las buscadoras de emociones se miraron entre sí, lo cogieron en brazos y se lanzaron al vuelo entre los árboles hasta perderse de vista.

—¿Qué sucede? —les gritó Eric—. ¿Qué...? —Abrió la boca y se detuvo, entendiendo de golpe.

Los prapsis le miraron fijamente. Tocaron su rostro con sus alas, como hacían siempre que tenían miedo.

—Eric, ¿qué ocurre? ¡Eric!

—Encontrad a Raquel —rugió—. ¡Chicos, encontradla rápido!

Nueve clanes de gridas descendieron hacia los cielos apacibles de la Tierra.

Gracias a sus espías, Gultratata había elegido un momento en que tenía la certeza de que Larpskendya estaba ausente, y que había un pequeño espacio abierto en la red de niños que patrullaban los cielos. La tarea podía haber sido más fácil, pero Serpanta no le había proporcionado información alguna a Gultratata. Durante todos los interrogatorios permaneció en

silencio. Gultrataca apenas podía creer semejante poder de resistencia. ¿Cómo pudo soportar durante tanto tiempo la tenaz batería de hechizos que le introdujeron por la boca? Serpanta eludió hablar incluso cuando le causaron los más terribles dolores. Se sumergió en alguna clase de remota y tranquila región interior a la que las gridas no pudieron acceder...

Gultrataca se opuso al silencio de Serpanta con números. En su última visita a la Tierra, las Brujas Superiores habían dejado propulsores preparados para mejorar la velocidad de traslado entre ambos mundos. Gultrataca utilizó eso y cientos de gridas —todas las que aprendieron a volar— para esparcirse a través de los cinco continentes de la Tierra.

Debido a la ausencia de información, olfatearon el rastro de niños cuya magia fuese superior a la del resto. Así nunca deberían haber tenido éxito. Antes de partir, Larpskendya creó un hechizo de camuflaje para ocultar el rastro mágico de Yemi. Pero el mismo Yemi, sin comprender la importancia de todo aquello, se tomó el hechizo como un desafío, y lo destruyó.

El clan de gridas que fue a por él, tuvo fortuna de otra manera. Heiki, preparada para protegerlo, no había dejado salir a Yemi durante los últimos días. Esa mañana Yemi, harto de aburrirse, había cometido la travesura de trasladarse a un prado de verano. Heiki no pudo persuadirlo de que volviera al subsuelo, y las gridas lo encontraron bajo el sol de la mañana, jugando con sus animales.

Heiki vio primero a las gridas, y su visión la confundió. Ella se había preparado para luchar contra garras afiladas y dientes, no contra esas cosas raras. Desconcertada, llamó rápidamente a Fola, que estaba hablando con su hermano.

—¿Qué es eso? —preguntó Fola.

—Dile las palabras de seguridad a Yemi.

—¿Qué ocurre?

—¡Sólo díselas!

Fola se volvió a mirar. Si las gridas hubiesen llegado con su forma verdadera ella hubiera sabido que tenía que susurrarle a Yemi al oído las palabras que habían practicado una y otra vez; palabras que Yemi había aprendido que significaban peligro, y que debía escapar lo antes posible.

Pero Gultrataca había previsto eso.

Su primer instinto fue usar tácticas de terror: asustar a Yemi amenazándolo con el sufrimiento de aquellos a quienes amaba. Sin embargo, ella sabía con qué facilidad Yemi había derrotado a las brujas en el pasado, y se dio cuenta de que sus gridas no podrían obligar a ese niño humano en particular a unirse a ella.

Así que —para atraerlo— las gridas llegaron disfrazadas.

Tras preguntar a las Brujas Superiores, las gridas supieron lo que les gustaba a los niños, y decidieron disfrazarse. Llegaron disfrazadas de juguetes. Llegaron enmascaradas como animales, como perros de peluche y gatitos de tamaño exagerado, como koalas flotantes y otras lindezas. Llegaron como delfines de movimientos amables y colas respingonas. Y llegaron como cosas pintadas, cosas cálidas que sonreían a Yemi, que extendió sus brazos hacia ellas porque eran suaves y aterciopeladas. Llegaron como formas luminosas, armoniosas, que bajaron de las nubes.

Fola reaccionó demasiado despacio a la advertencia de Heiki. Antes de que pudiera abrir la boca, el hechizo de una grida le selló los labios. Ella intentó que Yemi entendiera que se

acercaban las gridas, pero él estaba demasiado fascinado para darse cuenta.

Yemi supo que las cosas que se acercaban con las patas abiertas y meneando las colas locamente no eran reales, pero eso lo excitó aún más. Serpanta había asumido muchas veces la apariencia de algún animal cuando jugaban juntos; y Yemi supo que tras estas nuevas criaturas no se ocultaban magos, aunque eran ciertamente mágicas, incluso poderosas. Pero no le preocupó que no fueran reales. Después de todo, él mismo hacía muchos objetos que no eran reales, y nunca le habían dañado.

Heiki agarró a una grida cuando pasó brevemente por su lado, y cuando se dispuso a luchar, el peluche con forma de sonrisa felina que enmascaraba la verdadera cara de la grida se marchitó. Era demasiado poderosa para que Heiki pudiera luchar sola contra ella. La derribó con un golpe de su cabellera. El golpe fue calculado para abatir a Heiki sin matarla, por si Yemi se daba cuenta.

Heiki cayó inerte entre la hierba y las florecillas del prado.

Las gridas aterrizaron en el suelo. Todos los animales de Yemi estaban acompañados por sus nuevos y resplandecientes compañeros, cada uno dispuesto a jugar con ellos; estaban siendo recibidos por las gridas con los brazos abiertos.

Un cachorro imposiblemente blando levantó a Yemi del suelo. Como otras gridas lo rodearon apresuradamente, no notó que sus verdaderos amigos animales se quedaban atrás.

En una marea de placer mágico, Yemi fue transportado más allá de los cielos de la Tierra.

Eric y Raquel llegaron demasiado tarde.

Encontraron a Heiki en el suelo, entre las flores, con las mejillas ardiendo de angustia. Los animales la rodeaban, buscando en vano a Yemi entre la hierba. Eric pudo reconocer el débil olor de la magia de Yemi disminuyendo por momentos; después, incluso ese débil rastro desapareció cuando las gridas lo borraron.

Raquel mandó una llamada de socorro a Larpskendya mientras atendía a Heiki de sus heridas. Demasiado aturdida para hablar, Heiki estaba sentada mirando las nubes fijamente, como si éstas la hubiesen traicionado.

Otros niños llegaron del cielo, aturdidos por la velocidad con que había ocurrido el secuestro.

Durante algún tiempo, todos los amigos animales de Yemi reptaron, caminaron o volaron investigando por los campos. Unos cuantos excavaron la tierra, pensando que Yemi podría estar en el subsuelo. Después, en el mismo instante, todos los animales se detuvieron. Permanecieron sentados, con sus frentes elevadas al cielo, a la expectativa...

—Eh, ¿qué está pasando? —preguntó Eric—. ¿Qué están haciendo?

Los hechizos de información de Raquel escanearon toda la zona.

—No lo sé. No detecto nada.

—Son las mariposas de Yemi —dijo Heiki—. Es la hora en que habitualmente sobrevuelan la zona.

El cielo estaba vacío.

Raquel y Eric examinaron el resto del planeta. Por todas partes, las bandadas de Bellezas de Camberwell amarillas habían desaparecido, y los animales de todo el mundo empezaban a afligirse por ello.

—Por lo menos —dijo Eric con tristeza—, Yemi tiene a su hermana. Las gridas también se

llevaron a Fola. ¿Me pregunto por qué lo hicieron? Ella apenas tiene magia.

Raquel cruzó una mirada con Heiki.

—Para que les ayude a controlarlo —dijo ésta.

Raquel asintió.

—Hasta que las gridas aprendan a hacerlo.

ESPECTROS



La noticia de que Yemi había sido abducido cambió el mundo.

De la noche a la mañana se acabaron los juegos de los niños mayores. Heiki, invadida por una insana energía, les indujo a comportarse muy seriamente. A partir de entonces, día y noche en toda la Tierra, los niños pusieron a punto sus hechizos defensivos. Se esforzaron hasta cansarse tanto que algunos casi se dejaban caer agotados de los cielos.

Los animales de todo el mundo estaban consternados por la pérdida de Yemi. Muchos se negaron a aceptar la pérdida de las mariposas. Buscaron en todas partes: en tierra, en la profundidad de los océanos. Pájaros de distintas especies volaban en bandadas tan grandes y densas que oscurecían los cielos. Todos aquellos animales que habían contado con el privilegio de tener algún contacto personal con Yemi perdieron cualquier interés en el ritmo normal de la vida. Dejaron de alimentarse y de cuidarse.

Pero la reacción más dramática vino de los espectros.

Poco después de que Yemi fuese secuestrado, viajaron desde todos los países al ecuador. Una vez allí, se colocaron uno al lado del otro a distancias iguales para formar una línea que pudiese abarcar el mundo entero. Los buscadores de emociones se unieron a ellos. Como no eran ya sólo los encargados de transportar a los espectros, los buscadores de emociones empezaron a cumplir con todas sus necesidades. Incluso vestían y alimentaban a los espectros. Los bañaban. Cuando sus gargantas estaban secas, les daban de beber.

Los espectros no dieron explicación alguna acerca de esto. Simplemente vigilaban, se mantenían de pie en su preciso control geométrico de los cielos. Entonces, una tarde, ocurrió otro cambio: todos los espectros empezaron a radiar pulsos de energía. Algunos los enviaban al espacio a intervalos exactos; otros se los enviaban entre ellos. Dicha comunicación a alta velocidad formaba tantas interferencias que perturbaba el funcionamiento de todos los equipos electromagnéticos del globo.

Raquel y Eric seguían el desarrollo de los acontecimientos, pero se preocupaban más por el bienestar de Larpskendya y de Serpanta. Las semanas pasaban sin que hubiese noticia alguna. La habilidad única de Eric de reconocer con precisión la magia a larga distancia, hizo que Raquel lo llevara todos los días a las altas capas de la atmósfera, con la esperanza de encontrar un rastro del olor mágico de los magos.

Heiki instaló nuevos sistemas de defensa en todo el universo. Ahora, todos ellos eran mucho más precavidos que antes; esa fue, al menos, la lección aprendida de las gridas. Todo el mundo

estaba a la espera.

Una tarde en la que Raquel estaba sentada charlando tranquilamente con mamá y papá, el rostro de Eric se iluminó de vida.

—¡Es Larpskendya! —gritó.

Entonces Raquel vio que fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre, Eric?

—Algo pasa con su manera de volar.

En cuanto el mago entró en la zona de control de información de Raquel, ella también supo que algo no andaba bien.

—Está herido.

—¿Cuánto? —preguntó papá.

—Terriblemente herido.

—Larpskendya ni siquiera puede transportarse —dijo Eric—. Apenas puede volar.

Los cuatro corrieron a las ventanas. Normalmente era imposible ver la llegada de Larpskendya, pero en esta ocasión hubo tiempo suficiente. Voló hacia la casa con tanta dificultad que Raquel, cuando se encontró con él en el jardín, tuvo que sostenerlo. Cuando aterrizó, las rodillas de Larpskendya se doblaron. Se irguió, tropezó, e intentó sonreír y tranquilizarlos. Raquel colocó su hombro bajo el brazo del mago y, con la ayuda de papá y de Eric, cruzaron la puerta con la alta figura.

—No me sueltes —le dijo Larpskendya a Raquel.

—No lo haré.

Durante un momento el peso entero de Larpskendya se apoyó sobre ella. Ella ofreció su brazo para sostenerlo. Al hacerlo, supo que él lo necesitaba; en ese instante sólo un simple brazo humano lo sostuvo en pie. Al darse cuenta, su mundo se volvió del revés. Hizo uso de todo su control para no ponerse a chillar y chillar.

—Chiist, calla —murmuró Larpskendya—. No hay necesidad de ello.

—Pero estás asustándome.

—No tengas miedo. Tú no. No podría resistirlo.

Los hechizos de información de Raquel encontraron heridas por todo su cuerpo. Ninguna parte de Larpskendya estaba intacta. Debería haber muerto por los ataques de las gridas; sólo la magia propia de los magos, sus extraordinarios hechizos, mantenían unido su cuerpo.

Larpskendya intentó separarse del brazo de Raquel, pero ella no lo permitió. Juntos se dejaron deslizar hasta el suelo. Se quedaron allí, sin decir nada, mientras Larpskendya se recuperaba. Finalmente, el mago les dijo:

—Yemi ha sido llevado a Ool.

El estómago de Raquel se encogió.

—¿Qué..., qué le harán?

Larpskendya meneó la cabeza.

—Probablemente esté aún a salvo. Las gridas han recorrido largas distancias para conseguirlo. Dudo que quieran dañar a Yemi, por lo menos no por ahora. Estoy más preocupado por Serpanta.

Eric apenas se atrevía a preguntar.

—¿Está vivo? —dijo al fin.

—Sí, pero se hallaba bajo el poder de las gridas; desearía que no fuese así. —Larpskendya tembló, pero no a causa de sus heridas—. Debería ir yo mismo a Ool —dijo—. Pero Serpanta no lo permitiría. Él siempre ha estado... protegiéndome... Él... —De repente, el cuerpo entero de Larpskendya se convulsionó—. Oh, hermano mío —exclamó—. ¿Qué te habrán hecho? ¿Qué te estarán haciendo ahora?

Raquel extendió la mano para tocarlo, y cuando lo hizo, Larpskendya lloró.

Lloró desconsoladamente. Raquel y Eric estaban tan afectados que también ellos estallaron en lágrimas, sin entender demasiado por qué. Larpskendya lloraba, y ésa era una razón suficiente. Ambos se acurrucaron contra Larpskendya en el medio de la alfombra. Los prapsis se les unieron y empezaron a lamerle la cara al mago.

El cuerpo de Larpskendya se convulsionaba por el llanto. Entonces se recuperó un poco y se irguió cuan alto era.

—Bien —dijo solemnemente—, creo que es momento de explicarlo todo. No os he mentado, pero no os lo he contado todo —añadió mirando a Raquel.

—¿Qué ocurre, Larpskendya? —preguntó ella aún agarrada a su túnica.

—Las criaturas que conoces como Brujas Superiores —respondió Larpskendya— no son tan diferentes de los magos como tú crees. De hecho, en un tiempo no hubo diferencia entre nosotros.

Raquel le soltó la túnica, confusa, y dio un paso atrás cuando notó su mirada. Larpskendya dejó de camuflar la verdad: tatuajes, los mismos tatuajes que lucían tan despiadadamente Dragwena y Heebra y Calen, aparecieron en él. Al ver la reacción de Raquel, Larpskendya se adelantó para consolarla. Se detuvo cuando ella gritó.

—Lo sé —dijo él—. Es demasiado. —El mago intentó acercarse, pero sabía que ella no podría aceptarlo—. En un tiempo fuimos de la misma especie —explicó—. Las hembras que tú conoces como las Brujas Superiores eran como nosotros, o tan similares como lo son vuestros hombres, mujeres y niños. Siento mucho haberos ocultado la verdad. Intenta perdonarme. No era lo que quería.

Raquel tenía demasiado miedo para contestar. Se sentía traicionada.

Mientras ella buscaba refugio en su madre, Eric se reunió con los asustados prapsis. No se había asustado tanto del mago como Raquel.

Larpskendya se dirigió a él.

—¿Lo sabías, Eric?

—En realidad no, pero sentía algo. En ocasiones utilizabas hechizos de camuflaje similares a los de las brujas. Me preguntaba por qué. Ahora ya lo sé.

—Cuéntanos el resto —pidió papá.

—Nuestras especies —continuó Larpskendya— fueron probablemente las primeras que desarrollaron magia. Nosotros descubrimos que podíamos volar, como hicisteis vosotros. Exploramos nuestro mundo. Nos exploramos en aspectos que vosotros sólo ahora estáis empezando a considerar. Y nos aventuramos a otros mundos. Viajamos. —Larpskendya hizo una pausa. De nuevo, miró a Raquel, pero ella aún no estaba preparada para encontrarse con sus ojos—. Durante muchos eones —continuó Larpskendya— los magos y las brujas trabajaron juntos.

Pero a medida que nuestra magia se desarrollaba, estallaron disputas sobre cómo utilizarla. Una secta de hembras poderosas decidió que ya no querían someterse a las restricciones de nuestras leyes mágicas. Nos abandonaron, y durante unas cuantas generaciones no supimos nada de ellas. Pero finalmente, empezaron a dejar su marca en civilizaciones de otros mundos, y siempre eran marcas de destrucción. Nunca se arrepentirían o se detendrían. La guerra interminable empezó entonces.

Papá se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Por..., por qué ahora las Brujas Superiores son diferentes a vosotros?

—En parte, simplemente porque no querían parecerse a nosotros —respondió Larpskendya—.

Y existe otra razón: para mostrar su nueva agresividad.

—¿Dónde estabas tú al principio? —preguntó curioso Eric—. Cuando empezó la guerra.

—Yo soy viejo, pero sólo he vivido una parte de la guerra. Eso es todo. No obstante, he conocido la guerra, y sus preparativos, y el miedo que provoca; y ese miedo puede controlarse, igual que vosotros.

Raquel balbuceó, hasta encontrar su voz de repente.

—¿Por qué no..., por qué no lo dijiste, dime, por qué no lo dijiste antes? ¡Podría haberlo aceptado! ¿Por qué no confiaste en mí?

—Quise hacerlo —se disculpó Larpskendya—. Lo quise con todas mis fuerzas. Pero el destino de otros mundos, quizá de todos, depende de éste. Tenía miedo, Raquel, de un segundo fracaso.

—¿Segundo?

—Nosotros, los magos, vinimos a vuestra tierra hace ya muchos años, pero cometimos un error. La bruja Dragwena ha dominado vuestro mundo durante mucho tiempo antes de que llegáramos nosotros. Ella implantó dentro de los niños un profundo miedo hacia nosotros. No me atrevía a retomar un recuerdo tan antiguo. —Suspiró—. Intentad entenderlo. No podía arriesgarme a deciros la verdad, porque sabía que llegarían tiempos en que necesitaría tener vuestra absoluta confianza.

—¡Y la tuviste! —exclamó Raquel—. ¡Por supuesto que la tuviste!

—¿La tuve? —Cuando el mago intentó acercársele, Raquel retrocedió—. Ahora apenas eres capaz de aceptar la verdad, incluso conociéndome tanto. Si hubieses sabido que los magos estaban tan directamente relacionados con las brujas, ¿habrías creído en mí aquella vez en el Polo norte? Cuando le dije a Heebra qué podía tomar tu vida y la de Eric, ¿hubieras continuado creyendo en mí? Cuando te necesité para que me miraras a los ojos, a estos ojos tatuados, y que confiaras en mí completamente, con todo tu corazón, ¿lo habrías hecho?

Raquel buscó dentro de sí.

—No, sí, yo..., no lo sé. Creo que no lo hubiese hecho. Pero es demasiado, demasiado. —Su cuerpo se agitaba de emoción—. Verdades y mentiras... ¿Cómo sé que ahora estás diciendo la verdad? —Raquel lo miró—. Tú enviaste a Serpanta a Ool. ¿Por qué? Enviaste a un mago que lo sabía todo sobre Yemi y sus defensas. Si hubieras luchado en una guerra durante tanto tiempo, ¿cómo habrías cometido un error tan estúpido?

—No puedo explicártelo. Nunca seré capaz de hacerlo.

—¿Más secretos? —explotó Raquel—. ¿Cuántos más hay?

Larpskendya guardó silencio. Eric pudo sentir su inmenso cansancio.

—Podría forzarte a creer todo aquello que quisiera —dijo Larpskendya finalmente—. Tengo un hechizo para eso. No voy a usarlo, pero estoy tentado de hacerlo porque ahora hay muchas más cosas que dependen de mí de las que puedo soportar. —Pasó sus dedos sobre su rostro y su túnica—. Esto es lo que yo soy —añadió—. He regresado a la Tierra, dejando solos a aquellos que más me importan, para discutir lo que puede hacerse para rescatar a Yemi. Si...

—Espera —le interrumpió Eric—. Algo se dirige hacia aquí. Gridas.

—Ya me he dado cuenta —dijo Larpskendya con calma—. Sólo unas cuantas, cerca de vuestra luna, probablemente las que quedan del clan que me ha tendido la emboscada cuando venía hacia aquí.

—No, no son ésas. Hay algunos clanes más, mucho más lejos, entre Saturno y Júpiter.

Larpskendya miró al cielo, sobresaltado.

—Ni siquiera mis hechizos pueden detectar tan lejos. ¿Estás seguro, Eric?

—Sí, absolutamente.

—Entonces, debo irme.

Raquel se lanzó hacia él.

—¿Qué estás diciendo? ¡No puedes hacer eso! He medido tu fuerza. Todavía puedes transportarte, pero en tu débil estado, si te encuentras a cualquier grida...

—Si me quedo, os pongo a todos en peligro —dijo Larpskendya. El mago le acarició el brazo—. Y no quiero hacer eso.

A través de las yemas de los dedos, Raquel sintió que algo se extendía por todo su cuerpo. Eran los hechizos de Larpskendya, maltrechos a causa del cansancio, intentando mantener unido al mago. Necesitaban más descanso; era demasiado pronto; aún no se habían repuesto. Cuando Raquel intentó reconfortarlos, ellos le pidieron que se quedara con Larpskendya y les ayudara a fortalecerlo.

Raquel olvidó toda su incertidumbre y corrió a los brazos de Larpskendya.

—No puedes irte —dijo intentando pensar—. No debes irte. Contactaré con Heiki y los chicos a los que está entrenando. Nosotros te protegeremos aquí. Todos nosotros te protegeremos.

—No —replicó con firmeza—. Aún no estáis preparados para enfrentaros a las gridas. Mi muerte puede servir todavía a un propósito, ganaréis tiempo para prepararos contra ellas.

Raquel le rogó que lo reconsiderara, pero Larpskendya no quiso escucharla. Entonces, cuando estaba listo para partir, un sonido se filtró a través de las ventanas.

Era una nota creciente, un sonido de urgencia y terror.

—¿Qué..., qué está sucediendo? —Mamá se tapó los oídos con las manos.

Los hechizos de información de Raquel salieron de la casa. A su alrededor, sintió niños escuchando por todas partes.

—Son los espectros —murmuró Eric—. Están hablando.

Por todo el planeta, los espectros subían hacia el cielo. Transportados por los buscadores de emociones, tomaban posiciones para que cada niño del mundo pudiera escuchar su mensaje. El mensaje no estaba compuesto de sílabas o palabras, pero sin embargo era un mensaje, una llamada clara y articulada. Las voces de los espectros crecieron, subiendo hasta un punto casi insoportable.

Cada uno cantaba hasta agotar el aire de sus pulmones, pero siempre había alguno sosteniendo la nota, así que en ningún momento dejaba de oírse.

Ningún niño había escuchado nunca antes un mensaje como aquél, pero sus magias entendieron al instante. En el salón, sólo sus padres se quedaron sin entender lo que ocurría. Ambos miraron a Eric con expresión interrogante.

—Nuestro mundo está en peligro —les dijo Eric—. Es una advertencia, la primera de los espectros: Existe peligro. Manteneos alerta y defended vuestros hogares. Es todo lo que dice. —Él y Raquel escucharon como la nota se alteraba ligeramente.

Raquel miró a Larpskendya como loca.

—Es por ti —dijo ella—. Estás en peligro.

Larpskendya asintió.

—¿Entiendes ahora qué son los espectros?

Raquel no tenía duda alguna; no desde la primera nota, como cualquier otro niño en la Tierra.

Ellos son protectores de alguna clase, ¿no es así?

—De una clase especial —replicó Larpskendya—. Sólo he visto su evolución una vez antes. Son protectores de especies. Con la aparición de la magia entre los niños, ellos evolucionaron para servir a todos. Ahora comprenderéis que su propia seguridad o comodidad es irrelevante. Su propósito es escuchar, advertir, llamar a las armas, avisar eficazmente, para luchar si debieran; para hacer lo que estuviera en su poder por salvaguardar a los niños de la Tierra. —Larpskendya hizo una pausa—. Parece que el peligro que se cierne sobre mí los ha despertado del todo. Creen que si me matan las gridas vuestro mundo estará en peligro. Veremos. Pase lo que pase, estoy agradecido de haber sido testigo de la era de los espectros. Eso me da más esperanzas de las que tengo para vosotros. Bien, no hay tiempo...

Ya dispuesto, Larpskendya se despidió apresuradamente.

Raquel no podía resistirlo. Los acontecimientos se estaban sucediendo demasiado rápido.

Larpskendya sujetó sus manos.

—Encuentra a Yemi —le dijo—. Encuéntralo.

—¿Cómo? —preguntó Raquel—. Sin ti...

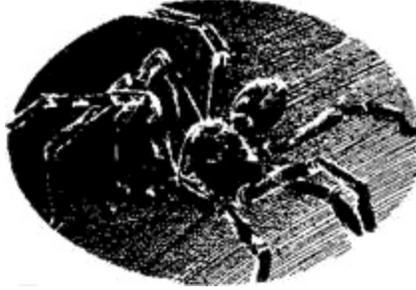
—¿Aún no sabes lo fuerte que eres? —Larpskendya casi le gritó—. ¡Nunca antes he visto a una niña enfrentarse a una bruja con mayor coraje que tú! —La abrazó con fuerza y ella tembló entre sus brazos—. Debes entenderlo, yo no seré capaz de volver —dijo el mago—. He engañado a las gridas en innumerables ocasiones, pero esta vez... Escucha: la magia de Yemi va mucho más allá de lo que los magos han conocido nunca. Es tan joven... Las gridas pueden ser capaces de influir en él. Tienes que rescatar a Yemi como sea. Encuentra una manera. —Soltando a Raquel, Larpskendya se volvió a Eric y le dijo—: Muchas más cosas que en el pasado pueden depender ahora de tus decisiones. Quizá todo dependa de ti. Todo. Confía en tu instinto. Posees poderes que van más allá incluso de tu comprensión.

Besándolos a todos, luchando contra su profundo cansancio, Larpskendya dio un último vistazo a su alrededor. Los prapsis lo miraban fijamente. Raquel intentó encontrar las palabras que expresasen sus sentimientos, pero su mente estaba hecha pedazos. Larpskendya le sonrió.

—¿Quién reconfortará a mis hechizos ahora? —le susurró.

Cerrando los ojos, el mago llamó a su exhausta magia para un último gran esfuerzo, y se transportó.

LA GRATITUD DE LAS ARAÑAS



Poco después de la llegada de Yemi a Ool, Gultrataca ordenó a Jarius que lo visitara.

Ésta no quería ir. Se había deshonrado de nuevo negándose a saltar desde la ventana-ojo de Heebra. Gultrataca se vio obligada a empujarla. ¡Qué humillante! ¡Incluso las miedosas recién nacidas se habían burlado de ella!

Esta vez Gultrataca la había invitado a un lugar peor todavía: la Cámara de Evaluación. Era un lugar espantoso. De vez en cuando la calidad de los hechizos de todas las gridas era comprobada en esa cámara. Jarius apenas sobrevivió en la última ocasión.

¿Cómo podía sobrevivir un bebé humano allí dentro?, se preguntaba.

A medida que se dirigía hacia allí, Jarius se fijó en que un extraño número de criaturas del túnel iban en su misma dirección. Había roedores, insectos reptantes, incluso aquellos animales que nunca abandonan sus madrigueras y que son demasiado tímidos para acercarse siquiera al túnel de una grida. No parecían reparar en ella, como si hubiese algo que no pudiesen eludir.

Caían en las trampas, por supuesto. Se cerraban sobre cualquier forma de vida, pasando a las criaturas precipitadamente a los procesadores de comida. Pequeñas bocas las esperaban: eran crías. Jarius oía gemidos de impaciencia a través de los muros del túnel.

Un gran número de nuevas gridas había sido creado a estas alturas. Si Jarius escuchaba con cuidado, podía oír el sonido distante de una recién nacida rompiendo su huevo, seguido de su primer llanto de hambre. Como todas las gridas, ésta llegaba hambrienta, desesperada por hinchar sus músculos hasta un tamaño que pudiese impresionar a su clan.

Jarius reanudó el viaje. En la entrada de la Cámara de Evaluación dejó todas sus arañas. Las arañas soldado estaban especialmente tensas. Colgaban de las comisuras de sus bocas, preparadas. Rascando en los bordes de la puerta, las centinelas intentaban mirar dentro furtivamente, sin abrirla.

—Bienvenida —dijo Gultrataca.

Jarius empujó la puerta con cautela, y ésta se abrió crujiendo.

En lugar de la semioscuridad habitual, la Cámara de Evaluación estaba inundada por una luz de una intensidad que Jarius nunca había visto antes.

—¡No! —se lamentó retrocediendo.

Gultrataca la agarró por el brazo, arrastrándola dentro de la estancia.

—¡Resístelo! ¡Resístelo! —rugió.

Jarius intentó construir un hechizo de oscuridad, pero nunca había tenido antes la necesidad de

hacerlo, y el miedo le impedía pensar. Si los escudos de sus ojos no se hubieran cerrado automáticamente se habría quedado ciega. Pero sus fieles arañas centinelas no tenían ningún escudo para cubrir sus ojos. La luz las abrasaba. A pesar de todo, creyendo que Jarius estaba siendo atacada, seguían examinando la estancia y enviando la información que recababan antes de morir. La luz se debilitó hasta oscurecer. Jarius abrió los escudos de sus ojos parcialmente.

—¿Qué..., qué ha ocurrido?

—Yemi respondió a tu miedo —dijo Gultrataca—, y al de tus arañas.

Jarius miró al niño con ansiedad. Su clan le había hablado de la pequeñez del niño humano, pero todavía estaba desprevenida para el tamaño de Yemi. Parecía tan frágil, tan vulnerable, no mayor que una grida recién nacida, algo que ella podía romper incluso accidentalmente.

Yemi le tendió los brazos; su rostro tenía una compleja expresión de tristeza. Jarius retrocedió.

—¿Qué está haciendo?

—Disculpándose. Por haberte herido.

—¿Disculpándose? —Jarius pestañeó de puro asombro—. ¿Aún no comprende lo que es este lugar? ¿Qué daño podemos hacerle aquí?

—No. Deja que se aproxime a ti.

Yemi caminó torpemente hacia Jarius. Sus pantaloncitos y su camiseta rozaron contra su piel. No va desnudo, comprendió Jarius. Eran vestidos como los de las Brujas Superiores. Él le mostró su sonrisa, enseñando sus dientes. Curiosa, Jarius pasó una garra por los bordes, buscando el filo. Yemi se rió al ver la expresión de perplejidad de su rostro. Entonces el niño empezó a subir por su torso, balbuceando amablemente mientras se ponía de pie al estilo de un montañero sobre una de sus mandíbulas, plantaba su rodilla en otra y miraba a su alrededor para acabar agarrándose al pómulo de la grida. Oscilando ligeramente, frunció los labios y le besó cada uno de sus ojos.

Un bálsamo delicioso se derramó por encima de ellos.

—¡Oh! —Jarius miró al bebé. Ella no podía leer la expresión de Yemi, la arquitectura de su rostro era demasiado diferente, pero sus buenas intenciones eran perfectamente reconocibles. Su mágico saludo mostraba que esperaba convertirse en su amigo. Era realmente extraño: un ofrecimiento sincero.

Cuando Jarius no respondió, Yemi le dio unos golpecitos en el brazo para tranquilizarla, como si comprendiera la confusión que había creado entre las gridas. Deslizándose por su cuerpo hasta el suelo, deambuló hasta el fondo de la estancia. Jarius se fijó en que había otro espécimen igual, tendiéndole la mano al bebé.

—Fola —anunció Yemi orgulloso.

Jarius vio un humano mayor y más alto: presumiblemente hembra. Tenía más pelo, y llevaba una prenda larga y roja que le cubría la carne desde el cuello hasta las extremidades.

Fola miró a Jarius con desmayo.

—¡Otra más! —gimió—. ¡Siempre hay una más por llegar! ¿Quieres hacerme daño como las demás? ¿Es eso lo que quieres? —apuntó a Gultrataca—. ¡Mientras ella mira!

Jarius no podía entender las palabras de Fola, pero sintió su enfado. Le ayudaba a relajarse. Ésa era la conducta que Jarius mejor podía comprender.

—La niña humana es precavida, en definitiva —le dijo a Gultrataca con satisfacción—. Puedo

ver que nos teme. ¿Qué es lo que asusta al muchacho?

Gultratatacá sonrió.

—La oscuridad.

Ese concepto era demasiado perverso para que Jarius lo entendiese.

—Los humanos ansían la luz —explicó Gultratatacá—. La necesitan.

—Entonces..., entonces, ¿por qué oscureció la habitación cuando yo entré?

—Yemi quiere que seas feliz, Jarius —dijo Gultratatacá distraídamente—. Quiere que seas su amiga. Quiere jugar contigo.

—Pero... ¡él es nuestro prisionero! ¿No ha entendido eso?

Gultratatacá se rió forzosamente.

—No, aún no. No lo ha entendido en absoluto. —Caminó hacia Jarius y examinó sus ojos—. Yemi te ha reparado con un beso las pequeñas heridas que te ha hecho la luz. Has tenido más suerte que las primeras gridas. Cuando entraron en la estancia, Yemi creyó que ocurría algo extraño con sus ojos. Creó un hechizo para rediseñarlos. Los chillidos de varias gridas le hicieron comprender su error.

—Pero él parece tan..., tan inofensivo.

—Sí, pero no lo es —aseguró Gultratatacá—. Quizá por esa razón Heebra lo subestimó. No cometeré el mismo error.

Jarius estudió a Fola, estaba fascinada por su manera de sostener a Yemi y por el modo en que él introducía sus dedos desprovistos de garras entre su cabello. Yemi se reía tontamente, jugueteando con Fola.

—No entiendo sus gestos —dijo Jarius—, pero la hembra posee claramente poca magia. ¿Yemi la guarda como comida viva?

—No. Mantienen una especie de relación de clan. Él la protege.

—Pero ¡ella es tan débil!

—No obstante, Yemi la quiere. Y ella cuida de él. Ése es el significado de sus movimientos de contacto.

Al mirar a Fola, Jarius sentía aversión. Le desanimaba ver la atención despilfarrada en una criatura endeble de cualquier especie. Las gridas débiles son estranguladas al nacer. Era el modo más simple, y ella nunca lo había cuestionado. ¿Cómo, si no, podría ser tan fuerte un clan de gridas?

—No subestimes a la niña —la reconvino Gultratatacá—. Yo empecé creyendo que sería fácil manipularla, pero ella nunca ha cooperado, y eso hace más difícil para mí obtener la confianza de Yemi.

—Si Fola dificulta nuestras intenciones, ¿por qué no matarla y trabajar directamente con el niño?

—Ya lo intentamos. La reacción de Yemi fue intrigante. Cuando atacamos a Fola, se enfadó por primera vez.

—¿Él contraatacó?

—Sí. Y eso fue aún más intrigante. Castigó no sólo a la grida que atacó a Fola, sino también a todos los miembros de su clan. Su castigo llegó hasta las tres ciudades por donde se esparcían, a

miles de kilómetros de distancia. De algún modo su hechizo las encontró a todas. Sintieron sólo una fracción de la agonía que sintió Fola, pero creo que fue realmente un aviso de que él nunca toleraría un solo rasguño más en su hermana.

—Entonces..., ¿qué progresos hemos tenido?

—Ninguno —refunfuñó Gultrataca entre dientes, demostrando toda su frustración en su voz—. Por ahora esperaba obtener la confianza de Yemi, o por lo menos conseguir que realice hechizos que podrían sernos útiles a nosotros. Pero él no reacciona de ninguna de las maneras habituales. Cuando le amenazo, se lo toma como un divertimento. Hace lo que le gusta.

—¿Qué le gusta? ¡Algo debe de afectarle!

—En ese caso, aún tengo que descubrirlo.

Yemi estaba mirando fijamente los pies de Jarius. Él se rió entre dientes, dobló los dedos e hizo una seña.

En ese instante las arañas de Jarius empezaron a desertar de ella.

Jarius tuvo un ataque de terror porque eso sólo les sucedía a las gridas moribundas. Hasta que la muerte llegaba a las arañas de una grida, que la acompañaban a lo largo de toda su vida, permanecían a su lado. Sólo se marchaban cuando las arañas sanadoras confirmaban que la grida había expirado. Si su dueña había sido asesinada por otra grida, las arañas se ofrecerían a la recién llegada, esperando que acogiera a unas cuantas. Pero si su dueña moría por accidente, o era asesinada por un rapaz de los túneles, las arañas eran consideradas igualmente responsables de ese fracaso. Esas arañas nunca eran adoptadas por otra grida.

Solas en los túneles, no podían sobrevivir mucho tiempo. Estaban llenos de criaturas adaptadas específicamente para darles caza.

Cuando sus arañas corrieron hacia Yemi, Jarius no pudo decir una sola palabra. Exploró sus miembros en busca de heridas desconocidas, preguntó frenéticamente a sus sanadoras. ¿Estaba muriéndose?

—¡No! —gritó ella, mirando a Gultrataca con ferocidad—. ¡Mírame! ¡Estoy sana! ¡Soy joven!

Sus arañas continuaban huyendo. Sólo las soldados más viejas, cuya lealtad era absoluta y que permanecerían custodiando su cuerpo incluso después de muerta, se quedaron con ella. El resto se escapaban de sus bocas y de los orificios de su rostro apresurándose en dirección a Yemi.

El bebé rió tontamente, dándoles la bienvenida.

—No te estás muriendo —le dijo Gultrataca a Jarius—. Mis arañas también se fueron con él.

—Pero ¿por qué?

—No estoy segura —respondió—. Son atraídas por la magia del niño, pero hay algo más. —Gultrataca miró a Jarius—. Dudo de que te dieras cuenta, pero muchas de tus arañas rastreadoras quedaron ciegas cuando entraste en la habitación. Yemi las está curando.

—¿Curando? ¿Quieres decir que ahora está cuidando de ellas? —La idea de preocuparse por sus arañas nunca se le hubiera ocurrido a Jarius. Continuamente nacían arañas dentro de su cuerpo para sustituir las que se ponían enfermas, envejecían o morían.

Yemi atendió diligentemente a todas las rastreadoras heridas, aliviando y reconstruyendo sus ojos. Las otras arañas se arracimaban sobre sus rodillas. Cuando las rastreadoras estuvieron listas, Yemi envió a las arañas de vuelta a Jarius. Ellas no querían irse, pero él insistió, dejándolas caer

en el suelo desde la palma de la mano.

—Les gusta —dijo Gultrataca—. Y no son las únicas. —Señaló a docenas de criaturas distintas que empezaron a emerger en cuanto se fueron las arañas. Desde las sombras avanzaron serpenteando, corrieron o se deslizaron hasta los pies de Yemi.

Jarius reconoció animales e insectos de todas partes de Ool. Había incluso unos cuantos descerebrados líquenes del limo que hasta entonces habían vivido en el silencio de las profundas cuevas de las gridas. ¿Cómo podían estar allí? Se fijó en que los líquenes habían encontrado un lugar cómodo en el forro de los bolsillos de los pantalones de Yemi.

Y entonces, con su andar silencioso, llegaron un par de huraks.

Involuntariamente, Jarius retrocedió, preparándose para defenderse.

De todos los animales nativos que moraban en los túneles bajo el mundo de Ool, sólo uno era realmente temido por las gridas. El hurak era un animal fiero, del mismo tamaño que la propia Jarius, con forma felina, pero con fuertes mandíbulas capaces de perforar el cráneo de una grida. Pero de todos modos, lo que hacía a los huraks realmente peligrosos era que su aliento contenía un anestésico capaz de adormilar a las arañas rastreadoras. Así podía acercarse a una grida sin ser detectado.

Los dos huraks se sentaron frente a Yemi y Fola, y permitieron a Yemi que les acariciase su piel azul oscuro.

Con un leve rastro de sobrecogimiento en la voz, Gultrataca dijo:

—Yemi los atrae de algún modo, los convierte en dóciles. Pero si alguna grida se aproxima a él demasiado rápido, ellos también le protegen. Estos dos han llegado esta mañana.

—¿Desde dónde?

—¡No lo sé!

Jarius miró a Yemi. Él le sonrió.

—¿Crees que alguna vez intentará salir de la Cámara? —preguntó

—Continuamente. Es obvio que quiere salir, y cada vez es más difícil retenerlo. Destruye todos los hechizos de bloqueo. Una docena de gridas rodean la Cámara a todas horas, creando nuevos hechizos para mantenerlo dentro.

—¡Tiene que haber un modo de amenazarlo, Gultrataca!

—No. Él es feliz.

—¿Feliz? ¿Aquí, en la Cámara? ¿A qué exámenes lo has sometido?

—De todo tipo. Disfruta con ellos, como si se tratase de un juego. Todavía tengo que encontrar una prueba que no pueda pasar con tanta facilidad; de hecho, empieza a aburrirse. No puedo inventarlos lo suficientemente rápidos para él.

—Eso es difícil de creer.

—Tal vez. —Gultrataca dio unos pasos alejándose de Jarius, y dijo suavemente—: La Cámara de Evaluación es tuya para que la utilices contra el muchacho como quieras. Quizá tengas más éxito que las que hemos elegido antes que a ti.

Fola vio lo que estaba a punto de pasar. Lo había visto muchas veces antes con las otras gridas que Gultrataca había invitado.

—¡No! ¡No! —le advirtió a Jarius—. ¡No ataques a Yemi, no debes hacerlo! —Pero claro, fue

en vano. Todas las gridas que ya habían pasado por esto le tenían demasiado miedo a Gultrataca para desobedecerla—. ¡Yemi te dejará malherida! —le gritó a Jarius—. ¡No lo hará conscientemente, pero lo hará! ¡No le ataques!

Jarius oyó los sonidos de la muchacha enfurecida y miró a Gultrataca con cautela. Se había ido al otro extremo de la Cámara. Jarius se preguntó de nuevo por qué había sido llamada. Había miembros de mayor categoría en el clan que todavía no habían visto a Yemi. ¿Por qué Gultrataca ordenó que fuese precisamente ella?

¿Porque era prescindible?

Sí, pensó Jarius incapaz de encontrar otra razón. Obviamente, ésta era la oportunidad final para demostrar al clan su valor. Esta vez no podía negarse. Deslizándose temblorosamente por la Cámara, localizó el área donde estaban ocultos los Principales hechizos de ataque. Los hechizos podían activarse individualmente o en conjunto. La principal ventaja de la Cámara era que podían lanzarse muchos más hechizos simultáneamente que los que podía convocar una sola grida en el exterior. Cuando Yemi vio el camino que estaba tomando Jarius empezó a dar saltos de arriba abajo.

—Seré! Seré! Seré! —pronunció excitado.

—Creo que ésa es la palabra que utiliza para «jugar» —dijo Gultrataca.

Yemi aplaudió una y otra vez. No podía esperar para empezar.

Jarius se dio la vuelta, intentando esconder su nerviosismo. ¿Cómo iba ella a intimidar al niño si la propia Gultrataca había fallado? Había una oportunidad, quizá: un hechizo de fabricación propia, un hechizo de pánico. Se suponía que desactivaba al enemigo, bloqueando su mente, antes del ataque real. En alguien tan joven como Yemi podría ser efectivo... Se recompuso y se enfrentó a él. Yemi retrocedió dramáticamente tapándose las orejas.

Está asustado, pensó Jarius triunfal. Entonces vio que miraba furtivamente entre los dedos. Finge estar asustado, reflexionó, para hacer el juego más entretenido.

Ella echó un vistazo más a Gultrataca, y supo que la mataría si vacilaba una sola vez.

Abriendo las mandíbulas, Jarius liberó el pánico.

En una fracción de segundo el hechizo alcanzó a Yemi, y éste reaccionó. Detuvo el hechizo en el aire. Y lo examinó. Gultrataca se inclinó ansiosamente hacia delante para mirar lo que ocurría. Finalmente, Yemi sopló en el hechizo, ofreciéndole la espalda a Jarius.

—¡Mejor! —le dijo Yemi.

Jarius extendió una garra.

—¡No! —gritó Fola—. ¡No hagas eso!

Demasiado tarde. En cuanto el viejo hechizo de Jarius hizo contacto con su piel oprimió su corazón. No era el mismo hechizo que ella conocía tan bien. Yemi lo había mejorado. Un terror inconmensurable en su mente. Se colapso y quedó tendida en el suelo. Arqueó el cuerpo, clavándose las garras en sus bocas para ahogar los gritos.

Al verlo, Yemi corrió hacia ella comprendiendo su error. Desactivó el hechizo a toda prisa y ordenó a todas las arañas de Jarius que la consolasen.

Gultrataca suspiró. Se acercó a Jarius, ignorando su agonía.

Otro fallo, pensó. Otra grida perdida, y esta vez un miembro de su propio clan. Bueno, había

estrellas más brillantes que Jarius... Miró a Fola, que le devolvió la mirada sin reprimir su furia.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué? —chilló Fola.

Gultrataca la ignoró. Caminó hacia otra parte de la Cámara donde los gemidos y las convulsiones de Jarius no serían una distracción. ¿Qué más podría hacer para perturbar al muchacho? ¿No lo había probado ya todo para influir en él? ¡Cada hechizo, amenaza, tentación o esfuerzo de persuasión no habían conseguido nada! A estos niños humanos en conjunto, pensó Gultrataca, ¿qué les gusta realmente? Unas cuantas Brujas Superiores conocían bien su lenguaje y costumbres; aquellas que retornaron de la Tierra como parte del ejército derrotado de Heebra. Cuando se les preguntó, habían tratado a Yemi de aberración: un niño notable, tentador pero atípico. Fola era más típica; menos mágica que muchos niños, pero capaz de ser asustada.

«He persistido demasiado en mis desafíos al muchacho reflexionó Gultrataca—. Necesito una nueva aproximación. Cuanto más resista Yemi la Cámara de Evaluación, más cautelosas se volverán las gridas. Si un bebé humano puede hacer esto, ¿qué harán los niños mayores? Cada día me hace parecer más débil...».

Mientras Gultrataca se dirigía a otros niveles de la prisión para preguntar a las Brujas Superiores que quedaban, Jarius se quedó estremeciéndose en el suelo de la Cámara. Cuando ella no respondió a sus palabras amables, Yemi quiso ayudarla más, pero dudó. Tenía miedo de poner sus labios cerca de sus mandíbulas, pero pensó que era la única manera que conocía. Se arrodilló a su lado. Se inclinó sobre su cara. Colocando los labios amablemente contra sus bocas, Yemi le introdujo varios hechizos balsámicos.

El pánico de Jarius cesó de inmediato. Fue reemplazado por un nuevo sentimiento, uno que no había experimentado nunca. Una paz indescriptible se abrió paso a través de ella, implantándose en su corazón. Jarius olvidó dónde estaba. Ya no sentía terror. Sólo existía el aliento de Yemi.

El niño puso la pesada cabeza de la grida en su regazo, y empezó a mecerla.

11

LA INVITACIÓN



Raquel estaba sentada en el jardín, mirando los cielos vacíos. Habían pasado tres semanas desde que vieron a Larpskendya por última vez.

—No me gusta —le dijo a Eric—. A ningún niño le gustaría. Esta zona de exclusión de Heiki me escama.

—Yo creo que es genial —repuso Eric—. Paz y sosiego para variar. Más el derecho de que Heiki nos proteja. —La miró significativamente—. Antes de lo de Yemi, la última vez que una bruja vino a la Tierra fue para atraparte, Raquel.

Los equipos de vigilancia de Heiki estaban posicionados alrededor de la casa y en las calles cercanas. Eran eficaces, los mejores disponibles. Sólo los fans más motivados intentaban todavía entrar furtivamente a través del cordón de seguridad; pero nunca lo conseguían ni de cerca.

Raquel entrecerró los ojos y miró de nuevo hacia arriba, donde Albertus Robertson, como ya era habitual, se sostenía en el aire al lado de la chimenea. Había aparecido en el mismo momento en que se fue Larpskendya. Desde entonces parecía un extraño adorno encima del tejado de la casa, ya que raramente se movía. Raquel agradecía su presencia. Confiaba a ciegas en él aunque no supiera por qué. Ahora existía un sentimiento hacia los espectros que todos los niños compartían.

—Es brillante, ¿no crees? —dijo Eric—. Podría estar contemplando a Albertus el día entero.

—Eso es lo que sueles hacer —respondió Raquel sonriendo—. Yo he estado aquí afuera toda la mañana, y te juro que Albertus no se ha movido. Ni siquiera ha pestañado.

—¿Y por qué debería? —contestó Eric—. Lo hará si le interesa algo. Esas orejas tuyas son increíbles, ¿sabes? No sólo oyen, sino que pueden también captar rayos X, rayos gamma, emisiones de radio, todas las longitudes de onda.

—Humm..., pero ¿por qué no nos dice lo que está pensando? Es enervante la manera en que los espectros pasan todo el tiempo, absolutamente inmóviles y en silencio. No hemos oído nada más desde su primer mensaje.

—Cuando sea necesario, nos advertirán con tiempo suficiente —dijo Eric.

Aferrando a Albertus estaban sus dos buscadoras de emociones. Hacían turnos para sostenerlo en el aire. En los días de viento le sujetaban el cabello para despejarle los ojos. De vez en cuando le limpiaban las orejas para mantener las superficies libres de polvo y otras partículas.

—Me pregunto —reflexionó Raquel— por qué el compañero de un espectro es siempre un buscador de emociones.

—¿No lo sabes? —preguntó Eric—. Creía que ya lo habías entendido. Es a causa del peligro. Sólo las buscadoras de emociones están lo suficientemente locas para llevar a los espectros a los lugares adonde deben ir, Raquel. —Eric miró a su hermana con seriedad—. Amenazas y más amenazas. Los espectros están a la espera; piensan en ello todo el tiempo. Por eso son tan desastrosos para algo tan normal como la comida. No pueden invertir un solo segundo en cosas tan aburridas como ésta.

Raquel comprendió que eso no era sólo una suposición. Eric lo sabía.

—¿Estás..., estás en comunicación con ellos?

—Sí —dijo Eric con voz temblorosa—. Sólo fugazmente. Pero te diré algo: los espectros cuidan mucho de nosotros. Están todos por ahí repartidos, siempre asustados. No pueden soportar la idea de que algo o alguien nos inflijan daño a cualquiera de nosotros. Pero Albertus..., bien, él cuida en especial de ti, Raquel.

—¿De mí?

—Sí, de ti personalmente.

Raquel miró hacia arriba, asombrada.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No lo sé. No tengo ni idea, pero puedo sentir su preocupación.

Mientras Raquel miraba a Albertus, un grupo de niños pasó por encima de su cabeza. Era un vuelo de rutina de un equipo de centinelas. Las unidades centinelas eran los nuevos guardianes especiales de Heiki, los niños más mágicos. En pocas semanas ella los había convertido en una fuerza de considerable poder. Se entrenaban en general por la noche, sabiendo que si los hogares de las gridas eran túneles oscuros sería más probable que atacaran entonces.

Raquel los miró fijamente, llena de dudas.

—Esos centinelas... —dijo ella—. No me importa lo disciplinados o valientes que sean. ¿Crees que un niño, cualquier niño, podría superar a una grida? Hemos visto lo que le hicieron a Larpskendya; Larpskendya, Eric, todo un mago. Yo no...

—Calla un minuto.

Sobre ellos, Albertus Robertson se movía. Sus buscadoras de emociones lo hacían girar en círculos, en un movimiento frenético. Eric apretaba su cabeza con las manos indicando que las comunicaciones entre los espectros de todo el mundo estaban alcanzando un nivel febril. La unidad centinela más cercana cambió su curso. Descendió para rodear a Raquel y a Eric. Heiki se transportó a una velocidad de vértigo desde el otro lado del planeta. Se lanzó hacia ellos con el rostro congestionado de puro terror.

Eric miró a Raquel.

—Son las gridas

—Lo sé —dijo ella—. Están llegando.

Heiki voló directa a Raquel.

—Son ellas —murmuró—. Oh, Raquel, son ellas.

Raquel la sostuvo.

—¡Vamos! Los centinelas te necesitan. ¿Recuerdas todo el entrenamiento? Lo harás bien. Yo estoy contigo. Estoy aquí.

Heiki asintió, recobrando su equilibrio lo suficiente como para instruir a la unidad centinela. Los centinelas adoptaron las posiciones tácticas más apropiadas para un ataque sorpresa. Albertus Robertson se quedó arriba. Su cabeza se agitaba como si estuviese siendo bombardeado por docenas de mensajes frenéticos de todos los espectros repartidos alrededor del mundo.

Eric suspiró: un glorioso suspiro de alivio.

—¡Tres! ¡Son sólo tres gridas!

—¿Tú crees? —preguntó Raquel—. ¿Puede haber más ahí afuera?

—Estoy seguro.

—Entonces, no puedo creer que sea un ataque. No si son sólo unas pocas

Eric llamó a los prapsis y los metió en su lugar habitual, dentro de su camiseta. Heiki desplegó a los centinelas alrededor de Raquel y Eric, después voló en busca de refuerzos.

—Las gridas están viajando despacio —repuso Eric—. Escucha, Raquel, vuelan realmente despacio. Nos están dando claramente la oportunidad de que las descubramos.

—Quizá quieren que sepamos que llegan —dijo Raquel. Después se apresuró dentro de la casa para decirles a mamá y a papá lo que estaba pasando y rogarles que se quedaran dentro.

Cuando volvió, Eric le dijo:

—Las gridas vienen en esta dirección.

—Lo sé. Hacia nosotros. De todos modos vamos a quedarnos fuera de la casa.

Tomando a Eric del brazo, ella voló hacia el sur a un área de campos yermos a varios kilómetros de distancia. Les acompañaban cuatro unidades centinelas más, enviadas por Heiki. Llegó también un pequeño grupo de espectros; sus buscadores de emociones volaban a una velocidad impresionante para llegar a tiempo.

Me pregunto si las gridas vienen para hablar —dijo . No han aparecido furtiva y exactamente encima de nosotros.

—No lo des por hecho —respondió una voz que nunca antes habían oído.

Procedía de Albertus Robertson.

Apareció al lado de Raquel, sostenido por sus buscadoras de emociones. Cada una de ellas mirándolo asustadas. Raquel había imaginado que si Albertus hablaba alguna vez, su voz sería plana o mecánica, como sus movimientos. Pero no era así. Albertus habló como si toda su vida la hubiera consagrado a ella.

—¿Qué..., qué quieres decir? —le preguntó Raquel.

—Si yo... —La garganta de Albertus estaba seca por el largo desuso, sus palabras se volvieron un leve cuchicheo. Sus buscadoras de emociones le masajearon la tráquea con fuerza hasta que los sonidos fueron más coherentes. Cuando Albertus empezó a hablar de nuevo, sus palabras fluyeron con rapidez—. Si yo fuera una grida —dijo— y quisiera invadir la Tierra con el mínimo de bajas, empezaría por eliminar a los niños más peligrosos. En una secuencia de prioridades, y dada la ausencia de Yemi, esos niños son Raquel y Eric, seguidos de Heiki, y de todos los espectros, así como de los moradores de las profundidades, los centinelas, los...

Una de las buscadoras de emociones metió un dedo dentro de la boca de Albertus, forzándolo a respirar. Luego le dijo a Raquel:

—¿Está hablando demasiado de prisa para ti?

—No, está..., está bien así.

—Para matarte —continuó Albertus—; eso es, para matarte, Raquel, y para matarte a ti, Eric, las gridas tienen que conseguir acercarse bastante. ¿Cómo? ¿Cómo acceder a un humano con facilidad? Aproximándose como esas gridas, no mediante amenazantes y enormes fuerzas, sino mediante pequeños grupos; no ocultándose, sino abiertamente; no rápidamente, sino despacio. Pareciendo una delegación. Llegando de forma pacífica. Para teneros a ambos —concluyó, y tragó aire de nuevo.

Raquel preguntó:

—¿Qué sugieres que debemos hacer?

—Estoy buscando estrategias. —Durante unos segundos la cabeza de Albertus osciló bruscamente mientras recibía el consejo del resto de espectros—. Demasiados factores desconocidos —dijo—. La opinión de la mayoría es que las tres gridas forman un comando de asesinas o un grupo de avanzadilla para probar nuestra velocidad.

—¿Nuestra velocidad de qué? —preguntó Eric.

—De reacción defensiva. De ataque. Nuestra capacidad de lucha.

—Entonces podemos traer a tantos niños como sea posible —dijo Eric—. Enseñémosles que no les tenemos miedo.

—No necesariamente —respondió Albertus—. ¿Por qué un gran número de niños contra sólo tres gridas? ¿Quedarán impresionadas? ¿Por qué traer tantos si estamos tan seguros de nuestra capacidad?

—Pero ¡no podemos ignorarlas! —argumentó Heiki.

—Ahora podemos simplemente ignorarlas —dijo Albertus—. Sin embargo, las gridas podrían considerarlo como una demostración de debilidad. O sentirse insultadas. Cualquier reacción puede precipitar el conflicto. Podemos destruir a las gridas, pero siendo tan agresivos también precipitaremos el conflicto. Sugiero lo siguiente. —Albertus continuó inmediatamente—: Eric y Raquel no deben encontrarse con las gridas. Iré yo, flanqueado por un número mínimo de centinelas. De ese modo las estamos invitando al combate. Eso nos permitirá obtener más tiempo para determinar las verdaderas intenciones de las gridas. También nos permitirá proteger mejor a Eric y a Raquel. Y pondremos en peligro a la menor cantidad de niños en caso de que sea una trampa.

—¿Crees que todo es una trampa? —preguntó Eric.

—Sí. —El semblante de Albertus Robertson no se alteró lo más mínimo—. Estoy casi seguro. Raquel miró a los niños que había a su alrededor.

—No —dijo—. No pienso poner a nadie en peligro para que me proteja.

—¡Debes hacer lo que sea mejor para todos nosotros! —le gritó Albertus, con repentina ferocidad. Después le acarició la mejilla—. Los niños centinelas son mucho más resistentes de lo que ellas creen —aseguró—. Déjales hacerlo.

—Demasiado tarde —dijo Heiki—. Las gridas han acelerado. Iremos a su encuentro en el cielo. ¡Centinelas! ¡Permaneced al lado de Raquel y Eric!

No había tiempo para continuar discutiendo. Albertus permaneció al lado de Raquel, dándole consejos de último minuto.

—No digas nada sobre Serpanta —le advirtió—. Quizá las gridas no sepan nada de él.

—Aquí vienen —dijo Eric.

Las tres gridas se zambulleron pausadamente dentro y fuera de las nubes. Cuando sus cabezas naranja y sus cuerpos marrón sucio pudieron ser vistos con claridad, la mayoría de los niños reaccionaron con incredulidad.

—¡Caramba! —Eric agarró a los prapsis.

—No reaccionéis a su aparición —le aconsejó Albertus.

Sólo los otros espectros fueron capaces de acatar la advertencia. El resto de los niños se acobardó mucho ante las gridas, ante su excesiva musculatura y sus cabezas incrustadas de huesos. Como demonios o dragones, pensó Raquel. Demonios, decidió. Tenían una cierta similitud con las Brujas Superiores, pero mientras Dragwena había poseído una cierta aunque levísima feminidad, estas criaturas ni siquiera tenían un rostro identificable. Cada parte de su abultado cráneo, sus afilados dientes o cualquier pedazo de protuberancia ósea parecían deformes. Sólo los ojos eran reconocibles, pero... ¿cómo podían ser reales unos ojos así? Cubrían demasiada superficie de la cabeza para no parecerles monstruosos a un humano.

Raquel apretó la mano de Eric cuando las gridas se detuvieron cerca de ellos.

Durante unos instantes, los niños de la Tierra y las gridas se evaluaron unos a otros. Entonces, una de las gridas, la de mayor tamaño, se dirigió a Raquel.

—Como líder de las familias de gridas de Ool, tengo el honor. Soy Gultratata. Te saludo.

La voz de Gultratata dejó pasmados a los niños. No se oyó el gruñido áspero que todos esperaban de ese rostro, sino todo lo contrario: una voz femenina, perfectamente modulada, y humana. Raquel se dio cuenta de que todos los niños a su alrededor se relajaban ligeramente.

—Es un truco —le dijo tranquilamente Albertus Robertson a Raquel—. Ninguna criatura con esa forma puede hablar como una mujer. Sólo hay una razón para esa imitación: hacer que nos confiemos. Mantente alerta. Evita todo contacto físico.

Gultratata ofreció una garra a Raquel para que se la estrechara.

—¿Y bien?

¿Un apretón de manos? Era un gesto tan inofensivo, una cosa tan humana, que Raquel casi puso su mano entre la garra gigante de Gultratata. «Estas gridas realmente saben quién soy —pensó—. Lo saben todo de nosotros, pueden hablar como nosotros. Incluso el saludo ha sido apropiado: civil, de compromiso. ¿Qué sabemos nosotros sobre las gridas? —se preguntó—. ¿Qué sabía Larpskendya? Prácticamente nada».

Los niños más alejados de las gridas estaban visiblemente menos tensos que antes. «Eso no debe ocurrir —reflexionó—. Mantengamos el control».

—¿Por qué raptasteis a Yemi? —preguntó por fin.

—Para protegernos. ¿Qué otra razón podría haber? —El tono de Gultratata era reservado, tranquilo—. No tenemos duda alguna de que Larpskendya intentaba adiestrar al niño como un asesino. No podemos permitir eso.

—¿Realmente esperas que te creamos? —replicó Raquel.

—No, no lo espero. Larpskendya te ha predisuesto contra nosotras. Aparentemente, tú te crees todo lo que dicen los magos, aunque él está equivocado sobre nosotras.

Raquel dudó. Gultrataca no era lo que ella había esperado.

—¿Dónde está Larpskendya? —preguntó Eric—. ¿Está...?

—Vivo. ¿Es lo que estás preguntando? Sí. Escapó.

Raquel y los demás niños no intentaron disimular su alivio.

Gultrataca continuó:

—Sí, amáis a Larpskendya, ¿no es así? Él viene haciendo promesas y vosotros le creéis porque aún sois una especie relativamente simple que juzga a los demás según las apariencias. El os dijo que nosotras las gridas no teníamos conciencia, pero eso no es cierto. Tenemos sentido del honor. Nuestra apariencia es brutal, así que vosotros pensáis que debemos serlo.

Raquel no sabía qué decir. Notaba la mano de Albertus en su hombro, dándole ánimo.

—Somos nosotras las que nos hemos arriesgado viniendo aquí —continuó Gultrataca—. ¿Creéis que es fácil volar hasta este mundo sabiendo cómo lo protegen los magos de Larpskendya?

—No le digas nada acerca de los magos, especialmente números —le murmuró Albertus a Raquel en el oído—. Ni afirmes ni niegues nada.

—Larpskendya no asusta a nadie —dijo Eric.

—¿Tú crees? —Gultrataca se enfrentó a él—. ¡Si vieras luchar a un mago cambiarías de opinión! ¡No hay nada que pueda enfrentarse a su ferocidad! ¿Qué sabéis realmente de los magos?

—¡Sabemos que podemos confiar en ellos!

—Sí, confiar; tú pones mucha confianza en Larpskendya. Pero ¿dónde está él ahora, cuando más lo necesitas?

—Vosotras le disteis caza —respondió Eric con enfado.

—Y teníamos una buena razón. Pero déjame que te haga una pregunta: ¿por qué Larpskendya no volvió con más magos? Ha tenido tiempo para hacerlo. Si realmente le importarais, ¿no estaría aquí rodeado de sus mejores magos? En Orin Fen debe de haber millones de magos, y aquí no hay ninguno. Ningún mago para defenderos mientras Larpskendya desaparece en pos de sus misteriosos asuntos. ¿No te parece que hay algo turbio en todo eso?

Raquel miró a Eric y vio como arrugaba la frente pensativo.

Gultrataca retorció la cara. Todas sus arañas, que hasta ahora habían estado escondidas dentro de sus orificios, se arrastraron fuera. Muchos niños maldijeron mientras retrocedían. Con dificultad, Raquel se mantuvo firme.

—Esto es lo que parecemos —dijo Gultrataca—. Fuimos engendradas para ser defensoras. Por eso tenemos estos rasgos espantosos. Pero ahora que ya hemos derrotado a las Brujas Superiores, no hay razón alguna para luchar. La guerra entre los magos y las Superiores era su interminable guerra, no la nuestra. Las gridas están preparadas para la paz. —Los ojos enormes de Gultrataca miraron impasibles a Raquel—. Nosotras queremos la paz con los magos, si ellos lo permiten. No estamos interesadas en dedicarnos a conquistar. Queremos estar en Ool. —Hizo una pausa, estudiándolos a todos—. No veo que nadie me crea. No me creéis porque vuestro conocimiento de las gridas procede de Larpskendya. Déjame decirte algo: él no sabe nada acerca de nosotras. Su juicio ha sido envenenado por siglos de guerras contra las Brujas Superiores. Pero yo estoy aquí, y él no. Estoy preparada para crear lazos de amistad con vuestro mundo, Raquel. ¿Estás tú preparada

para hacer lo mismo?

Raquel miró a Albertus Robertson.

—Acaba la discusión lo antes posible —le dijo él a Raquel.

—Mucho hablar de paz —intervino Heiki—, pero ¡habéis raptado a Yemi!

—Yemi está a salvo —replicó Gultrataca—. No le hemos hecho daño ni a él ni a su hermana.

Os invito a que vengáis y lo veáis con vuestros propios ojos. Os invito a Ool. —Gultrataca miró a Raquel—. ¿Vendréis con nosotras? Allí seréis honrados, os lo prometo.

—¿Qué pruebas tengo de que estás diciendo la verdad? —preguntó Raquel—. ¿Por qué debería creerte?

—¿Y por qué no? —replicó Gultrataca—. Tú confiaste en las palabras de Larpskendya, sin prueba alguna. ¿Qué más esperas de mí? Dejaré a las otras gridas aquí como rehenes, y enviaré más si lo crees oportuno. Y si viajas conmigo, yo también estaré revelándote la situación del propio Ool. Podrías enviar un ejército allí. Nosotras aceptaremos ese gran riesgo, si vosotros aceptáis uno pequeño. Dudo que Larpskendya te haya ofrecido nunca algo parecido, ¿o sí? Estoy segura de que él nunca te ofreció llevarte a Orin Fen. —Gultrataca estudió las expresiones de los niños con detenimiento.

—¿Por qué no devuelves a Yemi y a Fola a la Tierra? —preguntó Albertus—. Si eres sincera en tu ofrecimiento, devuélvelos.

—No puedo —reconoció Gultrataca—. No puedo correr el riesgo de que los magos vuelvan a hacerse con él. Y, como debes saber, Yemi no se apartará de Fola.

—Si aceptamos, ¿quién irá a Ool? —preguntó Eric.

—Estáis todos invitados. El que pueda transportarse puede venir, ya que, por otro lado, el viaje es demasiado largo.

¿Sería todo una mentira?, se preguntó Raquel. Y estuvo a punto de decirle a Gultrataca que sólo ella y Heiki podían transportarse, pero una mirada de alarma de Albertus Robertson la detuvo a tiempo. Era justo la clase de descuido accidental que podría resultarles demasiado costoso. Mirando a Gultrataca, Raquel tuvo el presentimiento de que ella nunca había cometido errores tan elementales.

—¿Qué pasa si nadie vuelve con vosotras a Ool?

—La mayoría de las líderes de los clanes de gridas están totalmente convencidas de que estáis esclavizados por los magos —respondió Gultrataca—. Si nadie vuelve conmigo, ¿cómo voy a convencerlas de que no es cierto? Especialmente si tú, Raquel, no vienes. Tú nos ayudaste a librarnos de Heebra. Hay gridas que aún te temen. Personalmente, siento una gran deuda de gratitud hacia ti.

Antes de que Raquel pudiese replicar, Albertus Robertson dijo:

—Gracias. Consideraremos todo lo que nos has dicho.

—Eso es todo lo que pido —admitió Gultrataca. Bajando la cabeza, hizo una inclinación casi perfecta. Para una criatura con tantos músculos agrupados alrededor del pecho, no fue un gesto fácil. Evidentemente, había practicado.

12

CONFIAR



Tras dejar a la mayoría de los centinelas vigilando a las gridas, Heiki voló hasta casa de Raquel con Eric y Albertus Robertson para decidir qué hacían.

Papá los acompañó dentro, mamá cerró la puerta, y Raquel explicó lo que había pasado.

—Bueno —dijo por fin, respirando profundamente—, ¿cuál es vuestra opinión acerca de las gridas?

Heiki meneó la cabeza.

—Todo esto es grotesco, ¿no creéis? Aunque hay algo que me gusta: la manera en que las gridas odian a las Brujas Superiores. Y Gultratata es interesante. Pero ¿podemos confiar en ella? No creo. Olvidad sus palabras. No hay manera de saber si está mintiendo. Me interesa más otra cosa. Raquel, tú tienes que haberte dado cuenta: Gultratata ha hablado de paz, pero yo he sentido todos sus hechizos de muerte preparados para actuar.

—Sí —dijo Raquel pensativa—. Yo también lo he notado. Pero ¿cuántos de nosotros estábamos amenazándola? No estoy segura de que debamos juzgar a las gridas del mismo modo que a las Brujas Superiores. Ellas sólo son parientes lejanas de las Superiores.

—¿Estás loca? —replicó Heiki—. Las brujas son brujas. ¡Nunca cambian!

—¿Estás segura? —Raquel la miró—. Tú lo creíste una vez.

Heiki bajó la mirada.

—Aun así...

Raquel cruzó la habitación.

—Mira, sé que tienen miedo, y tampoco quiero creerlas, pero ¿alguien les ha dado nunca una oportunidad? ¿Lo hizo siquiera Larpskendya? Gultratata ha dicho un par de cosas interesantes acerca de los magos que...

Eric intervino:

—Eh, yo esperaría a escuchar las respuestas de Larpskendya antes de ir a Ool.

—Estoy de acuerdo —dijo mamá de modo tajante—. Estaríamos locos si confiáramos en las gridas. Ninguno de vosotros debe siquiera pensar en ir.

—¿Qué opinan los espectros? —preguntó Raquel a Albertus Robertson.

Durante un instante Albertus no dijo nada. En la habitación, el silencio sólo se truncó cuando las dos buscadoras de emociones se pusieron a trocear un bizcocho que había formado parte del desayuno de aquella mañana y que aún estaba sobre la mesa. Sólo después de asegurarse de que los pedazos eran del tamaño apropiado, las dos adolescentes ablandaron el bizcocho en sus propias

bocas antes de ponerlo entre los labios de Albertus. Papá miró inquieto la escena con una cierta fascinación. Albertus parecía escasamente consciente de la comida. «Por eso ellas se la ablandan», reflexionó papá. Por otra parte corría el peligro de ahogarse.

—Estamos indecisos —dijo Albertus—. Durante la conversación con Gultratata, los espectros monitorizamos las fluctuaciones de su temperatura, su ritmo cardíaco y su sistema respiratorio. Por ese método y con la mayoría de los humanos, nos es fácil saber si alguien está mintiendo, o dice verdades a medias. Pero no podemos leer el interior de las gradas de esa manera. Sus cuerpos están permanentemente calientes, su respiración es errática, sus corazones siempre acelerados...

—Además, creo que evidentemente ésa no era su voz —añadió Eric.

—Cierto —replicó Albertus—. De todos modos, Gultratata puede haber usado esa voz femenina por deferencia a nosotros. Quizá no quería asustarnos. Tal vez su tipo de voz es tan diferente al nuestro que no la hubiéramos entendido si no la hubiese cambiado.

Mamá paseaba inquieta de un lado a otro de la habitación.

—Entonces no podemos estar seguros de nada. Excepto del tamaño de sus garras, por supuesto. ¡Y de sus dientes! —Se dirigió a Raquel—. Ya he visto antes esa expresión en tu cara. Has tomado una determinación, ¿no es cierto? Bien, pues olvídale; no te permitiré ir. ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho, mamá —respondió Raquel—. Pero también recuerdo lo último que nos dijo Larpskendya. Dijo que debía rescatar a Yemi. Dijo que encontrase el modo antes de que las gradas le hicieran algo terrible. Y éste es el modo, el único modo. No podemos ayudar a Yemi desde aquí. —Mientras mamá intentaba interrumpirla, Raquel añadió—: No quiero dejar a Yemi y a Fola en Ool ahora. Recuerda que no supimos dar con ellos antes. No teníamos oportunidad de ayudarles. Ahora sí. —Y en el mismo instante en que tomó la decisión sintió como un escalofrío recorría todos y cada uno de sus hechizos— Incluso iré sola si hace falta.

—¡No te pases! —reconvino Eric mientras mamá estallaba y papá se levantaba de un salto.

—Ahora escúchame —dijo papá—. Quiero que os calméis. Especialmente tú, Raquel. Nadie quiere daño alguno para Yemi o Fola. Todos en esta habitación deseamos hacer lo mejor para ellos.

Raquel asintió:

—Sí..., lo siento. Lo sé, papá. Por supuesto.

—Perfecto, entonces. Así que la cuestión es cómo juzgar si debemos creer a Gultratata o no. No puedo ver un modo de estar seguros.

—Hay algo más, Raquel —dijo Eric—. Una vez estés lejos de la Tierra nadie podrá protegerte. Y las gradas probablemente lo sepan. ¿Qué les impedirá matarte tranquilamente en medio del espacio exterior?

—Nada —respondió Raquel—. Lo sé. Pero ¿por qué hacer todo este viaje sólo para hacer eso? No tiene sentido.

Mamá fue hacia Raquel, la abrazó y la miró a los ojos.

—Por favor, no vayas— murmuró.

Raquel, a través de sus lágrimas, dijo:

—¡No quiero ir, mamá! Sólo que... ¿cómo puedo dejar allí a Yemi? ¡No puedo hacerlo! ¡No

puedo!

Albertus se levantó. Sin la ayuda de sus buscadoras de emociones, caminó la corta distancia que lo separaba de Raquel y se arrodilló a su lado.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Hay una fotografía, Raquel. Está en tu cabeza. Una fotografía de Yemi y Fola y también Serpanta mientras son torturados en algún lugar espantoso sin que nadie les ayude. No puedes soportarlo. Piensas que yendo a Ool podrías ayudar. Quizá sí, quizá no. Pero piensa en esto: ¿y si Gultrataca ha venido a la Tierra sólo a por ti? Quizá no puede conseguir que Yemi haga lo que ella quiere y cree que si te tiene a ti puede lograr que la ayudes. O te necesita por otras razones que ni siquiera podemos calcular o suponer.

Mamá se levantó de un salto y abrazó a Albertus.

—Exactamente, exactamente —le dijo a Raquel—. Eso debería decidirte. Yo aceptaría el consejo de Albertus. ¿Y tú?

Raquel no quería comprometerse.

—¿Y bien? —presionó mamá.

Finalmente, Raquel asintió.

Albertus miró a mamá con expresión grave.

—Creo que lo ha entendido mal. El peligro para Raquel es real, pero existen razones importantes que requieren su presencia en Ool. Nuestra opinión, la visión conjunta de todos los espectros, es que Raquel debería ir a Ool.

Mamá retrocedió; una cérea palidez hizo mella en su rostro.

—Aquí están las principales razones —dijo Albertus—: Si tú, eres asesinada, esa pérdida sería terrible. Pero la pérdida de Yemi sería catastrófica para el mundo entero, especialmente si las gridas encuentran un modo de utilizarlo contra nosotros. Así que, si hay una pequeña oportunidad, debes utilizarla, pues en ese caso arriesgar la vida merece la pena. Me es muy difícil decir esto porque soy tu espectro, y para mí tú eres lo más valioso. Mientras yo viva, me consagraré a tu bienestar, pero mi absoluta prioridad debe ser el bienestar de todos los niños. Si vas a Ool, Raquel, puedes evitar una guerra. La opinión de los espectros es que estos niños no pueden ganar una guerra contra las gridas. Después de todo, debes descubrir si Gultrataca ha dicho la verdad. Incluso si ella ha mentido, y tu presencia desencadena la guerra, habrá servido a un propósito: darnos tiempo suficiente con el fin de prepararnos para una posible invasión.

Mamá miró a Albertus Robertson con amargura y preguntó:

—Dime, ¿cuáles son las probabilidades de que las gridas maten a Raquel?

Albertus Robertson miró directamente a Raquel; y fue una mirada llena de candor.

—Es bastante dudoso que vuelvas.

—Pero ¿sigues pensando que debo ir?

—Sí.

—Entonces iré —concluyó Raquel corriendo hacia mamá.

Durante un rato, mamá intentó desesperadamente hacerla cambiar de idea. Y Eric sabía que sería mucho peor si le comunicaba la decisión más tarde. Tenía que decírselo ahora:

—Yo también voy, mamá —dijo.

—¿Qué? ¡No, tú no! —explotó papá—. ¡Tú no te irás, Eric!

—Papá, mamá, no lo entendéis. Yo puedo luchar contra las gridas. No creo que tengan ni idea de lo que puede hacer mi antimagia.

Raquel negó con la cabeza.

—No, Eric, no quiero que tú también te arriesgues.

—Deja que decida Albertus —insistió Eric.

Albertus miró a Eric. Y también sus buscadoras de emociones lo miraron. El rostro de una de las chicas, por primera vez, mostró una profunda emoción.

—Tú eres el regalo mortal —dijo ella con el rostro congestionado por el miedo.

—¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso?

—El regalo mortal es el nombre que te hemos dado los espectros, Eric —aclaró Albertus—. Tú tienes la habilidad de destruir la magia. Nuestra labor en la Tierra es valorar y honrar la magia de los niños. Tú nos atemorizas, debido a lo que eres capaz de hacer. Pero si debes quedarte en la Tierra o si debes ir con Raquel, no puedo decírtelo.

Hubo un momento de silencio en el que cada uno absorbió la frase.

—El regalo mortal... —le dijo Eric a la chica—. El modo en que lo dices... es..., me haces parecer alguna clase de monstruo.

—No —replicó Albertus con firmeza—. No eres un monstruo, y debes tomar una determinación sobre qué hacer. Debes decidir por ti mismo.

La chica buscadora de emociones que había hablado puso de repente su rostro cerca de Eric, tan cerca que su largo cabello oscuro cayó sobre sus rodillas. Nadie había mirado nunca a Eric del modo en que ahora lo hacía ella, como si quisiera besarlo, o morderlo, o ambas cosas. La otra chica tiró de su compañera.

Eric se quedó sentado, acariciando a los prapsis para tranquilizarse. Entonces dijo:

—Larpskendya sugirió que ahora quizá dependan muchas más cosas de mí que antes. Dijo que confiara en mi instinto. Mi instinto me dice que vaya a Ool con Raquel.

El rostro de mamá estaba ceniciento. Papá la sostenía, luchando contra su propio miedo.

—Yo también iré con vosotros —dijo Heiki—. Si vosotros...

—No, por favor, quédate, por favor —imploró Raquel agarrándola por la muñeca con firmeza—. Necesito a alguien fuerte aquí. Te necesito hombro con hombro con los centinelas.

Heiki asintió. Todos miraron a Albertus Robertson.

—Además, existe otro pequeño detalle —dijo Albertus con sentido práctico—. La inteligencia conectada de todos los espectros juntos sirve a la Tierra. Una vez aislado del resto, soy como cualquier otro niño. Recuerda, yo no tengo magia por mí mismo. Y a no ser que me equivoque, y no me equivoco, incluso tú, Raquel, no eres capaz de trasladarte largas distancias con más de un compañero.

Raquel no pudo mirar a sus padres.

—Entonces, sólo iremos nosotros —dijo a Eric.

Las gridas fueron escoltadas hasta un lugar seguro, y los dos hermanos pasaron la mayor parte de su tiempo junto a sus padres. En realidad, no dejaron de pensar en todos los argumentos contrarios a la decisión tomada, pero también tenían que hacer sus preparativos para el viaje a Ool. Raquel sabía que debía ser capaz de vestir cualquier prenda que necesitase para ella y sus

hechizos, pero ¿qué ocurriría si su magia no funcionaba en Ool? Se decidió por un traje de cuero cómodo y ligero, para moverse con holgura, sumergible y aislante. El de Eric tenía bolsillos extragrandes porque, por supuesto, los prapsis se negaron a quedarse.

Antes de irse, Raquel le ofreció unos consejos finales a Albertus Robertson, pero los espectros ya no los necesitaban puesto que a esas alturas las estrategias defensivas que habían planeado eran mucho más completas que lo que ella hubiera podido imaginar. Se despidió de Albertus y éste la besó.

Hubo otras despedidas, muchas.

Y llegó el momento en que ya no había motivos para esperar más.

Mientras Raquel cerraba la cremallera de su traje blanco, papá le ató lentamente una de las correas del cuello. Mamá alisó el pelo rebelde de Eric bajo su capucha. Sus hijos le devolvieron la mirada; sólo sus ojos y parte de sus frentes estaban a la vista. Todos estaban demasiado sobrecogidos para hablar.

—Yo cuidaré de ellos —le susurró Heiki a Raquel.

—Sé que lo harás. —Luego añadió—: ¿Quieres seguirnos un rato?

—Por supuesto.

Partieron a través de un cálido cielo matinal. Raquel no podía creer lo bello que le parecía hoy ese cielo. Millones de niños habían venido a ver la partida. Volaron hasta que su magia no les permitió subir más; entonces planearon en el aire hasta que Raquel y Eric se perdieron de vista.

Algunos espectros ordenaron a sus buscadores de emociones que escoltaran a Raquel tan lejos como fuera posible. Era una separación terrible para los buscadores de emociones. Se sentían perdidos sin sus espectros, y Raquel se alegró de verlos volver a la Tierra cuando ella entró en la estratosfera. Allí, donde el escaso oxígeno impedía volar incluso a los pájaros, sólo los niños más dotados de magia podían seguir. Paul y Marshall estaban entre ellos, buenos amigos de otros tiempos de decisiones imposibles. Intentaron darles ánimos, pero las sonrisas que lucían en sus rostros eran forzadas, tensas. Finalmente, Raquel, tras envolver a Eric en una protección de calor y oxígeno, dejó atrás a aquellos amigos tan especiales.

Ahora sólo una niña permanecía con ellos.

—Oh, Raquel —murmuró Heiki—. ¿Vas a hacer lo correcto? ¿Estás segura?

Raquel no contestó. En cambio, se separó del grupo y le preguntó a Gultratata:

—¿Por dónde? —Y en ese momento Raquel creyó ver en el rostro de la grida una sonrisa. ¿Lo era? Incluso en aquella cara repleta de protuberancias, creyó haber reconocido la expresión.

—Sígueme —respondió Gultratata.

EL HOMENAJE



Raquel se había transportado muchas veces antes, esforzándose gloriosamente durante horas, pero nunca esta distancia, y nunca a través del vacío del espacio exterior.

En lugar de cansarse, sus hechizos de transporte todavía querían más. Tras medio día cargando a Eric sin interrupción, estaban descansados, en buenas condiciones, preparados para acelerar en cualquier momento. Al notar eso, Gultratata incrementaba el paso una y otra vez.

«Pruébame —pensó Raquel—. Yo también puedo probarte a ti, Gultratata —siguió reflexionando—. Si has pasado la mayor parte de tu vida arrastrándote por el subsuelo, por fuerza debes de tener unas habilidades de vuelo limitadas». Así, cada vez que Gultratata aceleraba, Raquel aumentaba su velocidad. Volaban codo con codo, estudiándose con detalle la una a la otra en busca de alguna debilidad, del más mínimo defecto.

El sol iluminaba bellas constelaciones en las que ellas apenas reparaban.

La versión parlanchina de Gultratata se desvaneció tan pronto como hubo abandonado la Tierra.

—Ool está cerca —repetía distraída más o menos a cada hora. Por otra parte, apenas respondió a sus preguntas.

Eric le dijo a Raquel en privado:

—¿Dónde están ahora su elegancia y buenos modos? Pensaba que Gultratata nos quería para enseñarnos más sobre Ool. No está preocupada. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Qué crees tú acerca de esas arañas?

Las centinelas de Gultratata colgaban en las comisuras de cada hendidura de su rostro. En ningún momento habían dejado de controlar a Raquel.

Eric susurró:

—¿Crees que Gultratata simplemente va a matarnos? ¿Es por eso que está tan tranquila?

—Si eso fuera todo lo que Gultratata intenta, es probable que ya estuviéramos muertos.

—Quizá espera recibir ayuda y nos ataque una vez lleguemos a Ool.

Raquel deseó poder responder a eso.

En el trayecto no había lugares donde detenerse. Así que comieron mientras volaban. La comida de Gultratata desaparecía dentro de las cavidades de su piel: pequeñas criaturas vivas. Era repulsivo verla comer, pero Raquel se obligó a ello; podría haber cosas peores en Ool. ¿Era Gultratata una grida típica?, se preguntó. ¿Serían todas tan amenazadoras?

—Los prapsis empiezan a estar hambrientos —se quejó Eric tras unas horas—. No traje

demasiada comida porque dijiste que no nos molestáramos. ¿Cuánto falta para llegar?

—No tanto —dijo Gultrataca liberándose por fin de toda su ansiedad—. Bienvenidos a Ool. ¡Bienvenidos al mundo de las gridas!

De repente, Ool apareció frente a ellos. Era de color rojo oscuro, aunque tan oscuro que casi parecía negro. Raquel intentó distinguir algún detalle de su superficie, pero no había nada que ver. Un sol brillaba con fuerza, pero las gigantescas formaciones de nubes lo tapaban, formando una verdadera muralla contra el calor y la luz.

Antes de que los hechizos de información de Raquel pudiesen investigar más allá, Gultrataca apuntó debajo de ellos.

—Aquí llegan las más jóvenes —dijo.

Innumerables crías de gridas subían volando en filas de la superficie de Ool montando un gran barullo. Volaban de manera torpe, pero, aunque accidentalmente, sus movimientos atolondrados las hacían avanzar en el espacio. Se atacaban entre ellas, desesperadas por llegar primero que las demás.

El miedo se apoderó de Raquel. ¿Era eso una bienvenida? ¿Cómo podía serlo? Más bien parecía una partida de asesinas. ¿Acabaría todo aquí, antes de saber si Yemi estaba vivo o muerto?

Los prapsis estaban frenéticos bajo la ropa de Eric. Con un esfuerzo, los mantuvo dentro.

—Mejor que estemos preparados para defendernos —le dijo a Raquel.

«Son demasiadas, y ya es muy tarde para eso», pensó ella.

Gultrataca parecía desconcertada por la reacción de Eric.

—Las crías de grida no os dañarán intencionadamente —aseguró—. Dejadles sentir vuestros cuerpos. El tacto es el modo que tienen de aprender a identificarse unas a otras en la oscuridad de los túneles donde nacen.

Raquel intentó no estremecerse cuando llegó la primera cría de grida.

Con una cierta timidez, extendió unas afiladas garras con la intención aparente de explorar a Raquel. La ausencia de protuberancias de ésta intrigó a las crías. La rodearon buscándolas. ¡Qué ojos más lamentables, qué ausencia de garras! ¿Y dónde estaban sus mandíbulas? Maravilladas por su pálida piel, quisieron tocar el cabello, confundidas por su textura suelta y sus dimensiones. Eric cerró los ojos mientras las crías le olfateaban el cuerpo de arriba abajo. ¿Dónde estaban las hendiduras para las arañas?, se preguntaban. Empezaron a husmear entre sus ropas.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Eric cuando una cría de grida tocó a un prapsi.

Al oír el grito de Eric las crías más cercanas se retiraron, sólo para ser empujadas a un lado por el resto. Una vez fue obvio que no iban a ser atacadas por Eric, otras crías se atrevieron a aproximarse. Se apiñaron contra los dos hermanos, parloteando entre ellas, frotándose contra ellos, incansables.

Una soltó un grupo de arañas sobre las piernas de Raquel.

—Un regalo —le dijo Gultrataca—. De una admiradora.

—¿Admiradora? —Raquel miró desconcertada a la cría, y se esforzó por ver más allá de su cara ósea en busca de alguna expresión.

—¡Deshagámonos de ellas de una vez! —gritó Eric súbitamente desesperado—. ¡Deshagámonos ya! ¡Librémonos de ellas!

Gultratata profirió un «clic» gutural, y todas las crías volaron torpemente de vuelta a Ool. La que le había ofrecido sus arañas a Raquel las succionó de nuevo con sus bocas para irse con desgana con las demás crías.

Raquel intentó estabilizarse cuando Gultratata los llevó hacia la superficie del planeta. ¿Qué tamaño tenía Ool? Sus hechizos de información midieron su circunferencia: más de treinta veces el tamaño de la Tierra.

Entraron en la atmósfera y descubrieron un cielo de color metálico opaco.

A través de decenas de kilómetros, Gultratata los guió entre nubes cargadas de nieve. Raquel nunca había visto una nieve tan densa, ni siquiera en Itrea. En otro tiempo podría haber pensado que los copos de nieve tenían una cierta belleza, pero ahora era demasiado consciente del peligro. La misma nieve parecía peligrosa. No era ligera, esponjosa y casi transparente, sino tan densa que parecía haber sido pisada hasta endurecerse al máximo. Raquel mantenía a Eric junto a ella, evitando que los copos de nieve le entraran en los ojos. Los prapsis se apretaron contra su pecho, desde donde podían ver su cara y sentir los tranquilizadores latidos de su corazón.

Finalmente, las nubes se dispersaron y penetraron en un cielo claro.

—El Detaclyver —dijo Gultratata monótonamente—. El lugar de la muerte. Ninguna grida sobrevive en él durante mucho tiempo.

Raquel se sorprendió cuando vio las montañas: eran de un tamaño colosal. Pico tras pico se extendían a lo largo y ancho de los continentes de Ool.

—¡Se están moviendo! —exclamó Raquel—. Están..., están vivos!

El cuerpo del Detaclyver era como una vasta marea ondulante y palpitante que intentaba extenderse por todo el mundo. En su extremo norte, los picos no apuntaban hacia el cielo. Eran más afilados, habían sido modificados para poder clavarse en la tierra.

—¿Reconoces lo que los detiene? —dijo Raquel—. ¡Tornados!

En Itrea la bruja Dragwena había usado su magia para crear inmensos huracanes. Aquellos objetos inanimados, sin embargo, no se parecían a los rápidos tornados de Ool. Cientos de ellos se erigían en masa entre la tierra y el cielo. Enfrentados al límite exterior del Detaclyver, lo mantenían en jaque.

—Una paciente e incesante batalla —explicó Gultratata—. Ambas especies eran parte de Ool tiempo antes de que llegaran las brujas. Las Brujas Superiores nunca pudieron controlar al Detaclyver, pero de vez en cuando conseguían dominar las mentes de los tornados. Ahora nos obedecen a nosotras.

—No lo entiendo. ¿Por qué necesitáis a los tornados? —preguntó Raquel.

—Para mantener nuestros hogares a salvo del Detaclyver —respondió Gultratata—. El Detaclyver intenta destruir las ciudades. Naturalmente, lo consigue en muchas ocasiones. Nos odia.

Cuando volaron por encima de las cúspides del Detaclyver, Raquel lo vio entre sus pies. Parecía que nada podría sobrevivir en sus desoladas cumbres, pero se equivocaba. Sus hechizos de información descubrieron vida y más hechizos. Había criaturas en todo el Detaclyver, sobre las nieves perpetuas de sus picos, o bajo ellas, dentro de su carne. Entre ellas se distinguían rastros mágicos que vibraban con tanto poder como el de cualquier bruja, sólo que esas criaturas no eran

brujas; ni nada que se les pareciese.

Mientras Raquel valoraba eso, Eric le murmuró:

—Yemi está aquí. En algún lugar muy profundo bajo tierra. Fola está con él. —Sonrió—. Está viva. ¡Los dos viven!

Gultratata miró a Eric, impresionada.

—¿Puedes detectar el leve rastro de Fola desde esta distancia? ¿Qué más puedes detectar?

—Nada —gruñó Eric. Miró a los prapsis. Ellos le devolvieron la mirada, temerosos de lo que le pudiera ocurrir. «Están muy quietos. No han dicho una sola palabra desde que han llegado a Ool», pensó. Les acarició la cabeza, sintiendo cómo se estremecían.

—Eric —dijo uno nerviosamente—. Fíjate en la nieve.

—Lo sé. Está por todos lados. Esconded un poco la cabeza, chicos. Yo miraré por vosotros.

—No, Eric. La nieve se está equivocando. Va en dirección equivocada.

Grandes penachos de nieve se habían desprendido de las cumbres del Detaclyver. Ahora se elevaban, cambiando de dirección, apuntando hacia Gultratata. No era una nieve normal y corriente, se dio cuenta Raquel. Los copos no eran arrastrados por el viento sino que luchaban contra éste para alcanzar a Gultratata.

La nieve estaba viva.

—¿Qué es? —preguntó Raquel.

—Son los Essa —respondió Gultratata—, los sirvientes del Detaclyver. Protegeos de ellos.

Raquel mantuvo a Eric a su lado y preparó sus hechizos de defensa.

Gultratata se elevó volando dentro de una fuerte corriente de aire. Los Essa la siguieron; millones de toneladas de vida minúscula formando un gran arco que intentaba cortarle el paso.

—¿Qué..., qué debería hacer? —preguntó Eric—. ¿Uso mi antimagia contra ellos?

—No, aún no —respondió Raquel.

—Pero ¡se están acercando!

—¡Espera, Eric!

Un pequeño número de Essa les dio alcance. Se mantuvieron quietos en el aire, temblando, e interesados. Sus pensamientos penetraban en ella. Se preguntaban quién era. Raquel podía sentir que sus mentes estaban llenas de expectación.

No querían hacerle daño. Raquel lo supo en seguida. Su objetivo era Gultratata.

Gultratata voló a través de las nubes más espesas, intentando deshacerse de los Essa. Pero le dieron alcance. Aterrizando en sus mandíbulas, dominaron en seguida a sus arañas y penetraron en su garganta. Durante un momento, Gultratata redujo la velocidad; entonces tosió y los Essa salieron despedidos de su cuerpo. Finalmente, Gultratata voló hacia delante, cruzando el límite del Detaclyver.

Algunos Essa permanecieron con Raquel. Eran tan ligeros e insustanciales como la nieve misma. Durante un breve instante, sus cálidos cuerpos se aferraron a su rostro, curiosos y repletos de preguntas. Entonces no tuvieron más remedio que partir, para volver a sus hogares en las cimas del Detaclyver. Raquel les ofreció sus manos, deseando que no se fueran.

—Veo que los Essa te han tomado cariño —dijo Gultratata divertida. Guió a Eric y a Raquel hacia el norte, dejando atrás el Detaclyver y alcanzando a los tornados. Cuando le ordenó a uno de

ellos que se hiciese a un lado, éste obedeció de inmediato.

Tras los tornados había un área de hielo lisa y suave.

—El mar de Prag —les informó Gultrataca—. Buenas tierras de caza para los valientes. Raquel mandó sus hechizos de información bajo las heladas aguas. Había vida, millones de peces. Todos tenían cuerpos acorazados, su sangre se mantenía a temperaturas cercanas a la ebullición para poder abrirse camino a través del hielo sólido.

Finalmente, cruzaron el mar de Prag y penetraron en una vasta y monótona región de llanuras nevadas. En sus confines, una cordillera de montañas se elevaba abruptamente. Raquel vio una línea de torres-ojo en ruinas marcando el límite de la ciudad.

Eric se volvió hacia Raquel.

—Hay Brujas Superiores bajo nosotros. Aunque no muchas.

—Las demás están muertas —le dijo Gultrataca—. Mantenemos a unas cuantas para entretener a las crías.

Cuando volaron encima de los restos de las torres, Raquel intentó hacerse una idea de cómo había ocurrido la devastación.

—Thun —declaró Gultrataca—. La ciudad en ruinas. Durante el reinado de Heebra las grandes Brujas Superiores vivían aquí, aunque Gaffilex y Tamretis eran mayores. También destruimos esas ciudades.

Ya no quedaban torres-ojo de pie, pero cuando fueron descendiendo Eric vio que las crías de grida ocupaban las ruinas. Algunas acechaban entre las piedras. Otras entraban y salían por los accesos al subsuelo, chillando; aunque Eric no era capaz de distinguir si gritaban de miedo o de excitación. Unas cuantas volaban —con mayor o menor habilidad— por el cielo.

En el corazón de Thun giraba un sencillo tornado. Raquel pudo ver que era menor que los otros.

—Un tornado joven —le dijo Gultrataca—. Sirve de juguete a nuestras crías. —Señaló la base, donde los vientos eran más suaves y las crías saltaban y daban volteretas—. Es un lugar donde pueden aprender a volar sin miedo —añadió.

En las zonas superiores y de vientos más rápidos, Raquel descubrió gridas mayores. Luchaban entre ellas en grupos pequeños, dirigidos por entrenadoras. De vez en cuando alguna caía al vacío y era recogida por las crías, que se agrupaban rápidamente a su alrededor para aullarle sus burlas.

—Las batallas de verdad tienen lugar en las alturas, donde las corrientes son mucho más fuertes —dijo Gultrataca.

Raquel vio a una grida en la parte más alta del tornado. Cuando se estrelló contra el suelo, sus arañas se esparcieron por la nieve. Antes de que pudieran reunirse de nuevo con ella, las crías las pisotearon.

Raquel intentó que la voz no le temblara.

—¿Por qué las matan así?

—¿Por qué no? La poca calidad mágica debe ser castigada. —Gultrataca, realmente confundida por su reacción, miró a Raquel.

«La crueldad gratuita no significa nada aquí», reflexionó Raquel. Pensó en Yemi y Fola, preguntándose qué les habrían hecho las gridas.

Un clan de gridas jóvenes emergió del límite del tornado. Una voló hasta Gultrataca y le dijo algo.

Gultrataca se rió. Ahora Raquel ya podía medio reconocer algunas de sus expresiones.

—Se sienten intimidadas por vosotros porque derrotasteis a Heebra —le informó Gultrataca—. Han esperado mucho tiempo para poder disfrutar de este privilegio.

Los ojos de las más jóvenes se detuvieron en cada detalle del cuerpo de Raquel. Entonces se inclinaron ante ella. No había duda acerca de la sinceridad de ese gesto. Tras una última mirada iniciaron el vuelo hacia el este, parloteando ruidosamente entre ellas.

—Por favor, llévanos ahora a ver a Yemi —le pidió Raquel.

—Primero, una cosa más. —Gultrataca se detuvo en el aire. Algunas gridas adultas, considerablemente más grandes que las crías, se aproximaron a los hermanos. Llegaron en una formación elegante, sin prisas. Raquel se fijó en que Gultrataca conocía a cada una de ellas por separado; era obvio que eran gridas importantes. Miraron a Raquel de una manera del todo desinhibida. Entonces, cada una de ellas, empezando por Gultrataca, inclinaron sus cabezas, exponiendo sus cuellos en toda su longitud.

¿Qué significaba eso? Sus hechizos de información le habían dicho que era una raza de guerreras. Le estaban exponiendo sus zonas más vulnerables como un gesto para honrarla.

Aquellas gridas líderes de clan dejaron sus cuellos desprotegidos largo rato. Finalmente, levantaron sus cabezas y Gultrataca dijo con sinceridad:

—Esperamos que disfrutes del cariño de las crías. Les hemos pedido que os den la bienvenida. Las gridas que ahora me rodean son las líderes de los clanes de mayor categoría de Ool. Se han reunido para recibirlos. Os respetamos, Raquel y Eric. La muerte de Heebra significa para nosotras mucho más de lo que crees. —Todas las líderes de clan se inclinaron de nuevo ante ellos. Los miembros de sus clanes lo suficientemente cercanos para poder dar testimonio de su respeto se inclinaron también; una enorme oleada de movimiento cruzó la ciudad.

Raquel no podía creerlo. Un tributo genuino. No los habían asesinado en el espacio, tampoco al llegar. Sus hechizos se agolparon en sus ojos, llenos de esperanza.

—Ahora es el turno de que las más jóvenes os rindan tributo a su manera —dijo Gultrataca conduciéndolos hacia el límite más oriental del perímetro de Thun.

Las líderes de clan de Ool se quedaron atrás en un gesto de deferencia. A medida que volaban, los restos humeantes de las ruinas de las torres-ojo iban quedando más y más lejos, hasta que la ciudad desapareció de su vista por completo. Las crías de grida los seguían de cerca. La mayoría de ellas volaban, pero las que no eran capaces montaban sobre las primeras o saltaban de una a otra en la misma dirección.

Más allá de la ciudad se extendían grandes llanuras de nieve. Gultrataca descendió y todas las gridas callaron por completo, incluso las crías.

Raquel lo vio antes de entenderlo: una gran estructura ovalada en la superficie. Medía cientos de metros cuadrados. El clan de las más jóvenes que antes había estudiado a Raquel con tanto detenimiento se fusionó con el resto, finalizando el proceso justo cuando ellos llegaron.

—Oh, eso es mi... —empezó Raquel.

Era su rostro esculpido en la nieve.

La escultura mostraba una expresión pensativa: una mirada de evaluación —la misma que Raquel había mostrado a las crías—, capturada perfectamente. Un mechón de cabello caía sobre uno de sus ojos. Los orificios nasales eran cuevas lo suficientemente grandes para hibernar dentro. Las pestañas estaban formadas por escarcha. Una minúscula araña permanecía sentada en una de ellas.

Raquel alzó una mano hacia su rostro real. La araña estaba allí, absolutamente quieta. Se la quitó de encima de un golpecito.

Durante un instante hubo un silencio total mientras las gridas esperaban humildemente el gesto de Raquel que aprobara sus esfuerzos. Entonces Raquel oyó las voces. Nunca había oído algo como aquello. Gultrataca había hecho formar allí a todas las gridas de la ciudad. Llenaban el cielo y la tierra. Eran tantas como copos de nieve cayendo.

Cuando los dos hermanos llegaron al frente de la formación, todas las gridas abrieron sus mandíbulas y rugieron al unísono su homenaje.

LA DESPEDIDA



El homenaje de las gridas fue tan ensordecedor que Raquel y Eric tuvieron que taparse los oídos en varias ocasiones. Cada vez que pasaba eso, Gultratata les hacía renovar el rugido. Finalmente, las líderes de clan cerraron sus mandíbulas y se hizo el silencio. Gultratata volvió de nuevo su atención hacia Raquel.

—Ahora os honraremos de otro modo —dijo—. Todas y cada una de las gridas desean tener el honor de ser la primera en luchar contra ti. Elige una contrincante adecuada.

—¿Luchar... contra mí?

—Por supuesto. ¿Qué esperabas?

—No lo entiendo. No necesitamos luchar. Hemos venido aquí, para..., para firmar la paz.

Gultratata la miró con desprecio.

—¿Realmente te habías creído que yo quería la paz?

—Pero yo..., yo no..., yo no quiero luchar —dijo Raquel.

Una expresión de disgusto cruzó los rostros de las líderes de clan. Gultratata, con dificultad, las calmó.

—No te deshonres, Raquel —dijo amenazadora.

—No quiero luchar.

—No tienes elección. Ahora no puedes dar marcha atrás. —Raquel miró desesperadamente a Eric preparándose para transportarse y huir de inmediato.

Los ojos de Gultratata brillaron.

—Sí, ¿por qué no intentarlo? Por ahora, de todos modos, deberías reflexionar si puedes transportarte lo suficientemente rápido para escapar de mí cargando con Eric. Déjalo aquí. Date una oportunidad...

—¡Deberíamos haber acabado contigo en la Tierra! —tronó Eric.

—Eso fue un error —dijo Gultratata—. Entonces comprendí que erais débiles. Pero ¿cómo convencer a mis gridas? Saben que venciste a Heebra, Raquel. Las tienes ansiosas. Debo matarte sin demasiado esfuerzo. Cuando vean lo fácil que es acabar contigo, la invasión de tu mundo será un juego de niños.

—Por favor... —empezó Raquel, pero entonces se detuvo. Viendo la expresión de Gultratata, supo que no encontraría un solo argumento que cambiase su decisión—. ¿Qué pasa con Eric? —dijo finalmente—. Si yo coopero, si acepto luchar, dejarás que...

—¿Que se vaya? No. Tengo previsto dárselo a las crías para que se entretengan con él.

—No puedes...

—No supliques —cortó Gultrataca. E hizo un gesto para que Eric fuese retirado de allí.

Éste liberó sus brazos, listo para usar su capacidad destructora de hechizos. Los prapsis saltaron sobre sus hombros.

—Espera —le dijo Raquel a Gultrataca—. Suelta a Eric. Yo... voy a hacerlo. Entretendré a las crías en su lugar.

—Muy bien —aceptó Gultrataca con indiferencia—. Les prometí a las más jóvenes que tendrían a alguien; después de todo, da igual quién sea. En ese caso, tu primer combate empezará mañana. —Mientras Raquel intentaba comprender qué significaba eso, Gultrataca añadió—: Preparad vuestra despedida. Ésta es la última vez que verás a Eric.

—¡No! —Raquel intentó arrancar a su hermano de las garras de las gridas, pero su brazo fue golpeado con fuerza.

—¡Rápido! ¿Debo utilizar mi destructor de hechizos? —preguntó Eric—. ¿Lo hago ahora?

Raquel estaba desesperada.

—Sí... No... Aún no, Eric. —Gultrataca los separó. Antes de que Raquel tuviese tiempo de decir nada más, dos gridas llegaron desde el cielo volando. Dejando a los prapsis fuera de combate, agarraron a Eric por los hombros con sus garras y se lo llevaron hacia la ciudad. Los prapsis los persiguieron escupiéndoles insultos.

—Por favor —suplicó Raquel mientras se lo llevaban—. Déjame...

—Eres una guerrera —dijo Gultrataca—. No necesitas despedirte.

—No. Yo... —Raquel ladeó la cabeza intentando ver qué le sucedía a Eric.

—¡Patético! —exclamó Gultrataca—. ¡Manten la cabeza alta!

—¡Déjame hablar con Eric!

Eric fue arrastrado hacia el sur a través de los oscuros cielos, demasiado lejos ya para que él escuchara su voz o para que los prapsis pudieran darle alcance.

Cuando Gultrataca cargó con ella, Raquel intentó transportarse, pero el hechizo no funcionó.

—¡Por lo menos lo has intentado! —Gultrataca sonrió con desprecio.

Temblando, Raquel sintió todos sus hechizos aterrorizados dentro de ella.

—¿Qué me has hecho?

—He utilizado un hechizo de contacto epidérmico —informó Gultrataca—. Reduce tus habilidades. Después de todo, esta noche debo darles a las crías una oportunidad contra ti. No puedes transportarte. No puedes volar. Oh, tampoco serás capaz de cambiar tu forma. Ninguno de tus otros hechizos ha sido afectado.

—¡No me has dejado nada!

—¿Nada? Casi nada. Tus hechizos de muerte están intactos. Los necesitarás esta noche.

Raquel se estremeció. Los hechizos de muerte siempre habían sido parte de ella —la magia que ella escondía, ignoraba, detestaba— y todavía estaban allí. Agarrándola por el brazo, Gultrataca voló hacia una parte occidental de Thun que Raquel no había visto. En ese lugar aún se mantenía en pie la torre-ojo de Heebra, apuntando contra el cielo.

—Un lugar digno para que te quedes —dijo Gultrataca—. ¡Si fueras una Bruja Superior no podrías tener una gloria mayor: descansar en la torre de Heebra sobre todas las demás! Como ves,

sigu honrándote.

—¡No me importa tu código de honor!

—¿Te importa lo que les pueda pasar a los niños de tu mundo?

—¡Por supuesto!

—En ese caso suicídate ahora mismo. Una grida lo haría. Cuanto más tiempo vivas, más aprenderán de ti. Podremos ver tus hechizos y aprender cómo enfrentarnos a ellos. Sabremos a qué atenernos. ¿Es eso lo que quieres?

Raquel no contestó.

—¿Qué le harás a Eric? —preguntó temblorosamente.

—Lo que me apetezca. —Gultratata voló cargando a Raquel hasta meterse por la destrozada ventana-ojo, y la depositó en el suelo de la estancia—. Realmente, Eric puede servir para algo. Oí decir a las Brujas Superiores que era capaz de destruir hechizos, pero quizá olvidaron algo mucho más importante. —Dicho esto, se fue.

Fuera, en la creciente oscuridad, Raquel vio las siluetas de las crías. Corrían por la nieve, dirigiéndose hacia la torre.

LA LARGA NOCHE DE OOL



Raquel permaneció al lado de la ventana-ojo, observando a las crías.

Mientras duró la luz del día las crías de grida permanecieron en la base de la torre de Heebra, satisfechas con poder observarla con sus ojos entreabiertos. La llegada de la noche lo cambió todo. No hubo una puesta del sol tal como la conocía Raquel. Un instante antes había suficiente luz para poder ver y un instante después la oscuridad era total. Instintivamente, se esforzó por encontrar el último rastro del sol. Como alguien que pudiese morir debido a la ausencia de luz o que fuese privado de alimento si se le privaba de ésta, buscó con desespero un rastro de aquella luz perdida por el este. El sol de Ool hizo un esfuerzo final contra la oscuridad y entonces se extinguió; una vasta sombra cubrió la superficie del planeta.

Y ya no hubo más luz y la temperatura bajó de manera abrupta provocando un frío increíble. De repente sólo se oían respiraciones: el propio aliento entrecortado de Raquel mezclado con los ruidos de las crías de grida que reptaban por las paredes de la torre.

Raquel pestañeó una y otra vez, esperando que sus ojos se adaptasen pronto a la oscuridad. Pero no lo consiguió. Sus pupilas se agrandaron para captar la mayor cantidad de luz posible, mas no había nada que captar. Ool no tenía luna. Nunca brillaban las estrellas a través de las nubes. Raquel estaba tan asustada que incluso habría dado gustosa la bienvenida a la luz verde esmeralda que una vez brilló en la torre-ojo de Heebra; no obstante, las gridas habían suprimido del mundo ese color para siempre.

Su magia vino en su ayuda en seguida. Primero creó un resplandor de luz. Al ver a las gridas al otro lado de la ventana, Raquel aumentó la intensidad, obligándolas a retroceder. Si no podía volar, si no podía abandonar la torre-ojo, ¿cuál era el lugar más seguro? Eligió el centro de la sala: lo suficientemente cerca para poder verlas si entraban por la ventana, o para detectarlas si lo hacían por la puerta. En la oscuridad, los ojos nocturnos de Raquel, abiertos de par en par, parecían refulgir como la plata.

La noche de Ool nunca había visto brillar nada de ese modo.

A pesar de todo, las crías más osadas siguieron adelante. Se acostumbraron pronto a la intensa luz de los ojos de Raquel, y después de eso no la dejaron descansar ni un segundo. Estimuladas por su extraño aspecto y por las historias que habían oído contar sobre ella, inspeccionaban dondequiera que hubiera un espacio: en la cámara-ojo, en la escalera que llevaba hacia ella, en la nieve de los alrededores. Se agarraban a las paredes de la torre-ojo; emergían de la oscuridad.

Las primeras crías tenían demasiado miedo para entrar en la cámara-ojo. Pero lo perdieron

muy pronto después de que Raquel cometiera el error de no atacar a las que habían llegado más cerca de ella. Querían echarle un vistazo. Era tan deforme. ¿Por qué no la habían matado al nacer?

Raquel no se atrevió a apartar la vista de ellas ni un segundo. Tenía hambre, sed, frío, necesitaba pensar, necesitaba descansar, dormir, sobre todo dormir; pero no había una sola oportunidad para eso. Durante toda la noche, sus hechizos construyeron defensas, escudos y pequeñas ilusiones para confundir a las crías. Nunca antes había necesitado de su magia con tanta continuidad.

Pero las gridas tenían escudos en sus ojos, y había tiempo suficiente. Empezaron a buscar accesos en las barreras que rodeaban a Raquel. Incapaz de volar o de cambiar de forma, Raquel se veía obligada a reconstruir y reparar sus defensas continuamente. Y además sabía que ésas sólo eran crías curiosas. Su primera prueba real ni siquiera había empezado...

A medida que pasaban las horas Raquel creyó que el alba nunca llegaría. La oscuridad aumentaba, se hacía cada vez más densa, y las crías parecían incansables. Entonces, en mitad de la noche, una de ellas agujereó su escudo. Cuando sucedió eso, Raquel hizo algo que se había prometido que no haría nunca: llamó a sus hechizos de muerte. Por primera vez en su vida invitó a sus hechizos letales a adelantarse a primera fila de combate y por un momento sus ojos se volvieron completamente negros, reflejando su enorme poder.

Los hechizos de muerte eran algo que las crías entendieron con rapidez, y que temieron. Por un rato dejaron en paz a Raquel y ella se sintió desfallecer, reflexionando acerca de su debilidad. Siempre mantuvo la noble resolución de no usar nunca sus hechizos de muerte: pero en cuanto una sola cría la había amenazado, todas esas nobles resoluciones se habían evaporado de inmediato.

Pensó en Eric, pero ni siquiera tenía tiempo para eso. Las crías volvieron al ataque, y ahora eran más. Ya no temían sus ojos refulgentes, o la incandescencia de la cámara-ojo. Sabían que sus defensas estaban empezando a fallar. Raquel se dio cuenta de que estaba temblando. Algunos de sus mejores hechizos emergieron para ayudarla. Los hechizos de muerte hicieron lo que mejor sabían hacer: imaginar métodos letales. Podían inventar tantas maneras de matar a las inexpertas crías —un número casi infinito—, que Raquel se sintió sucia cuando seleccionó una entre todas. No obstante, la seleccionó.

Finalmente, llegó un punto en que Raquel se dio cuenta de que la única manera de resistir contra las crías de grida era utilizar los hechizos mortales. Estaba de pie en medio de la sala de la torre-ojo totalmente rodeada por ellas. Algunas habían empezado a herirla en los muslos. Los hechizos clamaban por ser liberados. Raquel los detuvo con dificultad.

«Dadme otra opción», pidió.

Su magia nunca le había fallado antes; no cuando su vida estaba amenazada. Buscó en la noche y en la nieve y en el frío y supo qué debía hacer. Se esforzó por llegar a una esquina de la habitación. Allí inició su hechizo.

Las crías de grida nunca habían presenciado algo así. Raquel levantó los brazos, haciéndolas retroceder. Entonces una nueva luz emergió disparada de sus ojos, levantando llamas de las paredes, del suelo, de los fragmentos de cristal, del propio aire, aspirando todo lo que una grida pudiese respirar. La cámara brilló con un fulgor naranja el resto de la noche.

Por primera vez, un fuego ardió en el ojo de Heebra.

Eric se dejó caer contra una pared de piedra. Los prapsis permanecían al lado de su rostro. Podía sentir sus ojos puestos en él, y el rápido latir de sus corazones.

Su celda era un sucio agujero redondo cavado en la piedra, bajo Thun. Ninguna magia llegaría hasta allí. La piedra era suficiente. Para mantener encerrado a Eric no eran precisos los sofisticados hechizos que se necesitaban para contener a Yemi o a Raquel.

Durante largas horas, Eric se apoyó contra el muro, intentando mantenerse despierto. No se atrevía a dormirse. Ése era el primer descanso que Gultrataca le daba en toda la noche. ¿Por qué? ¿Para burlarse de él? ¿Para que se tranquilizara antes del próximo ataque? Deseaba dormir. Deseaba más que nada que desapareciera todo lo que le había ocurrido allí, pero ¿cómo podría olvidarse de todas las gridas a las que había herido?

Los experimentos de Gultrataca habían empezado en el mismo momento en que Eric entró en la celda.

La primera prueba incluía un tipo de animal mágico autóctono que él nunca había visto antes: una especie de perro. La propia Gultrataca lo llevó hasta allí. Cuando entró, Eric vio que el animal había sido deliberadamente azotado hasta enfurecerlo al máximo. Tan pronto como Gultrataca abrió la puerta, el perro atacó.

Eric no tuvo tiempo para pensar. Sin considerar las consecuencias de sus actos, lanzó toda su capacidad antimágica contra el perro. Nunca había hecho eso antes. Nunca había pensado que tendría que hacerlo alguna vez. Habitualmente, sólo destruía hechizos sencillos. Esta vez, bajo el pánico, se pasó de la raya. El perro era un simple depredador que utilizaba la magia sólo para incrementar su rabia.

Bajo el terror Eric alcanzó a todos sus hechizos. Despojó al perro de la totalidad de la magia que poseía. La tomó toda. Lo que ocurrió a continuación lo dejó sorprendido e intrigó a Gultrataca. El cuerpo del perro, en medio de la embestida, pareció perder toda su potencia. Se desplomó en el suelo, incapaz siquiera de levantar la cabeza. Sin magia, el animal permanecía tendido, jadeando débilmente en total confusión.

Después vinieron otros animales mágicos, demasiados para contarlos.

Entonces, Gultrataca envió contra él algo más grande: una bruja; una Bruja Superior, una de las que había encarcelado. Eric no tenía ni idea de qué hizo que primero volara hacia él con semejante atolondramiento. Los prapsis estaban listos, e intentaron sus habituales distracciones.

—¡Ven tras nosotros! —dijeron uno tras otro mientras volaban alrededor de la celda.

—¡Ven a por nosotros, bestia inmundada!

—¡Ven a por nosotros!

Contra los animales, esa táctica solía funcionar. Dudaban acerca del objetivo, y así Eric obtenía tiempo suficiente para desactivar su magia sin dañarlos demasiado.

Contra una Bruja Superior eso nunca podía funcionar.

Ella ignoró a los prapsis y fue directa hacia Eric.

Como todas las Brujas Superiores, ésta poseía magia en abundancia. La magia rezumaba de su cuerpo, rebosaba en su mente y tenía atrapado su corazón. Era el deslumbrante combustible de su fuerza y el catalizador de su formidable inteligencia. La que voló hacia Eric había vivido siete siglos. Y todos esos años convivió íntimamente con sus hechizos. Los había usado durante tanto

tiempo que no podía hacer nada sin ellos.

Eric se estremeció recordando lo que pasó luego. ¿Por qué volaba hacia él con aquella energía insana? ¿Por qué no se había detenido aunque fuese durante un segundo? No había tenido tiempo ni para defenderse ni para pensar. Su instinto de conservación hizo que Eric la alcanzara en lo más profundo de su interior y sacó fuera toda su magia. Con consternación, vio como el poderoso cuerpo de la Bruja Superior se deshacía literalmente frente a él.

Otras Brujas Superiores habían seguido a la primera, a menudo varias a la vez, mientras Gultrataca intentaba descubrir las limitaciones de Eric. Todas ellas entraban en su celda volando ferozmente, pero después del pánico inicial, Eric se ajustaba a lo que Gultrataca empezaba a intuir que era su manera de actuar. Dejó de matar a las brujas Superiores. Encontró hábiles métodos para desarmar sus hechizos sin dañarlas demasiado.

Durante una hora hubo un descanso, mientras Gultrataca se preguntaba qué podía intentar a continuación.

Eric permaneció tendido, con el rostro contra el suelo de piedra. Estaba frío, pero no tanto como para hacerle temblar; quedaba claro que Gultrataca lo quería vivo.

Los prapsis se apretaban contra el corazón de Eric, tranquilizándose con sus latidos. Su contacto era maravilloso también para él, pero no podía decírselo. Quería que volviesen. Quería que escapasen. Para ellos podría ser fácil. El techo de la celda se abría a unos cuatro metros de altura. Eric no podía escalar las paredes lisas, pero los prapsis podrían estar fuera y lejos de los guardias en un segundo. Era sólo debido a su amor hacia ellos por lo que aún los mantenía en la celda.

Eric estaba quieto, sintiendo como sus pequeños corazones latían contra su pecho. Pasó otra hora mientras sus rítmicos latidos lo calmaban.

—Nosotros montaremos guardia —susurró uno de los prapsis—. Así que dormid, chicos.

—Vosotros también necesitáis dormir tanto como yo —murmuró Eric.

—Y lo haremos. Por turnos. —Uno de los prapsis se tendió en el pecho de Eric y cerró los ojos; el otro se puso a caminar en círculos alrededor de él.

—Está bien —dijo Eric—. Haremos turnos. Una hora será suficiente. Entonces me despertáis y seré yo quien permanezca despierto.

—De acuerdo.

Eric entró en un letargo casi de inmediato. Cuando empezó a respirar profundamente, el prapsi que había fingido dormir sobre su pecho se levantó y se puso a mirar hacia la puerta. Durante el resto de la noche ambos prapsis permanecieron despiertos y en silencio, dejando descansar a Eric.

Mientras Eric dormía y los prapsis vigilaban, los Essa empezaron a caer como copos de nieve sobre el sur de Ool. ¿Qué había pasado hoy? ¿Qué maravilla había ocurrido? Se habían encontrado con los seres más extraordinarios. No con las gridas, no con esas huesudas amantes de las arañas. Tampoco con las inalcanzables Brujas Superiores, largo tiempo alejadas de los cielos. Seres nuevos. Impolutos, pequeños, elásticos. ¡Sin blindaje! Frágiles, amables, pero... viajando con gridas. ¿Qué eran, amigos o enemigos? ¡Amigos! ¡Amigos!, pensaron los Essa, aunque ellos siempre tenían esperanzas. ¿Cómo podrían averiguar más sobre ellos?

Pobre Detaclyver, tan viejo y cansado, tan vencido una y otra vez. Tan adorable. Si se lo

pidieran, no les dejaría ir a buscar a los seres desconocidos. Diría que esperan demasiado de los demás. Diría que no valoran su propia vida lo suficiente. «¡Mándanos allí! ¡Mándanos a buscarlos!», rogarían ellos. «Están demasiado lejos —respondería él. Y añadiría—: No podéis cubrir la distancia hasta Thun». Él habría sostenido su poderosa respiración y no les habría permitido ir. «¡Podemos conseguirlo! ¡Podemos conseguirlo!», habrían dicho; mas él les habría contestado: «¡No!».

Pero ¿cuánto tiempo había pasado desde que ya no había ninguna esperanza para el Detaclyver?

Nadie más podría hacer un viaje tan largo. Los Essa se estremecieron en las cúspides del Detaclyver, mientras se convencían. Por ahora no sabían si podían viajar y si tendrían fuerzas para volver. Pero ¡todavía estaban allí los desconocidos!

Una noche entera. Un viaje terrible. ¿Podrían hacerlo?

Sin el aliento del Detaclyver, los Essa no lo conseguirían.

Flotaron hacia el norte, en pequeños grupos para no llamar la atención. Las corrientes de aire soplaban contra ellos, pero los Essa estaban determinados a conseguirlo. En silencio, escondiéndose en la nieve nocturna, rodearon a los tornados. Viajaron por encima del mar de Prag y más allá de las llanuras heladas.

Cuando empezaban a acercarse a Thun muchos Essa estaban demasiado cansados para continuar y volvieron a casa, con el Detaclyver, pero muchos otros continuaron su viaje.

Pasaron por encima de millones de crías de grida amontonadas unas sobre otras en los túneles bajo Thun. Pasaron sobre las Brujas Superiores encarceladas, donde Calen permanecía en la suciedad de su celda, preguntándose acerca de las opciones que le quedaban. Pasaron por encima de Fola y de Yemi. Muchas gridas permanecían constantemente en la Cámara de Evaluación; incluso ahora, en medio de la noche, utilizando y reconstruyendo sus hechizos para impedir que escapasen.

La estancia donde permanecía confinado Yemi estaba construida en una zona demasiado profunda para que los Essa pudieran ayudarlo, así que estaban cabalgando los vientos que soplaban hacia la torre de Heebra. No tenía pérdida, seguían aquel brillo naranja incandescente en mitad de la noche. Cuando los Essa se acercaron, vieron al ser desconocido más alto y con el pelo largo de pie, con los ojos desorbitados, defendiéndose de las crías de grida. Muchos de los Essa estaban casi congelados instantes antes de apresurarse hacia el fuego. Los primeros en llegar casi volaron entre las llamas. Se detuvieron justo a tiempo y se pusieron a contemplar aquella maravilla mientras calentaban sus diminutas alas. ¡Para estar más cerca, para poder ayudar! Los Essa no se atreverían a decírselo al Detaclyver, pero aspiraban a cosas mayores.

Buscaron al segundo ser desconocido.

¿Dónde estaba? No había manera de saberlo porque no desprendía rastro alguno de magia. Así que los Essa reptaron dentro de los túneles de las gridas, sorteando a los soñolientos centinelas. Algunos Essa se perdieron y no pudieron encontrar de nuevo su camino. Pero otros encontraron el agujero donde estaba confinado el muchacho, protegido por dos extrañas criaturas aladas. Los Essa flotaron cautelosamente al lado de los prapsis.

Éstos saltaban de un pie a otro, preguntándose qué hacer.

Los Essa tocaron sus rostros de bebé y sintieron sus mentes.

—¿Podéis cargar con él? —preguntaron.

—Pesa demasiado —gimoteó uno de los prapsis.

Los Essa aterrizaron sobre Eric y calcularon su peso.

—Sí, demasiado —dijeron.

Era casi el alba. Los copos de nieve en una zona tan profunda del subsuelo serían detectados a simple vista. Querían quedarse con el segundo desconocido y reconfortarlo, pero no había tiempo. Debían regresar para decirle al Detaclyver lo que habían visto. Él sabría qué hacer.

Era casi de día y estaban muy cansados. Si el viento cambiaba ahora de dirección nunca serían capaces de volver.

Tras besar a los prapsis y a Eric, los Essa se elevaron por los muros hacia el cielo.

16

TORNADOS



Con la llegada del amanecer, las jóvenes gridas que rodeaban la torre de Heebra se escabulleron de vuelta a sus túneles subterráneos para descansar. Raquel estaba demasiado cansada y casi le pasó inadvertido. Sola en la habitación, apagó por fin el fuego, buscó un lugar donde reponerse y se puso a masajear sus doloridas piernas. Algunas arañas corrían por el suelo, abandonadas a una muerte segura por sus negligentes y jóvenes amas. Raquel se alejó a gatas de ellas y se tumbó. Logró quedarse medio dormida.

Al cabo de poco, Gultratata penetró en la torre de vigilancia. Se quedó unos instantes contemplando a Raquel, viendo como su pecho subía y bajaba. Finalmente, dejó caer algo de alimento en una de sus manos. El alimento estaba vivo: un roedor.

Raquel se despertó y lo arrojó de forma impulsiva.

Gultratata cogió al roedor por la cola. Se lo ofreció de nuevo:

—¿Melindrosa? ¿Acaso te da reparo? Es lo mismo que comen mis gridas.

—No lo quiero.

—Pero lo necesitas. ¿Cómo vas a poder pelear si no repones fuerzas?

Raquel observó al roedor. Tenía mucha hambre, pero sabía que aunque aquel animal de aspecto de rata estuviera muerto, sólo podría comérselo verdaderamente muerta de hambre. Una grida no se lo pensaría dos veces, se dijo. Comería lo que fuera. «Si quiero tener alguna oportunidad frente a ellas, tengo que ser como ellas —pensó Raquel—. Tengo que ser capaz de comerme esa cosa».

Alargó la mano, lo cogió..., pero lo dejó caer. No podía comerse aquel roedor. En cuanto le asaltó esta certidumbre, Raquel sintió como todo su precario valor la abandonaba.

«No seré capaz de sobrevivir a este día», pensó. Acudió a su mente la imagen de Eric, y estuvo a punto de gritar. ¿Qué había dicho Gultratata el día anterior? Suicdate antes de que descubramos algo... Pidió por sus hechizos. Llamó a aquellos que pudieran ayudarla a acabar con su vida. Los hechizos se retiraron. Incluidos los hechizos de muerte. Ninguno de ellos estaba dispuesto a contribuir a su muerte, la querían demasiado.

Gultratata soltó al roedor y dejó que corriera a esconderse en un rincón.

—Has sobrevivido a una noche con las jóvenes gridas —dijo—. Muchas de las líderes de clan no se lo esperaban. Yo no me lo esperaba.

¿Un cumplido? Raquel hizo caso omiso. Se incorporó un poco y se estiró el vestido. Pensó en Heiki, en los espectros, en papá y mamá y todas las demás personas de la Tierra cuya existencia

podía de algún modo depender de su comportamiento durante aquel día. Se obligó a mirar a Gultrataca.

—¿Cuándo comenzará la prueba?

—De inmediato. A menos que tú solicites un descanso previo.

«Sí —pensó Raquel—, eso es lo que necesito». Pero en lugar de ello, dijo:

—Si sobrevivo a la prueba, ¿qué pasará después?

—Creo que conoces la respuesta.

—Que habrá otra prueba, ¿no es así? Y luego otra. Hasta que yo muera.

—Me alegra que lo hayas entendido. Te daré unos minutos para que te prepares.

Las arañas de Gultrataca la siguieron fuera de la habitación de la torre.

Cuando la última de ellas hubo salido, Raquel se derrumbó sobre el suelo.

¿Tenía alguna escapatoria? No. Si no era capaz de transportarse, o de volar, o de cambiar de aspecto, no. En ese caso, ¿qué podía hacer? ¿Suplicar clemencia? ¿Qué efecto tendría en Gultrataca apelar a su compasión?

Los mejores hechizos de Raquel trataban de animarla. Le decían lo orgullosos que se sentían de ella, y que estaban preparados, que no la abandonarían. Al escuchar sus palabras, Raquel se preguntaba cómo era posible que hubiera sobrevivido sin ellos cuando ella aún no conocía su magia.

Sus hechizos de muerte, no obstante, le hablaban de forma diferente. Después de todo, le decían, debía tener en cuenta que la vigilaban. La prueba otorgaba una oportunidad a las gridas para que juzgaran las capacidades de todos los niños, no sólo las de ella. ¡Lucha!, le instaban. Probablemente, sólo habrá una oportunidad para impresionarlas. ¡Pide todos nuestros recursos!

¿Debía hacerlo? En el instante en que Raquel concedió a los hechizos de muerte una fracción de su atención, ellos se elevaron hasta ocupar su mente como los asesinos que eran. Tal vez, le decían, si peleas ferozmente, con instinto e imaginación suficientes y con una determinación brutal, las gridas vuelvan a considerar la idea de desafiar a los niños de la Tierra. O es posible que al menos concedan una tregua, y a Heiki, los espectros y los centinelas les dé más tiempo para prepararse. ¿No es por eso por lo que estás aquí?, le decían. ¿No es por eso por lo que Albertus Robertson te dejó marchar, cuando era lo último que deseaba?

Raquel los escuchaba. Se preguntaba a cuántas gridas tendría que matar para impresionar a Gultrataca. ¿Podía hacerlo? ¿Debía hacerse amiga de sus hechizos de muerte por un día? Raquel dejó a un lado el hambre, el cansancio y las excusas. Sondeó su corazón. Trató de hacer acopio de todos los sentimientos despiadados que pudiera albergar.

Un grupo de vigilantes precedió a la reaparición de Gultrataca.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Entonces sígueme.

Mientras descendían las escaleras, Gultrataca dijo:

—Tengo la intención de que pases tu primera prueba contra una joven grida.

—Contra una joven, no —replicó Raquel al instante—. Quiero enfrentarme a una adulta.

Gultrataca asintió admirada.

Cuando Raquel salió de la torre de Heebra vio que había gridas de todas las edades congregadas para asistir a la prueba. ¿Eran capaces de reconocer la expresión humana del miedo? Raquel no pudo disimularla por completo, aunque hizo todo lo posible. Con la barbilla alta y el cuerpo erguido, caminó a grandes zancadas sobre la nieve.

Gultrataca abrió los brazos de par en par.

—Elige a una oponente.

Raquel miró a su alrededor. Todas las caras de grida le resultaban semejantes: abultadas, duras de perfil, amenazadoras.

—¿A cualquiera? —preguntó.

—A cualquiera.

—Entonces te elijo a ti, Gultrataca.

Tan pronto como Raquel hubo pronunciado aquel nombre, sus hechizos de muerte se agolparon como crudas sombras en sus ojos. No los disparó. Esperó a que Gultrataca los viera. Necesitaba de todos sus recursos para luchar contra aquella grida, de lo mejor y de lo peor de su magia.

—Bien —aceptó Gultrataca—. Un honor inesperado. Veo que tus hechizos de muerte están preparados, aunque tal vez tú no.

Asegurándose de que la escucharan el mayor número de gridas posible, Raquel dijo:

—Cuentas con todas las ventajas, Gultrataca. He oído que has hablado de honor. Si esta palabra significa algo para ti, deja que yo elija la prueba. Lucharé contigo donde vive el Detaclyver. Allí te reto.

Gultrataca vaciló unos instantes, observando la expectación en los ojos de las demás gridas líderes de clan, que la miraban. Comprendían el sentido del desafío lanzado por Raquel.

—De acuerdo —dijo Gultrataca—. Entonces será un duelo en privado. Pero te lo advierto, Raquel, es posible que creas haber encontrado un amigo en los Essa, pero no están a la altura de ninguna grida experimentada.

Gultrataca dio un paso atrás. Una tensa sonrisa de exaltación se dibujó en su rostro. Sus arañas corrían frenéticas por sus fauces.

—¡Devuélveme el resto de mis hechizos! —exigió Raquel.

Gultrataca la tocó justo por debajo del ojo.

—Todos, no —dijo—. Puedes volar de nuevo, pero no transportarte, ni transformarte. No voy a darte tantas facilidades. Y si intentas volar a cualquier otro sitio que no sea el Detaclyver, morirás. Ambas llevaremos escolta y permaneceremos vigiladas. —Gultrataca escogió a una docena de gridas adultas para que volaran con ellas. La mitad de ellas rodearon a Raquel—. Sólo a una de las dos se le permitirá salir con vida del Detaclyver. Si haces uso de cualquiera de tus hechizos antes de que estemos en el interior del Detaclyver, las escoltas te matarán. ¿Estás preparada?

«No», pensó Raquel.

—¡Sí! —exclamó.

Gultrataca lamió a sus arañas y se lanzó hacia el brillante cielo.

Impulsándose con sus poderosas piernas hacia el sur, la escolta de gridas abría el camino.

Cruzaron los límites de la ciudad. Con una cadencia de vuelo uniforme, se internaron tierra adentro sobrevolando las planicies nevadas de Ool. Durante un trecho algunas jóvenes gridas las siguieron, intentando no rezagarse, pero su inmadura magia no podía medirse con la de las gridas adultas, y pronto quedaron atrás, mientras, a lo largo de millas, sus gritos desesperados atravesaban las nubes.

Después sólo se escuchaba un sonido: el del viento que pasaba entre las piernas de la escolta de gridas.

Gultrataca volaba con un trazado firme, a una velocidad asombrosa. Sin saber qué otra cosa podía hacer, Raquel la seguía de cerca, aunque reservándose fuerzas para lo que había de llegar. Sobrevolaron el mar de Prag, y mientras cruzaban por aquella región monótona Raquel deseó con todo el corazón sentir el calor de un rayo de sol real. El amanecer de Ool no daba para tanto. No había calidez, ni sensación de bienestar, ni colores, no había nada que pudiera contrarrestar la tenebrosidad del cielo.

Trataba de no mirar a las gridas. Eran una presencia disuasiva: con los brazos lisos y gruesos apuntados al frente, la piel parda que las cubría y cuyo pelo ondeaba al viento, los cuerpos dúctiles y flexionados... Todo ello ofrecía un aspecto de una fuerza intimidatoria.

Por fin, Raquel vio los imponentes promontorios del Detaclyver.

Y ante él, como un baluarte erigido frente al mundo, giraban los poderosos tornados.

Las gridas se dirigían directas hacia ellos. No había hueco alguno entre los torbellinos. Entonces Gultrataca profirió una orden y viraron a un lado.

Mientras Raquel se acercaba, se sentía como una mota azotada por un huracán. Las rachas de aire ensordecedoras le revolvían el cabello, la ropa, le daban de lleno en los ojos. Instintivamente, bajó la cabeza hasta el pecho y levantó las manos para protegerse. Al hacerlo, el rugido cesó. Todo se calmó, no había viento, ni hacía frío. Raquel miró a su alrededor. Las gridas habían pasado a través de los tormentosos tornados. Sólo quedaba ella.

Los tornados se habían cerrado con suavidad, envolviéndola.

Raquel intentaba recuperar el aliento, escuchando un..., oh, ¿qué era eso? Alargó las manos y hundió los dedos en el torbellino. La sensación no era de aire, no notaba que hiciera viento en absoluto. Los tornados la envolvían por completo. Y entonces percibió su preocupación por no lastimarla, y su miedo hacia las gridas, cuyos hechizos los esclavizaban. Pero sobre todo, Raquel sintió su amor: su espléndido, palpitante, grave, imprudente amor por su antiguo compañero, el Detaclyver. Durante todo aquel tiempo recordaban a las Brujas Superiores y las gridas que los habían separado. Familias enteras de tornados habían sido arraigados a la Tierra, obligados a retener al Detaclyver. Su interminable, dolorosa y anhelante búsqueda del Detaclyver no era otra cosa que el deseo de estar cerca de sus compañeros.

Raquel sumergió el rostro en los tornados y deseó quedarse allí para siempre. Se volvió para mirar a lo alto, como si pudiera haber allí unos ojos humanos que la observaran.

—Ayudadme —dijo—. Ayudadme. Tengo miedo.

Una terrible tristeza se escuchaba como un ronroneo a través de los tornados. El viento le sostenía la cabeza, pero le decían: «No podemos. Las cadenas mágicas son demasiado numerosas para poder romperlas. Tenemos que hacerte pasar. No podemos retenerte».

Raquel se aferró a los vientos, tratando de quedarse dentro, y cuánto lo deseaban también los tornados, pero la esclavitud de los hechizos era demasiado poderosa. Con un suspiro final en señal de despedida, los tornados hicieron que pasara a través de ellos. Una vez en el otro lado Raquel se quedó temblando por unos instantes.

Entonces vio el Detaclyver.

El Detaclyver no había sido dominado jamás por los hechizos de criatura alguna. Comprendía perfectamente lo que las gridas les habían hecho a sus amados tornados, y cuando Gultratata y la escolta se acercaron, sus penachos superiores se alargaron en forma de afiladas púas.

Las gridas reaccionaron de inmediato. Tumbándose para confundir al Detaclyver, se dispersaron por el cielo volando en diferentes direcciones, para ofrecerle blancos múltiples. Gultratata se dejó caer más abajo, en busca de un punto de entrada en la piel del Detaclyver. Cuando encontró uno, se precipitó hacia él, se abrió paso a mordiscos y se escurrió en su interior.

Tan pronto como hubo desaparecido, unos enjambres enormes se elevaron en el cielo: los Essa.

En grandes oleadas, hicieron retroceder a las gridas que quedaban, manteniéndolas apartadas de Raquel, que a su vez se vio rodeada por otro clan de Essa. La llevaron hasta el Detaclyver, haciendo palmear las alas a modo de bienvenida.

—¡Entra! ¡Entra! —gritaban.

—Pero Gultratata está...

—¡No! ¡No! ¡Créenos! ¡Entra, sube y sigue!

Cuando vieron vacilar a Raquel, los Essa trataron de tranquilizarse. ¿No podía entenderlos? Hermosa amiga tormentosa, ¿es que no ves que el Detaclyver te protegerá? ¿No estamos llenos de ansiosas esperanzas por ti? ¡Entra!

Raquel percibió que los Essa intentaban hacer que su voluntad les creyera. Advirtió su preocupación por todo: por ella, por el Detaclyver, por Eric, por los prapsis. Unas vidas diminutas a las que guía la esperanza, pensó Raquel. ¿Cómo podían sobrevivir los Essa en un planeta tan hostil? Se puso a explorar su magia, y comprendió al instante que no había criaturas más necesitadas de la misma. Los Essa se mantenían juntos sólo por la magia. La utilizaban para navegar, para encontrarse unos con otros. En las tinieblas y el frío absolutos de la noche de Ool, no había otro recurso para unos seres tan frágiles.

Raquel dejó de oponerles resistencia. Permitted a los Essa que llevaran su cuerpo hacia la abertura en el Detaclyver.

—¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado! —gritaban los Essa.

—Pero es que vosotros... ¿no venís conmigo?

—¡No! ¡No! —Bloquearon la entrada con sus cuerpos, para evitar que penetraran las demás gridas.

—El Detaclyver cuidará de ti a partir de ahora. ¡Ve! ¡Ve a él! ¡Entra!

Raquel voló y entró con precaución en el interior. No había rastro de Gultratata. Aunque había intuido que tal vez fuera impulsada por entre la piel y los cartílagos, Raquel se vio en una especie de túnel. El aire fresco le dio de pronto en el rostro, hasta casi hacerle perder el equilibrio. Entonces sintió un aire más caliente y estancado que le recorría la espalda.

No es un túnel, le notificaron sus hechizos de información. Un capilar: un conducto que transportaba el aire de la respiración a través del cuerpo del Detaclyver.

Raquel dio un paso al frente..., uno solo. Al hacerlo, el suelo del capilar se iluminó con una suave luz que le señalaba hacia delante. Otro paso. Más luz. Otro. Remontó el capilar, hasta llegar a una encrucijada. ¿Izquierda o derecha? La luz señaló a la izquierda.

«Me indican por dónde debo seguir —comprendió—. El Detaclyver sabe que estoy aquí. ¿Puede sentirme? ¿Y si me pongo a correr? ¡Correré!».

Levantó un pie y arrancó a correr. Con toda su confianza puesta en el Detaclyver, se habría perdido irremediabilmente de no ser por la luz que le guiaba. Los capilares se hacían cada vez más amplios, hasta que Raquel se encontró corriendo por grandes vías, todas ellas iluminadas con profusión. Entonces, al volver una esquina, una figura le cerró el paso. Gultrataca.

Pero así de sopetón, Raquel no la reconoció. Sobre Gultrataca brillaba una luz tan fuerte que ni siquiera Raquel podía soportarla. Gultrataca tenía los párpados entornados. Varias de sus vigilantes estaban en el suelo, cegadas y confusas.

—El Detaclyver ha hecho todo lo posible por detenerme —rugió Gultrataca—. Pero puedo verte. ¡Todavía puedo verte!

Raquel buscaba un resquicio por donde pasar. No podía seguir adelante... Gultrataca ocupaba la salida. Pero había pasajes más pequeños que se apartaban del capilar principal, aunque ninguno estaba iluminado. Al ver que Gultrataca se abalanzaba sobre ella, Raquel eligió el primero.

Al instante, el suelo bajo sus pies se llenó de pinchos.

Una trampa.

Raquel cayó al suelo. Trató de levantarse, pero sintió que algo tiraba de sus piernas. Se miró los tobillos. Los pinchos se retiraban ya, habiéndole dejado unos agujeritos diminutos. ¿Qué ocurría? No sentía dolor alguno. No sentía nada... Una falta total de sensaciones.

Sus hechizos de información trataron de examinarle los tobillos, pero había alguna razón que les impedía hallar el camino. Se sentían enfermos, fatigados, difusos. Con una total falta de claridad, tardaron una eternidad en decirle: veneno.

En seguida los hechizos de sanación se introdujeron por las venas de Raquel, pero ella tenía la mente confusa, y lo mismo sucedía por tanto con los hechizos. Se equivocaban de sitio una y otra vez. Con un enorme esfuerzo, logró sentarse erguida.

Gultrataca llegó hasta ella.

—Adiós, Raquel —dijo—. Disfruta de tu felicidad. Te lo dejo todo para ti. —Y se marchó a toda prisa.

Durante unos segundos Raquel pudo escuchar los pesados pasos de Gultrataca, hasta que al cabo se olvidó de ella por completo. Una extraña sensación le invadía el cuerpo. Una sensación de regocijo profundo. ¿Se había sentido alguna vez tan feliz? Sus hechizos comprendían que algo andaba mal, pero no podían recordar qué era. Raquel pensó que debía de estar experimentando los efectos del veneno, pero no tenía ganas de luchar, ya no.

El veneno penetró en su corazón, pero no le importaba.

Hasta que por fin dejó de preocuparse. Y cuando esto sucedió, sus hechizos también se rindieron. Los mejores de ellos, los hechizos que tanto habían cuidado de Raquel durante toda su

vida, aun en la época en que ella ni siquiera sabía que existían, dejaron también de preocuparse. Sus ojos perdieron toda su hermosa luz.

Raquel estaba tumbada de costado. Se puso las manos detrás de la cabeza. Sus ojos querían cerrarse. Dejó que lo hicieran. Ya no podía moverse. Había dejado de preguntarse el porqué. No importaba. Se le entreabrieron los labios, y la mandíbula cayó de lado, con flojedad, cuando los músculos se relajaron bajo el mortal influjo final de las toxinas.

Se estaba muriendo.

Gultrataca permanecía en el olvido. Al igual que Yemi. Y mamá, y papá, y Eric, y todo lo demás.

EL PLANETA PRISIÓN



Eric estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la celda. Los prapsis llevaban largo rato sin hablar.

—¿Cómo estáis, chicos? —preguntó en un susurro—. Os veo muy callados.

—Tú también, Eric —dijeron los dos a la vez—. Nosotros estamos perfectamente.

—Deberíais haberme despertado antes. Os dije que lo hicierais.

—No estábamos cansados. No estamos cansados. Mira.

Los prapsis desplegaron las alas para demostrarle que seguían en perfectas condiciones. Durante todo el tiempo que habían permanecido en la celda no se habían quejado ni una sola vez. Eric les acarició las plumas de la nuca, tal como a ellos les gustaba, mientras pensaba en los Essa. Aquellos pequeños copos. Aquellos seres como nieve. Habría creído que los prapsis habían perdido la chaveta si no hubiera visto él mismo a los Essa durante el viaje a Thun.

¿Podía esperar algún tipo de ayuda de su parte?

«No —pensó—. No hagas eso. Deja de aferrarte a la esperanza de que algo o alguien vaya a venir a rescatarte». Ni siquiera podía confiar en Raquel esta vez. Lo sabía porque podía sentirla: un lejano olor de magia apenas unido a la vida. ¿Qué le sucedía? También percibía otro olor, el de una vida de equilibrio más precario todavía que la de Raquel. Pertenecía a Serpanta.

«¿Y bien? —se dijo Eric—. ¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Qué vas a hacer?».

Durante toda la mañana su mente había estado absorta pensando en Larpskendya. ¿Qué había querido decir el mago al afirmar que a partir de aquel momento todo podía depender de él? «Al fin y al cabo, ¿quién soy yo? —pensaba Eric—. Tan sólo un chico normal, sin nada de magia. Ni siquiera soy capaz de salir de esta patética y pequeña celda, tan poco profunda. Cualquiera niño de hoy en día es capaz de conseguirse un hechizo de calefacción de lo más básico, pero yo ni eso. Así que los prapsis tienen que conformarse y pasar frío...».

¿Podía hacer algo con respecto a las gridas? Los primeros esbozos de un plan comenzaban a dibujarse en la mente de Eric, pero ya de buen comienzo se le antojaba demasiado inverosímil como para tomarlo en serio.

Los experimentos, al menos, se habían interrumpido durante un buen rato. La paz reinó toda la mañana, hasta que Gultrataca, severamente magullada, había regresado. Fuera lo que fuese lo que le hubiera sucedido, había reanudado los experimentos de inmediato. Esta vez, como advirtió Eric, utilizaba gridas, aunque no se acercaban mucho hasta él. Más bien todo lo contrario: por alguna razón las gridas le disparaban sus hechizos desde distancias imposibles, desde más allá de Ool.

Bajo los ojos de los prapsis se marcaban unas insidiosas sombras. A pesar de las protestas de Eric, no habían dormido nada, con los ojos clavados siempre en la puerta o en el techo abierto.

—Apuesto a que estaréis deseando ir a volar un poco, ¿a que sí? —dijo para animarlos—. Debéis de estar muertos de aburrimiento, aquí metidos sin poder estirar las alas. ¡Vamos! ¡Id a dar

una vuelta!

Fueron a dar un corto vuelo alrededor de la celda, pero era evidente que lo hacían sólo porque así lo quería Eric. Al cabo de muy poco habían vuelto junto a él. Mientras uno vigilaba la entrada, el otro inclinó su redonda cabeza hacia Eric.

—Debes de estar hambriento —dijo éste.

—No —mintió el prapsi—. ¿Y tú?

—Oh, no, yo estoy bien. —Ambos apartaron la mirada.

—¿No tienes frío, Eric?

—No. Qué va.

—Puedo acurrucarme contra ti, si quieres.

—Está bien, pero no porque tenga frío.

El prapsi le acarició a Eric la mejilla con el hocico. Mientras miraba con un ojo a Eric, con el otro vigilaba por el hueco del techo.

—Ahí está otra vez —susurró el prapsi al avistar un movimiento—. Gultratata.

—Ya veo —repuso Eric—. No te preocupes. Estoy preparado.

Gultratata se acercaba a la celda. Sin movimientos bruscos. Sin querer sobresaltarle. Conocía la rapidez con que la antimagia de Eric era capaz de destruir un cuerpo lleno de magia.

Mientras caminaba, las arañas sanadoras seguían aplicadas a la tarea de reparar sus desperfectos. ¡Qué furia la del Detaclyver! Había tenido suerte de poder escapar del interior de su cuerpo, y los Essa la habían descubierto además cuando sobrevolaba el mar de Prag.

Saltó sobre el hueco abierto en el techo de la celda y se asomó por la abertura.

¡Eric! Casi le gustaba aquel chico. ¡Cómo la desafiaba! A diferencia de Yemi, Eric no sonreía ni quería jugar. Se le encaraba sin vergüenza. Al mirarle de nuevo, una cólera y una amargura sublimes avivaron sus rasgos.

—¿Es que no piensas bajar, bruja? —gritó Eric.

—En un segundo —replicó Gultratata mientras recomponía su aspecto. Pensó en el don especial de Eric. Lo había visto madurar ante sus propios ojos. No su talento para destruir magia. Eso era ciertamente notable, pero más lo era la enorme distancia a la que detectaba la magia. No había bruja ni mago capaces de emularle. Con el fin de ponerle a prueba, había liberado magia desde un radio inmenso, ampliando el alcance de influencia de los hechizos de sus gridas de una forma que jamás hasta entonces había exigido de ellas.

Fuera cual fuese la distancia, Eric percibía siempre la llegada del hechizo.

Las ambiciones de Gultratata crecían con cada nueva prueba, pero ¿cómo se las arreglaría para obtener su cooperación? Bien, tal vez encontraría la forma. Eric no era como Yemi. Éste era imposible de manipular, pero a Eric se le podía asustar. ¿No lo tenía situado ya en medio de un mundo pavoroso? Había llegado el momento de liberarlo de ese miedo de forma inesperada. «Si le ofrezco esperanzas con respecto a su hermana —pensaba Gultratata—, estará dispuesto a creer en ellas. Si le prometo seguridad, en especial para los prapsis, la aceptará con agradecimiento».

Con todo, Gultratata vaciló en el borde de la celda. Era tan fácil calibrar erróneamente la situación. Requería de ella una afectuosidad nada fácil de lograr. Tendría que introducir mentiras entre las cosas que iba a decirle. Y entre todas las mentiras, habría una especialmente importante.

¿La distinguiría Eric?

Controlando su nerviosismo, Gultratata se asomó y miró hacia abajo.

Eric le devolvió la mirada con desafío.

—¿Qué más quieres? —dijo éste con sorna—. ¿A quién vas a sacrificar esta vez? ¡Cobarde!

¿Por qué no intentas atacarme tú misma? ¿Te crees a salvo ahí arriba, fuera de mi alcance?

—Ya sé que estoy a tu alcance —respondió Gultratata con la voz más dulce que le fue posible adoptar—. Pero, por favor..., no lo hagas. Se acabó enviarte cosas para hacerte daño. Te lo prometo. Aceptes o no ayudarme, no habrá más ataques de ningún tipo.

—Así que me lo prometes, ¿eh? Pues ¿sabes una cosa? ¡No te creo!

—Voy a bajar.

—¡Te mataré si lo haces! ¡Hablo en serio!

—Cuando oigas mi ofrecimiento, no querrás matarme. Vengo con la intención de soltarte, Eric.

Al ver que había conseguido que le escuchara, Gultratata voló hasta un rincón de la celda, sin sacar a sus vigilantes de sus puestos para que no le alarmaran.

Eric se cruzó de brazos.

—¿Y bien?

—Voy a liberarte —dijo Gultratata—. Y te devolveré a Raquel.

—Me la devolverás muerta, querrás decir.

—No, Eric. Viva, y sin daño alguno. Te lo garantizo.

—¡Oh, claro! ¡Cómo no creerte!

La voz de Eric sonó llena de sarcasmo, pero en su interior, muy dentro de él, la esperanza trataba de abrirse paso con fuerza. Luchó contra este sentimiento. Sabía que lo único que hacía Gultratata era intentar una estrategia nueva. «¡Cómo se atreve! —pensó—. ¡Cómo se atreve!».

Mientras la observaba, la odió de pronto con una intensidad como jamás había odiado nada en toda su vida. ¡Que lanzara más brujas contra él! Así al menos podría dar rienda suelta a su desprecio, a su locura, a su rabia. Pero esta nueva y súbita versión renovada de Gultratata era más peligrosa. Si la escuchaba, si se permitía, ni que fuera por un segundo, creer que de verdad había un resquicio de esperanza de salir airoso de aquello, de que todo pudiera tener un final feliz, entonces perdería la tensión necesaria para continuar con el plan que se había trazado.

Y aquel plan era lo único que le había permitido no desmoronarse.

—No volveré a hacerte daño —insistió Gultratata—. Dejaré que te vayas, Eric. Y también liberaré a Yemi y a Fola. Os liberaré a todos. Podéis regresar a la Tierra. Las gridas no volverán a molestaros. Nosotras..., en fin, yo..., pues todo ha sido por mi culpa, he cometido un error terrible por el modo en que he tratado a vuestra estirpe entera. Perdonadme.

Eric asentía con la cabeza como si la escuchara, pero en realidad se imaginaba la satisfacción que le produciría ver cómo el cuerpo de Gultratata reventaba como una bolsa. Se la imaginaba como una mancha de mugre en el suelo. Y no era aquélla una imagen sin fundamento; Eric era capaz de hacerla realidad. La magia de las gridas era similar a la de las Brujas Superiores. Gultratata había tratado de proteger sus hechizos de su influencia, pero él lo sabía.

Ella no tenía la menor idea del tormento que Eric podía introducir en su interior.

Sin estar muy segura de cómo proceder a continuación, Gultrataca probó de halagarlo.

—Nunca hasta ahora habían utilizado toda la potencia de tu talento, ¿no es así, Eric? ¡Mira qué letal te has vuelto! Ya ni siquiera necesitas de recursos tan primitivos como apuntar con el dedo para destruir hechizos.

Eric se dio cuenta de que Gultrataca tenía razón, y también de lo mucho que echaba de menos a aquel Eric de antaño que necesitaba apuntar con el dedo. Era algo que pertenecía a una antigua versión de sí mismo que habría deseado recuperar.

—A cambio de liberaros —dijo Gultrataca—, no voy a pedirte que traiciones a los magos ni a tu propia especie. Sólo te pediré una cosa muy sencilla, prácticamente nada: quiero que me ayudes a encontrar el planeta prisión de las gridas.

—¿Qué?

Gultrataca extendió sus garras sobre el suelo de piedra.

—Te he traído aquí por un motivo. Estamos en uno de los túneles originarios. Las primeras generaciones de gridas vivieron aquí. Entonces eran igual que las Brujas Superiores, tenían el mismo anhelo de volar. Vivían atestadas en medio de la oscuridad, mientras los ojos se les agrandaban, o marchitaban, y mientras las Brujas Superiores experimentaban con ellas..., con nosotras, de muchas maneras.

Eric comprendió que al fin y al cabo Gultrataca estaba ofreciéndole una versión de la verdad. Podía percibir la impronta de los antiguos hechizos de las gridas. Estaban grabados en las rocas de las que habían intentado escapar.

—La mayor parte de las gridas han vivido siempre en el planeta prisión.

Gultrataca prosiguió.

—Las Brujas Superiores no querían tener en Ool a demasiadas de nosotras, arruinándoles el planeta. —Bajó el registro de su voz y apartó la mirada de él, como había visto que hacían los humanos cuando expresaban sentimientos profundos—. El planeta prisión es un lugar terrible —dijo—. Las gridas permanecen encadenadas. Antes las vigilaban unas pocas Brujas Superiores, que las alimentaban, pero ahora que nos hemos hecho con el control de Ool, dudo que sigan haciéndolo. Nuestras gridas deben de estar muriéndose.

Eric observaba a Gultrataca con suma atención, sin decir nada.

—Sé que tú puedes oler la magia a distancias considerables, Eric. Lo único que te pido es que nos ayudes a encontrar el planeta prisión. Hay hechizos que lo mantienen oculto. Los dispusieron las Brujas Superiores para que los magos no pudieran descubrirlo, pero también para nosotras guardaron en secreto la localización del planeta. ¿No sabrás tú dónde está?

Gultrataca dejó caer la pregunta de un modo tan accidental, como quitándole importancia, que Eric comprendió al instante su importancia. Se esforzaba por interpretar la expresión de Gultrataca. ¿Era aquella una mirada de tristeza? No habría podido decir si tal tristeza era real o bien una pose a él destinada. Pero vio con certeza que Gultrataca temblaba. De eso no cabía la menor duda.

Él la mantuvo expectante, hasta que al fin dijo:

—Sí, sé dónde está.

A Gultrataca le costó reprimir su alborozo. Había albergado la esperanza, aunque sin creerlo

en el fondo, de que el talento de Eric fuera capaz de descubrir un lugar tan alejado. ¡Tenía que ser Orin Fen! Ningún otro planeta tenía hechizos semejantes que lo protegieran. ¿De verdad era posible que la localización del planeta de los magos estuviera a su alcance?

—¿A qué distancia está... el planeta..., el planeta prisión? —preguntó, con la voz entrecortada debido al esfuerzo por mantener la seguridad.

—¿Y por qué tendría que decírtelo?

—¿Es que no... vas a decírmelo?

—No. Porque si lo hago me matarás. No tienes más que enviarme cualquier animal que no tenga magia, para que me destroe.

—No, Eric, no haré tal cosa. Yo...

—¡Cállate! —exclamó Eric—. Déjame pensar. —Empezó a caminar de un lado a otro sobre el suelo de la celda, murmurando con los prapsis. Se tumbó, se puso las manos detrás de la cabeza, fingió relajarse. Luego se puso de pie, se dirigió hacia Gultratata y le gritó con todas sus fuerzas —: ¡No pienso decírtelo, pero te enseñaré dónde está si prometes de verdad mantener tu palabra acerca de Raquel, Yemi, Fola y Serpanta!

—Lo haré. —El pecho de Gultratata subía y bajaba con esfuerzo.

Eric la observaba fijamente. Veía con claridad la cantidad de cosas que estaría dispuesta a darle a cambio, cualquier cosa que le pidiera.

—O quizá sea mejor que no te lo enseñe —dijo—. Te diré lo que voy a hacer: acepto pensarlo. Eso es todo. Y mientras lo pienso, quiero estar en un sitio mejor que éste. Quiero un sitio más agradable.

—Pues claro..., por supuesto, Eric. Lo que quieras.

—¡Yo te diré lo que quiero, bruja repelente! ¡Quiero un sitio más cálido y que nos des una comida decente a mí y a los prapsis!

Gultratata asintió con vehemencia.

—¿Nos ayudarás entonces?

—Te daré mi respuesta cuando esté preparado. ¡Fuera!

A Gultratata nunca la habían tratado de un modo tan insultante. Sus fauces se morían de ganas de matar a Eric, pero aquél era un placer que había que posponer. Procurando no irritarle ni darle motivo alguno que pudiera hacerle cambiar de idea, sacó la zarpa con un gesto atroz en un intento por despedirse con un saludo a la manera de los humanos.

—Vete ya y déjame en paz —dijo Eric, volviéndole la espalda.

Hecha una furia por dentro, Gultratata apretó las mandíbulas y se apresuró a salir de la celda.

Tan pronto se hubo marchado, Eric comenzó a temblar. ¡De qué forma le había hablado! ¡Y había visto muy bien los deseos de matarle que le habían entrado a aquella bruja! ¿Cómo había sido capaz de atreverse a hacer algo tan peligroso? Pero ello le había demostrado lo importante que era él ahora para ella. Estuvo un rato paseándose por la celda, incapaz de concentrarse y tratando de calmarse.

Los prapsis le seguían en todo momento.

—Pronto nos darán de comer —les dijo Eric—. Comida de verdad. Y también nos pondrán calefacción.

—No te fíes de Gultrataca —dijo uno de los prapsis, que se apresuró para ponerse junto a él.

—Gridas..., no te creas a esas alimañas —masculló el otro.

—Silencio —ordenó Eric—. Estad callados. Ya lo sé. —Con la vista en la pared, su mente vagaba a gran distancia. Al final su plan se le revelaba auténticamente imposible. Las esperanzas de Gultrataca iban muy lejos, pero las de Eric eran igual de ambiciosas. Permaneció en silencio un largo rato, observado por los prapsis, presas de gran agitación.

—¿En qué piensas? —inquirió uno—. ¿Qué nueva ingeniosidad se te ocurre?

—Ninguna —respondió Eric—. No se me ocurre nada de nada.

Le rompía el corazón no decirles a los prapsis lo que estaba planeando, pero ¿cómo iba a hacerlo?

—Eric, no hagas nada que pueda hacer enfadar a las gridas —le suplicó uno—. Ahora somos mejores, somos unos guardianes mucho mejores. Te protegeremos mucho mejor que antes.

—Ya lo sé —dijo Eric en un susurro, al tiempo que los cogía en brazos—. Está bien. Gultrataca no volverá a hacerme daño. A ninguno de nosotros.

Mientras permanecía en aquella posición, con la vista fija en la pared, Eric no creía ni por un momento nada de cuanto había dicho Gultrataca. Sabía muy bien que no liberaría a Yemi. Y aunque llegara a liberar a Raquel, tan sólo sería para matarla en cuanto dejara de serle útil.

Pero ¿y en cuanto al planeta de gridas prisioneras? ¿Decía Gultrataca la verdad acerca de esto?

Posiblemente sí. Tan pronto como ella lo había mencionado, Eric había buscado señales de magia del lejano planeta, y las había encontrado. Estaba rodeado de protecciones, y envuelto en un hechizo de invisibilidad. ¡Unos hechizos magníficos! ¿Qué otra cosa podían ocultar sino Orin Fen? Eric penetró en los hechizos de invisibilidad. Sabedor de que los magos siempre habían mantenido Orin Fen oculto, no esperaba encontrar gridas en el planeta que se extendía bajo los hechizos, sino millones de magos. Pero, sorprendentemente, no había ninguno. Por supuesto, lo más probable era que los magos hubieran encubierto su olor. Pero Eric sabía algo con absoluta certeza: si allí había magos, él habría sido capaz de detectarlos, por mucho que se ocultasen.

Aquel planeta no albergaba magos en modo alguno.

Así que lo que quizá pretendía de verdad Gultrataca era llevarle a un planeta repleto de otras gridas.

Eric así lo esperaba. Era exactamente lo que quería.

18

LOS TÚNELES



Envuelta en la confusión final producida por el veneno, Raquel no lo advirtió. Sólo sus hechizos de información, que seguían debatiéndose por escuchar más allá de sus sentidos, oyeron el sonido. Parecía surgir de las profundidades del mundo y venir transportado en una cálida, olorosa y feroz brisa.

La respiración del Detaclyver.

Y junto con aquella respiración, dejándose llevar en volandas por ella, llegaron los Essa.

No necesitaban batir las alas. El Detaclyver les proporcionaba toda la velocidad que necesitaban, impeliendo sus pequeños cuerpos a lo largo de los capilares. ¿Llegarían a tiempo? ¿Llegarían? Ya prestaron en otra ocasión su ayuda, cuando las gridas intentaron lastimar al Detaclyver con aquellos venenos, pero aquel ser recién llegado era mucho más delicado.

A través de los capilares. Más allá de los pulmones, hacia arriba, siempre hacia arriba.

Los Essa encontraron a Raquel tumbada de costado, con las venas del rostro ennegrecidas por efecto del veneno.

Sin pararse a considerar el peligro que corrían, saltaron al interior de su boca entreabierta.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Sólo los más jóvenes!

Los Essa más pequeños se precipitaron garganta abajo, deslizándose en el interior de sus arterias. Sus absorbentes cuerpos asimilaban la ponzoña. Cuando estaban a punto de reventar, los más jóvenes ascendían dando tumbos por la tráquea de Raquel. Dejándose caer a peso sobre su traje, vomitaban el veneno... y volvían a por más. Entraban y salían por oleadas, hasta que los efectos más dañinos de las toxinas quedaron eliminados.

Luego, cansados y mareados, y sostenidos con orgullo por sus mayores, los jóvenes Essa permanecieron suspendidos unos centímetros por encima de Raquel. No querían asustarla.

La piel de Raquel fue recuperando poco a poco una tonalidad más sana. Su frío rostro se retorció cuando las terminaciones nerviosas volvieron a la vida. Cuando estuvo preparada para ello, los Essa la ayudaron a que abriera los ojos. Parpadeó, y los Essa, con timidez, parpadearon también.

Raquel los reconoció. Hizo el gesto de levantar la mano, que era todo cuanto los Essa necesitaban para tomarlo como una señal de invitación. Sus bulliciosas voces penetraron en sus pensamientos todas a una: la saludaban, repetían sus propios nombres, le tocaban con ternura el rostro, interrogativo y angustiado.

—¡Eh, calmaos, calmaos! —dijo Raquel, medio riendo— Decidme..., decidme qué sois.

Contádmelo todo de vosotros.

Los Essa no iban a hacer tal cosa. De lo único que querían hablar era del Detaclyver. Raquel se enteró de que en otro tiempo había campado con toda libertad por todo el planeta. Ool era un mundo más cálido, en aquella época, y el Detaclyver iba allá donde se le antojaba, haciendo ondear los bordes de su inmensidad, acompañado por los majestuosos tornados y por sus compañeros inseparables, los Essa. La llegada de las Brujas Superiores había cambiado todo aquello. Se habían pasado siglos empujando a golpes al Detaclyver hacia el sur del planeta. Esclavizaron a los tornados, encerraron a los peces en océanos de hielo y se entregaron a la construcción de ciudades dominadas por torres de vigilancia.

Pero si las brujas esperaban que el Detaclyver abandonara a su suerte a los tornados, estaban equivocadas. El Detaclyver contraatacó. Se desplazó hasta las ciudades, aferrándose a sus fundamentos. Las brujas intentaron matarle de hambre. Trataron de congelarlo, despojaron a Ool de su cálido sol, al que reemplazaron con nieves invernales perpetuas.

Ni siquiera esto detuvo al Detaclyver. Ni a sus obstinados Essa. Contra sus deseos, habían decidido adoptar una estrategia de contraataque: convertirse ellos mismos en seres como la nieve. Así lo hicieron los Essa, y modificaron sus cuerpos. Durante más tiempo del que podían recordar, habían permanecido ocultos en la nieve, defendiendo y amando..., defendiendo al Detaclyver allá donde podían y amando a los tornados, susurrando palabras de aliento durante los largos años oscuros, para que los tornados supieran que el Detaclyver no les había abandonado en ningún momento.

Hasta que, cuando las gridas derrocaron a las Brujas Superiores, los Essa recobraron la esperanza. Sin embargo, nada cambió. Las gridas no hicieron otra cosa que perpetuar las calamidades infligidas por las Brujas Superiores.

Mientras escuchaba a los Essa, Raquel permanecía en silencio, dejando que sus hechizos de curación actuaran sobre los últimos restos del veneno. En cuanto se sintió capaz, se puso de pie, tambaleándose.

—Aún no estás preparada —dijeron los Essa sujetándola por un brazo.

—Tengo que estarlo. Mi hermano, Eric... Debo encontrarle.

—¿Eric? —Los Essa formaron una figura con sus cuerpos..., el perfil de Eric, tumbado, con las cabecitas de los prapsis a su lado.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó—. ¿Podéis vosotros encontrarle?

—Sí, pero todavía no, ¡todavía no!

—No podemos esperar —insistió Raquel—. Tenemos que encontrar a Eric de inmediato. No tiene magia. No sobrevivirá si...

—¡No! ¡No! —Los Essa, indecisos entre tranquilizar a Raquel y algún otro propósito, se agitaron.

—¿De qué se trata? —preguntó Raquel.

Los Essa formaron una nueva figura. Los de tonalidad más oscura se juntaron en los lugares en que el marrón habría debido motear las alas. Unos pocos se alinearon hacia arriba a modo de antenas: una mariposa.

—¡Yemi! —exclamó Raquel.

Los Essa empezaron a revolotear con gran agitación, al tiempo que le decían lo que sabían.

—Le encontraremos, por supuesto que sí —dijo Raquel—. Pero si Yemi ha sido capaz de sobrevivir durante tanto tiempo contra las gridas, entonces es que es capaz de cuidar de sí mismo. Eric, en cambio, necesita...

—¡No! ¡Primero Yemi! ¡Yemi! —insistieron los Essa—. Rumores. Todos los hemos oído. Rumores en los túneles, ¿no lo comprendes? No sobrevivirá. No podrá. ¡Las gridas no le dejarán!

Raquel pensó con rapidez. Eric y Yemi estaban cautivos bajo Thun. ¿Cómo podría llegar hasta allí?

—No puedo transformarme, ni transportarme —les dijo—. Pero puedo volar. Si saliera fuera y viajara por el aire, ¿podríaís ocultarme? ¿Rodeándome, tal vez?

Los Essa reflexionaron.

—Sí —dijeron—. Durante un tiempo. —Varios de ellos se escabulleron en el interior del Detaclyver para comunicar su decisión. Cuando volvieron, todos los Essa se ciñeron al cuerpo de Raquel—. ¡Prepárate! —le dijeron—. ¡Detaclyver va a lanzarnos!

Desde las profundidades subterráneas, a muchas millas de distancia, un inmenso diafragma se contrajo y luego se distendió. Raquel sintió como perdía pie. Su magia se resistía con firmeza al impulso. Los Essa le pidieron que no lo hiciera, mientras danzaban extasiados en mitad del aire renovado.

Raquel se dejó ir... y el poderoso aliento la arrastró.

Los Essa y ella fueron propulsados de lado, ganando velocidad mientras viajaban en dirección a las cumbres. Una cima se resquebrajó, desprendiendo un cúmulo de partículas de hielo. Raquel quiso cubrirse el rostro, pero los Essa rieron al ver que ninguna de las partículas la rozaba. Hacia arriba, hacia arriba, siempre hacia arriba. Hasta que por fin: la pálida luz del cielo. Justo antes de que el Detaclyver lanzara a Raquel hacia él, ella experimentó durante un instante el contacto directo con su mente.

Se lo ofreció todo: pasión, todos sus ardientes deseos.

De pronto estaba en el cielo. Agitada por sentimientos diversos, y oculta por los decididos y apretados cuerpos de los Essa, Raquel se deslizó hacia el norte, hacia Thun.

Pasó a través de los tornados. Los torbellinos giraban sin moverse de lugar, con su firme seguridad, y sin dar a las gridas indicio alguno de lo que sucedía. Raquel rodeó la orilla del mar de Prag, donde los peces se asomaban a través del hielo. Cuando se agotó el aliento del Detaclyver, los hechizos de vuelo de Raquel tomaron el relevo. Rodeada por los Essa, viajó a través de los cielos más altos donde era menos factible que la observaran ojos enemigos. No fue hasta que penetró en las nubes que recubrían las llanuras nevadas que conducían hasta Thun cuando las primeras gridas comenzaron a aparecer. El viento cambió también de dirección, de modo que los Essa volaban en sentido contrario a la nieve real.

—No es seguro seguir volando —advirtieron los Essa.

—Pero aún estamos muy lejos de Thun. Tenemos que acercarnos más.

—Hay... —Se interrumpieron. Raquel sintió como se estremecían—. Hacia abajo, hacia abajo —dijeron.

Imitando el movimiento natural de la nieve al caer, Raquel fue llevada hasta el suelo. Mientras

aterribaba, se dio cuenta de que los Essa procuraban bajar la voz. Estaban preocupados por ella. Se habían enfrentado muchas veces a los túneles de los huraks, pero Raquel era demasiado grande para esconderla. Los gatos azules la descubrirían con toda seguridad. Sus alientos la adormecerían, como a las arañas de las gridas...

De mala gana, los Essa le hablaron acerca de los túneles de los huraks bajo las llanuras. Algunos de aquellos túneles conducían directamente hasta Thun.

—¿Hay algún otro camino? —preguntó Raquel, percibiendo el gran nerviosismo de los Essa.

—No, pero nosotros te acompañaremos —le dijeron sin dudar.

Raquel sintió deseos de abrazarlos, pero ¿cómo abrazar a seres tan pequeños sin hacerles daño?

Los hechizos de información de Raquel escudriñaban bajo la nieve. En determinado punto un túnel llegaba casi hasta la superficie. Se precipitó a lo alto del mismo.

—Permaneced junto a mí —dijo, utilizando su magia para excavar en la nieve y raspar la roca bajo la misma.

Cuanto la luz del túnel atravesó la primera grieta y le dio en los ojos, Raquel retrocedió. El túnel era de un azul ultramarino deslumbrante.

—¿Por qué es tan brillante?

—A las gridas no les gusta —explicaron los Essa—. Ésa es la razón. —Flotaban por pequeños grupos delante de Raquel, para ser los primeros en encontrarse con los posibles peligros.

—No, no hagáis eso —dijo Raquel—. Quedaos detrás de mí. Utilizaré mis hechizos.

Dispuestos a seguir a la cabeza, algunos se le encaramaron a la frente, mientras el resto vigilaban la retaguardia o se apostaban sobre sus brazos para controlar cualquier cosa que pudiera surgir de los túneles laterales. Encontraban el traje de Raquel extrañamente sedoso al tacto. Se introducían por las costuras, comprobando la resistencia del tejido con giros y volteos de sus diminutas piernas. Una vez satisfechos, Raquel saltó y utilizó un hechizo para amortiguar la caída..., y dio por fin su primer paso.

Caminó a buen ritmo hacia el norte, pero los túneles de los huraks nunca seguían una dirección determinada por mucho rato. Estaban llenos de trampas destinadas a las gridas: lazos, pasajes sin salida, innumerables pozos, revueltas, interrupciones. De vez en cuando se percibían esquinas oscuras: lugares perfectos para tender emboscadas. Los hechizos de información de Raquel reconocían el terreno. A cada recodo los Essa esperaban que los furtivos alientos de los huraks la adormilaran, pero no había rastro de los gatos azules.

Raquel avanzaba con sigilo y, de vez en cuando, en tramos rectos en que podía ver un buen trecho, se atrevía a volar. Los Essa se mostraban cada vez más atónitos a medida que se aproximaban al perímetro de la ciudad. ¿Dónde estaban los huraks? ¡Nunca dejaban sus túneles tan desprotegidos! Un grupo de Essas se aventuró revoloteando por un túnel aledaño que conectaba con los túneles de las gridas.

—¡Vacío! ¡También está vacío! —informaron una vez de regreso—. ¡No hay gridas!

Dejaron atrás los túneles de los huraks y se adentraron en un territorio nuevo, los complejos residenciales de las gridas. Encontraron túneles más amplios y cavernas espaciosas. Todas aquellas estancias estaban deshabitadas. Raquel voló a voluntad de gruta en gruta. De ellas salían

rastros de gridas recientes. Todos los rastros, cientos de miles de arañazos, apuntaban en una dirección, hacia el corazón de Thun.

—Escucha —dijo un Essa. Raquel no oía nada—. Trampas con comida —explicaron—. Tendríamos que oírlas. Nunca están en silencio, nunca están quietas, siempre andan cazando alimañas para las jóvenes gridas. ¿Qué significa todo esto?

Raquel envió a sus hechizos de información. En varias millas por delante y a la redonda no había criatura viviente de ningún tipo.

—Todos los animales han desaparecido también —dijo—. Todo.

—Hay muchos que no tienen patas ni alas —repuso el Essa—. ¿Cómo pueden haberse marchado?

—¿Adonde conducen todas estas señales?

—Hacia las profundidades —respondió el Essa—. A los niveles de la Cámara de Evaluación. ¡Yemi está allí!

—Apretaos contra mí. Todo lo fuerte que podáis.

—¿Qué te propones?

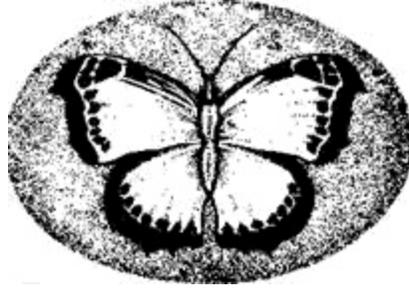
—Confiad en mí.

Los Essa afianzaron los pies en la ropa de Raquel, en su pelo. Una vez sujetos con firmeza, los ojos de Raquel brillaron con un destello azulado. El color era tan intenso que se sobrepuso incluso al de los túneles de los huraks. Los Essa la observaron, casi con miedo.

Otorgando libertad total a sus hechizos de vuelo, depositando toda su fe en su magia, Raquel siguió los rastros de las gridas hacia las profundidades.

19

PLANES



Mientras Gultrataca aguardaba la decisión de Eric, rindió visita a una antigua miembro de clan: la desposeída y deshonrada Jarius.

¿Qué había sido de ella durante aquel breve tiempo sola con Yemi? Al principio, cuando Jarius fue sacada de la Cámara de Evaluación, Gultrataca creyó que Yemi debía de haberle infectado con algún tipo de enfermedad humana. En realidad, Jarius nunca había estado tan sana. La antigua Jarius había sido un espantoso cúmulo de temores. La última versión era más dueña de sí misma. Inquietaba a las guardianas, algunas de las cuales habían empezado incluso a prestar oídos a sus palabras acerca de la concordia y el fin de la guerra.

Cuando Gultrataca llegó a su celda de aislamiento, Jarius surgió de entre las sombras con su recién adquirida serenidad.

—Bienvenida, hermana —le dijo.

—Tú no eres hermana mía.

Gultrataca se puso a caminar en torno a ella con un sentimiento de frustración, humillado por su impenitente existencia.

Naturalmente, había intentado matar varias veces a Jarius, pero era imposible. Yemi, aun desde la distancia de la Cámara de Evaluación, la protegía con el mismo afán que a Fola.

Jarius sacudió la cabeza con tristeza.

—¡La poderosa Gultrataca! Ya veo que te avergüenzas de verme, aquí ante ti, como compañera de un niño en cuya felicidad no puedes hacer la menor mella. Pero piénsalo de otra manera: yo no soy tu enemiga, hermana.

—Oh, vaya si lo eres.

—No. Mira a tu alrededor. Las guardianas hablan entre sí con toda libertad. Demasiadas jóvenes. Los túneles rebosan. Surgen escaramuzas por todas partes. Los clanes se pelean por el espacio. Es insoportable. Yo misma he escuchado a las jóvenes gridas. Vuelan por los túneles sin descanso, burlándose de las adultas, provocándolas para que reaccionen. ¿Qué sucederá cuando pierdas el control? ¿Qué pasará entonces?

Gultrataca sonrió.

—No te preocupes tanto por mí. Sigo manteniendo el control.

—¿De veras? Si apenas puedes controlarte a ti misma. Sé lo que sientes, Gultrataca: la necesidad de combatir, la violencia de la sangre. Llevas demasiado tiempo inactiva. Eres como todas las demás gridas, os morís por pelear. Eso es lo que hay detrás de tus ambiciones con

respecto a los magos y a los niños, eso y nada más. Lo comprendo porque yo también lo siento. Después de todo, es un anhelo que nos inculcaron las Brujas Superiores. Pero podemos escapar a este impulso. Yemi me ha mostrado una forma diferente de vida.

—No me vengas con esas monsergas acerca de la paz —exclamó Gultrataca—. En lugar de hablar, ¡lucha! ¡Sin la ayuda del niño! Eliminaré a las guardianas.

—¿Por qué no puedes entenderlo? —dijo Jarius—. Deja de pensar continuamente en términos de conflicto: tú contra mí, los clanes contra Yemi, las gridas contra los niños. ¡Mira más allá de los túneles! No se trata sólo de que los magos estén contra las gridas. Toda la ira que bulle en Ool se está volviendo contra nosotras. El Detaclyver nunca ha estado más activo. En las profundidades se hallan los Essa. Los huraks amenazan los túneles centrales. Encuentra a Raquel mientras estás a tiempo. Haz todo lo posible por encontrarla.

—Raquel está muerta.

—No, está viva, hermana, viva.

Gultrataca trató de disimular su conmoción.

—Yemi sabe más que tus propios exploradores —aseguró Jarius—. Encuentra a Raquel. Libérala y pacta una tregua con los niños de la Tierra y con los magos. Es lo que ellos desean de verdad. No hay otro camino.

—Antes preferiría morir.

—Lo sé. Por eso es tan terrible.

—No. —Gultrataca se le acercó más—. Lo que es terrible, Jarius, es que hayas olvidado la gloria de la guerra. Ya he enviado una fuerza de invasión a la Tierra. Mataré a todos los niños y adultos de ese planeta.

—¿Matarlos? ¿Con qué fin? La guerra, ¿con qué propósito? Y aunque lograras tu objetivo, ¿qué harían después las gridas? ¿Buscarían nuevos enemigos para poder seguir matando? ¿Es éste el esplendoroso destino que Gultrataca tiene reservado para los clanes?

—Una vida de lucha es todo lo que una grida desea —replicó—. No hay más alto honor. Hubo un tiempo en que también tú lo comprendías.

—¿Crees que los magos lo permitirán? Nunca lo harán. Es posible que todas las gridas mueran. ¿Estás preparada para ser la causa de esto? ¿Qué te da derecho a tomar una decisión así?

Gultrataca miraba fijamente a Jarius, veía su preocupación por convencerla, su inquietud por todos y por todo. Era la misma expresión que Gultrataca había visto en Fola, Raquel y los demás niños. Algo que le inspiraba repulsión.

—Aun suponiendo que muriésemos todas, primero habría un combate esplendoroso —le dijo a Jarius—. Lo demás, ¿qué importa? ¿Por qué mirar más allá de la próxima batalla?

—Eso no es lo que tú piensas de verdad. Es lo que nos enseñaron las Brujas Superiores.

—En lo que a eso se refiere nos enseñaron bien.

Cuando vio que Gultrataca se disponía a marcharse, Jarius le suplicó:

—No mandes a los clanes a la Tierra. Será una masacre espantosa.

—¿Espantosa? ¡Espantosa! Oh, Jarius, me da pena que estés tan insensibilizada que ya no tiembles de gozo ante la perspectiva de la batalla. Es la guerra lo que yo quiero, lo que todas queremos. Y no sólo la guerra contra la Tierra. Estás en lo cierto acerca de las jóvenes: están

inquietas. Si quiero mantenerlas ocupadas, tendré que ofrecerles algo especial, y eso es lo que pretendo hacer. Les daré también a los magos. Les daré el planeta de Orin Fen.

—No podrás hallarlo. Las Brujas Superiores nunca lo lograron.

—Las Brujas Superiores no tenían a Eric.

«Por fin..., ¡por fin!», pensó Gultrataca al ver un atisbo de inseguridad en su rostro.

Eric estaba tumbado de espaldas en su nueva cama, tratando de tomar una decisión.

Su segunda celda era más confortable, mucho más confortable. Gultrataca la había acondicionado para él con sillas y mantas cálidas. A Eric no le cabía duda de que le habría proporcionado hasta un bonito juguete si se lo hubiera pedido. Disponía incluso de cojines, con volantes. No podía hacerse a la idea. ¿De verdad creía Gultrataca que iba a impresionarle a base de cojines con volantes? Sí, pensó, lo cree. No le entendía en absoluto.

Bien, eso significaba que su plan contaba con alguna oportunidad.

Tenía las manos puestas con suavidad sobre los prapsis. Cada uno de ellos tenía un cojín para él sólo en la cama. En casa, probablemente habrían estado andando a picotazos para dirimir con qué cojín se quedaba cada uno, pero no allí. Ni siquiera parecían interesarles lo más mínimo los cojines. Lo único que querían era permanecer junto a él. Por lo general le seguían a todas partes, pero en las últimas horas se habían convertido en compañeros inseparables. Si Eric se levantaba para estirar las piernas, ellos lo hacían también. Si se ponía a caminar, ellos caminaban. Si decidía volver a la cama, como ahora, ellos se tumbaban a su lado, en silencio, sin apartar en ningún momento sus azules ojos de él.

—¿Estáis bien, chicos? —les dijo, apretujado entre ambos.

—Sí, Eric —repuso uno de los prapsis—. Pero tú no. Tú no estás conforme, ¿verdad?

—Oh, yo estoy bien.

—No, Eric, tú no estás bien.

—Ya basta. Estad calladitos —murmuró Eric, y ellos obedecieron.

—¿Hay algo que quieras, Eric? —preguntó uno al cabo de un rato.

—Vuestra simple compañía. Y ahora descansad, ya os lo he dicho. ¿Es que ya no hacéis caso a nada de lo que os digo?

Los prapsis guardaron silencio. Al cabo, uno dijo:

—Haremos lo que tú quieras.

—Sí, haremos cualquier cosa por ti, Eric —dijo el otro.

—Lo sé. Sé que lo haríais, chicos —replicó Eric, con voz entrecortada. Y pensó: «Tendréis que hacerlo, voy a tener que pedirlo todo de vosotros».

Mientras enredaba y desenredaba los dedos entre las plumas de los prapsis, Eric se obligó a revisar el plan una vez más. Al hacerlo, fue ganándole una sensación de miedo. Trató de ignorarla. Intentó cultivar en su lugar su odio hacia las gridas. Le parecía que podía pensar con más claridad cuando expulsaba de sí todo sentimiento salvo ese odio.

¿Podía llevar adelante el plan? Cada vez que pensaba en él, su mente zozobraba presa de terror. Con el fin de tranquilizarse, envió una vez más sus dotes de detección de hechizos. Ahí estaba: aquel extraño y enorme planeta que tanto fascinaba a Gultrataca. ¿De verdad era un planeta prisión lleno de gridas? Podía ser. De él emanaban señales entremezcladas de gridas y

Brujas Superiores. Pero no de magos. Ni una sola vez detectó mago alguno.

El plan, el plan. Revisaba una y otra vez lo que tenía que hacer.

Las gridas vivían bajo Thun. También vivían bajo las otras dos inmensas ciudades de Ool, separadas a gran distancia. Eric no sabía nada acerca de aquellos otros lugares, pero ello no le detenía: debía alcanzar a todas las gridas que residían allí, tenía que llegar hasta todos los centros neurálgicos de su magia. Gultrataca creía que estaban a salvo. Creía que si guardaban una distancia prudencial de Eric, éste no podría hacerles ningún daño. Mientras estuvo en su antigua celda, aquélla había sido la parte más difícil de todo: esperar hasta el último momento posible para actuar contra cada uno de los ataques, esperar hasta que éstos llegaran a su celda. Su alcance era en realidad mucho mayor de lo que creía Gultrataca. Si ella no le hubiera puesto a prueba desde distancias tan grandes, él nunca lo habría descubierto. El alcance de sus hechizos era muy vasto. Podía abarcar bajo su poder de destrucción a todas las gridas de Ool. En aquel mismo momento, allí tendido, con la cabeza apoyada en el cojín, podía matarlas a todas.

¡El pensarlo lo embriagaba y le repugnaba!

Pero aunque destruir a todas las gridas de Ool no era poca cosa, el plan de Eric era aún más ambicioso. Planeaba destruir también a todas las que permanecían en el planeta prisión. Persuadiría a Gultrataca para que llevara consigo a todas las gridas posible y, cuando estuvieran lo bastante cerca del planeta prisión, haría entrar a todas las gridas suplementarias dentro de su radio de acción. «Y aunque no pueda matarlas a todas —pensó—, al menos las dejaré lastimadas, las dejaré gravemente heridas. Estarán muy lejos de casa, demasiado lejos para regresar a Ool».

Tenía conciencia de lo terribles que eran aquellos pensamientos. Unos pensamientos infames. Lo sabía. Lo que planeaba era algo horrible, pero tenía que pensar en estos términos, se recordó. ¿No había dicho Larpskendya que ahora todo podía depender de él? ¿Quién si no iba a enfrentarse a aquellas imponentes gridas? No había nadie más. Los Essa no habían regresado. Serpanta era apenas un vestigio de vida en una mazmorra lejana. En cuanto a Raquel..., Eric la había percibido dirigirse hacia Thun, y nadie mejor que él sabía de lo que ella era capaz; pero contra un planeta de gridas, ¿qué oportunidad de éxito tenía?

Era mejor que actuase él mismo, antes de que ella muriera tratando de salvarle.

«No hay nadie más —se dijo—. Tienes que hacerlo. Tú».

Lo que más le inquietaba era que no había ninguna oportunidad de salvar a los prapsis. Si su plan resultaba, si mataba a todas las gridas, él y los prapsis tendrían que morir en el espacio con ellas. Eric no hizo partícipes a los prapsis de esta información. No quería asustarlos más de lo que ya lo había hecho. Ahí estaban, a su lado, nunca tenía necesidad de ir a buscarlos. No paraban de agitarse, siempre alerta, mirando hacia la puerta. ¿Cuántas veces podía decir que gracias a su vigilancia seguía sano y salvo? ¿Cuántas veces su simple fe en él había servido para que no se desalentara?

—No importa —dijo con lágrimas en los ojos—. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. —Había hablado en voz alta sin darse cuenta. Miró a los prapsis y vio que éstos le miraban a su vez con aprensión.

—Oh, ¿hacer el qué? Eric, ¿vas a decírnoslo?

—No puedo.

—¡Eric, dínoslo!

—Oh, ¡no puedo! ¡No puedo! —No podía soportarlo más y se bajó de la cama de un salto—. Estoy dispuesto —exclamó—. Ya he tomado una decisión. ¡Decidle a Gultrataca que quiero hablar con ella!

El mensaje fue enviado. Cuando Gultrataca entró en la celda, lo hizo con el aspecto más amable, considerado y respetuoso que jamás había visto en ella.

—No hemos sido capaces aún de encontrar a Raquel —comenzó a hablar a modo de disculpa.

Eric la interrumpió.

—Doy por sentado que mantendrás tu palabra. No aguanto seguir aquí más tiempo. Si vamos a ir a ese planeta prisión, vayamos ya.

—Las gridas están preparadas —dijo Gultrataca—. Te protegeré personalmente. No te pasará nada, te lo prometo.

Eric ni siquiera la miró.

—Espero que dispongas de un gran ejército.

—Me llevaré a la mayor parte de las gridas. ¿A qué distancia está?

—Muy lejos...

Gultrataca asintió con la cabeza.

—Lo que haces está bien, Eric.

—Sí —replicó con voz apagada—. Lo sé.

Gultrataca, temblorosa de emoción y recelo, dejó a Eric. ¿Lo había conseguido? Apenas se atrevía a preguntárselo a sí misma. Después de dar las últimas instrucciones a las líderes de clan para que acabaran de prepararse para la partida, se retiró a la soledad de su túnel. Un ejército entero estaba ya en camino con destino a la Tierra. Puesto que suponía tan seria amenaza para los niños, por lo menos ello mantendría ocupada la atención de algunos magos.

Pero ¿podría controlar al resto de los clanes? ¿La seguirían durante todo el trayecto hasta Orin Fen?

Mientras esperaba a que el ejército principal acabara de reunirse, Gultrataca fue a ver a Yemi por última vez. Para llegar hasta la Cámara de Evaluación, tenía que abrirse paso a través de cientos de criaturas de los túneles. La multitud de animales que siempre habían logrado hallar el camino hasta él obstruían prácticamente todas las entradas. Entre ellos se contaba un número cada vez mayor de letales huraks. Parecía como si todos los gatos azules en muchas millas a la redonda rondaran los túneles.

Decenas de fatigadas gridas se miraron entre sí cuando Gultrataca entró por el corredor. El mero hecho de mantener a Yemi encerrado en el interior de la cámara suponía un esfuerzo agotador. Si él se hubiera propuesto ponerlas de verdad a prueba, no habría habido clan de gridas capaz de durar más de unas pocas horas. Cuando se marchaban, siempre lo hacían desalentadas, con los hechizos de confinamiento que tantos años les había llevado perfeccionar despedazados por los suelos.

Cuando salió el relevo actual, Yemi siguió a las gridas hasta el corredor, hablándoles con tono bonachón. Al ver a Gultrataca se puso a caminar con naturalidad por el suelo, dedicándole su acostumbrada y candorosa sonrisa.

¡Aquella sonrisa irresistible! ¡Cuánto había llegado Gultrataca a detestarla!

—Empieza —dijo él.

—No —replicó ella—. Basta de juegos.

«Los has ganado todos —pensó—. Ya no tenemos nada con que atacarte».

Yemi llamó a uno de sus omnipresentes compañeros hurak. Saltó a lomos del mismo y se sirvió de sus orejas a modo de timón. El imponente animal, todo mansedumbre, se balanceaba a sus órdenes con aire soñador.

A aquellas alturas Gultrataca odiaba todo lo relacionado con Yemi. Y también le tenía miedo. Sólo un loco no temería algo a lo que no puede amedrentar. Miró su frágil y delicado cráneo, con ansias de morderlo... Sólo que, por supuesto, los huraks se lo habrían impedido. Y si ellos no podían, lo habría hecho la magia de Yemi. Y la magia de Yemi nunca fallaba.

Gultrataca había renunciado a toda esperanza de utilizar a Yemi como arma. Sabía que era sólo cuestión de tiempo que escapara. ¿Qué pasaría entonces? No había duda de que regresaría a la Tierra. Y al final los niños o los magos encontrarían el modo de extraer algo de su inconmensurable poder. No podía permitirlo. La única opción que le quedaba era matarle..., antes de que él mismo impidiera tal posibilidad.

¿Podía hacerlo ella? Los recursos de la propia Cámara de Evaluación eran formidables. Podía sumar un ataque combinado de sus gridas más competentes. Basándose en sus observaciones de Yemi, y en todo cuanto había aprendido durante una vida de luchas, Gultrataca estimaba que si un número ingente de gridas le atacaban a la vez, tal vez incluso Yemi pudiera no sobrevivir. Ella ya les había dado a los clanes una ventaja contra él. Yemi ya no podía transportarse. Había utilizado en secreto el contacto entre él y Jarius para limitar su poder. Grupos de refuerzo le esperaban fuera de la cámara.

Fola estaba junto a Yemi, vigilando a su hermano como siempre. Le cogió en brazos.

—¿Por qué no dejas que nos vayamos? ¿Por qué? —le preguntó con rabia a Gultrataca—. ¡Desearía que Yemi te hiciera daño! Ya se lo he dicho, pero ¡él no entiende lo que eres!

—Creo que pronto lo entenderá —dijo Gultrataca—. Cuando vea la cantidad de gridas que estoy reclutando contra él.

—¿Qué pretendes?

Fola miró a Yemi. Su sonrisa habitual había desaparecido. Con gestos rápidos, se dirigió hacia sus animales. Todos los que estaban en la cámara se apresuraron a rodearle.

Con inmensa satisfacción, Gultrataca contempló a Yemi. ¡Había borrado por fin aquella sonrisa de su rostro! Sus animales estaban frenéticos. Cuando Gultrataca abandonó la cámara y vio la insegura expresión de Yemi, dejó de sentir temor.

Por la tarde, los clanes comenzaron a congregarse en los puntos de partida designados. Una neblina pardo-anaranjada cubría el cielo sobre Tamretis y Gaflulex, mientras las gridas se elevaban por millones. Con el fin de ver partir a los clanes de Thun, Gultrataca voló hasta lo alto de la torre de vigilancia de Heebra. Hora tras hora los clanes fueron emergiendo de los túneles en dirección a las nubes. A Gultrataca le dio un vuelco el corazón al ver a las jóvenes gridas. Acataban las órdenes de nuevo. Ahora que veían la perspectiva de lanzarse al espacio, y tenían un motivo para sentir miedo, permanecían sin quejarse junto a las gridas mayores. La verdadera

disciplina reinaba por fin de nuevo entre los clanes.

Gultrataca sacó las garras con sumo orgullo. Un clan que pasaba en aquel momento le lanzó un áspero grito en reconocimiento de su autoridad. Otras gridas se unieron a ellas, una vez olvidada su inseguridad, y volaron dando majestuosos giros en honor de Gultrataca antes de partir. Ella también se uniría a ellas, pero no de inmediato. Primero le quedaba una cosa por hacer.

Gultrataca se abrió paso a la fuerza entre los animales hasta la Cámara de Evaluación. Cuando entró, Yemi alzó los ojos hacia ella, sin sonreír.

Miles de gridas habían rodeado la Cámara, todas con un único propósito.

—Tan pronto como hayan partido los clanes —les dijo Gultrataca—, matadle.

20

LIBERTAD



Raquel viajaba a una velocidad de vértigo, luchando por no perder el control mientras avanzaba por los túneles de las gridas que recorrían los cimientos de Thun.

Algunos túneles eran tan angostos que debía ponerse de perfil para poder seguir adelante; otros, reservados a los líderes del clan de más rango, se asemejaban a cavernas. No había un alma en ninguno. Ni una sola. Raquel percibía que, por encima de ella, sucedían cosas que necesitaba entender: una inmensa huida de vidas y de magia.

Saltó por encima de un agujero que había en el suelo de uno de los túneles y se detuvo.

—¡No! —le dijo el Essa—. Aún falta para llegar a Yemi.

—¡Espera! —Raquel se arrodilló. Del agujero subía un olor familiar. Por lo general, sus hechizos de conocimiento le habrían advertido mucho antes, pero el aroma era débil, tremendamente tenue—. Serpanta —murmuró.

Los Essa enmudecieron. Cuando Serpanta llegó por vez primera, en secreto, a los cielos de Ool, quisieron seguirlo por los aires, pero se movía con tanta velocidad que les fue imposible. Miraron por encima del hombro de Raquel, pestañeando en la oscuridad.

—Sé que Yemi nos necesita —dijo—, pero no abandonaré a Serpanta. Tenemos que ir en su busca.

Los Essa deliberaron durante un momento, al tiempo que algunos se asomaban tímidamente por el agujero.

—No está solo. Lo acompañan algunas gridas.

—Lo sé —repuso Raquel, mirando hacia abajo. El agujero tenía una profundidad superior a un kilómetro y medio. De él ascendía un olor a humedad.

—Crías —dijeron los Essa—. A eso huele. Ése es el olor de las crías. ¿Qué hace Serpanta ahí?

—No lo sé —respondió Raquel—. Bajaremos. —Se aproximó hasta el borde del agujero, y se sentó dejando que sus piernas colgaran en el vacío mientras se tranquilizaba—. Primero los pies —dijo.

Los Essa se agarraron a los cordones de sus zapatos o se colocaron en la puntera, dispuestos a enfrentarse a lo que les aguardara ahí afuera. Una vez a punto, exclamaron:

—¡Adelante! ¡Adelante!

—No os soltéis.

—No lo haremos —le prometieron.

Lentamente, sirviéndose de sus poderes a modo de freno, Raquel se deslizó por el agujero.

Tras un largo descenso, cayeron a un vertedero. Los Essa saltaron, en busca de cobijo. Ante sus ojos aparecieron los húmedos recintos de las cámaras de alumbramiento.

Raquel abrió las puertas.

Normalmente, millares de pequeñas y escandalosas gridas habrían salido a darles la bienvenida, los gritos incontenidos de una plétora de nuevas vidas. En su lugar, no había sino un escaso grupo de recién nacidas. Al ver a los extranjeros, los miraron con franca curiosidad, demasiado jóvenes para reconocer el peligro. Unas cuantas intentaban abrirse camino para salir del cascarón o, una vez ya fuera, caminaban tambaleándose sobre una superficie resbaladiza. En una esquina, un grupo de hermanas parecía estar jugando.

Pero no era ningún juego, advirtió inmediatamente Raquel. Aquellas crías estaban empapadas del aroma de Serpanta.

Corrió hacia allí acompañada de los Essa. Una de las crías siseó, y otra, encantada con aquel sonido, la imitó.

Con rabia, Raquel gritó:

—¡Alejaos de él!

Súbitamente, se invistió de un halo de poder, inconfundible incluso para unas recién nacidas, y éstas corrieron a esconderse en un túnel secundario.

Raquel y los Essa se quedaron solos con Serpanta.

Los labios del mago estaban cosidos con hilo encantado. Los Essa ayudaron a Raquel a descosérselos. Lo hicieron con suma delicadeza, pues no querían provocarle más heridas que las que ya le habían causado al coserlo. En el interior de su boca encontraron más hilo. Al extraer un último segmento que aprisionaba su lengua, Raquel respiró aliviada por haber dejado el camino libre para los antiguos hechizos de Serpanta.

«Está vivo —advirtió Raquel—. Está vivo».

Los Essa revolotearon entusiasmados alrededor de Serpanta, mientras aguardaban a regresar al interior de su cuerpo; pero temían que estuviera tan débil que pudieran hacerle daño al intentarlo.

Las facciones de Serpanta habían perdido su alegría interior. Su rostro, petrificado por los venenos y los hechizos de las gridas, había adquirido un tono grisáceo. Tenía los ojos cerrados, como también los puños, y los dedos estaban atados con hilo mágico. A medida que Raquel le quitaba el hilo, advirtió el aroma de los últimos ataques que había sufrido el mago. Provenían de las crías que acababa de alejar. Al final, Gultrataca se había limitado a dejar a Serpanta en un altar de piedra para que las recién nacidas practicasen con él.

Raquel se preguntaba si tendría valor para cargar con él. Le auscultó el pecho. El corazón le latía lenta e irregularmente. Había algo más que seguía con vida en su interior: en cuanto sintieron el tacto de Raquel, los hechizos de Serpanta supieron que ella estaba a su lado. Llevados por el júbilo, exclamaron: «¡Cúrale! ¡Ayúdanos! ¡Ayúdanos!».

Los Essa no esperaron a que Raquel terminara. Penetraron en la boca de Serpanta. El daño que le habían infligido era tal que no sabían por dónde empezar. Lentamente, sin perder la concentración, se pusieron manos a la obra, dejándose guiar por los hechizos de Serpanta. Al cabo de un momento, volvieron a salir.

—Ya lo puedes mover —dijeron a Raquel—, pero con cuidado.

El vestuario de color aguamarina de Serpanta estaba cubierto de suciedad. Raquel pasó un brazo por debajo del cuerpo del mago, preparándose para levantarlo a pulso. Ahogó un grito al comprobar lo liviano que era. Prácticamente, no pesaba nada. Parecía como si lo único que aún se mantuviera con vida fuera la grandeza de su arte.

¿Cómo debía moverlo? Presentía que no había más solución que cogerlo con ambos brazos, pero Raquel tenía que ser más práctica. Finalmente, se lo arrimó a la cintura, y así apoyado le resultó más sencillo sujetarlo con una mano.

—Tienes que usar ambas manos —dijeron los Essa—. Nosotros lo llevaremos. ¡Déjanos!

Raquel se disponía a confiarles a Serpanta cuando los Essa la detuvieron. Comenzaron a revolotear, chocando unos con otros.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —gritaban.

Raquel jamás había sentido nada parecido: hechizos, millares de ellos, por todas partes. Un ataque mortífero de las gridas. Estaba pasmada, y le costaba horrores ponerse en situación. No se trataba del ataque de una grida o de dos, o de una manada contra otra. Estaba rodeada por una concentración de hechizos de dimensiones inimaginables.

Todos los hechizos apuntaban a una sola persona.

Yemi.

Raquel lo percibió. La grandeza de su magia, que de súbito se había sumido en un estado de desesperación, latía como un generador rodeada por el aroma de las gridas, que se contaban por millares; eran demasiadas. Raquel apretó contra sí a Serpanta y salió de las cuevas de los nacimientos. No necesitaba recurrir a su magia para seguir el rastro de Yemi; tenía suficiente con los gritos de batalla de las gridas. La llevaban hacia arriba: Yemi intentaba huir.

—¡Aferraos a mí! —dijo Raquel a los Essa.

Sus hechizos de vuelo le concedieron la velocidad que necesitaba para recorrer aquellos sinuosos túneles. Conforme ascendía, esquivó a algunas gridas que luchaban por llegar hasta la superficie. Más arriba, los túneles que morían en la superficie estaban tan llenos de gridas que ni siquiera la magia de Raquel pudo dar con la manera de abrirse camino. Tuvo que frenar lo justo para que las gridas advirtieran su presencia y se volvieran.

—No intentes volar a través de ellas —sugirieron sus hechizos de información—. El camino más rápido no pasa por los túneles.

—¿Cuál es?

—Hacia arriba.

La roca que tenía por encima era dura, pero no lo suficiente como para resistir a su magia. La atravesó. Protegiendo la cabeza de Serpanta con sus manos, irrumpió en la superficie. Los Essa la siguieron. Nada más salir, el resplandor súbito de la luz les cegó momentáneamente.

Al instante, vieron a todas las gridas.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —tartamudearon algunos Essa en los labios de Raquel. Querían penetrar en ella, donde si llegaban a hierirla podrían serle de más utilidad. Raquel los dejó entrar en su boca, sin darse cuenta apenas del cosquilleo que le provocaban en la garganta. Los Essa restantes formaron una barrera frente a Raquel, jaleándose entre sí con bravos gritos de aliento.

Raquel oyó otra voz en un registro más grave. Era una voz humana, tenue, sorda: la de Yemi.

Los Essa lo buscaron atónitos. Raquel sabía dónde se encontraba. Arriba, en aquel cielo de un tono gris metálico. Era imposible ver a Yemi porque las gridas lo sepultaban. Centenares de ellas, en escuadrones bien organizados, se ensañaban con él.

Del suelo, llegaban ruidos. Cuando Raquel miró a sus pies, no pudo dar crédito a lo que veía. Las gridas trataban de salir de los túneles, pero fuera cual fuese el punto que escogieran para hacerlo, estaban sitiadas. Una manada de felinos inmensos, los huraks, había tomado posiciones alrededor de cada una de las salidas de los túneles. Cada vez que una grida asomaba la cabeza, los gatos azules se lanzaban contra ella, abriéndose camino por entre sus filas.

Un movimiento llamó la atención de Raquel; y al instante, otro más.

Sacudió la cabeza en un intento por comprender.

No sólo los huraks habían acudido en ayuda de Yemi. A su lado había roedores, y también insectos, que mordían las zarpas de las gridas, y conejos que trataban de confundirlas, y criaturas del barro, que habían cobrado vida desde las profundidades. Esas tímidas criaturas, que raras veces abandonaban la oscuridad de sus escondrijos, acudían a la llamada de Yemi por devoción. Ante el impacto de la luz, se abalanzaban contra las gridas. Las criaturas de Ool salían de las grietas, o asomaban la cabeza por entre la nieve, o descendían desde el aire. Los Essa habían llegado del sur, impulsados por el aliento del Detaclyver.

A pesar de este correctivo, las gridas seguían acosando a Yemi. Con los Essa colgando de sus mandíbulas, lo golpeaban una y otra vez, usando toda suerte de hechizos, y en acometidas largas y constantes, sin respiro.

Raquel remontó el vuelo hasta llegar a ellos. Cuando las gridas la advirtieron, dos clanes, unas cien gridas en total, se separaron del clan principal para enfrentarse a ella. Tras comprender finalmente cuál era su cometido, los Essa rescataron a Serpanta y se lo llevaron volando, hasta un lugar seguro.

Raquel no se detuvo a pensar. En cuanto Serpanta ya no estuvo en sus brazos, se abalanzó contra el gran clan que rodeaba a Yemi. Los asaltó con firmeza sirviéndose de todo cuanto su magia le ofrecía. Sin embargo, no pudo llegar hasta Yemi, por más que provocara un momento de incertidumbre.

Y con eso hubo suficiente. Yemi aprovechó la oportunidad y se liberó.

Majestuoso, se alzó sobre las gridas.

El corazón de Raquel latió con fuerza en cuanto vio emerger su cabeza y, luego, la camiseta de un naranja chillón y los bombachos. Con un brazo encogido, Yemi se deshizo de unas cuantas gridas jóvenes. Con el otro, continuó agarrando a Fola. Las gridas hacían que Yemi pareciera un enano, y no dejaban de acosarlo, al tiempo que intentaban separarlo de su hermana. Al principio, Raquel creyó que Yemi podría liberarse, pero al instante sus hechizos de información le revelaron las pocas fuerzas que le quedaban. Después de tantos ataques, incluso el extraordinario poder de Yemi empezaba a flaquear.

—¡Yemi! ¡Muévete! ¿Por qué no te mueves? —le gritó. Y acto seguido lo entendió: no podía—. ¡Acércate a mí! —siguió, y corrió hacia donde él se encontraba—. ¡Yemi! ¡Acércate a mí!

Y la oyó. A pesar de los chillidos de las gridas, Yemi oyó su voz. Volvió su mirada fría hacia ella y, al hacerlo, Raquel sintió un nuevo hechizo, un hechizo de protección. Yemi se lo enviaba.

Creyendo que ella necesitaba su ayuda, usaba la poca energía que le quedaba para protegerla.

—¡No! ¡No! —le gritó Raquel—. No... ¡Detente! ¡No es esto!

Yemi estaba confundido. Raquel se acercaba demasiado a las gridas. ¿Por qué motivo? ¿Por qué no huía? Intentaba disuadirla, al tiempo que seguía enviándole un hechizo que la protegiera.

—¡No, no lo hagas! ¡No! —exclamó Raquel—. ¡Yemi! —Un clan de gridas le lanzó una poderosa mezcla de hechizos que la hicieron retroceder, y a los que no habría sobrevivido de no haber sido por la ayuda de Yemi.

Pero el ataque había acabado con sus fuerzas. Yemi no podía mantener su escudo. Tenía que decidir si protegía a Raquel o a Fola. Pero no podía tomar esa decisión. Era demasiado importante.

Vaciló, y las gridas lo derrumbaron.

Con un rugido triunfante, tiraron de Yemi y lo sacudieron por el cielo. Dos jóvenes gridas aprovecharon la ocasión y cogieron a Fola, arrastrándola hasta llevarla con las gridas que estaban en tierra.

Yemi gritó, con voz débil. Sin llegar a creérselo, se miraba la mano con que había tenido cogida a Fola. Y acto seguido, se lanzó al rescate de su hermana. Sin deshacer el hechizo que protegía a Raquel, se abalanzó contra el clan de gridas que estaban en tierra. Los huraks intentaron llegar a él, pero les fue imposible. Raquel era presa de las gridas. Había tenido que reunir toda su fuerza para sobrevivir a los ataques. En el horizonte, un clan de jóvenes gridas casi había dado alcance a los cansados Essa, que transportaban a Serpanta.

Y Yemi resurgió. Cogiendo a Fola, y con varias gridas aferradas a sus piernas, se echó a volar. Sin embargo, el esfuerzo que tuvo que hacer para recuperar a su hermana había sido inhumano. Una sola embestida más, por pequeña que fuera, bastaría para acabar con sus defensas. La protección que había levantado alrededor de Raquel se derrumbó. Yemi le lanzó una mirada triste y susurró una disculpa. Miró a Fola y dejó escapar un suspiro. La besó al tiempo que en su rostro se dibujaba, lentamente, una expresión desesperada.

Y de súbito, el gesto de Yemi se endureció. Escrutó a las gridas y exclamó:

—Iro!

Se volvió. Miró hacia el sur. Luego en dirección a Detacliver.

Y de ahí llegó un sonido. Un sonido que ninguna grida que hubiera vivido en las ciudades de Ool había escuchado jamás.

En un acto de desesperación último, Yemi había invocado a los torbellinos.

Y ahí llegaban. Primero no fueron sino una sombra que se atisbaba al sur, en el horizonte, para convertirse luego en una nube de viento y polvo que borraba todo lo que encontraba a su paso. Por fin liberados después de tanto tiempo de esclavitud, los torbellinos destrozaron el hielo del mar de Prag, las llanuras nevadas se convirtieron en un ventisquero caótico, las defensas no podían hacer nada contra ellos, las gridas corrían y no hallaban el modo de escapar, los últimos cascotes de las atalayas se desmoronaban. Nada podía detener el avance de los torbellinos. Un grupo de jóvenes gridas, atizadas por la líder del clan, voló para enfrentarse a ellos y éstos las engulleron como si fueran las sobras de una comida.

Conforme los torbellinos se acercaban al corazón de Thun, las descompuestas falanges de gridas interrumpieron sus acometidas contra Raquel y Yemi. Aquellas que pudieron, huyeron

hacia los túneles.

Un torbellino majestuoso llegó el primero hasta Yemi. A medida que se acercaba más y más, fue deteniendo su marcha. Los vientos amainaron. Yemi bajó los brazos y él y Fola fueron arrastrados hasta el interior. En cuanto vieron que estaban a salvo, el resto de torbellinos pasaron a ocupar nuevas posiciones para dar caza a cualquier grida que se interpusiera en su camino. Yemi, sin decir una sola palabra, los invocó. Sacudió la cabeza. No.

Los torbellinos se detuvieron.

La mirada de preocupación de Yemi iba de un sitio a otro. Comprendía el peligro. Sabía que, en la maltrecha condición en que se encontraba, con millares de gridas sin más propósito que darle muerte, no podía arriesgarse a seguir más tiempo ahí. Pero eso significaba dejar atrás a sus amigos. Con los ojos invadidos por las lágrimas, los miró: los majestuosos torbellinos, los tímidos roedores, los insectos, seres negados para la magia, las criaturas del barro, a nadie le importaba nada lo más mínimo. Pensó en Jarius, y se preguntó qué más podría haber hecho por ella. En tierra, los fieles huraks levantaban el hocico. Tocados por la escarcha, no dejaban de aullar por él.

Porque quería comunicarle que no había sufrido heridas de gravedad, Raquel levantó una mano. Él sonrió y le devolvió el saludo. Fola asió la otra mano de su hermano. La levantó para que todos pudieran verla. Se hizo el silencio; todos sabían cuál iba a ser el siguiente paso.

Con un largo sollozo, Yemi ocultó su rostro en el vestido de Fola. Su torbellino ascendió, llevándose consigo las nubes de color rojizo que lo habían acompañado. Llegó a un punto en el espacio en el que ya no podía avanzar más. Se detuvo. Yemi fijó la vista en la oscuridad que rodeaba Ool. El hechizo de inmovilización de Gultrataca seguía surtiendo efecto. Aún no sabía cómo iba a hacerlo para conquistarla, pero no tardaría en dar con la manera. Hasta que llegara ese momento, podía volar. Nadie era capaz de imaginar la velocidad a la que Yemi podía volar. Ni siquiera él acertaba a comprenderlo totalmente. Cogiendo a Fola de la mano, puso rumbo hacia la frialdad de las estrellas.

Durante un instante, todos miraron cómo regresaba a la Tierra el poderoso torbellino. Los Essa, que se habían ocupado de mantener sano y salvo a Serpanta, pidieron a Raquel que se encargara de él mientras ellos se preocupaban por sus compañeros heridos en la pugna.

—¿Aún queda un atisbo de esperanza para nosotros? ¿Para Detaclyver? —preguntaron tímidamente.

—Sí. Mientras Yemi siga con vida, habrá esperanza —respondió Raquel.

Se volvió para echar un vistazo a lo que la rodeaba. Tras la batalla, Thun era la viva imagen de la desolación. La última atalaya que hasta entonces había seguido en pie, la de Heebra, ahora no era más que una montaña de escombros. Unos asombrosos vientos azotaban los cielos. Tanta era la nieve que había ascendido a los cielos tras el paso de los torbellinos, que las manadas de Essa volaban como si hubieran perdido el rumbo, sin saber muy bien qué camino tomar para regresar al mar de Prag. En tierra firme, los huraks deambulaban en pequeños grupos, caminando por la nieve lentamente. El torbellino que se había llevado a Yemi a su refugio del espacio se volvió solemnemente al llegar a un punto, como si no deseara marcharse.

Había gridas por todas partes. Aturdidas aún por el impacto de los torbellinos, surcaban frenéticamente los cielos o vagaban por la nieve, buscando a los miembros perdidos de sus clanes.

Al observarlas, Raquel sintió que algo iba mal. Envió sus hechizos de información más allá de Thun, a las ciudades de Gaffilex y de Tamretis.

—Se han ido —dijo—. Todas las gridas se han marchado. Aquello que ya había sentido con anterioridad... Estas gridas son las únicas de Ool.

¿Eric? Se estremeció mientras intentaba localizar su olor, no el mágico, sino el humano, o el sonido de los latidos de su corazón. Habían desaparecido. Sin necesidad de que se lo pidiera, los hechizos de información de Raquel pusieron todo su empeño en dar con algún rastro de señales mágicas de los prapsis. No lo hubo. Intentaron ocultar esas malas noticias a Raquel, pero ella los conocía perfectamente. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, mojando a los Essa.

—¿Dónde..., dónde se han marchado las gridas? —murmuró.

—A tu mundo —respondió un Essa, recogiendo las lágrimas—. Eso creemos. Eso han oído algunos Essa en los túneles. Las gridas lo han contado.

Raquel miró al cielo.

—Tengo que regresar a casa —dijo—. Debo advertirles de lo que se avecina.

—Te acompañaremos —determinaron los Essa—. Detaclyver nos lo ha pedido, pero lo habríamos decidido así aunque no lo hubiera hecho. No hay vuelta de hoja.

—No —respondió Raquel—. Ya habéis hecho suficiente. Yo...

—¡No hemos hecho suficiente! ¡No hemos hecho suficiente! —Las voces de los Essa resonaban bruscas—. ¡Llévanos! —Se agarraron a su ropa, y Raquel optó por no discutir con ellos al advertir con qué firmeza lo habían dicho.

Las gridas habían empezado a recomponer sus clanes. Raquel no perdió ni un segundo más. Salió volando con los Essa camino de las nubes. Sin embargo, antes de hacerlo, contuvo la respiración un instante, pues algo hermoso sucedía al sur: los torbellinos se habían puesto en marcha. A toda velocidad, Raquel vio como los primeros llegaban a Detaclyver y merodeaban por su cuerpo con una alegría apenas disimulada.

«Pase lo que pase —pensó Raquel—, Ool jamás volverá a ser como antes». Se volvió, y lágrimas de felicidad y de pena se mezclaron en su mirada y en su corazón.

—¡Oh, Eric! —susurró—. ¿Dónde estás?

21

LA PARTIDA



Con ayuda de las indicaciones de Eric, Gultrataca condujo al grueso del ejército en dirección a Orin Fen. Era la fuerza más impresionante de gridas que se hubiera reunido jamás. Gultrataca no era siquiera capaz de apreciarla en toda su extensión, oleada tras oleada, clan sobre clan: millones de gridas abriéndose camino a través del perpetuo ocaso espacial.

Tan sólo un limitado número de gridas podían transportarse, de modo que Gultrataca tenía que contentarse con la menor rapidez de los hechizos de vuelo. Pero tampoco podía decirse que volaran con lentitud, pues aquellas que flaqueaban y no podían mantenerse a la velocidad de las demás, eran abandonadas. Había gridas que se desorientaban entre el laberinto de estrellas. También éstas quedaban rezagadas y eran abandonadas. Tal pérdida resultaba insignificante dada la enormidad del ejército.

Y todos los clanes comprendían que no había camino de vuelta posible a Ool... Era imposible regresar subrepticamente a la comodidad de los túneles.

Entre las gridas jóvenes y las adultas se producían constantes fricciones. Tan pronto como se familiarizaron con las peculiaridades del espacio, las jóvenes comenzaron de nuevo a mofarse de la autoridad de las líderes de clan. Se mostraban alborotadoras, sobreexcitables, llenas de agresividad. Gultrataca toleraba tal indisciplina, pues sabía que necesitaría de toda su energía si quería tener alguna oportunidad de derrotar a los magos. Las líderes de clan a duras penas mantenían el orden. Con frecuencia eran las gridas adultas las que necesitaban de mayor ayuda. Muchas de ellas nunca habían llegado a disfrutar del hecho de volar, y lo que ahora se les pedía era un esfuerzo sin tregua, hasta la extenuación.

Había no obstante una grida que parecía lo suficientemente tranquila, alguien que se había invitado a sí misma: Jarius. Al principio, Gultrataca había rehusado su petición, realizada en el último minuto, pero justo antes de la partida cambió de idea. No había crimen más imperdonable entre las gridas que el de volverse en contra de sus propias compañeras de clan. Gultrataca quería a Jarius en la primera línea de las tropas de asalto. Si se negaba a luchar, o lo hacía de forma incompetente, sus hermanas de clan la matarían. Era lo justo. Gultrataca advertía que Jarius no parecía preocuparse por su integridad. No prestaba la menor atención a las gridas más próximas a ella, ni siquiera cuando la mordían. Parecía más bien preocupada por alguien ajeno a ella: no apartaba los ojos de Eric.

¡Eric! ¡El enigmático Eric!

¿Qué cabía esperar de él?, se preguntaba Gultrataca. Le indicaba el camino hacia Orin Fen sin

la menor queja, pero en cambio apenas le proporcionaba información. Durante el viaje ella volvió a mentirle acerca del mundo prisión de las gridas, y Eric pareció darse por satisfecho, aunque no volvió a hacer preguntas sobre el tema. Tal vez en realidad no la creyera. A Gultrataca le inquietaba un poco aquel asunto, pero no disponía de tiempo suficiente para preocuparse. Todos sus esfuerzos estaban acaparados por mantener la marcha del ejército. No había lugares de descanso, ni rocas donde ocultarse. Las gridas proseguían su marcha. Unas veces amenazando, otras halagando a las líderes de clan, conseguía mantenerlas en movimiento a través de las constelaciones.

Eric dijo por fin:

—Estamos aproximándonos.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gultrataca.

Él levantó la mirada hacia ella.

—¿No eres capaz de percibirlo?

—No. No poseo tus dotes, Eric.

Sostuvo unos segundos la mirada, y luego se volvió hacia los prapsis, antes de sumirse una vez más en su acostumbrado silencio.

Gultrataca transmitió la nueva información a las líderes de clan. El corazón le latía con fuerza al pensar en la gran rueda de acontecimientos que había desencadenado. ¿Qué oposición encontrarían en el mundo de los magos? Larpskendya atesoraba un poder asombroso, y había otros con una fuerza similar, como Serpanta. Era impresionante cómo aquel mago se le había resistido durante tanto tiempo, ninguna grida habría sido capaz de algo así.

¿Cuántos más como Serpanta habría en Orin Fen?

Pero no cabía otra elección que la de seguir adelante. Si había algo que podía mantener juntos a los fragmentados clanes de las gridas, no podía ser otra cosa que la persecución de algo tan grande como aquello. Y también existía una razón personal. Tenía a Jarius junto a ella. Gultrataca se sentía renacer, todos sus instintos la llevaban hacia la sangre y la claridad de la batalla.

Pero todo, todo dependía de Eric.

¿Qué más podía hacer para que se sintiera a gusto? A veces, lo rodeaba con sus brazos, de la misma extraña manera que había visto que Fola lo hacía con Yemi. Dejaba que descansara. Él parecía no tener ganas de hablar en absoluto, de modo que ella pocas veces lo hacía. No le era posible imitar de forma fidedigna las figuras paternas de la Tierra, pero de vez en cuando le susurraba a Eric tonterías al oído, con la misma intimidad con la que había visto que Fola se hacía con Yemi.

El viaje era largo, y durante el mismo Gultrataca trató de que Eric se sintiera seguro. Dejaba que se recostara contra su cuerpo. No le dirigió amenaza alguna. Le hablaba con amabilidad. A veces le revolvía su cabello rubio. Se trataba de un gesto muy especial, difícil de realizar sin dañarle la piel del cráneo, pero a Eric parecía gustarle..., por lo menos no le dijo que dejara de hacérselo. E incluso había llegado a soportar a los prapsis. Cada vez que sus redondeadas caras asomaban por la camisa de Eric, le entraban ganas de morderlos. Pero se reprimía. Y cuando le escupían, ella se reía.

Los hábitos alimenticios de Eric requerían de una atención especial. Cuando le daba de comer,

no le proporcionaba los alimentos vivos o crudos que consumían sus gridas, sino que los preparaba como a él le gustaba: calientes y desmenuzados en porciones irreconocibles, de manera que él no supiera de qué animales procedían. ¡Cuántas cosas decía este mero hecho acerca de aquellos seres humanos!

Con todo, cuando el ejército efectuó un brusco viraje para evitar el poderoso campo gravitatorio de un sol rojo gigante, a Gultrataca le habría gustado poder penetrar en la mente de Eric y leer sus pensamientos. No parecía afectarle ninguna preocupación en especial. De vez en cuando preguntaba por su hermana, con una comprensible inquietud. Pero en general se limitaba a señalar el camino. Un comportamiento de por sí cooperante, sólo que, ¿podía confiar en él? No. Porque le ocultaba cosas. No le describía el camino, simplemente se lo señalaba. También había intentado que los prapsis dejaran de insultarla, pero esto sólo demostraba que él no se fiaba de que ella no tratara de hacerles daño. Nada de esto tenía importancia. Seguiría animándole y conservándolo a su alcance. No respiraría sin que ella lo supiera.

—¿Cuánto falta? —le preguntaba de vez en cuando mientras volaban.

—Nos vamos acercando —era su respuesta habitual.

Ella trataba de sonreírle como si se preocupara por él.

Gultrataca se daba cuenta de que era posible que Eric hubiera concebido un plan por cuenta propia... Alguna idea simple. No lo subestimaba. Sabía lo devastador que podía ser su poder en las distancias cortas. Cuando llegaran a Orin Fen y él descubriera que se trataba del mundo de los magos, ¿quién sabe lo que podría intentar? Tal vez incluso tratara de matarla. Con tal de que los magos fueran destruidos y sobreviviera parte de su clan, Gultrataca podría aceptarlo, aunque sería una pena perderse la batalla. No obstante, no tenía la intención de sacrificar su vida así como así. Si él tenía planeado algo que pudiera ponerla en dificultades, estaría preparada. Cuando el ejército llegara a su destino, también ella tenía sus propios planes con respecto a Eric.

Eric se arrebuja contra Gultrataca, fingiendo que le era soportable su contacto.

Ella lo acunaba con la dulzura de una prensa mecánica.

Pero bueno, y qué: él podía resistirlo. Resistía las espinosas caricias de sus garras contra su cabeza. Se pegaba a ella, haciendo como que le resultaba agradable, y en cierto modo lo era, pues le permitía sustraerse al repulsivo espectáculo del ejército de gridas. Se quejaba un poco del viaje, no mucho, lo suficiente para demostrar que no ocultaba sus sentimientos. De vez en cuando hasta le preguntaba por Raquel. Le resultaba muy doloroso hacerlo, pero sin duda habría parecido extraño no preguntar por ella. Le demostraba a Gultrataca que seguía aferrándose a sus promesas, como un niño asustado.

«¿Soy un niño asustado?», se preguntaba.

«Sí —pensaba—. Lo soy». Y estaba bien serlo, además. Estaba bien asustarse en tanto ello no le impidiera hacer lo que tenía que hacer.

Cuando pasaron junto a otro grupo de estrellas, uno de los prapsis dijo:

—Eric, tienes el gesto torcido. Retorcido. ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo Eric, colocándolos a la altura de su pecho—. Nada en absoluto.

—¿Tienes frío, Eric?

—Creía que os había dicho a los dos que no me dijerais nada. Sabéis de sobra que estoy muy

ocupado. Tengo que pensar intensamente, chicos. No me interrumpáis.

—Ya lo sabemos, pero ¿tienes frío, Eric?

—No. —Guardaron silencio de nuevo—. ¿Y vosotros?

—Sí, nosotros sí.

Eric se inclinó hacia ellos y comprobó que ninguno de los prapsis estaba frío. Lo habían dicho sólo para que les prestara atención.

—¿Qué está imaginando ahora tu cerebro? —susurró uno de ellos.

—Nada de nada —dijo Eric—. No me preguntéis nada más, ¿vale?

—¿Por qué, Eric? ¿Por qué no podemos preguntar?

—¡Chist! Callad ya, chicos. Estoy pensando.

—¿En qué estás pensando?

«Me gustaría poder decíroslo —pensó Eric—. ¡Oh, cómo me gustaría poder compartir todos mis pensamientos con vosotros!». Por supuesto que podía confiar en que los prapsis le guardaran cualquier secreto, pero si Gultratata le escuchaba mientras se lo decía o sospechaba algo, quién sabe lo que sería capaz de hacerles.

Viendo que era imposible mirar a los prapsis sin que le hicieran perder la concentración, Eric apartó la vista de ellos y trató de endurecer su corazón. Cuando llegara el momento de actuar, tenía que ser capaz de hacerlo con frialdad clínica. De forma que se puso a practicar a ver si era capaz de ignorar a los prapsis. Pero el nervioso silencio que siguió no hizo sino empeorar las cosas. Sólo podía sentir sus perplejos ojos clavados en él. En determinado momento, después de un rato particularmente largo de silencio, no pudo aguantar más.

—Menuda estupidez la que hicisteis —dijo.

—¿El qué, Eric? ¿De qué estupidez hablas?

—Cuando nos hallábamos en la celda. Cuando tratasteis de atraer a todos aquellos animales y brujas para que os atacaran a vosotros en lugar de a mí. El quedaros allí. El quedaros allí en lugar de huir, cuando tuvisteis la oportunidad. Os dije que os fuerais. Una estupidez. Una verdadera estupidez. Ahora estaríais libres, escondidos a salvo en algún sitio con los Essa.

—Lo hicimos por ti, Eric.

—Pues pudiendo escapar fue una estupidez, eso es todo.

—No queríamos escapar. No sin ti.

Eric no dijo nada durante un rato. Hasta que, con la más dulce de las voces, dijo:

—Estoy tan orgulloso de vosotros.

Los dos niños-pájaro le acariciaron con el hocico, y Eric se sorprendió añadiendo algo que no tenía intención de decir. Tenía que desapegarse prudencialmente de ellos, debido a lo que muy pronto tendría que hacer.

—No me dejéis nunca más —dijo.

—Nunca, Eric. Siempre estaremos contigo.

Eric apartó la vista y cerró los ojos, intentando en vano alejar a los prapsis de su mente. Para conseguirlo, se concentró de nuevo en Gultratata, quien obviamente recelaba de su comportamiento. ¿Qué pasaría si su recelo la llevaba a decidir que no seguiría con él el resto del camino? ¿Y si lo mataba antes de que llegaran?

Pero ¡qué locura! ¡Tratar de imaginar qué era lo que podía hacer que Gultrataca se sintiera satisfecha!

No obstante, a medida que avanzaba el viaje resultaba más fácil tratar con Gultrataca. Eric fue comprendiendo poco a poco que de nada servía comportarse como un buen chico con ella. Lo único que le preocupaba de verdad era llegar al nuevo mundo. Así que él la contentaba con eso, indicándole el camino. Y cada vez estaba más seguro de que estaría a salvo al menos hasta que llegaran.

No debía cometer ningún error, pensó, ahora que estaban tan cerca. Casi habían llegado al mundo prisión, o lo que fuera. De él rezumaban los mismos extraños rastros que los que se desprendían de las gridas y las Brujas Superiores, sin nada especial. No le dijo nada a Gultrataca. Aquellos rastros eran invisibles para cualquiera salvo para él. De vez en cuando enviaba sus hábiles detectores hacia la Tierra. Conocía perfectamente el segundo ejército de gridas que se dirigía hacia allí, por supuesto, ¡cómo habría podido no percibir tan enorme efluvio de magia! Pero apreciaba también otro olor, una sorpresa maravillosa, que él conocía bien: el olor de Yemi, que se dirigía a casa a una velocidad milagrosa.

Eric se sintió mejor al saberlo.

Cuando no podía resistir más el ir recostado contra Gultrataca, o el no mirar a los prapsis, o el no pensar en lo que se avecinaba, Eric lanzaba una ojeada al ejército de gridas. Por extraño que le resultara, le parecía contar con una amiga en medio de aquella multitud de cuerpos salvajes. No sabía quién era, pero cada vez que miraba en dirección a cierta grida, ésta le devolvía la mirada. Ahora que la examinaba con detenimiento, advirtió una expresión curiosa. Si jamás pudiera darse el caso de que el rostro de una grida fuera capaz de expresar afecto, tal vez él estuviera viéndolo en aquel momento.

Eric apartó la mirada de ella. Probablemente no se tratara en modo alguno de una expresión de afecto... ¡sino tan sólo de sus propios deseos! En cualquier caso, tenía que alejar de su mente también a aquella sorprendente grida. Cuando tuviera que lanzar su hechizo de antimagia sobre todas las gridas, no podría excluirla. En tanto que grida, tendría que sufrir el mismo destino que todas las demás.

Mentalmente, Eric incluyó el ejército entero de gridas para su destrucción.

«El destructor de hechizos —se dijo—. Eso es lo que soy. El destruye-hechizos». Trataba de sentirse a gusto con la idea. Pero aunque no podía, ello no le impedía representarse en la mente una y otra vez lo que haría.

Gultrataca interrumpió sus pensamientos.

—¿Ya estamos llegando? —preguntó una vez más.

—Estamos cerca —le dijo Eric.

—Entonces ya podemos liberar a nuestras gridas —repuso ella—. Hace muchas generaciones que hablamos con ellas. No voy a pedirte nada más, Eric. Y mantendré mis otras promesas. Te traeré a Raquel sana y salva, si puedo. Os dejaré regresar a la Tierra. Ocuparéis un lugar de honor en nuestros recuerdos, y no lucharemos contra los niños de vuestro mundo. Será el final de las luchas. —Hizo una pausa—. Te estoy agradecida por todo lo que estás haciendo. Todas lo estamos.

—Gracias —dijo Eric con aspereza.

LA PREPARACIÓN DE LOS CENTINELAS



Con Serpanta seguro en sus brazos, Raquel partió con la intención de alcanzar a las gridas que se dirigían hacia la Tierra. Cansada tras la batalla por Yemi, nunca había necesitado hacer acopio de tanta fe para desplegar sus hechizos de vuelo. Poco a poco fue acercándose al ejército de gridas. Las superó dando un gran rodeo y durante un trecho voló por delante de ellas a distancia suficiente como para imaginar que ella, Serpanta y los Essa eran los únicos que cruzaban la oscuridad interestelar. Pero al final sus hechizos de vuelo comenzaron a flaquear. El tener que acarrear con Serpanta los había agotado más de lo que habrían estado dispuestos a admitir.

—Ya estamos cerca de casa —murmuró Raquel, instándolos a seguir adelante.

—Sí —dijeron ellos, dispuestos a darle lo que ya no tenían.

Mientras Raquel se debatía, Serpanta permanecía silencioso entre sus brazos. Ninguno de los componentes de las formidables fuerzas de los magos había regresado, pero los Essa habían obrado sin descanso en su interior, y era capaz de volver a pensar. Pensaba en Raquel. Percibiendo su agotamiento, interrogó en secreto a los Essa y sopesó la distancia a la Tierra.

Demasiado lejos. Las gridas alcanzarían a Raquel antes de que ésta pudiera completar el viaje..., a no ser que él la ayudara.

El mago abrió sus ojos multicolores.

—Hola, valiente.

Una inmensa alegría invadió a Raquel.

—Estás..., ¡estás despierto! —gritó abrazándole, para aflojar de inmediato los brazos por temor a lastimarlo—. ¡Oh, Serpanta!

Él la miró con ternura.

—Qué ingratitud por mi parte el haberte traído de regreso —dijo—. Sin nada que ofrecer a cambio.

—¡Qué importa eso! —exclamó Raquel—. ¡No seas tonto! ¡No tiene ninguna importancia! ¡Lo único que importa es que ya estás mejor! ¿Quieres algo? ¿Qué necesitas?

—Ya me has dado mucho —contestó Serpanta—. Pero sí que tengo algo más que pedirte.

—¡Lo que sea!

—Necesito que me dejes, Raquel. No podrás llegar a tiempo a la Tierra si no me dejas.

—¿Cómo? No, te equivocas —dijo Raquel.

—Es verdad, Raquel. Lo sabes muy bien. Tus propios hechizos así lo han estado diciendo, mientras tú los ignorabas.

Raquel miraba sin inmutarse al frente, a un lado y a otro, a todas partes salvo a Serpanta. Podía sentir los ardientes ojos de él clavados en los suyos.

—¡No puedo! —gimió—. ¡No puedo dejarte aquí! ¡No lo haré!

—¡Tienes que hacerlo! —gritó esta vez Serpanta, al límite de su voz—. Raquel, puede que todo dependa de que tú llegues a tiempo a la Tierra para dar la voz de alarma. ¿Acaso quieres que las gridas lleguen hasta tu casa y maten a tu madre y a tu padre?

Pero Raquel también sabía que no habría salvación para Serpanta. Las gridas lo despedazarían en cuanto lo encontraran. Antes de que eso ocurriera sería preferible matarlo con dulzura, en aquel mismo momento.

Raquel lo miró mientras sentía como se reunían sus hechizos de muerte.

Serpanta también los percibió... y no rehusó.

—Utilízalos —dijo.

Raquel pensó en mamá y papá. Pensó en todos los habitantes de la vulnerable Tierra. Pensó que si no quería poner en peligro el equilibrio de la vida de todos ellos sólo había una cosa que hacer.

Era lo que debía hacer. Serpanta lo sabía y ella también.

—Es lo correcto —susurró Serpanta—. Puedes hacerlo. Está bien, Raquel. Es lo correcto.

Los hechizos de muerte de Raquel estaban fuera de sí, le retumbaban en la mente. Miró a Serpanta.

—Voy a demostraros algo a ti y a mis hechizos de muerte. —Abrazando con mayor firmeza a Serpanta, prosiguió su vuelo hacia casa.

—¡Raquel, déjame!

—No —dijo ella con suavidad mientras le acariciaba el rostro—. No será de este modo.

Ignoró a sus hechizos de muerte y apretó a Serpanta con más fuerza.

Él trató de desasirse, pero ella se lo impidió. Confiando plenamente en los hechizos de vuelo, se dirigió hacia la Tierra.

El ejército de gridas iba acercándose paulatinamente. La vanguardia era ya visible, y ellas la avistaron. Raquel no tenía fuerzas ya para volar más rápido.

—¡Ayudadme! —les gritó a los Essa.

—¡Lo hacemos! ¡Lo hacemos! ¡Sigue volando, Raquel!

Sin que ésta lo advirtiera, los Essa llevaban mucho rato fortaleciendo su magia, hurtando de sus propias fuerzas para darle a ella un poco más.

Raquel apenas era capaz de seguir manteniéndose por delante de las gridas. Pasó una hora, y algo más. El borde del sistema solar apareció a la vista. Raquel sobrepasó Plutón. Atravesó la órbita de Neptuno. ¿Eran sus hechizos de vuelo los que la trasladaban todavía? ¿O era ella la que los arrostraba moribundos por entre los planetas? Quedó atrás Júpiter. Los anillos de Saturno. Marte.

Allí estaba. La Tierra, con su hermoso azul pastel, aunque ella no podría alcanzarla a tiempo.

Los Essa se dieron cuenta. Habían permanecido todo el viaje en silencio, orientando todos sus esfuerzos para fortalecer la magia de Raquel. Ahora, alentándose unos a otros, se volvieron para encararse a las gridas que encabezaban la marcha. Si aquél era el fin de Raquel, ellos estarían con

ella cuando exhalara su último aliento, expresándole su devoción al oído.

Era el fin. Pero entonces una voz apenas perceptible dijo que no lo era.

Raquel sintió como unos nuevos hechizos fortalecían los suyos.

—Estoy aquí —dijo la voz—. Estoy aquí, Raquel. Aquí.

Raquel percibió una llegada, seguida del sol a sus espaldas..., un sol cálido. Tiró de ella una brisa, portadora de olores de niños. Agarrada a su cintura, con el fino cabello blanco ondeante por la brisa, había una muchacha de su edad. —¡Heiki! —susurró Raquel.

Durante un trecho, Raquel permaneció unida a su amiga mientras seguía sosteniendo a Serpanta. Finalmente, Heiki consiguió desasirle una mano.

—Le tengo —dijo—. Raquel, suéltalo. Abre los dedos. Puedes soltarlo.

Raquel había llevado a Serpanta durante tanto tiempo que le parecía que estaba mal no sostener su vida entre sus brazos. Permitted que Heiki lo cogiera, con una exclamación de alivio.

—Yemi ha vuelto —le dijo Heiki—. ¡Y ahora tú también has vuelto! De verdad que creo que tenemos una oportunidad. ¡Oh, debemos tenerla! ¡Es preciso que la tengamos!

—Las gridas... —comenzó a decir Raquel.

—Lo sé. Muy pronto estarán aquí. Albertus y los demás espectros han venido siguiéndolas.

Raquel trataba de orientarse. Heiki los había llevado a ella y a Serpanta hasta un cielo desconocido sobre un campo ondulado. Un equipo de niños centinelas se mantenía en guardia por encima de ellas, bañados por los últimos resplandores del sol de la tarde. Asustados por la luminosidad, los Essa se acurrucaron bajo las orejas de Raquel. Ella los cubrió con sus cabellos para que tuvieran tiempo de aclimatarse.

—¡Eh! —dijo Heiki dando un salto hacia atrás—. ¿Quiénes son esos?

Raquel se había acostumbrado de tal modo a los Essa que apenas notaba el contacto sobre su piel.

—Son mis guardianes —respondió—. Y mis consejeros. Mis ojos extra. —Se rió—. Una especie de enfermeros. Y mis compañeros. Mis amigos.

Heiki los examinaba fascinada, pero cuando trató de tocarlos, los Essa retrocedieron.

—Primero tendrás que ganarte su respeto —dijo Raquel.

—Con la llegada de las gridas, me parece que voy a tener una buena oportunidad para hacerlo —repuso Heiki.

Serpanta había recobrado fuerzas suficientes como para poder mantenerse en el aire sin necesidad de ayuda.

—¿Larpskendya? —preguntó.

Heiki sacudió la cabeza.

—No sabemos nada. Y... ¿Eric?

—No estamos seguros. Creemos que se encuentra con un ejército aún mayor —dijo Serpanta—. El número de gridas que está a punto de llegar a la Tierra es alarmante, pero si Gultrataca quisiera de verdad destruirnos a todos, el número sería mucho mayor aún. Debe de tratarse de un señuelo. Debe de tener ambiciones mayores en otra parte. —Hizo una pausa—. Lo cierto es que si Gultrataca se ha llevado a Eric consigo, sólo se me ocurre un lugar adonde las demás gridas puedan haberse dirigido.

—¿Adonde?

—A Orin Fen.

Un chico había descendido hasta ellos: Albertus Robertson. Su rostro se distendió de alivio al ver a Raquel, pero sólo por un instante.

—Las gridas están desplegándose en círculos por encima de las principales poblaciones del mundo —informó. Su cabeza se estremecía a medida que los espectros le notificaban los últimos acontecimientos—. Pekín, El Cairo, Nueva York, Calcuta, Sao Paulo... Como había sido previsto, las gridas pretenden apresar la mayor cantidad posible de niños en un único e irrefrenable ataque.

—Estén donde estén, saldremos a su encuentro y lucharemos —dijo Heiki.

Raquel la miró con fijeza...

—¿Qué? No puedes enviar niños a luchar contra las gridas.

—No vamos a dejar que las gridas nos despedacen, Raquel. ¡Tenemos que defendernos! ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Heiki, tú no has visto la cantidad de gridas que han venido.

—Bueno, pero tampoco ellas han visto todos los que somos —concluyó Heiki—. Compruébalo por ti misma.

Los niños llegaban de todas las direcciones. Raquel se dio cuenta de que se trataba de los equipos de élite: los centinelas, todos ellos expertos voladores. Varias unidades permanecían alineadas en formación, esperando nuevas órdenes.

—No serán suficientes —dijo Raquel—. No me cabe duda de que te das cuenta...

—Vienen más —aseguró Heiki.

Por detrás de los centinelas habían empezado a llegar más niños. Los ladrones volaban en paralelo con los buscadores de rayos. Se aproximaban buceadores de las profundidades, todavía chorreantes. Bandas urbanas rivales acudían juntas. Había precipitantes y otras especies temerarias. Niños que empezaban a caminar venían también integrando grupos mayores. Algunos habían sido reclutados de improviso y se restregaban todavía los ojos de sueño, o se ayudaban a ponerse los abrigos y otras prendas de ropa.

Y tras estos niños llegaban sin aliento otros grupos: hermanos y hermanas, pequeñas unidades familiares, cogidos entre sí. Procedían de todas las ciudades y pueblos de aquella parte del mundo. Ninguno de ellos volaba con la pericia de los centinelas, pero ello no les arredraba. Si eran capaces de sostenerse en el aire, de una u otra forma conseguían llegar.

Un tipo de niños parecía menos temeroso que el resto, o quizá disimulaban mejor su temor. Estos niños eran demasiado valiosos para estar con los demás. Las unidades mayores de centinelas conseguían reclutar a uno de ellos si tenían suerte: un espectro.

Raquel los observaba llegar y advirtió una cosa: cada vez que algún niño la veía a ella o a Serpanta, su asustado rostro se iluminaba, como transformado.

—Creen..., creen que nosotros somos superiores —dijo.

—Se equivocan —repuso Serpanta—. En este momento sólo hay una persona que sería superior. Tenemos que encontrar a Yemi tan pronto como podamos. Raquel..., llévame tú. Yo aún no tengo suficiente fuerza.

—¡Espera! —Heiki retuvo a Raquel—. ¡Ya lo hemos intentado! Yemi no os escuchará. Se

comporta de un modo muy extraño, no hace casode nadie. No hace más que sobrevolar el cielo rodeado de animales. No te vayas, Raquel..., ¡por favor! Necesitamos conocer todo lo que tú has conseguido saber acerca de las gridas. Sus estrategias. Sus modos de desplegarse, cómo luchan. Qué tipo de hechizos les favorecen. Qué...

—¿No lo comprendes? —Raquel le agarró por el brazo—. ¡Los niños no pueden derrotar a todas esas gridas! Ni siquiera sus hijos dejan de luchar ni un solo momento. Yo las he visto. No se rinden jamás, ¡y no les importará cuántas de ellas mueran!

—¡Al menos tenemos que intentarlo! —exclamó Heiki—. ¿Acaso no van a matarnos de todos modos? ¿Es que vamos a ponérselo tan fácil? ¡Yo no pienso quedarme sentada! Raquel, dependo de ti por completo. Si pudieras unirte a aquel equipo de allí, ellos necesitan...

—No —la interrumpió Albertus Robertson—. Los espectros están de acuerdo con Raquel. Hasta ahora hemos sido capaces de vigilar a las gridas de cerca. Unos pocos centinelas podrían aguantar un tiempo, pero todos los demás niños sucumbirían de inmediato. Esperad... —Hizo un gesto brusco con la cabeza—. Las primeras gridas han penetrado en nuestra atmósfera.

—¿Por dónde? —preguntó Heiki.

—Por todas partes.

Las unidades de centinelas que estaban por encima de Heiki demandaban instrucciones precisas, tras haber sido informadas de las mismas noticias por sus propios espectros.

—La concentración mayor está situada sobre la península asiática —dijo Albertus—. Sobre el Huang Hai, el río Amarillo: entre China oriental y Corea. El mismo lugar —añadió— donde está localizado Yemi.

—Las gridas comprenden que Yemi sigue constituyendo su principal amenaza —intervino Serpanta.

Raquel se elevó llevándose a Serpanta. Sus hechizos de información le señalaban el camino más rápido hacia Yemi.

—Un momento —le dijo Albertus—. Puesto que no podemos ganar esta batalla, deberíamos negociar. Tenemos muchas cosas que ofrecer: animales y otros alimentos; metales en bruto y refinados; nuestra lealtad, por lo menos fingida, y...

—A las gridas no les interesará nada de todo eso —aseguró Raquel—. Ellas sólo querrán luchar.

Albertus Robertson parpadeó, buscando alternativas entre los demás espectros.

—En este momento no hay una opción mejor —dijo—. Así que intentaremos negociar.

—No funcionará, Albertus. No vayas. ¡Esas gridas no han venido hasta aquí para hablar!

—Aun así, serviría para distraerlas aunque fuera por breve tiempo. Podríamos posponer el ataque principal, lo que os daría tiempo a ti y a Serpanta para idear una nueva estrategia con Yemi.

Albertus sonrió, mientras con sus labios rozaba los de Raquel. Entonces, antes de que ésta pudiera decir nada, sus buscadoras de emociones lo elevaron hacia el cielo al encuentro de las gridas. Al ver a aquellas dos chicas llevárselo con tal resolución, Raquel comprendió al fin por qué, de entre todos los niños, los espectros elegían por compañeros a exploradores de peligro: sólo los niños más temerarios podían lanzarse sin dudarlo un segundo en dirección a aquellas

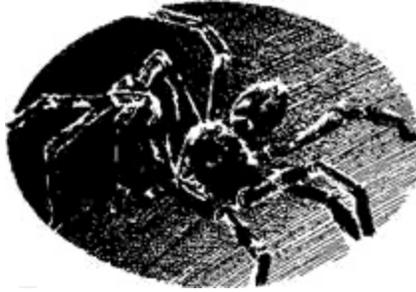
nubes.

Los Essa habían permanecido en silencio todo aquel tiempo. Ahora eran capaces ya de enfrentarse a la luz e impulsar a Raquel adelante.

—¡Encuentra a Yemi! —le espetaron—. ¡Llévanos hasta él! ¡Llévanos!

Serpanta cogió a Raquel de la mano. Con sus fuerzas unidas partieron sobrevolando el mundo.

LAS TRES CAPAS



Gultrataca hizo aminorar la marcha del ejército al aproximarse a Orin Fen.

Con la finalidad de informarse acerca de la disposición de los centinelas de los magos, desplegó diversos equipos sigilosos mientras mantenía a la expectativa al grueso de las gridas.

—Tenemos que asegurarnos de que no hay Brujas Superiores de guardia —le dijo a Eric para mitigar su recelo—. No queremos que sepan que estamos aquí.

Eric asintió vagamente con la cabeza, sin apenas escucharla.

Gultrataca se moría por entrar en combate. Sus hermanas de clan habían empezado ya a henchir sus músculos, mientras se preparaban. Anhelaba más que nada unirse a ellas, pero todavía necesitaba obrar con cautela con respecto a Eric. ¿Qué haría éste con el carro de batalla de jóvenes cuando comenzara la lucha?

En cuanto a los magos, no cabía ninguna duda. Estarían preparados. Un ejército de gridas tan enorme no podía haberles pasado por alto. Aun así, Gultrataca no podía esperar más el inicio del conflicto. Ganar o perder, pensaba, ganar o perder, ¿importa en realidad? Sus gridas no eran constructoras de imperios. A diferencia de las Superiores, no tenían la paciencia necesaria para ir acumulando poder y posición. Lo que las gridas exigían era guerra, o perspectivas de guerra, o como mínimo su promesa. Estaban hechas para la violencia, designadas para su cumplimiento. ¿Qué otra cosa habría podido arrastrar a los clanes de gridas tan lejos a través de la absurda inmensidad del espacio?

Cuántos siglos, pensó Gultrataca, había vivido Heebra en las alturas de su atalaya, fantaseando con aquel momento especial. Pero eran las gridas, y no las Brujas Superiores, las que se disponían a disfrutarlo. Percibiendo que el corazón le latía a toda velocidad, Gultrataca trató de sosegarlo. Tranquilizó a sus arañas soldado. Les dijo a las sanadoras que se ocuparan de inocularles sedantes para que pudieran esperar más rato. Mantuvo a las vigilantes centradas en Eric. Aquél era también un día de gloria para las arañas, advirtió. La rodeaban por todas partes, alerta y activas.

Todas, sí, a excepción de las arañas de Jarius.

Gultrataca apenas la reconocía. En el rostro de Jarius se apreciaba la misma expresión que tantas veces observara en el de Fola en la Cámara de Evaluación: miedo. Sólo los animales más insensibles carecen por completo de miedo, pensó Gultrataca, pero los humanos son los que más se dejan afectar por él. Se cierne sobre sus ojos, como una trampa. ¿Qué es lo que no funciona en ellos? ¿Qué los asusta tanto?

Miró a Jarius, con una súbita conmiseración.

Cuando Eric y Gultrataca se detuvieron, las líderes de clan no podían contener a las jóvenes por más tiempo.

—¡Orin Fen! ¡Orin Fen! —se susurraban las unas a las otras.

Todas percibían ya la presencia del planeta. Estaba tan cerca que Gultrataca casi podía extender la garra hasta él. Olisqueó a su alrededor, comprobando la calidad de los hechizos de invisibilidad. Estaban más allá de su comprensión. Y bajo la capa de invisibilidad había hechizos de fortificación. Gultrataca los examinó, advirtiendo de inmediato que eran prácticamente inexpugnables. Las gridas tardarían siglos en poder atravesarlos, si no una eternidad.

¿Cuánto tiempo le llevaría a Eric?

Gultrataca le dio un suave apretón. ¿Se había equivocado con él? Si Eric no era capaz de abrirlas paso a través de las protecciones de los magos, la mayoría de las gridas perecerían... Las jóvenes estaban demasiado cansadas para emprender el viaje de regreso hasta Ool, a menos que pudieran reponerse en el mundo que se extendía bajo ellas.

Poco a poco los equipos sigilosos fueron aportándole noticias. Pero no había nada de que informar, ni rastro de los magos. ¿Dónde estaban? ¿Acurrucados tras sus protecciones? ¿Esperando a que las gridas se manifestaran para aparecer?

—Eric, ¿puedes...? ¿Puedes dominar los hechizos que rodean al planeta? —preguntó.

—Ya veremos.

Eric miraba fijamente el espacio vacío donde él sabía que debía estar el planeta. Sus protecciones eran intrincadas, laberínticas, estaban maravillosamente diseñadas. Eran demasiado robustas para que pudieran quebrarlas las gridas, fueran las que fuesen. Estaba asombrado. Era obra de la magia de los magos, no le cabía duda. Pero ¿dónde estaban los magos? Un par de rastros viejos indicaban que habían estado allí, nada más.

¿Qué ocurría? ¿Por qué iban los magos a proteger con tanta meticulosidad un planeta de gridas prisioneras?

Podía haber muchas razones, pensó. Pero ahora no tenía tiempo para preocuparse por aquellas posibles razones. Lo importante era que en aquel planeta había brujas. Ahora que estaba tan cerca, Eric percibió el olor que desprendía: los rastros eran más similares a los de las Brujas Superiores que a los de las gridas, lo cual no dejaba de tener sentido. Si eran las Brujas Superiores las que vigilaban aquel mundo, cabía esperar verlas surcar los cielos bajo donde él se encontraba.

Agarró con resolución las plumas de los prapsis.

Por debajo de los hechizos de invisibilidad había tres capas de protección. Tendría que actuar tan pronto como consiguiera atravesar la última. Gultrataca le mantendría con vida solamente mientras siguiera necesitándole. Era posible que sólo contara con unos breves instantes para envolver con su destrucción a todas las gridas y Brujas Superiores del planeta.

«Bien —pensó—. Menos tiempo para pensarlo, para pensar lo que estoy haciendo».

Los prapsis guardaban total silencio a su lado. Habían dejado de hacer preguntas, de insultar a Gultrataca, de agitarse. Ni siquiera hablaban ya entre sí. Se limitaban a apretarse contra él. No se atrevió a mirarlos. No era el momento.

Eric se sintió de repente como si él mismo fuera una grida, o como lo que las gridas representaban: el arma mortal más consumada. Aquel poder de destrucción lo hizo estremecer. Se

sentía como si se hubiese convertido en un experto del mayor de los hechizos de muerte, como si hubiese mejorado todos los hechizos de muerte de Raquel, pero sin otros más nobles que los retuvieran. Durante todo el viaje había estado perfeccionando aquel poder de matar. Sabía cómo desmembrar los cuerpos de las gridas. Era una tarea terrible, absolutamente inhumana, pero era capaz de llevarla a cabo. Tenía que serlo.

A su alrededor, las jóvenes gridas se gritaban unas a otras, casi histéricas. Eric se obligó a observarlas. Dejó que todo su horror penetrara en su mente. Recordó lo que aquellas mismas gridas habían hecho a Raquel y a Larpskendya, a Serpanta, a Yemi.

Para llevar a cabo su plan, Eric necesitaba distraer a Gultratata. Ella no se comportaba con la misma espontaneidad que las demás.

—El planeta tiene varias capas diferentes de protección —le dijo.

—¿Puedes atravesarlas?

—Necesitaría ayuda. Las defensas son demasiado fuertes para mí solo.

—¿Qué necesitas?

—Eliminaré la máscara de invisibilidad. Cuando lo haya hecho, todas las gridas deberían disparar sus hechizos contra las capas de protección. Así quedarán lo bastante debilitadas, creo, para que yo pueda concluir el trabajo. Tendremos que ir descansando entre capa y capa.

—¿Descansar?

—Hay que atravesar varias de ellas.

Gultratata le miró con sorna. El rostro de Eric permanecía inexpresivo. ¿Estaba tramando algo? ¿Acaso ya sabía lo que había debajo? Qué importaba. Con tal de que les abriera paso a través de las defensas, nada importaba. Después, sus zarpas le esperaban.

Dio órdenes para que las gridas se desplegaran alrededor de Orin Fen.

—Eric, por favor, apresúrate —dijo una vez estuvieron posicionadas—. Las gridas de allá abajo deben de estar sufriendo terriblemente.

—Ya estoy preparado —respondió Eric..., y lo estaba. Todo el ejército de gridas y todas las brujas del planeta estaban ahora a su alcance. Y también tenía una sorpresa. Para tener a Gultratata desguarnecida, había preparado toda la antimagia que necesitaba. Con un suave movimiento de su mente suprimiría las tres capas previas de una sola vez.

—¿Tienes miedo, Eric? —le preguntó Gultratata al ver que se estremecía.

Él hizo caso omiso. Eliminó la máscara de invisibilidad. Apareció un planeta ocre amarillento. Gultratata hizo una señal a las gridas para que comenzaran a romper las protecciones. Apenas consiguieron producir unos rasguños sobre la primera capa.

Eric adoptó una posición estable, con los prapsis apretados contra él.

—Lo siento, chicos —susurró.

Abarcando la primera capa de protección que rodeaba el planeta, la destruyó. Acto seguido arremetió contra la segunda capa, con tal rapidez que ni siquiera Gultratata tuvo tiempo de darse cuenta. Antes de atacar la tercera capa, Eric no pudo evitar mirar a los prapsis. Éstos le observaban fijamente. ¿Acaso habían dejado de mirarle durante todo el viaje?

—No lo entendemos, Eric —dijo uno en voz baja

—Oh, chicos —se disculpó él—. Perdonadme.

—¿Perdonar el qué?

Gultrataca lanzó una penetrante mirada a Eric. Comprendió que había ocasionado un serio daño a las capas sin necesidad de descanso alguno. Eric no había necesitado la ayuda de las gridas.

Le estaba mintiendo.

Eric sintió la garra en su espina dorsal y supo que se había demorado demasiado. ¡Ya tendría que haber quebrado la tercera capa! «¿A qué esperas?», se preguntó a sí mismo.

Pero ya lo sabía, ya lo sabía. Tenía miedo de morir. Ahora que el momento había llegado, se aferró a Gultrataca, como si ésta fuera a salvarle. Tenía miedo de morir y también tenía miedo de matar. Estaba asustado por todo lo que pasaba.

No podía... pero debía hacerlo.

Levantó las manos. Eran unos disparadores de antimagia muy primitivos, pero nunca le habían fallado. Apuntó con uno. Apuntó con el dedo índice de la mano derecha hacia el borde más meridional del planeta, y comenzó a seguir todo su perímetro. No más demoras. Eliminó la tercera capa de protección. Cerró los ojos.

Estaba preparado.

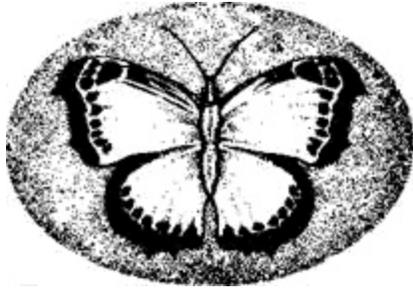
Y también Gultrataca. Sintió como por dentro obraba en ella una terrible destrucción, pero aún estaba a tiempo. Su uña se posaba sobre el corazón de Eric.

Mas no hizo uso de ella. Vaciló. Eric también vaciló.

Él se contuvo. Gultrataca había esperado ver legiones de magos saliendo de Orin Fen. Eric se esperaba un torrente de gridas y Brujas Superiores.

Las criaturas que en realidad surgían de aquel planeta eran unos seres que ninguno de ellos podía creer.

HUANG HAI



Raquel, Serpanta y los Essa sobrevolaron cuatro mares y dos continentes, siguiendo el olor de Yemi.

Al cabo, en el lugar en que las grises aguas del Huang Hai baten contra Shindao, en la costa china, le encontraron por fin. Yemi estaba rodeado de pájaros que revoloteaban a su alrededor en medio de un silencio protector: bandada tras bandada, tanto de pájaros locales como de otros que jamás se habían visto en los cielos chinos.

Y por debajo de ellos, en la playa, podía contemplarse un espectáculo más sorprendente aún: una multitud de animales apiñados frente a los rompientes. La magnitud de la congregación era tan grande que ni siquiera los hechizos de información de Raquel podían contar el número. Todos los animales guardaban silencio. Presas y depredadores aparecían unos junto a otros, sin que se oyera ninguno de los habituales gritos de alarma o de pánico que suelen escucharse cuando hay muchos animales juntos. Permanecían inmóviles, con los ojos cerrados.

Sus bocas estaban abiertas, como si inhalaran alguna sustancia benefactora. Ladeaban la cabeza hacia determinado lugar en el cielo, en actitud contemplativa.

Ligeramente por encima de ellos había un niño con una brillante camiseta naranja.

—¡Yemi! —gritaron los Essa.

No había camino alguno por el que llegar hasta él si no era a través de los pájaros. Cuando los Essa intentaron abrirse paso hacia Yemi, las aves volvieron sus picos hacia ellos. Entonces las mariposas amarillas de Yemi volaron por entre los pájaros. Abrieron un hueco para los Essa, a los que condujeron, en tanto que Raquel y Serpanta les siguieron.

Mientras las Bellezas de Camberwell guiaban a Raquel hacia Yemi, ella oía como su corazón latía con fuerza sobre la quietud de la escena. Yemi tenía los ojos cerrados. Parecía dormir, con la barbilla en dirección a los animales.

—¿Alguna vez...? ¿Alguna vez habías visto algo semejante? —preguntó a Serpanta.

—No. Ni siquiera a ningún mago —dijo él en un susurro.

—¿Qué están haciendo?

—No lo sé, pero ¿no sientes la magia que se desprende de Yemi y los animales juntos? ¿No notas la paz de sus mentes?

Raquel sí lo notaba: un gran sosiego. Y no eran sólo las mentes de los animales y de Yemi lo que estaba en calma. También el mar lo estaba. El viento había amainado. Un tiburón que erraba bajo las aguas batió sus aletas y se alejó de nuevo. Incluso los rayos del sol al filtrarse entre las

nubes arrojaban una luz pálida y difusa sobre Yemi y los animales de la playa. No había espacios más brillantes que otros, no se veía lugar alguno en el que el sol iluminara con mayor intensidad o arrojara sombras más oscuras, ya fuera sobre su rostro o sobre el de los animales, como si las diferencias naturales de claros y oscuros no tuvieran permiso para entrometerse en su meditación.

Raquel sentía como si cualquier palabra que fuera a decir pudiese representar una interrupción de lo que allí tenía lugar, pero debía hablar. La paz de aquella escena pronto se vería estrepitosamente alterada por las gridas.

Fola se cernía del todo despierta, suspendida en medio del aire cerca de Yemi.

—¿Qué..., qué está pasando? —le preguntó Raquel.

—No sabría decirlo —respondió Fola—. Yemi ha venido hasta aquí, pero no sé por qué. Los animales le han seguido y llevan ya mucho rato así. —Sacudió a Yemi—. He intentado despertarle, pero ¡es imposible!

—Se trata de una especie de estado de trance —intervino Serpanta—, en el que están sumidos todos los animales, junto con Yemi. No sabría decir si son conscientes o no de la amenaza de las gridas.

Los Essa tiraron de los párpados de Yemi, en un intento por despertarle. Raquel unió su magia con la de Serpanta, probando todo tipo de hechizos del despertar.

—¿Qué podemos hacer? —gritaron los Essa—. ¡Haz que pueda escuchar!

Sobre ellos se elevó un grito que surcó el cielo. No era un sonido humano. Procedía de los pulmones de un clan de gridas. Si algo podía romper la tranquila meditación de Yemi, aquello sin duda lo habría hecho. Pero su expresión no se alteró.

A la altura de las nubes por encima de ellos, una unidad de centinelas se mantenía a la espera. Al igual que en muchos otros lugares del cielo en toda la Tierra, una única unidad vigilaba una área enorme. El líder de la unidad, un muchacho al que Raquel no conocía, volaba entre los miembros de su equipo repartiéndoles instrucciones en voz alta. Su voz sonaba ronca. A su lado se veía una chica pelirroja de larga melena. Le seguía allá adonde fuera: un espectro.

Al ver su valor, Raquel sintió que una oleada de rabia la invadía. Gultrataca le había mentido acerca de muchas cosas, pero ¿qué cabía decir de sus acusaciones con respecto a Larpskendya? Raquel no había querido pensar antes en ello. Miró a Serpanta.

—¿Dónde están los demás magos? —le preguntó.

Serpanta mostraba una expresión angustiada.

—Todo aquel que ha podido venir, lo ha hecho.

—¿Qué significa eso? —preguntó Raquel con enojo—. ¿Es que no tenéis todo un planeta de magos? El mismo Larpskendya ha venido otras muchas veces, y ahora ni siquiera él está aquí. Puede que yo haya arriesgado mi vida por salvarte, y no hay ni un solo mago en toda la Tierra. ¿Qué debemos pensar?

—Ahora no hay tiempo para discusiones, Raquel.

—¿Acaso es porque vuestro valioso planeta está amenazado? ¿Es por eso por lo que no ha venido nadie?

—Te lo explicaré, pero no ahora. Tienes que ayudarme a llegar hasta Yemi.

—¡Ayudarte! —gritó Raquel señalando hacia lo alto—. ¡Esos niños lo entregan todo por

Larpskendya, por las cosas que él les dijo! ¿Dónde están los demás magos?

—Yo me entrego también —dijo Serpanta mirándola con firmeza—. No tengo otra cosa que ofrecer que yo mismo.

Raquel tenía ganas de gritar.

—¿Esto es lo que valemos para vosotros? ¿La vida de un mago? Después de todo lo que ha pasado, ¿esto era lo que nos apreciabais?

—No. Vosotros merecéis mucho más.

—Sí. ¡Ya lo creo que sí! —Raquel le dio la espalda—. ¡Desde luego!

El clan de gridas había aparecido en lo alto, con sus angulosas cabezas agachadas. Su mera visión abrumaba a los centinelas, pero lograron conservar la disciplina, desplegándose para proteger a Yemi desde todas las direcciones. Raquel sintió unos agudos pellizcos en la carne. Eran los Essa, que se agitaban preguntándose qué hacer. Le tiraban de las mejillas.

—¡Mira! —gritaron.

La chica espectro pelirroja había abandonado la unidad de centinelas. Arrastrada por su buscador de emociones, se había adelantado para enfrentarse a las gridas.

—Va a negociar —dijo Raquel con voz sorda—. Fueron las últimas instrucciones que Albertus Robertson dio a los espectros. Así debe de estar sucediendo por todas partes.

La joven se elevó hasta las nubes. Las gridas no descendieron. Se precipitaron directamente sobre ella. Raquel se estremecía en el esfuerzo por controlar su rabia, apenas capaz de proferir palabras.

—¡Mira lo que esa niña está dispuesta a hacer! —gritó a Serpanta—. ¿Dónde están los magos? Gultrataca dijo que no podíais preocuparos menos por nosotros. ¿Es que nos habéis utilizado durante todo este tiempo? ¿Nos habéis utilizado para que las Brujas Superiores se manifestaran y atraer luego a las gridas hacia Orin Fen? Supongo que los magos tendrán allí alguna trampa preparada, para libraros de vuestro último enemigo.

Serpanta la miraba con intensidad.

—¿De verdad crees lo que dices, Raquel?

—¿Qué otra cosa puedo creer?

—No hay ninguna trampa —aseguró Serpanta—. Las gridas no encontrarán a ningún mago en Orin Fen, o tal vez a uno, si es que mi hermano ha regresado. Allí nunca ha habido muchos magos, Raquel. De los pocos que nacieron, la mayoría murió durante la interminable guerra contra las Brujas Superiores. Los demás fueron asesinados cuando Heebra soltó a las gridas. Larpskendya te lo ocultó. Yo también te lo oculté. Teníamos que hacerlo. Sólo el miedo que les inspiramos podía mantener a las brujas a raya. Si alguna vez hubieran descubierto la verdad acerca de la escasa cantidad de magos que vivíamos allí, ningún planeta habría estado a salvo. —Posó su mano sobre la mejilla encendida de Raquel—. Ésta es la razón por la que Larpskendya se ha ausentado tan a menudo de la Tierra. ¿Crees que habría dejado vuestro planeta tan expuesto de haber tenido otra elección? ¿Crees que lo habría hecho yo? Raquel, la razón por la que nosotros dos somos los únicos que hemos visitado vuestro planeta es porque no hay nadie más. Larpskendya y yo somos los últimos magos que quedamos.

En el cielo, la chica pelirroja esperaba a las gridas. Mientras lo hacía, trataba de retener los

impulsos de su buscador de emociones mirándole a los ojos. Al final, sin embargo, incluso él se volvió y huyó. Sabía que sólo así podía salvar la vida de ella. Voló de regreso hasta el único lugar desde el que aún tenía alguna opción de salvarle la vida: la unidad de centinelas.

A medida que el clan de gridas se aproximaba, iban dividiéndose, para acercarse desde varias direcciones mientras elegían blancos concretos entre los niños. El líder de la unidad de centinelas recorría la línea, manteniéndola en orden.

Serpanta, con un escaneo mental, trató de abarcarlos a todos. Raquel notó el incipiente movimiento de un hechizo en su interior para proteger a los niños, pero el mago todavía estaba demasiado débil para sustentarlo. Comprendió que aunque Serpanta hubiera estado en posesión de toda su fuerza, no habría podido mantener a raya a tantas gridas. Se preparó para utilizar sus propios hechizos, aunque sabía que no eran los adecuados.

Una primera oleada de hechizos de ataque llegó procedente de las gridas. Los centinelas se apresuraron a erigir una barrera, que a duras penas pudo resistir.

—¡Despierta! ¡Despierta! —murmuraban los Essa.

Yemi se restregaba los ojos, desperezándose. Los animales de la playa se sacudían también, se estiraban, flexionaban los miembros. Entonces, con un gran clamor de alas, las bandadas de pájaros se dispersaron.

Raquel recogió a Yemi y lo sostuvo en brazos.

—¿Puedes entender lo que está pasando? —Señaló con la cabeza en dirección a las gridas.

Yemi las vio y miró de nuevo a Raquel, sin mostrar señal alguna de preocupación.

Fola le sacudió del brazo con fuerza.

—¡Niño estúpido! Pero ¿es que no las ves? —Alargó el cuello—. ¡Mira todos esos monstruos!

Yemi sonrió a su hermana y le dio un beso.

—Tenemos que proteger a todos los niños del mundo —dijo Raquel—. Yemi, trata de comprender. Por favor.

Los Essa se precipitaron hacia una gaviota cercana. Rodearon al ave e hicieron que volviera hasta Yemi. Raquel extendió las manos para expresar que lo que ellos querían decir era que había que protegerlo todo. ¿Cómo podía lograr que comprendiera?

—Yemi —dijo—. No puedo hacer que nos transportemos. Pero tenemos que sacar a todo el mundo de aquí.

Se oyó un ruido sordo desde lo alto. En la defensa de la unidad de centinelas se había abierto una brecha.

Entonces llegaron más niños. Venían del oeste, disparando hechizos: tres nuevas unidades de centinelas, lideradas por Heiki. El flanco del clan de gridas retrocedió. Trataron de recuperarse, pero Heiki no tenía la menor intención de darles tiempo para que lo hicieran. A una señal suya, todos los ojos de los niños centinelas se volvieron negros y, de forma simultánea, lanzaron sus hechizos de muerte.

Raquel nunca había sentido nada parecido al poder de aquellos mortales hechizos combinados. Incluso la líder del clan de gridas se tambaleó cuando notó qué era aquello que iba a por ella. Justo antes de que los hechizos de muerte alcanzaran a las gridas, Yemi alzó la vista y acordonó a las gridas. Las protegía. Los hechizos chocaron inofensivos contra el cordón.

—¿Qué haces? —gritó Raquel—. ¡Yemi! ¡Yemi! ¡Los niños! ¡Protege a los niños, no a las gridas!

Yemi la miró: su mirada era indescriptible. Cerró los ojos, y los animales de la playa hicieron lo mismo. Y de pronto, todos, incluidas las gridas, se sintieron apesadados.

Yemi soltó una risita. Extendió los brazos.

EL CONTACTO DE LAS BRUJAS



Brujas. Cielos llenos de brujas. Brujas por doquier. Millones y millones sobrevolando el lúcido aire de Orin Fen.

Eso fue lo que vio Eric cuando eliminó la última de las capas de protección.

Pero no Brujas Superiores... ni tampoco gridas.

Tuvo que entornar los ojos debido al brillo del planeta, mientras se esforzaba por comprender. Más allá de las brujas veía océanos, ciudades radiantes, montañas cubiertas de nieve.

¿Se trataba de algún tipo de truco por parte de Gultrataca?

Pero la expresión de su atónito rostro no parecía demostrarlo. Eric tanteó la magia de las nuevas brujas. Advirtió que estaban relacionadas con las Superiores. Las temibles gridas eran también de algún modo sus más lejanas descendientes.

¿Cómo era posible?

A medida que las brujas iban llegando, Eric trataba de entender qué era aquello ante lo que se encontraba. Lo primero que advirtió fue que las brujas eran hermosas. Eran hermosas en el mismo sentido en que lo eran Larpskendya y Serpanta. Por los colores. Eric creía haber visto todas las tonalidades de los ojos de un mago, pero estaba equivocado. Se necesitaba la luz de un sol refulgente para sacar cada matiz. Mirando a aquellas brujas, Eric los vio todos.

El sol era cálido, viejo, mas aquellas brujas parecían más viejas aún. Eric apenas podía soportar su visión, pero era incapaz de apartar los ojos de ellas.

Las brujas de Orin Fen compartían la misma altura y proporciones que las Brujas Superiores, aunque eran más esbeltas, y desprovistas de zarpas. Sus rostros eran humanos, con una sola y modesta boca a modo de fauces.

Las auténticas brujas, comprendió Eric. Cuando un clan de hembras se marchó hacía millones de años, no todas abandonaron el lugar. Las brujas originarias, aquellas mismas brujas, se habían quedado con los magos.

Poco a poco las brujas fueron tomando posiciones hasta rodear el planeta por completo, dispuestas a hacer frente al ejército de gridas. Y entonces, todas a la vez, abrieron los brazos.

¿Una invitación? Gultrataca retrocedió, desconcertada. Había esperado encontrarse con una batería de magos, no con aquello. Sus comandantes proferían confusas preguntas: ¿dónde estaban los magos? ¿Se habían disfrazado? ¿Se habían ocultado en algún otro lugar, mientras aquellas criaturas les servían como maniobra de distracción?

Las brujas no hacían nada que pudiera alarmar a las gridas. Esperaban con paciencia a que

éstas se sobrepusieron a su sorpresa. No realizaban movimientos bruscos. Se limitaban a mantener los brazos abiertos.

¡Unos brazos implorantes!

Gultrataca se estremeció, presa de una necesidad imperiosa. Una parte de ella deseaba aceptar la invitación de aquellos brazos, dejarse llevar a la superficie, lejos del horror de la guerra. Pero otra parte se preguntaba: ¿se trata de algún hechizo? No. Era otra cosa, algo extraordinario que tenía que ver con la naturaleza misma de las brujas.

Gultrataca reprimió el impulso de acercarse a ellas.

A su alrededor, el ejército de las gridas experimentaba sentimientos similares. Los clanes estaban preparados para enfrentarse a los magos y a la muerte, ¡no para aquella bienvenida! ¿Tenían que atacar a las extrañas? Sus cuerpos estaban prestos para la lucha, pero por parte de las brujas no se producía una agresión que la desencadenara. Por el contrario, la mirada de las brujas expresaba una gran ansiedad, pero no por su propia suerte. Miraban a las gridas como si en sus rasgos vieran torturas y mutilaciones indescriptibles.

Las jóvenes gridas fueron las primeras en responder. Pues a pesar de su conducta fanfarrona y alborotada, el viaje había sido largo y estaban cansadas. Anhelaban el refugio de un túnel. Querían a aquellas brujas. Iniciaron un movimiento de aproximación hacia ellas. El contacto parecía la forma de acercamiento más natural. Las jóvenes tocaban, explorando sin aliento. Al ver que no se sentían cómodas en medio de tanta luz, las brujas la disminuyeron. Oscurecieron su propio cielo, hasta que las ciudades quedaron en penumbra y los grandes ojos de las jóvenes gridas se abrieron por completo.

Las líderes de clan contuvieron a algunas de las jóvenes, pero no pudieron detenerlas a todas. Entonces, algunas de las gridas adultas se unieron a ellas. Se deslizaron con cuidado repartidas entre ellas mismas y las brujas. Empezaron a mezclarse. Una líder miró con desesperación hacia Gultrataca en solicitud de consejo, mientras todo su clan la abandonaba. Brujas y gridas se entremezclaban, tocándose unas a otras una y otra vez, llenas de curiosidad por sus diferencias físicas, sintiendo repulsión y atracción a un tiempo.

Pero ¡no luchaban! ¡No luchaban! Gultrataca veía por todas partes cómo la sed de sangre de sus gridas se apagaba. Sus instintos guerreros eran reemplazados por algo que ella no podía entender.

—¡No! ¡No! —gritaba con furia—. ¡Es una trampa! —Se precipitó por entre las líneas de sus gridas—. ¡Los magos están escondidos! ¡Son unos cobardes! ¡Id al planeta de ahí abajo y encontradlos! ¡Encontradlos!

Unas pocas gridas cumplieron sus órdenes, pero tan pronto como llegaron a la altura de las brujas, su resolución se evaporó. Contuvieron la marcha, hasta detenerse, y se unieron a las jóvenes.

Gultrataca veía como hasta sus líderes de clan más incondicionales dejaban de obedecerle.

Casi se había olvidado de Eric. Éste seguía entre sus brazos, observando boquiabierto cuanto sucedía. Los prapsis estaban posados sobre los hombros de Eric, revolviéndose con gran agitación.

Gultrataca lanzó una mirada a sus huestes. Habían dejado de ser un ejército. Gridas y brujas volaban juntas a cielo abierto. Las oía hablar. Las oía reír. Incluso sus hermanas de clan habían

abandonado sus puestos de defensa.

Aquello no era un truco de magos, Gultrataca lo sabía. Las brujas no albergaban intenciones de hacer daño. En realidad, Gultrataca no deseaba otra cosa que hallarse entre ellas. ¡Cuánto lo deseaba! Pero vio algo que la hizo contenerse. Jarius ya no estaba bajo vigilancia. Volaba con libertad junto con sus hermanas, como si su traición hubiera sido olvidada.

Gultrataca no podía permitirlo.

Buscó un hechizo de muerte. Como cualquiera de ellos, le otorgó un poder de decisión más simple. Hacía que las cosas fueran más fáciles. Una de las brujas de Orin Fen volaba suspendida cerca de ella, con una sonrisa de preocupación, casi tímida.

Gultrataca la miró y soltó el hechizo de muerte. Mató a la bruja al instante. Al verlo, las brujas más próximas erigieron por vez primera sus defensas.

Y aquello bastó. Las gridas reaccionaron de forma instintiva, y más que instintiva: reaccionaron de la forma en que las Brujas Superiores les habían enseñado. La sangre bombeaba en sus cuerpos, sus garras se abrieron. Gultrataca se lanzó entre los clanes, insuflándoles confianza. El contacto entre las gridas y las brujas se había roto.

Gultrataca lanzó un nuevo hechizo de muerte..., o más bien lo intentó.

Eric lo evitó, y Gultrataca comprendió que había perdido a su hechizo mortal favorito para siempre. Apenas le importó. Otras gridas habían comenzado a disparar hechizos de muerte. Las brujas retrocedían, defendiéndose. Iniciaron la huida..., en dirección a la superficie.

¡Una persecución!

Era un error. Los reflejos de persecución de las gridas cobraron vida de golpe. De repente los clanes, uno por uno, se precipitaban desde el cielo en busca de las brujas.

—No, por favor —susurró Eric—. Gultrataca, aún puedes detenerlas.

—Podría —acordó Gultrataca.

Lo apartó de sí de una patada.

Eric cayó presa de un dolor insoportable, incapaz de respirar. No había tiempo para hacer acopio de sus pensamientos en busca de algún tipo de contrahechizo. Los prapsis se tambaleaban a su lado, tratando de detener su caída.

Jarius acudió en busca de Eric. Las gridas de su clan trataron de impedirselo, pero se abrió paso entre ellas. Recogiendo a Eric y a los prapsis, inhaló oxígeno vital en sus pulmones. Los tres yacían en sus brazos, semiinconscientes.

Las brujas de Orin Fen se retiraban a sus ciudades. Las gridas las perseguían. Una vez desencadenada una contienda de verdad, Jarius pudo comprobar que las brujas no eran capaces de defenderse adecuadamente. Tenían mayor capacidad para la magia que las gridas, pero eran inferiores para el combate.

Jarius volaba a toda velocidad, pero podía escapar de los clanes. Cargada con Eric y los prapsis, era una presa más fácil, y ya tenía tras de sí a varios miembros de su propio clan.

No tenía opción. Con un esfuerzo final, escabulléndose de las garras de una joven grida, se precipitó sobre el planeta. ¿A qué otro lugar podía ir si no? ¿Adonde podía ir?

Larpskendya lo observaba todo, oculto por la corona del sol de Orin Fen.

Sus hechizos estaban todavía recuperándose. Durante semanas había sufrido un acoso

implacable por todo el espacio, sin haber podido escapar por mucho tiempo de los clanes de gridas. Hasta que por fin sus hechizos de transporte habían realizado un último gran esfuerzo para traerle a casa.

Cuando Larpskendya vio cuanto tenía lugar, casi deseó que no le hubieran traído. Se había escondido deliberadamente, conocedor de que si las gridas le veían, atacarían sin dudar.

Y entonces había visto a las hermosas brujas de Orin Fen volando con total confianza. ¡Con los brazos abiertos! ¿Cómo iba a poder funcionar? Jamás podría funcionar un simple gesto contra la violencia de las gridas..., aunque casi había surtido efecto.

Larpskendya notó que se le saltaban las lágrimas. ¿Para qué? ¿De qué podían servir ahora las lágrimas? Durante siglos, todos los esfuerzos de los últimos magos habían sido encaminados a cubrir Orin Fen bajo un manto protector. ¿Se habían equivocado? ¿Cómo habrían podido prever el extraordinario talento de Eric? Nunca había existido nadie como él. «Si hubiéramos permitido que las brujas se unieran a la guerra interminable —pensaba Larpskendya—, es posible que ahora estuvieran mejor preparadas. Las brujas habían deseado entrar en combate, no habían dejado de pedirlo. Las queríamos demasiado. Las mantuvimos alejadas de la guerra..., un terrible error».

Y entonces Larpskendya había visto a Jarius, y por un momento había vuelto a albergar esperanzas. Ahí había una grida defendiendo a Eric con todas sus fuerzas.

Cuando Jarius también fracasó, llevándose a Eric hacia Orin Fen, Larpskendya comprendió que había llegado el momento de intervenir. No había forma posible de salvar a las brujas, no frente a tantas gridas. Bien, haría lo que pudiera. Al menos les daría a las brujas una oportunidad para que llegaran hasta sus ciudades, donde podrían defenderse con mayor eficacia.

Voló en dirección a las gridas.

Gultrataca lo reconoció antes de verle: ¡cómo podía confundir aquel olor tan peculiar y excelente! Se aproximó junto con el resto de su clan. Mientras lo hacía, Larpskendya le envió una señal que creía que sólo las gridas conocían.

—No —dijo ella, riendo—. Nada de desafíos personales. No te daré esa satisfacción. Yo decidiré cómo debes morir, mago.

Ordenó a tres clanes que se adelantaran.

En Orin Fen miles de brujas se volvían hacia el cielo y, desesperadas, alzaban el vuelo de nuevo para acudir junto a Larpskendya. Las gridas las contuvieron.

—Nadie vendrá a ayudarte, mago —dijo Gultrataca.

Larpskendya erigió sus defensas. Los tres grandes clanes de gridas enviados contra él vacilaron al sentir la autoridad de sus hechizos. Pero no por mucho tiempo. El mago estaba solo, y ellas eran muchas, y la sangre guerrera con la que las Brujas Superiores habían alimentado a las gridas habría bastado para hacerlas seguir adelante aun de no haber contado con ninguna opción de victoria. Gultrataca sabía que Larpskendya podía matar a los tres clanes enteros. Pero no podría matar a todos los clanes. Incluso el gran Larpskendya carecía de tal poder.

A medida que los clanes se acercaban, Larpskendya aparecía como una figura solitaria contra el telón de fondo del espacio.

Pero las gridas se detuvieron antes de llegar hasta él.

Se detuvieron, atónitas, contemplando mariposas y niños.

LA VIRTUD FATAL



Todos los niños de la Tierra estaban en Orin Fen.

Yemi se los había llevado a todos: buceadores de las profundidades, ladrones, bandas. A los dotados y a los no dotados, a los voladores y a los que nunca habían conseguido volar. A todos. Muchos centinelas habían sido transportados en mitad de la batalla. Los espectros se unieron a ellos, ayudados por sus buscadores de emociones. Las mariposas amarillas aleteaban, con las alas bañadas por la luz del sol.

Los niños más pequeños se agruparon cerca de Yemi. Sus ojos seguían a los de éste, dondequiera que mirara. Por todas partes se veían niños parpadeando, habituándose al esplendor del sol de Orin Fen.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —preguntaron los Essa, aferrados a Raquel. El deslumbrante mundo de Orin Fen les atraía, como también a ella. Por alguna razón que no habría podido explicar, estaba paralizada, al igual que ellos. Quería volar hacia la superficie.

—Tengo que encontrar a Eric —le dijo a Serpanta.

—Lo sé —repuso éste—. Y yo tengo que encontrar a mi hermano.

Eric no estaba lejos. Jarius seguía sosteniéndole, y Raquel se acercó hasta ella con cautela.

—Estoy bien —aseguró Eric—. No tengas miedo de esta grida, Raquel. No conozco su nombre, pero nos ha protegido tanto a mí como a los prapsis. Gracias a ella estamos vivos.

Raquel lanzó una mirada hacia el duro rostro de Jarius. Así lo hicieron también los Essa, que no las tenían todas consigo. Jarius comprendió y se volvió hacia Raquel.

—Yo cuidaré de Eric —dijo—. Yemi. Puede que..., puede que quiera hacer demasiado.

—Adelante, Raquel —dijo Eric—. Ve con Yemi, pero mantente alejada de Gultratata. No la pierdas de vista.

Gultratata no daba crédito a sus ojos al ver cómo, muy cerca de ella, Serpanta y Larpskendya se reunían. ¿Qué había pasado? Un mago que se suponía estaba muerto, niños que no podían haber realizado un viaje como aquél, e incluso las gridas enviadas para invadir la Tierra. Atónitas por haber sido arrancadas del fragor de la batalla, aquellas gridas ardían en deseos de continuar el combate, pero... ¿a quién tenían que atacar ahora?

Gultratata evaluó de nuevo el equilibrio de poder. Se había alterado. Ya no contaba con superioridad numérica, con todos aquellos niños dispuestos a ayudar a las brujas de Orin Fen.

Comprendió que si las gridas entablaban batalla, lo perderían todo.

Suspendida cerca de Yemi, esperaba su acostumbrada sonrisa irresistible, pero esta vez Yemi

no le dedicó sonrisa alguna, como si por fin hubiera comprendido que ella no podía soportarla. Mientras Gultrataca se apartaba, Larpskendya y Serpanta se aproximaron.

—Acaba con esto —le dijo Larpskendya—. Aún estás a tiempo de detenerlo, Gultrataca. Una simple orden a los clanes.

—¿Cómo? —preguntó Gultrataca—. ¿Antes de que la batalla haya comenzado siquiera?

—¿Cuántas gridas quieres ver muertas primero? —Esta vez era Serpanta quien había hablado.

Gultrataca le miró fijamente.

—¿Estás vivo? ¿Qué tengo que hacer para matarte?

—Deberías hacer más bien otra pregunta —dijo Serpanta—. ¿Cómo puedes lograr que las gridas se retiren? Van a entablar combate, si tú no ordenas lo contrario.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—No tienes manera de ganar esta batalla. Todas las gridas morirán.

—¿De verdad crees que una grida valora más la vida que la batalla, sea cual sea el resultado?

Te mataré, Serpanta, antes de que yo muera te mataré. Lo juro.

Larpskendya la puso a prueba.

—Te ofrecemos una alternativa.

—Deja que lo adivine —propuso Gultrataca—. ¿Algún tipo de acuerdo de paz, tal vez? Qué bondadoso suena. ¿Crees que las gridas estarán dispuestas a cooperar con nadie? Va a haber guerra, mago. Es lo único que sabemos.

—Eso no es cierto. —Larpskendya abarcó con la mirada a todos los clanes—. La mayor parte de las gridas sólo han conocido la paz. La mayoría son jóvenes. Dudo que ninguna de ellas tenga otra experiencia de la lucha que la de los juegos de los túneles de nacimiento. Si las obligas a luchar, será su primera batalla.

—Yo recuerdo mi primera batalla como la mejor de todas.

—¿Tienes valor suficiente para conducirlos por otro camino?

Gultrataca esbozó una débil sonrisa.

—¿En qué nos ocuparías, mago? ¿Nos harías renunciar a nuestros hechizos de muerte a cambio de jugar con los niños de la Tierra?

—¿Qué crees que está ocurriendo aquí? —dijo Larpskendya con gravedad—. Hablas como una Bruja Superior, viendo enemigos por todas partes. No hay enemigos. Los niños no tienen cuentas pendientes con las gridas. Ni los magos tampoco. Sólo las Superiores deseaban la guerra sin fin. Y recuerda lo que os hicieron a todas las gridas mientras duró la guerra, Gultrataca. Os mandaron al subsuelo, os mutilaron, os humillaron, os despojaron de todo.

—Pero nosotras nos vengamos —replicó Gultrataca—. Y ahora esta guerra es la nuestra: la hemos elegido nosotras.

—No —dijo Larpskendya—. Aún seguís obedeciendo a los designios de las Brujas Superiores. Ellas fabricaron a las gridas para la guerra, pero vosotras merecéis más que aquello a lo que ellas os destinaron.

Gultrataca miró a lo lejos, hacia donde se encontraba Jarius.

—Ya he visto cuál es la alternativa a la guerra. Y preferiría estar muerta antes que ser como ella.

—¿Estás segura? —Larpskendya se acercó—. La guerra no es lo único que quieren las gridas, y me parece que tú lo sabes. También lo piensas. Vi la reacción de las gridas cuando vieron a las brujas. Incluso tú sentiste algo, Gultrataca. Te observaba.

—¡Eso no era lo que yo quería!

—Puede ser. —Larpskendya hizo una pausa, buscando un modo de hacerle comprender—. Las Brujas Superiores os hicieron a vosotras, pero la llamada de la sangre es tan sólo un reflejo, nada más. Si Heebra pudiera estar aquí ahora, si pudiera verte desde la tumba, esperaría de ti que lucharas, Gultrataca. Pero ella estaba equivocada con respecto a las gridas. Podéis ser algo más que máquinas suyas. Ya escogisteis un destino diferente cuando abandonasteis los túneles. Y podéis hacerlo de nuevo.

Gultrataca dudaba. ¿Eran sus instintos una equivocación? Todo en su interior clamaba a la batalla. Las líderes de clan estaban preparadas, por supuesto. Al igual que ella, era por lo que habían suspirado toda la vida. Miró a Yemi, anhelando ver de nuevo su sonrisa para poder aplastarla. Su rostro permanecía impassible. Analizó a las jóvenes gridas. Sin lugar a dudas responderían en cuanto ella lanzase el grito de guerra. Pero si seguían pasando cada vez más tiempo en compañía de las brujas, ¿continuarían tan dispuestas a ir con ella a la batalla?

Mas aceptar los términos de un pacto propuesto por los magos, fueran cuales fueran tales términos, ¿era posible? Seguir con la postura de no querer otra cosa más que la guerra ya no le parecía una victoria. Al menos no una victoria suya, o de las gridas. Más bien sería una victoria para Larpskendya y Serpanta. Sería la victoria de las brujas de Orin Fen. Y de alguna forma sería también una victoria para Eric y Yemi..., y tal vez incluso para Jarius.

Gultrataca no podía soportar tal idea.

Preparó un hechizo de muerte, uno de sus preferidos. No para Yemi. Habría sido su objetivo predilecto, pero también un despilfarro. Lo dirigió hacia Serpanta.

—¡No lo hagas! —rugió Larpskendya.

Gultrataca lanzó el grito de guerra, que obró el efecto deseado. Las jóvenes gridas perdieron al instante toda vacilación.

Lanzando a su propio clan a la ofensiva, Gultrataca señaló hacia Serpanta. Esperaba que Larpskendya protegiera a su hermano, pero no lo hizo. En lugar de ello, se hizo a un lado. Dejó a Serpanta solo.

Eric gritó desde lejos:

—¿Qué haces?

—No interfieras —le dijo Larpskendya.

—No tienes ni idea de las facultades que tengo ahora —respondió Eric.

—Sí lo sé, Eric. Atrás.

Raquel miró con ansiedad a Serpanta.

—¿No aceptas ninguna ayuda? Todos te ayudaríamos, ya lo sabes, ¿verdad?

Serpanta sonrió.

—Sí, ya lo sé. Manteneos a una distancia prudencial.

Serpanta no dijo nada más. Esperaba.

Las gridas no entendían lo que pasaba. Miraban a Gultrataca. A un gesto suyo, el clan al

completo comenzó a lanzar sus hechizos de muerte contra Serpanta.

Yemi se transportó de inmediato delante del mago.

Los hechizos se deshicieron contra su escudo.

Mientras Gultrataca ordenaba a los clanes que dispararan más hechizos, Heiki intercambió una asustada mirada con Albertus Robertson.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó ella—. ¡Tenemos que hacerlo!

—No —repuso Albertus—. Esta guerra ya dura demasiado. Mientras podamos, dejemos que los magos y las gridas la diriman solos.

—Pero ¡yo no puedo quedarme sin hacer nada!

—Ah, ¿no? —Albertus se volvió hacia ella—. Tampoco las gridas, que tienen que pelear. Hay una parte de ellas incapaces de aceptar otra cosa que la guerra. Los magos lo saben muy bien.

Gultrataca llamó a más gridas para que se unieran al ataque, hasta que un inmenso número de clanes se pusieron a descargar todo tipo de hechizos sobre Serpanta. Ninguno de ellos le afectaba. Ni siquiera tenía que defenderse, Yemi mantenía los ataques a raya.

—El poder del muchacho no es infinito —decía Gultrataca a los clanes.

—No puedes alcanzarme —replicó Serpanta—. ¿No lo comprendes? Aunque pudieras superar a Yemi, todos los niños me defenderían..., a mí o a cualquier otro blanco que elijas.

Como una procesión, los clanes seguían enviando sus mejores hechizos contra Serpanta sin que ninguno de ellos impactara sobre él, hasta que por fin comenzó a invadirles el desánimo. Gultrataca no dio orden alguna, pero los ataques iban menguando poco a poco. Hasta que finalmente cesaron por completo.

Serpanta estaba indemne, al igual que Yemi. Muchas gridas estaban extenuadas.

—¿Crees que se ha acabado? —preguntó Gultrataca a Larpskendya. Sin apenas mover la zarpa, envió un ataque silencioso en dirección a Eric. Fue tan inesperado que él no lo destruyó a tiempo. Uno de los prapsis saltó para interponerse y el hechizo le dio en el borde del ala, rompiéndosela.

—Oh, Eric —dijo el prapsi—. Oh. —Movié el ala lastimada. El otro prapsi se precipitó hasta el hombro de Eric para colocar el ala en su sitio.

—¿Y bien? —gritó Gultrataca a Eric, al verle enfurecido—. Si tanto poder tienes, ¡utilízalo! ¡Acaba conmigo! —Miró a todo su ejército, y comprendió que ya estaba derrotado—. ¡Acaba con todas nosotras!

Eric oía los suaves gemidos de dolor del prapsi.

—¡No! —gritó Raquel, volando hacia él.

—¡Mantente al margen! —exclamó Eric, aunque vaciló al oír su voz.

Al ver su indecisión, Gultrataca disparó otro hechizo, esta vez apuntando directamente a los prapsis. Yemi lo detuvo, pero el propósito era evidente.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves! —Eric ni siquiera necesitó pensarlo. Hacía mucho tiempo que había perfeccionado su técnica de matar para utilizarla contra las gridas. Sabía cómo desbaratar su magia. Podía matarlas a todas a la vez, o bien alargar su destrucción por siempre.

Yemi lanzó un escudo que envolvió a las gridas. Miró a Eric. Nunca hasta entonces había visto Raquel en el rostro de Yemi la expresión de miedo que veía ahora.

—¡Aléjate, Yemi! —le advirtió Eric—. Ya he tomado la decisión.

Yemi sacudió la cabeza.

Eric tanteó el escudo. El número de hechizos que contenía para proteger a las gridas era casi ilimitado, pero Eric tenía diversas formas de penetrar a través de él. Comenzó a desmontarlo. Cuando Yemi notó que el escudo empezaba a fallar, emitió un grito prolongado. Llamaba a sus mariposas. Éstas lo rodearon. Le dieron toda su fuerza. Pero no era suficiente.

Y entonces Yemi se puso sus pequeños dedos sobre los ojos y habló a través de sus lágrimas.

—¡Detente, por favor! —suplicó—. ¡Eric, detente! ¡Eric! ¡Eric! ¡Eric!

Eric le oyó. Los oía a todos: a Larpskendya, a Raquel, a Serpanta, a Albertus, y a todos cuantos le querían, y que le gritaban, desesperados por llegar hasta él. «No —pensó—. Voy a acabar con esto». Eludió las defensas de Yemi. De repente se dio cuenta de que ni siquiera necesitaba destruir los hechizos de Yemi. Podía esquivarlos, y alterarlos. Y así lo hizo. Suprimió el escudo de Yemi y agarró los corazones de las gridas. Era el destructor de hechizos. Era su virtud fatal. Lo sabía, por fin sabía qué era lo que tanto había asustado siempre a los espectros.

No había magia en el universo que pudiera detenerle.

Las gridas se desintegraban. Algunas estaban solas, otras eran sostenidas por las brujas de Orin Fen. Las brujas habían acudido a las gridas, allá donde habían podido, para tratar de salvaguardar su integridad. Eric vio a Gultratata. Ésta se estremeció, mientras toda la magia era liberada de sus células. Larpskendya avanzaba con inseguridad hacia ella. La alcanzó. Ella se cobijó entre sus brazos, como un niño. Él la sostenía, intentaba entre lágrimas que no se desmoronara.

Eric notó una sensación cálida junto a la oreja.

—Eric —le dijo el prapsi que tenía el ala rota.

—No, chicos.

El prapsi le besó en los ojos y le hizo mirar hacia abajo. Eric miró.

Jarius, por debajo y con el rostro desencajado, seguía aferrada a él.

Eric la miró, y más allá de ella vio a Fola, incapaz de consolar a Yemi. Vio a las brujas llorando. Vio a Serpanta llorando.

Se detuvo.

Las gridas respiraron de nuevo.

Todas salvo una, que no quería respirar. Gultratata quería morir, pero Larpskendya la sostenía con fuerza. La aferraba a la vida.

LA PROMESA DEL MAGO



Eric había anulado su acción destructiva justo a tiempo.

Las gridas, diseminadas por el espacio, parecían no saber dónde estaban. Las jóvenes gridas se desplazaban sin rumbo y se reunían en pequeños grupos, sin saber muy bien qué buscaban. Las gridas más mayores se palpaban el cuerpo, desazonadas.

Los prapsis se ceñían con fuerza contra Eric, ayudándole a restablecerse por lo que había estado a punto de hacer. Eric se estremecía, con los ojos asomados a través de la calidez de sus plumas. Y allá donde miraba, veía arañas en movimiento. Las soldados buscaban enemigos que no podían encontrar. Las arañas sanadoras se llamaban unas a otras, sabedoras de lo enfermas que estaban sus propietarias, pero sin saber qué hacer.

Mas en Orin Fen sí había un remedio sanador, con el que las arañas ni siquiera habían soñado. Las brujas ascendieron formando ordenadas y armoniosas filas. Cada una de ellas cogió a una grida en brazos y se ocupó de su cuidado. Parte de Orin Fen había quedado sumido en profundas penumbras. Las brujas llevaron a las gridas hasta allí, hacia el consuelo de la oscuridad.

Gultratata fue una de las últimas. Había para ella también una bruja esperando para cogerla, pero fue Larpskendya quien se ocupó de ella personalmente. La sostuvo sin decir palabra, pues ella aún no estaba preparada para las palabras..., como tampoco Larpskendya. Al mirarse, un misterio de sentimientos les hizo verter lágrimas. Larpskendya encontró un lugar en el que había otras gridas a las que Gultratata conocía. ¿Había llegado el momento de dejarla, o debía quedarse? No quería abandonarla.

Por encima de él, Jarius seguía sosteniendo a Eric. Cuando una de las brujas de Orin Fen la abrazó, dispuesta a llevarla hasta la superficie, Eric dijo:

—No. Espera. Yo... ¿Cómo te llamas? Ni siquiera conozco tu nombre.

—Me llamo Jarius —dijo ella.

—Gracias —murmuró Eric, tocándole la cara—. Gracias, Jarius.

Después de devolver a Eric y los prapsis a Raquel, y mientras se la llevaban, Jarius se volvió hacia la bruja que la sostenía.

—Me gustaría que me llevarais con mi grupo —dijo—. Ahora me necesitan.

Raquel se ocupó un momento de reparar un ala rota. Luego ella, Eric y los prapsis siguieron a Jarius mientras ésta era transportada poco a poco hacia la zona en penumbra de Orin Fen. Y entonces, mientras Larpskendya permanecía por debajo con Gultratata, todos los demás parecieron llegar junto a ellos a la vez. Durante unos breves momentos nadie dijo nada, pero los

prapsis no tardaron en romper el silencio. Tenían hambre, y no aguantaban más el estar callados todo el tiempo. Eric recibió una bofetada en la oreja, y comprendió que no sería la única que le iban a propinar.

Todos se quedaron mirando hasta que la última de las gridas desapareció en el planeta.

—¿Qué va a suceder ahora? —le preguntó por fin Raquel a Serpanta—. ¿Qué pasará con las gridas?

—Hasta que se recuperen, sus necesidades serán atendidas —repuso él—. Después, tendrán varias opciones entre las que elegir. Al igual que todos nosotros.

—¿Todavía querrán luchar?

Serpanta sonrió.

—Tal vez, pero yo tengo esperanzas de que no sea así. Si existe algo capaz de persuadir las en otro sentido, la devoción de las brujas quizá pueda conseguirlo.

—¿Y tú? —Raquel alzó la mirada hasta encontrar los ojos de Serpanta—. ¿Qué me dices de los magos? Si sólo quedáis dos, cuando vosotros muráis, ¿habrá...?

—No. —Le dio un beso—. En cada generación siempre han nacido unos pocos magos. Si la guerra interminable ha concluido por fin, Larpskendya y yo pronto tendremos compañía. Espero que así sea. Espero muchas cosas.

Eric sufría nuevos estremecimientos. Los prapsis callaron al instante y le sostuvieron.

—Casi las mato a todas —susurró, alzando las manos—. ¿Cómo he podido hacerlo? Oh, casi lo hago.

—Pero rectificaste —dijo Serpanta—. Eso aún era más difícil. Requería más fuerza. —Le alzó la barbilla—. Hay grandeza en tu interior. ¿Aún no lo sabías?

Eric se miraba las manos.

—Estoy asustado. ¿Qué..., qué es lo que soy, Serpanta?

—Eres un precursor, Eric. Un comienzo de algo. No ha existido nada como tú antes de ti. Sospecho que el destino que nos espera a todos será diferente, por tu causa... y por la de aquellos a quienes tú guías.

—¿A quienes yo guío?

—¿No te das cuenta? —dijo una voz—. ¿Ni siquiera ahora? —Era Albertus Robertson. Él y algunos otros espectros estaban junto a Eric, observándole con intensidad.

—¿De qué tengo que darme cuenta? —preguntó Eric.

Las dos chicas buscadoras de emociones de Albertus rieron. Intercambiaron una fugaz mirada, unieron sus manos, sonrieron... Una sonrisa de despedida. Entonces una de ellas le cogió a Albertus la cara con las dos manos y le dio un beso. Después respiró profundamente y se volvió hacia Eric. Esperaba, con una expresión anhelante.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eric.

—Yo no soy el líder natural de los espectros —respondió Albertus.

—Ah, ¿no?

—No, Eric. Eres tú.

—¿Qué? —exclamó—. Pero las orejas...

Albertus volvió la cabeza a un lado y a otro.

—¿Sigues valorando a todo aquel que conoces por su apariencia? Estoy seguro de que a estas alturas ya habrás aprendido esa lección... Además, es posible que los espectros vuelvan a alterar su aspecto muy pronto. No sé muy bien bajo qué forma.

—Pero... ¿cómo sabéis que soy vuestro líder?

—Siempre lo hemos sabido —dijo Albertus—. Mas hasta ahora había algo que nos decía que no debíamos revelártelo. Y había otra razón por la que no queríamos decírtelo, Eric. Nos asustaba lo que pudieras hacer.

La chica buscadora de emociones que se había apartado de Albertus miraba fijamente a Eric. Quería ir hasta él, pero necesitaba primero su permiso.

—¿Todavía tenéis miedo? —preguntó Eric a Albertus.

—No. —Una compleja expresión se esbozó en el rostro de Albertus, y Eric pudo escuchar de pronto miles de voces. Eran las voces de todos los espectros que se abrían a él. Los pensamientos no eran caóticos, oía cada uno de ellos con claridad, personalmente.

La chica no podía esperar más.

—Yo siempre he sido tu buscadora de emociones —dijo—. Si tú me aceptas, iré contigo. Di que aceptas. He esperado tanto tiempo.

—Pero yo no necesito... —comenzó a decir Eric..., mas ella no iba a aceptar un no. Le sostuvo entre sus brazos y, en cuanto notó su contacto, Eric vio que estaba bien. No se sentía violento.

Los prapsis observaban. Vieron la mirada que Eric dirigió a la chica..., la misma mirada íntima que compartía con ellos. Inquietos, pero sin querer estropear aquel momento tan especial, guardaron silencio. Intentaron fingir que no existían.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —preguntó Eric en voz alta.

—Nada —respondió un prapsi—. Estamos bien, chicos.

—Creíais que me había olvidado de vosotros, ¿eh? Venid aquí, tontos de remate. Presentaos. Tendrá que acostumbrarse a vosotros, así que ayudadla. —Los prapsis saltaron de sus hombros, cerniéndose junto a la chica—. Decid hola —les ordenó Eric.

Mientras la chica se presentaba, un rayo de sol iluminó Orin Fen.

Arrastrados por los juegos de luz, y alentados por las brujas, la mayor parte de los niños habían iniciado ya su desplazamiento hacia el planeta. Los buceadores de las profundidades se sumergían en los océanos dorados para descubrir qué tipo de vida maravillosa los habitaba. Otros se adentraban más en el interior de Orin Fen, hasta las prominentes cumbres de las montañas. No había nieve, pero a buen seguro encontrarían otras cosas... En cuanto a los buscadores de emociones, parecían haberse vuelto totalmente locos. Descendían en remolino y volvían a ascender por todo Orin Fen, y por unos instantes, mientras Raquel los contemplaba, parecía que hasta los espectros se habían olvidado de sí mismos embebecidos de la belleza de los cielos ocre amarillentos. Raquel vio a otros niños, algunos de los cuales escoltaban a otros más pequeños y tímidos, o a los que tenían poca magia, y les ayudaban a explorar sin miedo todas aquellas extrañas cosas. Raquel buscó con la mirada a los que conocía: Marshall, Paul, y a otros a los que habría podido llamar buenos chicos.

—Quiero ir allí —dijo Eric, dándole un pellizco—. Eh, Raquel, ¿vienes?

Ella dudó.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Quieres ir a algún otro sitio?

—A casa —repuso ella—. Quiero ir a casa. —Y luego se rió—. Pero ¡también quiero ir a Ool!

Tengo que llevarme a éstos de vuelta... —Miró de reojo a los Essa, que bailoteaban alegres alrededor de su cabeza—. Y quiero ver los torbellinos, y hablar con Detaclyver. Y sobre todo quiero ir a Itrea. Tengo que cerciorarme de que Morpet está bien.

—Bien —dijo Eric—, yo no puedo llevarte a ninguno de esos lugares. Pero puedo hacer una cosa.

Raquel sintió gritos de alegría procedentes de su interior.

Eric había liberado sus hechizos de transporte. Sus ojos se volvían azules mientras los hechizos reptaban hasta alcanzar la altura de los voladores y veían lo que se habían perdido.

—¡Cielos brillantes! ¡Cielos brillantes! —gritaron los Essa sin apartar los ojos de los colores.

—Oh, así que esto es lo que os gusta —dijo Heiki a los Essa. Hizo brillar sus ojos, intentando persuadir a algunos Essa para que fueran con ella.

Serpanta había estado escrutando más allá de Orin Fen, al vacío del espacio. Raquel advirtió su inquietud.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Oh, de muchas cosas —repuso él—. No quiero retrasar tu regreso a casa, o a cualquiera de los otros lugares a los que quieras ir, pero me sentiría honrado si pudieras encontrar en tu corazón algún otro motivo para venir conmigo a Ool. Calen y las últimas Brujas Superiores siguen prisioneras. Me gustaría que tú estuvieses a mi lado cuando sean liberadas.

—Pero... ¿acaso no traicionaron a los magos? —replicó Heiki—. Y sobre todo a ti.

—¿Traicionar? Sí, supongo que sí lo hicieron. Ha habido tantas traiciones. Pero ¿quiénes fueron los primeros? ¿Quién puede decir qué fue lo que impulsó a las Brujas Superiores a seguir su terrible destino? ¿Estaban los magos libres de toda culpa? En aquellos tiempos remotos, cuando no había nada que amenazara nuestra supremacía, ¿hicieron los magos todo lo que pudieron para persuadir a aquellas primeras brujas? Cuando quisieron abandonar Orin Fen, ¿alguien les pidió que se quedaran? Larpskendya y yo nos hicimos una mutua promesa: que, pasara lo que pasase, nunca perderíamos la fe, ni en ti, ni en las brujas, por muy lejos que las hubiera arrastrado su odio. —Serpanta sonrió con tristeza—. En cualquier caso, ¿una traición se redime con otra? ¿Querías que dejara encadenadas a las brujas?

—No —contestó Heiki—. No lo querría.

—Iré contigo —dijo jaquel—. Por supuesto que iré.

Agarró la túnica de Serpanta, demorándose unos segundos en su sedoso tacto. Luego levantó los ojos. Por algún extraño motivo, mientras que la mayor parte de los demás niños estaban en Orin Fen, Yemi se había quedado atrás. Miraba la superficie del planeta con expresión anhelante, pero no volaba hacia ella. Permanecía abrazado a Fola y mirando a Raquel, como si la esperara.

—¿Qué sucede? —preguntó Raquel volando hacia él—. Yemi, ¿pasa algo malo?

—No quiere abandonarte —dijo Fola—. Ya le he dicho que a ti no te importa, pero nunca me escucha. —Se rió a medias—. Dice que siempre acaba alejándose de tu lado, y que no quiere, pero...

—Lo sé. Está bien. —Raquel abrazó a Yemi con fuerza. Varios Essa volaron hacia él; no podían evitarlo—. Tienes algo que hacer, ¿verdad? —le susurró Raquel.

Fola sonrió.

—¡Sí! Ya lo ha intentado antes, pero era demasiado difícil. ¡Oh, no! ¡Otra vez, no!

En los ojos de Yemi se iluminaron bosques, plantas de un planeta de cielo púrpura: Trin.

—Anda, ve —dijo Raquel—. No esperes por mí. Iré cuando pueda. Ve a ellos.

La mirada de Yemi abarcaba los maravillosos colores de Orin Fen iluminando a los niños situados bajo él. No necesitaba decir nada. Raquel comprendía exactamente cómo se sentía. La miró una vez más. Entonces, en medio de un revoloteo de alas y de una risita de admiración, él, Fola y todas las Bellezas de Camberwell se desvanecieron. Dejaron tras de sí un rastro de chispas amarillas que fueron apagándose poco a poco.

Raquel tenía los ojos húmedos. Por debajo de ella, las brujas la llamaban con sus elegantes brazos, invitándola a que bajara.

—Si vamos a ir a Ool, deberíamos marcharnos ya —le dijo a Serpanta—. Pero me gustaría estar segura de que Morpet está bien.

—De acuerdo —susurró una voz—. De acuerdo.

Larpskendya había regresado de las sombras de Orin Fen.

—He oído que tenías intención de marcharte y he pensado que no podías irte sin que te dijera adiós. ¡Mis hechizos no me lo permitirían! —La sostuvo por los hombros, con los ojos brillantes—. Itrea está a salvo, Raquel. Las gridas nunca llegaron a descubrirlo, pero aunque lo hubieran hecho no sé cómo hubieran podido conquistarlo. Trimak, Fenagel, Leifrim, Morpet... Nada aprecio tanto como su abnegación, y la de todos vosotros. —La miró con intensidad—. Antes de que te marches a Ool con mi hermano, ¿puedo pedirte que me acompañes en un corto viaje? Me gustaría enseñarte mi mundo. Me parece lo más justo, después de haber tenido el privilegio de conocer el tuyo.

—Orin Fen es... tan hermoso —dijo Raquel, mirando hacia abajo.

—Sí, pero no tanto como tu planeta —replicó Larpskendya—. La belleza aflora por todas partes. En la Tierra he visto cosas maravillosas, y no sólo por parte de las personas más mágicas. Nunca he visto una ternura y una determinación tan grandes como la que me demostraron los padres de vuestro mundo. Ni un valor superior al demostrado por sus hijos, o tal vez debería decir al demostrado por uno de ellos: por ti, Raquel.

Ella bajó la cabeza.

—Oh, yo..., yo tampoco hice tanto —dijo—. No tengo tanta magia como Yemi. Ni puedo hacer lo que Eric es capaz de hacer. Al final ellos han sido mucho más importantes.

Larpskendya la miró.

—No. Eso no es verdad. Y aunque lo fuera, ¿crees que yo te querría menos por ello?

Raquel hundió el rostro en su túnica.

Larpskendya le levantó la cara y le dio un beso. Se rió.

—¿Me sigues? ¿O prefieres guiarme tú?

Antes de que ella pudiera contestar, los prapsis se pusieron a acosar a los Essa. Habían deseado hacerlo desde el primer momento en que los vieron, y ni siquiera los Essa eran capaces de burlar a

un prapsi.

—Comportaos, chicos —dijo Eric, haciéndoles un guiño. Miró hacia Orin Fen—. Así que, ¿por dónde empezamos la visita, Raquel? Esas ciudades no parecen nada mal.

Los Essa cuchichearon al oído de Raquel. Ella se rió.

—¿Y bien? —preguntó Eric—. ¿Te decides? —Esperó. Heiki también esperaba. Serpanta, Larpskendya, todos esperaban.

Con una abierta sonrisa, Raquel voló hacia Orin Fen, pero no hacia las ciudades, sino a los lugares más tranquilos, a los más elevados, hacia las cumbres montañosas de aquel mundo encantado.